



*Susurros
de blues*

María Border
Colección Novela

Susurros de blues

María Border

María Border
Ciudad Autónoma de Buenos Aires — Argentina
Año 2014
1ª edición Agosto 2014
DNDA N° 5188540
©Todos los derechos reservados.

Haber sentido alguna vez el amor en la sangre, haber descubierto la finalidad de cada poro de la piel, haber estado con él; tan sólo eso valía toda su existencia y la harían añorar siempre la plenitud que era amarlo.

ÍNDICE

Susurros de blues

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Aclaración y agradecimientos

Créditos especiales

Glosario y referencias

Sinopsis

CAPÍTULO 1

Se propuso usar una maleta pequeña, pero debería recurrir a la grande porque era incapaz de desechar nada de aquello que seleccionó para llevar. Conociéndose, debió haber recogido de la baulera la más amplia desde un principio.

Un mes completito en la costa con sus amigas. Lo había logrado, todavía no tenía muy en claro cómo, pero lo había logrado. Seguramente sus magníficas notas, al finalizar el secundario, tendrían mucho que ver. Eso, y el haber decidido ingresar a la facultad de psicología en la UBA, dejando de lado su loca idea de dedicarse de lleno a las clases de ballet clásico en el Colón.

“*Suficiente que te permití asistir hasta ahora*”, había dicho su padre. No era que Omar Telerman fuera un hombre encerrado dentro de la colectividad, pero para poder estudiar danzas en el Colón, debió también asistir a *rikudim* en Hebraica. Él, consideraba que las tradiciones debían ser respetadas y Ely aceptó. Finalmente todo era baile y eso le encantaba.

Elizabeth sonrió, su padre era un ser maravilloso con el que se podía negociar. Y ella, negociando, era la mejor.

Sintió sonar el teléfono y a su madre desde la cocina reclamándole que tomara la llamada de su amiga Miriam.

—Vos llevá el secador de pelo, que yo llevo la planchita —propuso.

—¡Ay Ely! Estoy tan emocionada que me da miedo que mis viejos se arrepientan, no me dejen ir y se me pudra todo.

—A los míos ya les dije —comentó—, tengo dieciocho años, en cuanto las vacaciones se terminen empiezo con la facultad y no voy a tener tiempo ni para respirar. Son mis últimas vacaciones antes de la madurez, y junto a mis amigas de toda la vida. Así que voy o voy —recalcó segura de sí misma, como lo había sido toda la vida.

Elizabeth tomaba decisiones y las defendía ante sus mayores. “*Un dolor de cabeza*”, aseguraba su *bobe* exagerando y afirmando que ya desde el

vientre de su madre se veía venir lo difícil que sería su carácter. Ely sabía perfectamente hasta dónde podía tirar de la soga y dónde debía ceder. Siendo hija única, si no se imponía en determinados terrenos, los miedos de sus padres y abuela, le hubieran impedido vivir. Pero Omar conocía a su hija y entablaba con ella un duelo de negociación constante, sabiendo que estaba forjando su carácter y que la rama crecía derecha.

—Cuando volvamos y se enteren que pensás seguir también con tus clases de danza clásica, te van a bajar de un hondazo —vaticinó Miriam.

Temprano por la mañana, Perla preparó el desayuno para los tres. Su Ely por primera vez no vacacionaría con ellos en Miramar. No estaba de acuerdo con la decisión tomada por su esposo, lo habían discutido en privado muchas veces, pero la hija sabía cómo ganar sus batallas y otra vez se había salido con la suya. Escucharía a su madre reclamarle ochenta veces al día que se lo hubieran permitido, y ella ya tenía suficiente imaginando todos los peligros que correría en Villa Gesell siendo aún tan inexperta e inmadura. Debía recordarle, nuevamente, cada una de las recomendaciones, antes de que se fuera:

—Llamanos a diario desde el celular. Que para te compró semejante lujo tu padre.

—No te olvides de marcar el prefijo correcto —indicó Omar sorbiendo su café—. Fuera de capital es imprescindible.

—Les va a costar una fortuna si tengo que llamarlos todos los días —intentó Elizabeth.

—Vos, llamá —ordenó la bobbe ingresando a la cocina y sentándose a la mesa, esperando le sirvieran el desayuno.

—¿Llevás el cargador? Mirá que en Villa Gesell la batería se te consume mucho más rápido.

—Sí, papá —asintió agotada de tantas recomendaciones.

—Y comé bien, y no se acuesten muy tarde. Y ojo con lo que hacen —continuó Perla—, que una locura de un segundo puede llevarse a cuestras toda la vida.

Insufribles. Así los catalogaba. ¿Por qué no tenía hermanos? Todo sería más fácil si en la casa hubiera más conejitos de indias a quienes observar y no solamente ella. Pero era hija única, la única hija del rey de las telas del barrio de Once y de la maestra de hebreo del *shule*. O sea, “la rusa” para quienes no

eran de la cole, y “la turca” para los que pertenecían a ella.

Su padre la dejó en la terminal de micros. Se encontró con las otras tres amigas con las que comenzaría la gran aventura de libertad total, sol, bailes, amaneceres en la playa, y ojalá un acompañante que le demostrara las bondades de por fin ser mayor.

Nada importó, ni las cinco horas de ruta, ni la voz chillona de Diana a su lado hablándole todo el trayecto, ni las quejas de Miriam y Lea desde el asiento de atrás reclamando por la incomodidad. Nada. Mucho menos le importó el departamento que habían alquilado, que se suponía estaría en zona céntrica y finalmente resultó que había que caminar no menos de diez cuadras sobre arena para llegar hasta el alma de la ciudad costera.

Dejó que todas eligieran cama y un estante dentro del armario, para adueñarse de lo que restara. Le urgía dar comienzo a todo lo que el lugar prometía y propuso vestirse los biquinis, armar un bolso y partir hacia la playa.

—Primero tenemos que comprar provisiones —recomendó Lea—, yo ya tengo hambre.

—Comemos en la playa —intentó, para apurar el trámite.

—Lea tiene razón —asintió Diana—, así ya nos sacamos eso de encima y a la noche cenamos y nos vamos a bailar.

Aceptó. No pensaba discutir con nadie. En el supermercado se proveyeron de lo indispensable, ordenaron los alimentos en el refrigerador, y partieron hacia la playa.

Si el centro estaba alejado, el balneario más, pero Elizabeth consideró que a sus amigas las caminatas diarias no les vendrían mal. Tomaron posesión de un sector de la playa sobre la arena seca, estiraron sus mantas, se protegieron la piel con cremas, otearon los cuerpos masculinos de los alrededores. El calor de la tarde apremió, y en tanto dos de las chicas jugaban *Burako*, fue con Diana a buscar refrescos al parador. De regreso, un muchacho les entregó un volante que invitaba al “Concierto de rock-playero” de esa noche, y sin cruzar palabra, decidieron asistir.

—Pero empieza a las siete —se quejó Miriam—, y es en la otra punta de Gesell. Tendríamos que irnos ya, para bañarnos, cenar, arreglarnos..., y nosotras no terminamos la partida.

Ely suspiró; ni todas las contras que Miriam quisiera poner durante las vacaciones, le arruinarían la diversión y el placer de escuchar a su ídolo *Spinetta*. Que hicieran lo que quisieran, ella no se perdería el concierto:

—Yo voy. Seguramente en el lugar puedo comprarme un sándwich, y para escuchar rock en la playa no preciso bañarme ni arreglarme. Terminó mi jugo y arranco la caminata hacia el concierto. ¿Quién se suma?

—Me anoto —confirmó Diana.

Lea y Miriam prefirieron no acompañarlas, y tratarían de ubicarlas luego con el concierto comenzado.

Diana era su gran amiga, su confidente. Asistían a *rikudim* desde pequeñas, además de estar pegadas cual siamesas durante doce años de colegio. Pasaban más tiempo juntas que con sus propias familias, y por ser las dos hijas únicas, terminaron considerándose hermanas por amistad.

Desde lejos pudieron divisar el montaje preparado para el concierto. Se anunciaba la presencia del *Flaco Spinetta* para última hora y eso atraía a mucha gente.

—Fue una pegada venir con tiempo —comentó Diana—, se va a llenar de gente y nosotras podremos estar bien adelante.

—Me muero por mirar al Flaco a los ojos cuando me cante “*Muchacha ojos de papel*” —dijo entre suspiros Ely.

—No te agrandes, no te lo va a cantar a vos, nos lo va a cantar a todas —le recordó y rieron apurando el paso.

Al principio los asistentes no fueron tantos. Las bandas de relleno no eran conocidas, la mayoría tocaba *covers* y no lo hacían tan bien. Tres muchachos subieron al escenario, Elizabeth sólo vio a uno. Uno apenas más grande que ella, con la piel morena, los ojos color ámbar. Quedó muda. Diana le pidió que continuara contándole aquello que había comenzado a relatarle sobre el vestido color crema que le prestaría, pero fue incapaz de escucharla, ese hombre con jeans desgastados, remera negra de manga corta y cabello más largo de lo que la moda del momento indicaba, la había atrapado en otra dimensión. Lo miró con descaro, con una ansiedad desconocida.

Él la detectó cuando se calzó la cinta de la guitarra al cuello. Se agachó muy cerca del borde del escenario, se quitó la púa de la boca y le enseñó una amplia sonrisa de dientes blancos, más blancos que la piel que recubría a Ely, y que en ese momento seguramente se había tornado carmesí por el fuego que la embargó.

—¿Te está sonriendo a vos? —preguntó Diana. Pero no la oyó y la amiga sumó un codazo a la pregunta.

—Parece —respondió inclinando la cabeza, sin dejar de mirarlo y pagándole con una sonrisa similar, a aquel guitarrista que terminó guiñándole

un ojo antes de entonar el primer acorde.

Si su físico le había encantado, su voz aterciopelada y varonil la sedujo por completo. Sintió como si cada balada fuera destinada a ella. Como si cada gesto de él le perteneciera. Nada más existió, sólo su voz, sólo su piel morena, sólo sus ojos ámbar.

Lea y Miriam lograron encontrarlas entre la muchedumbre que ya conformaba un número considerable para cuando, y como despedida, comenzaron a cantar el hit del momento de *Aerosmith*, “*Amazing*”.

Él, la miró al recorrer aquel pasaje que decía:

*“Es asombroso,
con la ceguera de un ojo
finalmente ves la luz”.*

La señaló al cantar:

*“Sí, es asombroso
cuando el momento llega,
en que sabes que estarás bien”.*

Fue ahí, en ese preciso instante, cuando sintió estallar su interior. Para cuando el grupo terminó la actuación, no existió más música, ni amigas parlotando a su alrededor. Le urgía volver a verlo, volver a escucharlo cantar. Demasiada gente, demasiado tumulto. Primer día de vacaciones y si no lo encontraba, el resto que quedara por delante estaría incompleto.

¿Quién era? ¿Cómo se llamaba su conjunto? Debía investigar, enterarse de todo lo que tuviera que ver con él.

Unos muchachos entablaron conversación con sus amigas. Éstas, sintiéndose a gusto, sonrieron respondiendo al juego propuesto por ellos. Ely dejó que la muchedumbre la fuera alejando del escenario. Regresó del trance cuando los aplausos atronadores le hicieron comprender que llegaba *Spinetta*. Se dio cuenta que era de noche. La luna, redonda y grandísima, iluminaba el cielo, y miles de focos al ídolo de todos.

Ely sólo llevaba sobre su biquini un short cortito de lino y una remera de algodón que dejaban al descubierto la blanca piel de su abdomen. Sintió frío. Miriam y Lea habían sido más cuerdas que ella, yendo primero al departamento en busca de un abrigo. La emoción y la ansiedad, que solían caracterizarla, no le habían permitido tomar en cuenta ese detalle.

Unas manos morenas se posaron en su vientre. Giró la cabeza con

violencia para espetar en cara del dueño, el primer insulto que se dignara salir de su boca. Labios, carnosos y sensuales, le susurraron al mismo tiempo que el cantante del escenario:

*“Muchacha ojos de papel,
¿adónde vas? Quédate hasta el alba”*

Volvió la vista al frente y luego la bajó, para observar el contraste de su piel blanca con lo moreno de las manos de él.

En el escenario el gran compositor, ídolo de generaciones, daba un show fuera de lo que solía ser su costumbre, y ella sólo podía entregarse a aquel susurro que cada vez se acercaba más a su oído, al dueño de aquella voz que la impulsaba con suavidad a que recostara la espalda en su pecho. Se dejó guiar.

*“Sueña un sueño despacito
entre mis manos,
hasta que por la ventana suba el sol”.*

La rodeó con los brazos por la cintura y en tanto le cantaba, la meció al ritmo de la canción:

*“Duerme un poco y yo entretanto, construiré un castillo
con tu vientre hasta que el sol.
Muchacha, te haga reír
hasta llorar, hasta llorar.”*

Spinetta daba comienzo así a su presentación, Ely estaba segura que se perdería del resto.

—Soy Mateo —le dijo—, y vos sos mi luz.

Cualquier cosa que ocurriera a partir de allí, carecía de total interés. Mateo brindaba calor, cobijo, dulzura, regalaba promesas que no quería ni imaginar, pero sabía que existían.

Ella, una muchacha criada entre barrotes de cristal dentro de una cuna de oro, adorada por sus padres, elegida por sus amistades, pretendía detener el tiempo y mantenerse entre aquellos brazos del extraño que le cantó desde el escenario y también pegadito a su oído. Nada importaba. La vida era para ser vivida y ese anochecer en la playa era suyo, y para descubrirlo a él.

CAPÍTULO 2

Romántico, diferente, inquietante. Absolutamente distinto a lo vivido hasta ese momento. Aunque había estado con chicos, y con más de uno había pasado la frontera del beso acercándose a las caricias sensuales, se mantenía íntegra. Mateo sólo la había rozado, sólo le había cantado al oído; pero fue más que suficiente para encenderla a un punto desconocido.

—¿Viniste para escucharlo a él? —preguntó haciendo referencia a *Spinetta*.

—Es mi ídolo —aseguró, asintiendo al mismo tiempo con la cabeza.

—Seguime —propuso tomándola de la mano—, voy a llevarte al lugar donde lo oirás en directo y no desde los amplificadores.

—¿Podemos ir al escenario? —preguntó maravillada.

—Si tenés suerte —dijo besando los nudillos de la mano que cobijaba—, puede que hasta consigas su autógrafo.

No dudó. No existía posibilidad alguna de negarse.

Mateo caminó abriéndoles paso entre la gente y con la mano de ella atrapada en la de él. Ely lo siguió y posó la palma que tenía libre, en el omóplato del cantante. Él giró al sentir el contacto, la miró indagándola. Los ojos ámbar se achicaron sólo un instante para afinar la visión y ella no pudo sostener la mirada. Los labios carnosos se curvaron con ternura dejando ver otra vez la blancura que existía detrás de ellos. Retomaron la marcha.

Del bolsillo trasero de su jean, sacó una credencial y se la mostró al gigante de seguridad que terminó haciendo un gesto a su compañero ubicado más cerca del escenario, para que los dejara acceder. Se sentaron junto a la escalerita por donde subían los músicos. Desde allí podía apreciarse la gran cantidad de gente que asistía al encuentro y cantaba junto al ídolo, los conocidísimos temas de éste. Fueron disfrutando cada una de las canciones, Ely no se animó a tararear ninguna, prefirió escuchar los susurros que se las dedicaban al oído.

La guitarra del Flaco sonó con los primeros acordes de “*Seguir viviendo*”

sin tu amor”, el público enloqueció, Ely se paró eufórica dando palmas. Mateo la rodeó por la cintura y entonó sólo para ella:

*“Si a tu corazón yo llego igual,
todo siempre se podrá elegir.
No me escribas la pared,
sólo quiero estar entre tu piel.
Y si acaso no brillara el sol,
y quedara yo atrapado aquí,
no vería la razón
de seguir viviendo sin tu amor”.*

¿Cómo podía ser más interesante escucharlo a él, que al gran artista que desde el escenario se llevaba los aplausos de centenares?

Al finalizar el concierto, todo ocurrió muy rápido pero logró obtener un autógrafo y hasta un beso del ídolo, antes de que la gente de seguridad lo hiciera desaparecer. Los compañeros de Mateo le hicieron señas.

—Luz, tenemos que cargar nuestros equipos en el Jeep —le informó—. Esto va a ser un caos de gente saliendo hacia todos lados, ¿cómo hago para encontrarte?

—No te preocupes, yo vine con amigas, voy a tratar de localizarlas —comentó sacando el celular de su bolso—. Supongo que iremos a tomar algo al centro.

Pero Villa Gesell era grande y él no quiso arriesgarse:

—Dame tu número, en cuanto terminemos, te llamo.

Elizabeth encontró una birome y buscó un papel.

—Anotalo acá —dijo quitándose la remera y señalándose el pecho—. Tal vez me des tu número verdadero si te prometo guardarlo en mi corazón.

La piel de Mateo era firme, brillante. Tuvo que reconocer que había espacio de sobra. Seguramente no se dedicaría sólo a la música. El dueño de ese cuerpo, sin dudas, pasaba muchas horas en el gimnasio.

La promesa de un nuevo encuentro quedó encerrada tras la tela de la remera de él, para cuando volvió a calzársela. Le acarició la barbilla sonriéndole, antes de subir con un par de zancadas al escenario.

Ely acordó con sus amigas, encontrarse en el ingreso del parador, y quince minutos después estaba junto a ellas. El interrogatorio al que la sometieron desbordó los límites de lo aceptable.

—Te le pegaste como garrapata —aseguró Miriam dejando en claro su

censura.

—¿Lo conocés de antes? —indagó Diana.

—¿Te lo apretaste? —quiso saber Lea.

—Ya me jodieron la noche —afirmó indignada. ¿De dónde salía tanto reclamo? ¿Quiénes eran para poner en duda su proceder?— Me voy al departamento.

Cuando Elizabeth Telerman impostaba la voz de aquella manera y con el ceño fruncido, le quedaba claro a todo el mundo que el punto final había sido puesto. Se miraron las tres y decidieron caminar tras ella. La noche había acabado.

El lugar era pequeño, ninguna se animó a cuchichear por miedo a que la protagonista del entredicho las oyera. Cuando Diana consideró que el cansancio del viaje y del primer día de playa había terminado con las reservas de las otras dos, se acercó a la cama de Ely, la tocó en el hombro para que le hiciera lugar junto a ella, se recostó a su lado y preparó el oído para el cúmulo de novedades que sabía la embargaban.

—No sé explicarlo —comenzó y era cierto. No podía transmitir lo que le ocurrió esa noche con él—. Lo vi subir al escenario y quedé prendida de Mateo.

—Bueno... al menos sabemos el nombre. Muy bíblico, por cierto.

—Me sonrió, me guiñó un ojo, cantó para mí y tuve la sensación de que sólo él y yo estábamos en la playa.

—¡Qué romántico! —se burló.

Elizabeth intentó ver el gesto con el que su amiga había hecho la exclamación, pero la oscuridad se lo impidió.

—Dijo que yo era su luz, me cantó al oído todas las canciones del *Flaco*. Me mantuvo cerquita —comentó exteriorizando la emoción que la inundaba al recordar los momentos vividos con Mateo.

—Ely, como una noche distinta... está bien. Todas queríamos tener una noche así —consintió, para luego advertirle—, pero tené en cuenta que no lo conocés. Es un extraño, un músico que vaya a saber una en qué anda. Vos sos una mina tranquila, pensás antes de hacer las cosas. Fue un impulso y te dejaste llevar, pero tenés que tener más cuidado. Había mucha gente, el tipo parece grandote, bien pudo haberte arrastrado hasta los médanos y violarte, o asaltarte y nosotras ni enteradas.

No fue miedo lo que sintió junto a él. Lo que Mateo transmitía era seguridad, sensualidad, placer. Pero debía reconocer que Diana estaba siendo

sensata y su consejo bien pudo habérselo dado ella misma si la situación fuera a la inversa.

—Me pidió que le escriba el número de mi celular en su pecho.

Diana se sentó en la cama. Esperaba que no hubiera sido tan tonta de entregarle el real. Por las dudas, se lo preguntó.

—Sí. Le di mi número —confirmó.

La amiga la tomó del brazo arrastrándola fuera de la cama y del cuarto, llevándola hasta la cocina que también cubría los servicios de una pequeña sala. Prendió la luz luego de cerrar la puerta.

—¿Para qué le diste el número?

—Tuvo que ayudar a sus compañeros a cargar los equipos en un auto y era la única manera de encontrarnos después.

—¿Pensabas verlo después? —pero de inmediato se dio cuenta de lo tonta de su pregunta y reformuló— ¿Te llamó? ¿Hablaste con él? ¿Cuándo? No te quedaste sola y no te vi hablando por teléfono.

—Apagué el celular cuando ustedes empezaron a atosigarme con preguntas.

—De manera que no sabés si te llamó.

—No.

Se miraron la una a la otra. La intriga se apoderó de ambas. Ely abrió su bolso, buscó el móvil, lo prendió. Había dos mensajes de voz de distintos números de líneas locales.

La buscó entre la gente sin hallarla. Entró al parador y pidió prestado el teléfono. Juancho lo ayudó a entender los números escritos en su pecho. Sonó una, dos, cuatro veces, hasta que el contestador con la voz de ella, le indicó que podía dejar un mensaje.

—No tengo celular, así que si no me atendés, va a ser difícil encontrarte.

Imaginó que lo llamaría al número desde donde intentó comunicarse con ella. Sus amigos y compañeros de banda, pidieron tres cervezas al encargado de la barra para acompañarlo en la espera.

—Bueno... —dijo el Mono—, anotemos el día de hoy en el calendario. A nuestro *Latin lover*, lo dejaron plantado y calentito.

—Yo te banco cinco minutos más —aseguró Juancho, acariciando el muslo de la chica que lo acompañaba—, pero después voy a estar muy ocupado. ¿Verdad, nena?

La mujer lo besó para que acortara los tiempos y el reloj del muchacho se apresuró. Tiró un billete sobre el mostrador, palmeó el hombro de Mateo, rodeó por la cintura a la chica y se fue con ella.

—Tengo el Jeep cargado afuera con los instrumentos —le recordó el Mono—. Los de seguridad en un rato se van. ¿Vas a seguir esperando?

No. No lo haría. No tenía en claro por qué lo estaba haciendo en ese momento. Por alguna razón que no comprendía, detectarla en el público le había despertado intriga, cuando la tuvo cerca descubrió que contaba con un lado tierno. Una estupidez total, pero así había sido. Como un idiota le había hecho el papel de tarado embobado toda la noche y la muy turra se había quedado con un autógrafo del *Flaco* a su costa, para luego ignorarlo.

—Llevemos los equipos a tu casa y salgamos a recorrer la noche, Mono. Si hoy no la meto, voy a terminar cayendo en la boludez extrema.

Con él eran amigos desde el primer año de la secundaria. A Juancho lo conocieron en un boliche y congeniaron de inmediato. El trío lo habían formado hacía poco menos de un año. Tocaban como teloneros en algún que otro show y de relleno en pubs. Juancho era extrovertido, tocaba el bajo y manejando el ritmo era inigualable. El Mono pertenecía a una familia acomodada del conurbano bonaerense; le debía su mote a que a pesar del tamaño que ostentaba, era ágil; su herramienta era la batería y descargaba en ella no sólo arte, sino también parte de la agresión que padecía desde chico. Mateo era la voz y el guitarrista del grupo, aunque componía en el piano. Se complementaban y eran armónicos, pero por el momento no se destacaban. Estaban en Villa Gesell por invitación de los padres del Mono. Al parecer, los amigos lo mantenían emocionalmente estable y eso les permitía vacacionar más tranquilos. Poco esfuerzo les costó conseguir acompañantes, una vez que se vieron libres de tener que proteger las herramientas de trabajo. En el primer boliche al que entraron, se dieron el lujo de elegir:

—La de las tetas grandes y redonditas —aclaró el Mono— es mía. Podés quedarte con el descarte.

Mateo sonrió— Vas a tener que analizar con tu terapeuta ese empecinamiento, macho. Tu vieja no te debe haber amamantado de chico.

—No me hagas pensar en si mi vieja me dio la teta justo ahora que las de la minita ya me despertaron. No seas hijo de puta. Si te dejaron plantado, buscate un sustituto —aconsejó dejándolo a su suerte.

Oteó el lugar. Una morena de minifalda le recordó cuán hombre era. Se acercó a ella:

—Bailemos —le indicó y la chica no se opuso.

Primero demostraron que sabían moverse y que por muy agitada que fuera la música, el aire no les faltaba. Luego, con los temas lentos, conocieron la conexión rápida que podrían conseguir entre las sábanas. La chica quiso beber algo fresco, se acercaron a la barra y pidieron una cerveza para ella y un *Gin Tonic* para él. En tanto aguardaba para que se los sirvieran, descubrió al Mono que o buscaba otro lugar donde comerse a la tetona, o en cualquier momento tendría que ir a separarlo de los de seguridad que tratarían de echarlo a la calle por conducta indecente.

La morena se acabó su bebida con rapidez y él la imitó. Un espacio en penumbras cerca de la cabina del disc-jockey, le otorgó el ambiente apropiado para llevar a la muchacha, besarla con furia contenida, constatar cuán turgentes eran sus pechos, y averiguar que no sería complicado introducirse en ella allí mismo. Con los permisos concedidos, sacó un condón del bolsillo de su pantalón, en tanto ella gimió expectante. Sació su instinto con ganas, la sintió suspirar y moverse a su ritmo. Recobró la cordura cuando al salir de ella, las luces se prendieron, la gente lo empujó. Se acomodó la ropa tratando de ocultar a la mujer, tras de sí. Subió a un parlante para enterarse los motivos del revuelo. El Mono tenía a un guardia de seguridad colgado de su cuello por la espalda, y a otro lo mantenía alejado apoyándole una manota en la frente. Tal y como lo había imaginado, su compañero no se habría aguantado a buscar un sitio tranquilo y habría avanzado con la tetona frente a todos. Saltó desde el parlante al piso, avanzó hacia la zona del litigio. Empujó, recibió y entregó algunos golpes, esquivó otros tantos. Finalmente, y como de costumbre siempre que acompañaba a su amigo, eran despedidos del establecimiento con la advertencia de que no regresaran.

—¡Mierda! —exclamó el baterista— Me rajaron antes de que pudiera meterla.

—Te agradezco que el quilombo lo armaras después de que la metiera yo —se burló Mateo.

Sentados en el cordón de la vereda, el Mono sacudió su mano para alejar el dolor, en tanto el guitarrista se limpió un hilo de sangre que desprendía su labio inferior. Se rieron ante la situación.

—Siempre termino así cuando estoy con vos —reclamó Mateo.

—Por lo menos conmigo acabás.

Caminaron hasta el Jeep, saltaron tomándose del travesaño para subirse a él y regresar a la casa de los padres del Mono. Mateo observó el teléfono

sobre la mesa del living. Se acercó a un espejo, copió en un papel el número que, aunque algo borroso, todavía podía leerse y marcó para dejar grabado en el contestador—: No te alejes tanto de mí, Luz —parafraseando otro tema de *Spinetta*, que esa noche también le había susurrado al oído.

CAPÍTULO 3

Fueron despertándose cerca del mediodía. Entre las cuatro prepararon el desayuno sin cruzar más que el saludo. Sentadas a la mesa, el clima era tirante.

—Ok —rompió el hielo Elizabeth—, me queda claro que el enojo es conmigo.

—No es enojo, Ely —comentó Miriam—, es que nos propusimos pasarlo bien juntas y el primer día te cortás sola con un desconocido. Nos tenías preocupadas.

—Lo siento, no me di cuenta.

—Vinimos juntas, dijimos que haríamos todo en bloque —confirmó Lea—, si pensás cambiar las cosas, al menos avisanos y lo discutimos.

—No entiendo —las cortó—. Sí es cierto que planeamos venir juntas de vacaciones y que si me surge un plan, por consideración a ustedes tengo que comunicárselos, pero de ahí a estar como siamesas todo el mes, hay una diferencia.

—No decimos como siamesas, pero tu conducta de ayer, deja mucho que desear.

—¿Qué dijiste, Miriam? —preguntó comenzando a inquietarse y dejando la taza sobre el plato— ¿Qué te resulta indeseable de mí? Un tipo muy atractivo me cantó al oído durante todo el show, me tomó de la mano y me propuso ir a beber algo. ¿Qué tiene de malo eso?

—Si no te frenábamos, hubieras terminado quién sabe cómo.

—Quién sabe cómo, no —se defendió—, hubiera terminado como espero terminemos cada uno de estos días. Feliz y conociendo a alguien interesante.

—Sabés a lo que me refiero —aclaró Miriam.

—Paren un poco —intentó intermediar Diana—, Ely se copó con un tipo. No era un cualquiera, era un músico que además la ayudó a estar cerca de *Spinetta*. Creo que tenemos que rever el acuerdo que hicimos antes de venir. Yo de acá me quiero ir con al menos un suspiro de recuerdo. Si pinta alguien, pienso tranzármelo.

—¡Diana! —la frenó Lea.

—Diana, las pelotas —aseguró—. Tenemos dieciocho años, salvo vos, el resto somos todas vírgenes.

—¡Ay! —se quejó la aludida—, tampoco tenías que andar ventilándolo.

—La que ventiló fuiste vos, yo sólo te envidio —comentó con picardía—. Con lo que me hubiera gustado a mí, que Rubén pasara a mayores. Pero el muy turro me dejó antes de que lo probara.

Elizabeth sonrió y al resto no le quedó más remedio que imitarla.

—Chicas, les aseguro que no vine con la idea de llevarme una aventura, ni de perder mi virginidad. Pero ayer todo fue mágico y no me arrepiento de haberlo vivido. No sé si lo volveré a ver —dijo con nostalgia— pero si lo veo, voy a querer conocerlo mejor, voy a querer estar a su lado. Si eso es un inconveniente para nuestra convivencia, díganlo ahora. De lo contrario prometo tenerlas al tanto de mi paradero.

—Tenemos que ir de compras —comentó Lea—, pero yo no me animo a pedir forros en la farmacia. Eso que lo haga otra.

Miriam se atragantó con el sorbo de café con leche y todas rieron.

Con los puntos aclarados, se repartieron las tareas antes de ir a la playa a pasar el resto del día.

Tirada sobre la manta bajo el sol, cerró los ojos y se mantuvo callada para que pensarán que dormía. Se dedicó a tratar de comprender qué la había movilizado tanto de Mateo. Su dulzura, su voz, la calidez de su contacto, el contraste de la piel de él sobre la suya. Todo el conjunto lo convertía en un sueño que quería volver a vivir. Pensó en llamarlo a los números que mantenía guardados en su celular. Desistió, tal vez lo mejor sería atesorar el día anterior y no continuar avanzando.

Entre comentarios, regresaron al departamento, se ducharon, cenaron y se arreglaron para ir a bailar a alguno de los boliches en el acceso a la ciudad.

Juancho consiguió entradas gratis para los tres. Después de ensayar toda la tarde en el garaje de la casa de los padres del Mono, tenían la noche libre. Se sentaron a tomar un trago en la barra. Un par de chicas se acercaron a ellos. Luego de intercambiar pocas palabras, Juancho se dirigió con una a la pista y Mateo degustó la boca de la rubia.

Entrada la noche, lo divisó. Los ojos de Ely ajustaron la mira para dar crédito a lo que sucedía a pocos metros de ella. Su cantante dulce y romántico,

hacía que una chica se retorciera junto a él. La besaba con descaro, recorría partes privadas de la mujer ante los ojos de todo un boliche. En un principio se sintió afortunada de no ser ella quien se expusiera tan abiertamente ante la gente. Al segundo, la envidió. Aquella desconocida estaba gozando. El calor la abrasó desde los pies hasta el cuello. Sus labios le reclamaron la necesidad, su cuerpo se estremeció cuando el bello se le erizó junto con otras partes del cuerpo. ¿Qué le ocurría? ¿Qué era lo que le impedía ser dueña de sus emociones? Alguien la invitó a bailar y aceptó. Con intención, eligió un lugar de la pista donde el músico pudiera verla. Poco tardó en darse cuenta que la había detectado. Mateo continuó su despliegue erótico con la rubia, pero ahora sin dejar de mirarla a ella. Tuvo la sensación de que le dedicaba cada caricia que le entregaba a la otra. Empecinada en arrancarlo de su mente, pero no sin antes dejarle ver cuánto perdía con el cambio, Ely se movió sensual al compás de la música. Su acompañante lo entendió como una propuesta y acortó las distancias.

Mateo sonrió sentado en los sillones, para no exteriorizar aquello que no terminaba de digerir. La inocente muchacha del concierto, esa noche se movía ante sus ojos provocando de manera frontal y abierta como una experta. Tomó a la chica, con la que estaba, por la cintura y la colocó a horcajadas de él. Le pasó las manos por el trasero incitándola a moverse y aceptar el juego.

A cada segundo que pasaba, Elizabeth se excitaba más. Se avergonzó de él, de la rubia y de ella misma. Era un duelo erótico entre tres, sólo que uno de los integrantes desconocía que estaba participando. Llevó las manos a su cabello azabache y lo arremolinó con sensualidad. Mateo le guiñó un ojo. El partenaire de Ely la tomó de las caderas para que se moviera hacia abajo y hacia arriba con él, acompañando la música. Lo hizo, esa noche era otra mujer. Una que respondía a la mirada del hombre que le susurró al oído y ahora, encendiendo a otra, le prendía fuego a ella.

—Vamos a un reservado —le propuso el extraño.

Se negó, su interés estaba a tres metros de ella y no se apartaría de ese lugar.

—No me gustan las calienta braguetas, nena —le advirtió el desconocido—. Si no querés terminar lo que empezaste, el bailecito se acaba acá.

No le contestó, ni le importó que la dejara sola en la pista. Los ojos color cielo de ella, desafiaron a otros color ámbar. Se acercó a Mateo parándose con las manos en la cintura y las piernas algo separadas sobre los altos tacos. El músico recibía los besos de la mujer que tenía en su falda, mirando a Ely

con una sonrisa de lado.

—Pediste que no me alejara tanto —le espetó— ¿Cuál es la distancia que proponés como límite?

Ya lo había sorprendido con el baile sensual que había representado en la pista, pero jamás imaginó que aquella muchacha que le había despertado tanta ternura, se plantara ante él con ese desparpajo. Todas eran iguales, finalmente no había una rescatable. Confirmó las teorías que desde niño consideraba reales. Las hadas no existen, las dulces doncellas, menos:

—No hay límites, Luz —le aseguró—, yo no los tengo y veo que vos tampoco. ¿Te cierra un trío, preciosa? —le preguntó a la mujer cuyo trasero aferraba y que pareció aceptar la propuesta.

—Para cuando termines con tu gatita, ésta leona estará en un dúo —dijo dándose la vuelta y perdiéndose entre la gente de la pista.

Los ojos de Diana se abrieron por el asombro que le causó escuchar a su amiga contándole lo que acababa de hacer:

—¿Pero vos estás loca? ¿Cómo le vas a decir eso?

—¡Que se vaya a la mierda! Es un simulador —afirmó Ely—. Pretendió hacerme creer que era un dulce y mirá cómo mostró la hilacha.

—No te entiendo. Vivís sacándote de encima a los melosos —le recordó la confidente—, llegás a Gesell y te embobás con uno. Cuando te demuestra lo equivocada que estabas, lo provocás. ¿No te das cuenta del peligro?

—No me gusta quedarme con las ganas de nada. Ese tarado no tiene dos dedos de frente, no le pienso dar el gusto de creer que me gana ni a las bolitas.

—¡Ay! Olvidate de él. Hacé de cuenta que tus vacaciones empiezan ahora y olvidate de ese estúpido.

—Por supuesto que sí —confirmó—. Vayamos a ver dónde están las chicas y divirtámonos, que para eso somos jóvenes.

No pudo continuar el juego que había iniciado. Su erección era dolorosa, pero no pensaba calmarla con la mujer que, con el cuerpo, le rogaba piedad. De ninguna manera. Sería con Luz con quien buscaría el alivio. Entregó un suave chirlo en el trasero de la muchacha, antes de despedirse:

—¿Qué pasa? —se quejó— Hasta hace un momento te gustaba.

—Y me gustás, preciosa —reconoció acariciándole la barbilla y quitándosela de encima—, pero me acaban de arrojar un guante y la que lo hizo necesita tomar mucha sopa antes de provocarme a mí.

Desde el lugar, escudriñó el entorno sin poder divisar a nadie. Buscó un parlante, se subió en él y achicando los ojos para evitar ser enceguecido por los destellos de las luces, logró reconocer primero al Mono, que desde la barra competía con otro tipo a ver quién se tomaba mayor cantidad de chupitos de tequila en menos tiempo. Esa noche también habría rosca por su culpa. En los sillones de un reservado creyó ver a Juancho revoleando cual poncho, la remera de la rubia que tenía encima.

“Si no se arma por el Mono, se arma por Juancho”, pensó.

Finalmente, en el medio de la pista, encontró lo que buscaba. La que presumía de leona, bailaba con otras tres. Sabía hacerlo, no le cabía duda. Saltó al suelo, caminó hacia ella. Volvió a sorprenderla posándole una mano en el abdomen y apoyando su pecho a la espalda de piel blanca y descubierta de ella.

—¿Así que una leona? —le susurró.

Elizabeth giró en sus talones haciéndole sentir el contacto con su cuerpo —: Más que una leona. Lástima que vos no tenés alma de domador.

—La música calma a las fieras. ¿Querés que te calme?

—No, bombón. La calma ya la conozco —le enrostró separándose de él y tomando la mano de Diana para bailar un rock al mejor estilo de los sesentas.

“¿Tierna o fiera? —dudó antes de decidir— Sus dos versiones me gustan”.

El bullicio dejó en claro desde qué sector había comenzado el revuelo. Los gritos provenían de la barra, otra vez el Mono habría dado la nota. No le quedó más remedio que participar en ella, sobre todo cuando un golpe en la espalda proveniente del puño de Juancho, lo obligó a apresurar la decisión.

—Son tres matones —aseguró Lea viendo el altercado.

—Unos inadaptados —sumó Miriam—. ¡De lo que te salvaste Ely!

Diana le rogó con la mirada a Elizabeth, que regresara a la cordura viendo cómo los ojos de su amiga se inyectaban de deseo con sólo observar al cantante en acción.

—Vámonos —propuso encontrando la excusa que les otorgaba la pelea para alejarla de quien, estaba segura, podría convertirse en el peor de los problemas de Elizabeth.

Dentro del boliche, el calor era agobiante y agradecieron el viento fresco que imperaba en la calle. Comenzaron a caminar rumbo al departamento. Lea y Miriam despotricaban contra los músicos y su falta de ubicación. Diana hacía bromas relacionadas con el tamaño del gigante, que al parecer había iniciado

el conflicto. Elizabeth, se mantuvo callada reviviendo la noche. Jamás un hombre la había dejado en tal estado de ansiedad, con ninguno había generado tal cantidad de adrenalina. El cuerpo le suplicaba. Él, le había propuesto calmarlo.

CAPÍTULO 4

Llevaba una semana en la playa y el sol comenzaba a dorar su piel blanca, haciendo que el azul de sus ojos destacara aún más. Lea arrojó con enojo el libro que estaba leyendo, provocando que la arena revoloteara y se le metiera en los ojos.

—¡Cuidado! —se quejó.

—¡Ay, Ely, perdón! Es que me enojé con la novela —se disculpó ayudándola.

—¿Por qué? ¿Terminó mal?

—No. Terminó genial.

—¿Entonces?

—Es que... al leer me encariño con la historia y los personajes. Cuando sé que voy llegando al final, comienza mi batalla por demorarme o terminarla. Y, bueno..., me ganó la ansiedad.

—Sigo sin entenderte.

—Que ahora se acabó, no más de ellos dos, y yo lo pasaba genial metiéndome en sus vidas.

Elizabeth rio a carcajadas.

—¿Me prestás la novela? A ver si me entretengo con los personajes y dejo de pensar tonterías un rato.

Contadas veces cambió de posición. La lectura la había atrapado y apenas tuvo lucidez como para ir girando de tanto en tanto y que el sol no la abrasara de un solo lado. Una silueta le tapó los tenues rayos que le quedaban al día. Frente a ella y en cuclillas, la piel morena y la sonrisa de dientes blancos, la admiraban. Cerró el libro y lo dejó boca abajo sobre la manta.

—Buenas tardes —la saludó Mateo.

—¿Vos por acá? ¿Qué ocurrió? ¿Perdiste a la gatita?

Sonriendo, se recostó junto a ella boca arriba, colocando los brazos a manera de almohada depositó en ellos la cabeza antes de decirle:

—Las gatas maúllan de noche.

—No te invité a que te acomodaras —lo reprendió situándose de costado para alejarse del contacto con el cuerpo de él.

—Tus ojos me invitaron, Luz —aseguró apoyándose sobre un lado para tenerla de frente y acariciarle la mejilla.

Trató de ubicar a sus amigas mirando a uno y otro lado, seguramente estarían en el mar o en medio de algún partido de vóley. Estaba a solas con él, portando simplemente un biquini y tratando de no caer rendida ante lo dorado y reluciente de la piel de Mateo. Se dejó caer de espaldas con la mitad de su cuerpo sobre la arena, entregándole el dominio de la manta a él, pero logrando poner distancia.

—Me llamo Elizabeth —lo corrigió y aseguró—: Los ojos de una mujer, no son lectura apta para los hombres. Generalmente entienden en ellos lo que quieren.

Mateo se incorporó sobre un codo, pasó el otro brazo por sobre el cuerpo de ella apoyando la palma en la arena y mirándola a los ojos.

—Comprobémoslo —propuso—. En tus ojos leo ansiedad, deseo, reproche. ¿Me equivoco?

—De pleno —aseguró ella—. Mis ojos en estos momentos se preguntan qué hicieron para toparse con vos a cada rato.

—Me hechizaron —confesó, respirando el aire que ella exhalaba, turbado en su mirada, confundido—. En un momento de debilidad se apoderaron de mí y me situaron a sus pies, para honrarlos como más les guste.

Su voz, su mirada ámbar, el calor que desprendía su cuerpo musculoso y varonil. Todo, todo era un carril vertiginoso de velocidad a tope, de deseo que pujaba por ser complacido, pero que nacía desde el pecho, más que de su femineidad inalterada.

—¿Mis ojos son tus amos? —preguntó reuniendo coraje y desoyendo las voces de sus amigas que, en su mente, volvían a reclamarle que fuera cuidadosa con ese extraño—, ¿ellos mandan?

—Ordenen, mis señores —susurró asintiendo y acercándose más a su boca.

—Quieren que les des una tarde romántica —se animó—, que les cantes bajito y suavcito a capela. Que los seduzcas con dulzura.

Mateo terminó de achicar las distancias, sólo le rozó los labios con el aliento, prometiéndole—: Seré su esclavo fiel.

La tenía embelesada. El simple y suave contacto de aquel hombre y la profundidad de su mirada, le impedían moverse, pensar, reaccionar.

Él se sostuvo en un solo brazo y atrapó el libro que ella intentara ocultar. Con rapidez y utilizando su cuerpo como barrera, abrió en cualquier página y comenzó a leer a media voz.

—*“Se detuvo a admirar sus pechos que acompañaban lo agitado de su respiración”*.

—¡Devolvémelo ya! —ordenó arrodillándose detrás de él tratando de recuperarlo y completamente arrepentida de haberle entregado un segundo de confianza.

La poca gente que quedaba en la playa, estaba rodeando el partido de vóley y no les prestaba atención.

Mateo prosiguió:

—*“Introdujo un dedo entre la copa del corpiño y la suave piel de ella. Amanda sintió a su interior estallar”*

—No pienso escucharte, ni seguir peleando —decidió sentándose de espaldas a él, como una nena encaprichada.

Dejó el libro sobre la manta, se acomodó detrás de ella rodeándola con las piernas, recorrió con suavidad los brazos cruzados de la mujer, acercando una mano a uno de los senos, pero sin tocarlo.

Elizabeth respiró hondo y contuvo el aire.

—¿Creés lo que dicen las novelas que lees? ¿Confiás en que un hombre pueda hacer estallar todo tu interior con un simple roce?

—Acabo de aceptar que mis ojos te hechizaron —respondió dándole a entender, que si pensaba burlarse de ella, antes sería él el burlado.

—Y lo hicieron —volvió a asegurarle—. Pero me abandonaste para que otro mercader intentara llevarme.

—No confío en los esclavos, siempre buscan su libertad.

—Pero yo lo soy por elección. Elegí tus ojos para entregarme a ellos —le aseguró susurrándole al oído y abrazándola—. Y, sí puedo, Luz.

—¿Qué es lo que podés? —preguntó intentando desprenderse de la hermosa sensación de tenerlo tan cerca.

—Hacerte estallar aún sin tocarte. Mostrarte el placer que podés sentir, siendo mujer en mis brazos.

—Estás yendo demasiado rápido —opinó frenándolo y sin amilanarse ante la superioridad que él pretendía imponer.

—Estoy respondiendo a tu ritmo, a tu llamado.

—No seas caradura. Yo no te llamé jamás.

La acercó más a él, achicando también la distancia entre las piernas, para

encerrarla perfectamente dentro de ellas.

Jamás había estado tan íntimamente con un hombre. Podía sentir incluso su virilidad. Para cuando comprendió que su cuello era recorrido por besos, intentó separarse.

—¿Qué miedo tenés? —le preguntó bajito al oído, intentando retenerla— Soy tu esclavo, acato tus órdenes.

—Sos un vivo, pero yo no soy una gatita —observó con el ceño fruncido y alejándose del calor de su piel.

—No. Dijiste que eras una leona y yo acepto. Sé mi leona, Luz.

—Tengo otros planes —respondió levantándose, guardando el libro dentro del bolso y tironeando por la manta para que él se incorporara.

Molesto por el rechazo, se sacudió la arena de la malla—: Volvés a abandonarme para que me lleve otro mercader —aseguró parándose a pocos centímetros de ella—. No sé quién sos, Luz. Estamos haciendo todo mal. Vos por cuidarte de mí, y yo por no terminar de comprenderte. La otra tarde me sedujiste con una sola mirada. Algo que dije o hice, lo entendiste mal y desde entonces entablaste un duelo que no nos lleva a nada. Definite de una vez.

Quedó mirándolo. Parecía arrepentido de haberla abordado tan precozmente. Aquellos ojos color ámbar, guardaban ternura y también deseo. Volvió a confiar en ellos:

—Dije que me llamo Elizabeth.

—Un nombre con tanta garra como su dueña. Pero para mí sos mi luz, dudo que pueda llamarte de otra manera.

Caminaron por la orilla. Anochecía, Ely les avisó a sus amigas que se reuniría con ellas para la cena.

—¿Vivís de la música? —indagó.

—No —contestó riéndose—, trabajo para mantenerme. La música es mi pasión, algún día también será mi oficio.

—¿De qué trabajás?

—El padre de mi amigo tiene una empresa de mudanzas. Trabajo con él.

—¿En las oficinas?

—Voy a tirar por tierra todas tus ilusiones —comentó esbozando un ridículo puchero—, soy de los que ejercen la fuerza bruta.

Sorprendida, lo miró desconfiando.

—Te lo juro —aseguró tomándola por las piernas y cargándosela al hombro.

—Bajame Mateo —le rogó envuelta en risas. Pero él no le hizo caso y

caminando por la orilla del mar, pateó el agua para salpicarla.

—¿A qué se dedica la hechicera?

—Acabo de terminar la secundaria —comunicó.

El terror se apoderó de Mateo, obligándolo a bajarla de inmediato.

—¿Cuántos años tenés?

—Dieciocho. ¿Y vos?

—Veinte —comentó aliviado al saber que no era una menor.

—En Abril comienzo psicología en la UBA. ¿Vos estudiás?

—Estudié música, pero ahora voy a dedicarme de lleno al laburo, porque quiero ahorrar.

—Ahorrar ¿para qué?

—No quiero cantar toda mi vida las canciones de otros. Quiero componer las mías —comentó simulando tocar un piano imaginario— y largarme a probar suerte. Estoy ahorrando para irme a Estados Unidos, a la cuna del blues.

—Te vas —dijo sin poder evitar que su voz sonara apenada.

Mateo se paró cortándole el paso. La miró a los ojos, le acarició la barbilla, deslizó la mano hasta la nuca para acercarle la boca a la de él. La besó con ternura y al mismo tiempo deseo. Finalmente estaba en ella y la recorrió con tiempo, intentando conocer cada centímetro de su interior. Era suave, dulce, cálida. Le supo a gloria, la descubrió inocente. Esa hechicera desconocía sus poderes, pero estaba seguro de que los poseía. Tal vez sí existía una mujer así.

Elizabeth, entendió que perdería el equilibrio si no se asía de él. La diferencia a todo lo vivido con anterioridad, tuvo cabida en ella. Flotaba segura de que su cuerpo carecía de respeto por la ley de gravedad, el pecho le indicó que formaba parte de su cuerpo y adquiriría vida propia, respirando por sí y agitándose. Los pezones le aseguraron que era una mujer, su sexo le confirmó que existía. Un beso eterno, un beso sensual y dulce que se tornó en fogoso ante su respuesta. Pegada a él, piel con piel, con los ojos cerrados y la emoción despierta. Un hombre, una mujer, el mar de frente, el sol ocultándose tras ella, y toda su vida perdió cualquier sentido que no fuera el de permanecer en sus brazos. Creyó morir cuando lo escuchó cantarle al oído:

*“Estaba seguro
que te encontraría.
Es tu sabor*

*el alimento de mi alma.
En tus ojos,
dulce hechicera,
muero entregado.
De tu tesoro
seré el guardián.
No tengas miedo,
no caigas en dudas,
tu luz me alumbra,
voy tras tu amor”.*

Quedaron unidos. Elizabeth era incapaz de romper el contacto, Mateo confió en que su corazón no le mentía. Tanto tiempo descreyendo, tanto tiempo de desear que existiera y finalmente parecía ser posible. Una mujer receptiva que no se dejaba guiar sólo por el deseo. Un alma pura que lo esperaba a él. La inocencia que se conectaba con el alma más que con la entropiada, y entre tanto le gritaba que de su mano conocería la pasión. Iba a guiarla, iba a aleccionarla, sería suya, él ya le pertenecía.

CAPÍTULO 5

Mateo la dejó en la puerta del departamento. Se despidió con dos besos y prometió verla al otro día.

Elizabeth no dio explicaciones, pero todas comprendieron que había estado con él. Cenaron hablando del partido de vóley que el equipo de las chicas había ganado en la playa. Se acicalaron dejando una maraña de ropas abandonadas, donde era imposible distinguir quién era la dueña de cada prenda. Tenían estuches de cosméticos mezclados y desparramados por el baño y el único cuarto.

—En algún momento tendremos que ordenar —reconoció Lea.

—“*No voy a preocuparme hoy, me preocuparé por eso mañana*” —teatralizó Diana recordando a “*Scarlett*”.

Pasaron por el centro, vieron una película en el cine, comieron panqueques con dulce de leche en un local de la peatonal y regresaron casi rondando la madrugada. Ely deseaba que las horas corrieran, para que llegara el momento de verlo a él.

Los días se sucedieron rogando por vivir cada uno de aquellos instantes que pasaba con Mateo.

Aquel jueves, el grupo de músicos tocaba en Gesell y las amigas acompañaron a Elizabeth al pub, para escucharlos.

Las esperó en la calle, con el pantalón de jeans desgastado, una camisa clara con los tres primeros botones desabrochados, el cabello largo algo rebelde y la blanca sonrisa instalada en su cara. Toda la frescura de su juventud expuesta, la emoción a flor de piel, la mirada perdida en los ojos de su hechicera.

—Hola, Luz —le dijo antes de besarla.

Las ubicó en una mesa junto al modesto escenario. Juancho y el Mono se les unieron.

—¿Las cuatro son rusas? —preguntó el gigante haciendo referencia a sus ascendencias.

—No —contestó Lea sonriendo—, sólo nosotras tres. Ely es turca.

—¡Andá! —descreyó Juancho—, si es más blanca que la leche.

—Pero mi padre proviene de familia turca —confirmó Elizabeth.

—Ely es una turca exótica —comentó Diana.

—Desde un principio dije que esos ojos eran de oriente —aseguró Mateo.

—No te hagas el vivo —retrucó Elizabeth—. No es común encontrar ojos del color de los míos entre los turcos.

—No es el color, es el poder del embrujo con el que me conquistan— confirmó dejándola con la boca abierta de gusto.

—Estoy segura que ustedes no son de la cole —comentó Miriam para no continuar atrapados en la conversación de los dos melosos.

—Nena —aseguró el Mono mirándole el escote—, yo soy de donde vos quieras.

Juancho le comentó algo al oído, la cara del gigante se desfiguró. Tomándose la entrepierna, aseguró—: ¡Pero de palabra nomás!

Los escucharon ejecutar su show, atentas, sintiéndose la envidia de otras féminas cuando los muchachos, desde el escenario, dejaron en claro que gran parte de los temas se los dedicaban a ellas.

—El grandote me está mirando mucho —comentó Miriam a Lea.

—A vos no —le aseguró la amiga—, a tus tetas.

Se retiraron del local, se subieron al Jeep. Poco espacio quedaba y terminaron dejándolo cargado con los instrumentos, en el garaje de la casa del Mono, para poder ir a caminar por la playa. Mateo claramente intentaba privacidad con Ely y el Mono con Miriam, los otros tres se reían disfrutando de las anécdotas de Juancho.

Con el correr de los días, Miriam comprendió que su pretendiente sólo quería colgarse de su escote y comenzó a empuñar la escoba. Lea y Diana hicieron amistad con un grupo de chicos y chicas del balneario. Ely se dedicó a conocer más a Mateo, y a medida que el tiempo pasaba debió reconocer que existían dentro del muchacho, muchos motivos para sentirse a gusto con él. Sobre todo aquella cualidad en su forma de ser, que tanto montaba una escena romántica, como una divertida.

Caminaron los atardeceres de arena y mar, bailaron las noches veraniegas, besaron los amaneceres salados. Pronto el tiempo junto a sus

amigas se acortó, para extenderse el dedicado a Mateo.

—¿Cómo es tu familia? ¿Tenés hermanos? —preguntó, sentada junto a él en un médano desde donde se podía observar al sol esconderse.

Mateo se tensó.

—Tengo... lo que ves —respondió incómodo—, mi guitarra y poco más de lo que llevo puesto.

—No te pregunté por tu fortuna —indicó ofendida.

—Tampoco tengo de eso.

—¿Sos huérfano? —entendió, arrepintiéndose de haberlo incomodado.

—Como si lo fuera —aseguró parándose, tomando un puñado de arena y dándole la espalda para abrirse a ella—. El que puso su granito, se fue antes de terminar de abrocharse la bragueta. La que lo recibió, también recibía a otros tantos cortina de por medio con mi cama.

Elizabeth abrió los ojos abochornada y con una mano se tapó la boca para no exteriorizar su asombro por medio de ningún sonido.

—El viejo del Mono me dio una mano gigante —agregó, todavía mirando hacia el mar, negándose a mirarla a los ojos para no conocer el rechazo en ellos, por un origen del que no era culpable pero con el que cargaba—. Habló en el juzgado de menores, se puso a cuestras mi tutoría. Le debo la vida a ese tipo. El resto es la vieja historia hedionda, que de vez en cuando aparece para reclamar un mango fácil.

Se paró y se abrazó a su espalda rodeando la cintura de Mateo. Apoyó la mejilla en la piel firme de él, le brindó calor, comprensión. Lo visualizó pequeño e indefenso conteniendo los gritos de angustia e incomprensión por las escenas a las que lo sometió su madre con sus acompañantes. Quiso borrarle lágrimas vertidas, miedos añejos, soledades que no debió sentir. Se apretó más a él, intentando traspasar la frontera física, para recorrer su interior como una brisa fresca que le infundiera esperanzas. ¡Dios!, moría por acunar a ese niño.

—No es un cuentito de hadas, Luz; es la mierda flotando siempre a mi alrededor y que terminó por convertirse en uno de los principales motivos por los que quiero irme a un lugar donde se le haga imposible encontrarme. El viejo del Mono no se merece que, cada dos por tres, mi vieja toque a su puerta. Por eso, en cuanto fui mayor, me alquilé un cuarto en una pensión y los dejé tranquilos. Me da laburo y se lo agradezco, pero con eso y con lo que hizo, ya es más que suficiente generosidad para con un tipo que lo único que ostenta es ser amigo de su hijo.

—No debe ser por esa única razón que te ayudó. Seguramente vos le diste los motivos para que confiara y te brindara su mano.

—La mano que quiero que confíe en mí —dijo observando la diferencia de tonos de su piel junto a la de ella—, es la que me está compadeciendo, y odio provocarte eso.

—Yo soy hija única —comunicó para que se olvidara del tema que lo apenaba, apoyando más la mejilla en el omóplato de él para sentir el justo instante en que por fin se relajara—. Serlo dentro de una familia judía es insoportable, te lo aseguro. Tengo ochenta ojos mirando cada cosa que hago, mil voces recordándome que me abrigue, que coma y como te descuides, diciéndome que hacer y cómo. Por suerte, papi trata de no ser el prototipo de padre celoso y autoritario, porque con mamá y la *bobe*, ya tengo suficiente.

Se rio comprendiéndola y considerando que el extremo de ella, al menos, evidenciaba cariño; no como el que le tocaba vivir a él.

El sonido de su risa, repercutió en la espalda atravesando la piel de Ely e introduciéndose en ella.

—Es tan lindo cuando te reís —comentó con un suspiro de alivio.

Mateo giró sosteniendo las manos que lo rodeaban para que no dejaran de hacerlo.

—Sos muy chiquita, Luz —dijo acariciándole la mejilla, besando sus párpados, obligándose a contener la imperiosa necesidad de fundirse en ella—. No sabés lo que me cuesta no hacerte crecer de golpe.

Comprendió la propuesta de inmediato. Era un riesgo demasiado grande el aceptarla. Se arrepentiría tomara la decisión que tomara. Quería seguir sintiendo cada emoción que él le provocaba, cada caricia que sabía podía continuar otorgándole. Perder la virginidad con un amor de verano, o perderla con cualquier otro, ya no le daba igual. La perdería en algún momento y él estaba allí seduciéndola, excitándola tan solo con un simple susurro, con una sonrisa.

—¿Creciste de golpe? —preguntó cambiando el rumbo de la conversación. No era tiempo aún para que la hiciera crecer a ella.

Mateo quedó mirándola, absorto en sus ojos azules puros y a la vez hechiceros. Lo había comprendido y lo esquivaba. No quería apresurarla, la necesitaba segura—: No es bueno que te hagan crecer a destiempo, lo sé por experiencia. —La tomó por la cintura logrando que Ely apoyara la cabeza en su pecho para poder entregarle un cálido beso en la coronilla—: Tiempo es lo que me sobra. Tu esclavo te cede todo el tiempo que necesites.

Y cumplió su palabra. El resto del mes lo utilizaron en conocerse, en que sus corazones se llamaran y que la piel de uno clamara por la del otro. Mirian, Diana y Lea, aprendieron a prescindir de la compañía de Elizabeth que elegía pasar más horas con él que con ellas.

El sol caía aquella tarde sobre los médanos, el mar parecía calmo, una brisa suave mecía la melena de la muchacha y Mateo quedó perdido en aquel baile sensual y exótico de color de negro azabache. Tan solo dos días y ella se iría. Quería que lo recordara, que la mujercita que le devolvió la fe, no se esfumara con el verano. Le había prometido esperarla y temía que ella lo rechazara si volvía a tocar el tema. Su semblante cambió y de embelesado tornó a apenado.

Elizabeth se acercó a él, acarició sus cejas tratando de que enmarcaran la mirada ámbar tranquila y dulce a la que estaba acostumbrada. Él se dejó mimar, encerró con su mano aquella que lo gratificaba, besó su palma y la guio hasta su pecho:

—Así late, sólo por vos —le aseguró refiriéndose a su corazón—. Así es como encuentra motivos para seguir despertándose cada mañana. Borraste más que un pasado de dolor que pretendía hundirme en la soledad, escribiste las páginas de mi mañana.

—Quiero que escribas en mí, Mateo. Quiero que grabes tu nombre sobre el mío —levantó la mirada buscando la de él— Quiero crecer de tu mano.

Los ojos del muchacho se cerraron con fuerza, en tanto aspiraba y el aire llegaba a sus pulmones, cubierto de sal e inocencia. ¿Cuánto de seguridades habría en sus palabras? ¿De cuántas de ellas serían responsables sus caricias?

—Voy a ser tu guía, no lo dudes. Nací con ese único fin —aseguró abriendo los ojos, buscando si los de ella decían lo mismo que su boca de labios rosados y dulces. El deseo lo impulsaba a no preguntar, a no cuestionarla. La razón lo obligó a asegurarse—: Mi hechicera, sos la dueña de los tiempos. Cuando lo digas, cumpliré tu pedido.

—Al parecer, preciso un tutor —respondió aceptando.

La miró por un instante eterno. Sopesó cada palabra, evaluó cada una de las posibilidades. Había querido estar en ella desde el mismo momento en que la detectó entre el público. Por extraño que parecía, se limitó a disfrutar tan sólo con su compañía desde ese día, aunque en más de una noche calmó sus ansias entre otras piernas. No quería que fuera como el resto, la quería pura y

sólo para él. La tentación era inmensa, las consecuencias sólo las padecería ella..., o tal vez no. Tal vez no hubiera consecuencias.

—No digo que no, jamás —le aclaró muy serio, otorgándole tiempo para que volviera a pensarlo.

—No dije que sí antes —sostuvo Elizabeth.

—Lo sé.

De haberla besado en ese momento, la habría hecho mujer allí mismo y sobre la arena. Ella merecía que su cuento de hadas fuera distinto.

—Los viejos del Mono se fueron al casino de Mar del Plata y regresan mañana —comunicó—. Te propongo una cena de pizza y cerveza en casa de ellos.

La adrenalina de Ely subió a picos inesperados. Mateo saborearía de postre su inocencia. De pronto el miedo y la ansiedad le jugaron una mala pasada. Detectó que los ojos ámbar leyeron su duda y con rapidez se dispuso a solucionarlo:

—No estoy protegida.

—Yo sí —arrinconó con la respuesta.

—En ese caso, esclavo..., acepto su invitación a cenar.

—No te invito sólo a eso —advirtió para que no le quedaran dudas.

—Lo sé. También acepto lo que ocurra después.

La besó finalmente. Estaba dispuesto a entregarle solamente el tiempo de esa cena para que recapacitara. Primera vez en la vida que le otorgaba a una mujer esa posibilidad. Por alguna razón, en los ojos de ella supo que no sería necesario y aun así se la brindaría; porque por mucho que deseaba escribir en el corazón de Ely, dudaba que él fuera el indicado para hacerlo.

Llegaron con la caja de pizza y una cerveza. Mateo colocó en el buzón de entrada, el sombrero que le indicaba a sus amigos que el ingreso estaba prohibido. Un código entre hombres que utilizaban cuando la oportunidad lo exigía. Se sentaron a la mesa a degustar la cena. Trató de llevar la conversación a temas que la relajaran y le ahuyentaran los miedos. Ely lo obligó a que la ayudara a dejar todo limpio y en orden. Cuando el último elemento de vajilla regresó en condiciones a su sitio, los ojos del músico volvieron a observarla intentando comprobar que ella continuaba dispuesta. La ansiedad de días finalizaría esa noche, pero el tiempo era primordial, debía guiarla de la mano por un camino dulce y convertirla en adicta a él, no al acto en sí. Se sintió mezquino, el primer hombre de una mujer, no solía ser el último. Volvió a mirar los ojos que lo embrujaron hasta tirar por tierra su

segura convicción de que no existía mujer que valiera una emoción. La tomó de la mano conduciéndola al cuarto que compartía con sus amigos. Le acarició la mejilla admirando la negrura azabache de su cabello, lo claro de su piel, lo azul de sus ojos. Era suave como un bebé, atractiva al punto del pecado que ella jamás había cometido, pero en el que él la iniciaría. La haría mujer y antes de lograrlo, ya tuvo en claro que jamás podría desprenderse de ella.

—Sos una belleza exótica, Luz. Un sueño dulce y extraño, que no viví antes.

La inmediatez del momento recorrió el estómago de la muchacha. El miedo a lo desconocido se enfrentó con la ansiedad por saber, por sentir, por vivir.

—Nada es obligación. Sólo decí que no, y nada que no quieras que pase va a pasar —aseguró sin avanzar con las caricias—. Pero si decidís seguir adelante, voy a demostrarte que dos cuerpos son uno cuando gozan, que así como tengo el poder de hacerte mujer, vos tenés el de despertarme este deseo.

Desató lentamente el nudo de la camisa de ella, besándole el lóbulo de la oreja. Desprendió los dos botones que le impedían llegar al corpiño del bikini y acompañó con suavidad la prenda para que cayera al piso.

—La mujer tiene la llave para convertirnos en hombres —continuó, pegando los labios a su cuello—, y nosotros nacimos para demostrarles que lo somos.

Elizabeth se mantenía quieta, petrificada en medio del cuarto. Entregada a la experiencia de él, absorbiendo sus palabras, erizándose con su contacto. Sintió cómo le desprendía el moño de las cintas en el cuello, cómo apoyó su pecho al de ella para que el corpiño de la malla no la expusiera con tanta rapidez, en tanto desabrochaba también el resto de las tiras.

—Cada centímetro de tu cuerpo fue hecho para sentir. Cada parte del mío para demostrarte cuánto —indicó evitando pegar su erección a ella, seguro de que eso asustaría a su inocencia.

Le acarició la espalda, le besó con dulzura los labios. Ely aferró entre sus puños la falda de la remera de Mateo y comenzó a elevarla. Reclamaba contacto, reclamaba sentir lo que él prometía. Confió en sus señales. Se alejó apenas para permitir que el corpiño cayera y quitarse la remera, pero mantuvo los ojos en los de la muchacha para que continuara sintiéndose segura y la abrazó con delicadeza acariciándole la espalda. Ella se estremeció ante aquel contacto tan íntimo, escondió los dedos en la melena de Mateo, reclamó su boca y él la entregó gustoso, nuevamente. Se había propuesto mantener la

calma y otorgarle tiempos; ser considerado, maduro, pero la piel expuesta de Elizabeth, era una mecha que lo encendió en llamaradas incontrolables. La boca dulce y suave desapareció bajo la opresión de sus labios carnosos y demandantes. Recorrió con la lengua todo el interior, para luego tranquilizarle el temblor lamiendo suavemente la entrada. Bajó por el cuello apenas dorado por el sol y llegó a su escote. Ely gimió cuando la alzó por los muslos para tener acceso directo a sus senos. Se aferró a él por el cuello, con fuerza, intentando esconder la cara en su hombro. La bajó tan sólo unos centímetros sin soltarla, para que reconociera la excitación que lo embargaba y fuera haciéndose a la idea de que los tiempos se acertaban y que de desistir, esa era la última oportunidad con la que contaba. ¿Por qué le ofrecía tantas chaces para abandonarlo? ¿Por qué no podía limitarse a culminar lo iniciado, si ella ya había dicho que sí? ¿Desde cuándo él ofrecía tiempos a una mujer?

Elizabeth levantó la cabeza, lo miró a los ojos—: Estoy segura — confirmó.

La acercó a la cama, depositándola en ella. Con besos que comenzaron en la boca de la muchacha y fueron bajando hasta el ombligo, fue evitándole el rubor que supo le provocaría el descubrir que ya no contaba con el short y que el tanga de la malla estaba dejando de pertenecerle. La tenía desnuda frente a él. Blanca, dulce, pura. Elizabeth elevó una mano y la apoyó en el pecho de Mateo, para ver con claridad la diferencia de tonos entre ambos.

—Yo soy tu luz y vos sos mi noche soñada —aseguró antes de suplicarle —: Llévame a tu mundo, enseñame a transitar por él.

No rompió el contacto al quitarse el bañador, ni para tomar el condón que dejó junto a ellos sobre las sábanas. Giró recostándose sobre ella, encerrándola entre sus piernas, dejándole claro otra vez su virilidad, pero ahora sin que intermediara ninguna prenda. Acarició sus brazos, desde los hombros hasta los dedos, excitándola y haciéndole sentir el peso de su cuerpo. Le tomó las muñecas y las mantuvo aferradas con una sola mano sobre la cabeza de Ely. Toda Luz a su disposición. Volvió a besarla, en tanto con la mano libre le acarició desde el cuello hasta el pubis. Le demostró los recónditos lugares que el cuerpo femenino contaba para despertar al placer. La supo lista, se colocó la protección liberándole los brazos, la miró a los ojos:

—Confía en mí —le advirtió.

—Lo estoy haciendo —le aseguró en el momento en que sintió que de manera lenta pero segura, comenzaba a dejar de ser una niña.

Ni un paso atrás, ni una sola duda. Allí estaba él haciéndola suya y con su

aceptación. Los ojos de Mateo, clavados en los de Ely, leyendo cada destello. Para cuando todo él estuvo en ella, el tiempo se detuvo junto con Mateo.

—Sos mi luz y soy la noche que te hace mujer —sentenció y el corazón de ambos grabó el momento, condenándolos a la unión eterna.

No pudo responderle. El ardor la embargaba y al instante siguiente su interior reclamó más. Más de él, más de aquello seguramente prohibido, pero infinitamente deseado.

Mateo inició el movimiento y al mismo tiempo volvió a introducirse en su boca, con calma.

Las entrañas de Ely se expandieron y contrajeron, aceptándolo. Quiso gritar de alegría, llorar, hacerle saber lo feliz que se encontraba entre aquellas sábanas y con él, pero se reprimió por miedo a que la considerara una exagerada. Ella misma no podía creer lo que sentía. Lea habló de dolor cuando se refirió a su primera vez, ella sólo había sentido ardor y ahora un placer indescriptible.

—Pedime que siga —le indicó—, decime que todo está bien y que podemos seguir hasta el final.

—No pares jamás —contestó sin pensarlo y Mateo sonrió acelerando el ritmo.

Cuando se sintió apresado, para cuando el interior de Ely le informó que era tiempo, se dejó llevar para no someterla a sus exigencias que reclamaban más. La explosión se inició en su miembro y subió por el pecho hasta llegarle a la garganta. Rugió sobre la boca de la muchacha que sólo podía gemir agitada. Con precaución y cuidado, salió de ella. Anudó el preservativo y lo dejó al costado de la cama. Rodó llevándola con él, Elizabeth era gelatina sobre su pecho.

—Ahora, también sos una mujer hermosa, mi señora.

—No puedo explicarte cómo me siento —confesó besándole los pectorales—, siempre creí que la primera vez sería espantosa.

—Pero soy tu esclavo y te prometí sólo placeres.

Esa noche Juancho y el Mono durmieron en el jeep dentro del garaje, en tanto Mateo le demostró a Ely, que había más de una forma de ser uno.

CAPÍTULO 6

Por la mañana y en el desayuno, todas supieron que Elizabeth se había convertido en mujer al ver el brillo en sus ojos, y detectaron también que la experiencia había sido grata. Ni Miriam fue capaz de exponer peros. Ya no tenía sentido. Su amiga estaba feliz.

Las vacaciones se terminaban y querían aprovechar el tiempo al máximo. Bajo los rayos del sol, la pareja conversaba, se reía, se mimaba. Por la noche y ante el amparo de la luna, se amaba. ¿Quién se atrevería a oponerse a la felicidad que brotaba de Elizabeth? Desde luego no serían ellas quienes minaran su mente con reparos. Pero todas sabían que esa unión tenía un vencimiento, y la fecha se acercaba antes de lo deseado.

Mateo tenía compromisos en la costa hasta terminar la temporada. Las vacaciones de Ely y sus amigas llegaron a su fin.

El regreso a casa, guardó un secreto sellado con sangre por las cuatro amigas.

Perla, consideró que su hija no rogaba por salir y asistir a bailes, producto del cansancio que traería acumulado en todo un mes de juerga fuera de casa, y no se detuvo a pensar que Elizabeth mantenía fidelidad a un hombre de cuya existencia ella no tenía ni la más remota idea.

La muchacha se ocultaba en el baño a la hora que habían acordado para hablar por teléfono. Escuchaba feliz cada palabra bonita, cada susurro de alguna canción que le cantaba sólo a ella.

Mateo, a kilómetros de distancia, contaba los días que restaban para volver a verla.

El reencuentro fue un estallido de emociones guardadas, pujando por concretarse nuevamente. Lo veía durante el día, mentía su paradero las noches en las que lograba hacerle creer a Perla y Omar, que pernoctaría en casa de Lea, Miriam, Diana o alguna otra amiga, en tanto disfrutaban de la simpleza del cuarto alquilado en la pensión de Mateo. Allí, amparados entre cuatro

humildes paredes, no había amas ni esclavos; eran reyes en un paraíso que se consolidaba con emociones, aunque flaqueara ante la amenaza externa.

Los padres del Mono, la conocieron cuando los invitaron a festejar el domingo de Pascuas con ellos. El músico la sentó junto a él en el piano que le prestaban para componer y le cantó temas dedicados a ella. La dueña de casa era una mujer cálida, que con la mirada demostraba cuánto quería a ese hijo que le había regalado la vida. Su marido era incluso más enorme que el Mono, y disfrutaba haciéndoles bromas y hasta poniéndose a la altura de los muchachos en un improvisado partido de rugby en el jardín de la casa.

—Mateo es un ser luminoso —le comentó confidente a Ely la mujer, mientras los veían jugar como chicos—. Tuvo una vida difícil, pero siempre pujó por levantar la cabeza y seguir hacia adelante sin lamentarse.

—Lo sé. Él se merece lo mejor, y yo no sé cómo dárselo —se culpó, sintiéndose en falta.

La anfitriona sabía a qué se refería Elizabeth, por esa razón dirigía la conversación hacia ese terreno:

—Tendrás que poner en la balanza, qué tiene más valor para vos.

—Mateo no exige, no reclama.

—La madre no está presente en su vida, pero lo quiero y lo protejo como si el lugar fuera mío. —La miró a los ojos, muy seria— Si no vas a tener el coraje de defenderlo ante todos, no prolongues esta relación. No voy a dejar que sufra. No lo tomes como una amenaza, sino como una súplica. Me esfuerzo mucho para que Mateo comprenda que no todas las mujeres son igual a su madre. Creo que recién al conocerte a vos, confió en mis palabras.

La llevó hasta el garaje de la casa, ansioso por mostrarle su primera propiedad importante más allá de la guitarra. Quitó la funda de cuerina que cubría la sorpresa.

—Mi *Harley* —presentó contento, dejándole ver los restos de lo que a fines de los sesenta había sido una moto.

—¿Con qué la compraste?

—Con los ahorros de toda mi vida. Era del viejo del Mono, le hice una oferta y me la vendió —comentó con un entusiasmo que lo desbordaba—. La tenía abandonada acá desde hace años. Sé dónde conseguir cada repuesto que le falta para volver a convertirse en la reina que fue.

Abrazó a Elizabeth por la cintura, la besó orgulloso.

—Pero vos estabas ahorrando para irte a Estados Unidos y estudiar y...

—Cambié de idea. Ahora no quiero irme —explicó sin explicitar los motivos y adosándola más a él—. Algún día tenía que sentar cabeza y dejar de soñar con una vida bohemia.

—Devolvésela —aconsejó turbada—, permitite vivir tus sueños ahora que sos joven y podés hacerlo.

—¿Qué pasa, Luz? No voy a dejar la música, sólo la mantendré en segundo plano. El viejo del mono nos quiere trabajando duro con él, no sólo como peones, nos propuso ascendernos a la oficina. El horario es el mismo, pero me voy a cansar menos y podré agotar el resto de mis energías con vos —comentó feliz—. Con la moto no perdí *guita*, al contrario, es como una inversión que además nos va a llevar y traer.

—¿Esa es tu expectativa a futuro?

Estaba tan contento que no entendió sus dudas—: La moto hará que pueda ir a buscarte a la salida de la facultad, estar juntos y regresarte a tu casa temprano. Eso —dijo con picardía antes de susurrarle al oído— los días en que no pueda retenerte en mi guarida.

Ely sonrió inquieta. Él había dejado su sueño de progreso por una niñería, por un antojo de nene pobre que de pronto se encontró con el dinero suficiente en el bolsillo para gastarlo en el juguete de turno.

Esa noche y como de costumbre, la acompañó hasta antes de doblar la esquina en la manzana de su casa. Se despidieron con dos besos, Ely recorrió el resto del camino bajo la mirada atenta que, a pocos pasos, la seguía hasta quedarse tranquilo cuando ella ingresaba a la seguridad del edificio. La percibió extraña, pero lo adjudicó al día vivido en la casa del Mono y a la sorpresa por la moto.

—¿Te sentiste incómoda en la casa de tu compañera? —preguntó Perla al verla llegar algo descompuesta.

—No, para nada. Fueron todos muy amables.

—Te habrán hecho comer huevos de chocolate y seguro que te cayeron mal.

—Es que, ya se pegó tremendo atracón en *Pésaj* —agregó la *bobe*—, sumale ahora esa locura de ir a festejar con los otros sus Pascuas...

—¿Qué tal la familia de tu compañera de facultad? —preguntó más amistoso su padre.

—Ya lo dije, son muy amables y simpáticos. Pero creo que comí demasiado. Quiero ducharme y acostarme temprano.

Hizo tal y como dijo y nadie la atosigó. Se acostó en su cama y envió un mensaje a Diana. Le urgía verla al día siguiente.

Reunidas en un bar cerca de la casa de la amiga, Ely descargó toda su angustia:

—Adoro estar con él, es dulce, divertido y en sus brazos me siento en las nubes.

—Pero es *goi* —le recordó sabiendo por dónde venían los peros—, y creés que en tu casa no lo van a aceptar ni a palos.

—Exacto, es *goi* —reafirmó— y además no tiene planes para su vida.

—¿Cuánto de eso te importa? ¿Cuánto de toda esta diferencia te jode y te impide seguir adelante?

—Me conocés desde siempre, nos criaron dentro de “*la cole*”, pero soy abierta. No me molesta en lo más mínimo que no sea judío. Pero me asusta todo lo demás.

—Creo que si se lo pedís —sugirió Diana—, hasta se convertiría para seguir a tu lado y eso sería un pero menos.

—¡Yo jamás haría eso!, y los míos no lo aceptarían aunque se convirtiera.

—¡Qué sabés!

—Lo sé. Estoy entre la espada y la pared.

—¿Lo amás? ¿Estás enamorada de Mateo?

—No lo sé —gimió, lamentando su confusión—. Sé que con él estoy bien, sé que me divierto, que me siento querida. Sé que es un buen tipo, pero no sé si lo amo tanto como para enfrentarme al mundo.

—¿No sabés si lo amás, o no estás segura de tener el valor para enfrentar a tu familia? Su condición la supiste de entrada. *Goi* y sin un mango en el bolsillo.

Los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas:

—Estoy en medio de un pozo, pienso en Mateo y no sé si está arriba ofreciéndome su mano para salir, o si está abajo arrastrándome hacia el fondo. Como si eso fuera poco, se compró una *Harley Davidson* del año del jopo. Se gastará el resto de sus ahorros en repararla. No tiene ambiciones, no tiene proyectos, vive el hoy.

—Y vos siempre fuiste racional, siempre te propusiste metas y luchaste por ellas. Querías aprender baile clásico y te aguantaste el *rikudim*. La única vez que te dejaste llevar por un impulso fue con él.

—Y mirame —dijo angustiada—, mirame dónde estoy por culpa de eso.

—¿Por culpa, Ely? ¿Mateo ahora es una culpa?

—Mi familia objetará su condición de no judío, lo creerán un inmaduro que no tiene dónde caerse muerto y gasta sus ahorros en una estupidez...

—Lo importante no es lo que opine tu familia, lo importante es lo que opinás vos. Lo que sentís vos.

—Hoy —comentó demarcando el tiempo y sincerándose—, siento que lo amo y que me hace feliz. Pero...

Ese día se excusó con él para no verlo. Su cabeza era un cúmulo de preguntas que le impedían a su corazón involucrarse en la lucha. Cenó poco y nada, arguyendo que continuaba descompuesta por la comilona de los días anteriores. Se acostó temprano, estaba casi dormida cuando el celular timbró y él le susurró la canción de *Prince*:

*“Podrías ser la chica más hermosa del mundo.
Es fácil de ver, eres la razón por la que Dios hizo a una
niña.
Cuando el día se convierte
en el último día de todos los tiempos,
puedo decir:
Espero que usted esté en mis brazos
Y cuando la noche caiga antes de ese día, voy a llorar,
voy a llorar lágrimas de alegría.
Porque después de todo,
lo que uno puede hacer es morir.*

Sí, el corazón acabó con todas las dudas. La religión primaria era el amor, el futuro ya llegaría. Mateo era la alegría, la pasión, la dulzura y ella lo quería.

—Buenas noches, mi fiel esclavo.

—Buenas noches, hechicera.

El tiempo escondió los miedos, igual que Elizabeth lo ocultaba a él de los ojos de su familia. Mateo sabía de sus temores y, sin presiones, le concedía paciencia.

—La turca te tiene acaparado como a un boludo enamorado —reclamó el Mono ajustando una pieza en la moto de Mateo.

—Estoy enamorado —aseguró arrojándole un trapo negro de grasa a la cara y confirmando lo que su amigo temía.

—Me tenés preocupado, en serio —comunicó sentándose y dejando la pinza en el suelo—. Vos tenías metas, una idea fija en la cabeza. Sos músico, no un pelotudo oficinista. Una cosa es en mi caso que no me queda más remedio que ayudar al viejo en la empresa (esa cosa del legado ¿viste?); pero lo tuyo es distinto. Usá el laburo como un trampolín para lograr esos objetivos que tenías en mente antes de que la turca te los arrebatara.

—Ella no me arrebató —aseguró frunciendo el ceño—, ella me da. Es mi chica.

—No jodas. ¿Lo sabe ella? —espetó en su cara, repasándose la suciedad de las manos en el trapo que atajara con anterioridad— ¿Saben sus viejos que es tu chica? ¿Por qué mierda te esconde como si fueras escoria?

Se acercó con el puño apretado, dispuesto a estrellarlo en la cara del gigante. Se frenó arrepentido al reconocer que era su amigo y que muchas de las preguntas, también se las hacía él en la soledad de su guarida cuando Ely no podía acompañarlo—: Para ella no es fácil.

—Pero para vos sí que es fácil. Renunciaste a todo lo que querías, te gastaste la guita en esta moto de mierda que si logramos que un día encienda, nos vamos a dar por satisfechos y seguro aparecemos en las noticias.

—No me jodas, Mono.

—¡No me jodas, vos! —gritó, arrojando el trapo lejos— Pará la máquina, poné el freno y decime que no querés ser el músico que llora blues en la cara de *Gary Moore* o *B.B. King*.

—¡Sí quiero! —le escupió en el mismo tono—, pero más la quiero a ella.

—Hay que ver si a ella le pasa lo mismo —dudó, sabiendo el daño que le hacía.

Mateo no quería dudar de su Luz. Llevaba muchos años esperándola a pesar de su convencimiento de que no había mujer en el mundo que portara un corazón tan noble como el de la madre de su amigo. Años considerando que todas se parecían más a su progenitora, que elegían la satisfacción antes que el amor. Se había convencido de que ese sentimiento no existía y ante eso armó una coraza donde las emociones se volcaban sólo en acordes y letras chapuceadas en un block. Lo había hechizado y tal vez, envuelto en el embrujo, no logró detectar la verdad. La duda estaba instalada.

Llegado el invierno, el cumpleaños de Elizabeth se aproximó. Como cada año, Perla organizó el festejo familiar para esa noche, su hija lo celebraría con

las amigas el sábado siguiente.

—Tenemos que armarle una linda reunión —comentó Perla a su madre—, no la veo bien a Ely últimamente. No sé si está muy estresada por la facultad o por qué, pero no la veo bien.

—Tu hija debería conocer a un muchacho bueno —aconsejó la *bobe*—, si fuera médico mejor. Uno que respete el *shabbat*, no como en esta casa que no parece judía. Si hasta se come jamón como si estuviera permitido.

—No molestes, mamá. Vos siempre comiste jamón y en tu vida conservaste el *shabbat*. No me vengas con eso ahora.

—Eso es porque mi padre no cerró su negocio ni el mismo día de su muerte. Pero si hubiera sido por mi madre, otro sería el cantar.

Las oyó desde el pasillo discutiendo tonterías como siempre, en medio de algo tan lindo como preparar un festejo. Elizabeth quería sentar a Mateo en esa mesa, verlo conversar con su padre, que la *bobe* descubriera la bondad en aquellos ojos ámbar, que su madre se regocijara en su sonrisa de dientes blancos. En cambio, continuaba ocultándolo y ocultándose. Persistía en postergar lo inevitable.

Salió de su clase. Lo encontró en la puerta, montado finalmente en su *Harley*, muy orgulloso del trabajo realizado. Portaba un ramo de violetas en la mano cuyo brazo sostenía el casco para ella.

—Anoche casi no dormí por terminarla y llevarte hoy a festejar como te lo merecés —comentó besándola—. Feliz cumpleaños, hermosa.

Fue incapaz de negarle esa noche, incapaz de confesarle que en su casa toda la familia la esperaba para cenar. Se montó en la moto, se calzó el casco, se ciñó a su cintura, apoyó la cara en la campera de cuero de él, cerró los ojos y se dejó guiar sintiendo el aire frío, el vaivén del vehículo, y al cuerpo firme y seguro que la transportaba por un sueño con final garantizado.

Llegados al restaurante, se excusó para ir al baño y tranquilizar por teléfono a los suyos que la estaban esperando:

—Mis compañeros de facultad me organizaron una reunión sorpresa y no puedo negarme —mintió—. Ya lo sé, mamá. Me imagino que tenés todo listo, pero entendeme, no puedo irme y dejarlos. Después me voy a dormir a casa de una amiga.

Finalmente, cortó la comunicación con su madre a los gritos del otro lado de la línea y una opresión en el pecho que terminó de confirmarle que esa sería la última noche de paz junto a Mateo.

CAPÍTULO 7

Se detuvo unos minutos con la llave en la mano, antes de introducirla en la cerradura. Necesitó tomar aire, volver a pensar cómo entablaría la conversación. El mejor cumpleaños que había tenido en su vida acababa de terminar, y se lo había ofrecido Mateo.

Habían cenado en un modesto restaurante italiano con manteles de cuadritos rojos y blancos. El sabor de las comidas se mezcló en las bocas de ambos con cada beso que él propuso y ella aceptó. La montó en su moto y la llevó a ser parte de la noche por la autopista, bajo un cielo regado de brillantes estrellas. El aire era limpio, el frío no se sentía a su lado. Dentro del cuarto de pensión, Mateo volvió a demostrarle la belleza que conformaban sus cuerpos de colores contrapuestos al unirse. Una composición que se complementaba mejor que cualquier creación cromática de algún virtuoso artista. Estaba segura que aquella pasión que los embargaba cada vez que sus pieles se rozaban, no estaba idealizada porque fuera él su primer hombre. Era una comunión perfecta, un ensamble construido adrede. Un puzle donde cada pieza encajaba en un único lugar, Mateo en Ely.

Y ellos no lo aceptarían, no comprenderían que existían sólo cuando uno estaba en el otro. El corazón de la hija de los Telerman, reposaba en el de Mateo.

Introdujo la llave, giró y al abrir se encontró con Perla.

—Lo que hiciste es una completa inmadurez y falta de respeto hacia tus padres, hacia tu abuela, hacia esta casa... —reprochó sin tomar un solo respiro.

—De acuerdo, mamá —reconoció—, vamos a solucionarlo ahora mismo. Llamá a papá al living, pongámosle nombre a mi cumpleaños.

—¿De qué estás hablando? —preguntó asustada, intuyendo algo peor que el arrebató de una adolescente que prefirió salir de juega con amigos antes que reunirse con su familia.

—Si querés enterarte, llamá a papá y mantengamos esta conversación los

tres juntos.

Perla, corrió en busca de Omar que terminaba de calzarse los zapatos dispuesto a desayunar y comenzar un nuevo día de trabajo en su sedería. La angustia que vio en los ojos de su mujer, lo hizo suponer una desgracia que le entregaba de a poco para que se hiciera a la idea, cuidándolo:

—¿Ely está bien? ¿Sufrió un accidente?

—Ely está en el living. Está bien, quiere hablarnos.

Respiró un poco aliviado, pero caminó por el pasillo con un nudo en el pecho que sólo se disipó cuando recorrió visualmente a su hija y detectó que estaba entera y sin magullones. La intranquilidad vivida en esos escasos segundos, lo obligó a caer sentado en el sillón. Seguramente su hija vendría con alguno de sus acostumbrados planteos, que Perla era incapaz de entender, y se requería de su presencia para mediar entre ambas. Una nueva negociación. No era bueno que le hicieran eso a aquella hora de la mañana y sin al menos un café en el estómago, pero resignado se dispuso a escuchar.

—Ya estamos los tres —comenzó Perla—. Explicanos por qué nos hiciste esto.

—Anoche no festejé con compañeros de la facultad —confesó.

—¡Nos mentiste! —exclamó indignada mirando a su marido para enfatizar la gravedad del hecho. Instándolo a que, ante aquella falta, no fuera a ceder como de costumbre y aplicara un correctivo acorde.

Omar se llevó una mano a la cara, se tomó con dos dedos el arco de la nariz. Ely era una muchacha joven, cualquiera a su edad preferiría pasar la noche de su cumpleaños con amigos, antes que en una aburrida cena familiar. También él había sido un muchacho, podía entenderla.

—En toda mentira hay dos culpables —enrostró la muchacha—. No lo hubiera hecho si creyera que ustedes me comprenderían cuando... se enteraran de la verdad.

—¿Qué verdad, hija? —preguntó intrigado. Algo no era tal cual él lo estaba suponiendo.

—Estoy enamorada de un muchacho —confesó y su padre volvió a retomar el alivio. Era como venía suponiendo.

—¿Pasaste la noche con un hombre? —se horrorizó Perla— ¿Un hombre que no trajiste primero a casa? ¿Qué intenciones tiene con vos un tipo que te lleva a la suya sin primero conocer a tus padres?

—Dejala hablar, Perla —indicó Omar.

—Estoy enamorada de un hombre maravilloso. Un ser dulce y cálido que

me ama y no pide nada de mí, excepto mi cariño.

—¿Quién es? ¿Conocemos a su familia?

—No.

Perla mantenía los brazos cruzados y su marido supo que lo hacía para evitar caer con toda la furia contra Ely. Debía calmar a su mujer e intentar que su hija recuperara la confianza en ellos y pudiera transmitirles aquello que evidentemente la hacía feliz, pero por alguna razón no se había permitido comunicarlo desde el inicio. Seguramente el muchacho no sería de una familia pudiente. Él era el jefe de esa, sabía que si impostaba la voz, la conversación sería menos tensa. Le daría una mano a su hija:

—Perla, sentate a mi lado —ordenó y aguardó a que lo hiciera antes de dirigirle una mirada tranquilizadora a su hija, e invitarla a terminar de contar lo que la llevó a dejarlos plantados la noche anterior y así él poder acudir a su negocio antes de que se le hiciera tarde—. Elizabeth, ya entendimos que te pusiste de novia y que querés a tu chico, contanos ahora por qué motivo eso hizo que tuvieras que mentirnos ayer y no pudieras decirnos que preferías cenar con él, o lo que hubiera sido más lógico, traerlo a comer a casa.

—Mateo, no es judío —confesó.

El silencio se adueñó del living. Perla se tapó la boca con ambas manos. Omar apretó su ceño, dibujando un gesto jamás visto por su hija, unió los labios con fuerza para evitar exteriorizar lo que su mente hubiera querido en aquel instante, los dientes le rechinaron ante la presión que ejercieron sus mandíbulas.

—No. No es judío. Estoy completamente enamorada de un hombre que no forma parte de nuestro pueblo, no nació de vientre judío, no profesa nuestra religión. Pero nos amamos y estoy segura que si se lo pido, se convertirá.

—El *guiur* debe ser auténtico —indicó Omar—, no nació con una *Neshamá*. Si no es su alma judía quien lo lleva a convertirse, seguirá siendo goi. No se es judío por conveniencia, Elizabeth. Somos judíos por nuestra cualidad humana, por nuestra autenticidad y sinceridad, por los sacrificios que hacemos para preservar esa pureza.

—Nos amamos, papá. Lo amo con toda mi alma.

—No es posible —logró decir Perla.

—Sí, mamá. Es posible. Me enamoré porque el corazón no pregunta, el corazón siente.

—Es imposible que te enamoraras del *goi* —aseguró la madre exteriorizando sus convicciones—. No fuiste criada para eso.

—¿Perdón? ¿Concebiste y criaste una hija para que se case con un judío, o para que sea feliz? —preguntó tratando de que su madre comprendiera.

—No se puede ser feliz con alguien que no cree en lo mismo que vos. Es imposible que exista la felicidad entre dos almas que sienten distinto.

—Mi vida no se basa en el nombre que el otro le entregue a Dios. Me importa un comino qué nombre le dé él.

Sin poder evitarlo, por primera vez en la vida, Omar la hizo callar con un cachetazo que dejó la huella de su reprobación en la mejilla de Elizabeth.

Esperaba mil reacciones, discusión, llantos, extorsión, jamás violencia y mucho menos de parte de su padre. Lo miró descompuesta por la sorpresa, la impotencia y el desarraigo.

—Bajo mi techo —advirtió el jefe del hogar—, ni siquiera a vos te permito que pongas en duda quién es Dios. En mi casa respetarás a nuestro pueblo porque sos parte de él.

—Soy parte de una raza que insiste en ser más sectaria que los que nos niegan —dijo con el coraje que le otorgó el dolor.

—Estás pasando todos los límites, Elizabeth.

—No. Lo que intento es que comprendan que me enamoré, que él jamás vio en mí un motivo que le impidiera amarme, y que el que no forme parte de mi cultura, no evita que yo lo ame.

—Te prohíbo volver a verlo —ordenó Perla fuera de sí.

—No podés evitarlo. No me obligues a elegir, mamá. Estoy enamorada, creeme por favor —rogó con las lágrimas inundándole las mejillas—. Entiendan, no lo hice a propósito ni para molestarlos, me enamoré, así simplemente. No es rebeldía, es amor.

—Necesito un médico —dijo la abuela, desvaneciéndose tomada del marco de la puerta y todos corrieron a sostenerla para evitar que se golpeará al caer al piso.

Omar tomó en brazos a su suegra y la recostó en el sofá. Perla, envuelta en llanto, le entregó aire con un improvisado abanico armado con una de las revistas que solían estar sobre la mesita.

Elizabeth llamó con urgencia a la guardia médica. Los muchos minutos que existieron entre el casi desmayo y la llegada del doctor, fueron un sinfín de reproches y acusaciones donde la única responsable era ella, y le fue imposible encontrar defensa. Asumió que así era. Asumió cada golpe y consecuencia, como merecidos.

En la ambulancia, Perla no dejó de sostener la mano de su madre. En el

auto camino al sanatorio, Omar no le dirigió la palabra a su hija.

Exámenes, rutinas, diagnósticos que hablaban de shock, estrés, malas noticias, angustia, miedo, y todo era padecido por una anciana de setenta años que precisaba tranquilidad como primer tratamiento, medicación, cuidados especiales y dieta como complemento.

No llamó a Mateo hasta la noche. Como única disculpa le dijo que su abuela había sufrido un infarto y que tal vez por unos días no podría encontrarse con él. El muchacho ofreció acompañarla, explicó que podía hacerlo, entregó su ayuda para lo que hiciera falta, le aseguró que deseaba consolarla. A todo se negó. No le explicó que la relación de ellos era la culpable de que su abuela sufriera el disgusto más grande de su vida en el momento en que todo debería haber sido paz y tranquilidad para ella. Mateo no era el culpable, la culpa sólo tenía un nombre, Elizabeth Telerman.

La semana en que la bobo estuvo internada, nadie tocó el tema que ocasionara su inconveniente de salud. El regreso a casa volvió a abrir las heridas y acortó los tiempos de las decisiones. Mateo requería verla y no creía que le fuera imposible encontrar tan sólo un ratito para simplemente mirarse a los ojos y comprobar que su Luz continuaba siendo tan suya como antes.

—Tu inconciencia nos llevó a casi perder a la *bobo* —acusó Omar sin remordimiento—. La loca idea de creer que aceptaríamos tu amorío con ese tipo, se acabó.

—Estoy enamorada, papá —volvió a insistir con el miedo instalado en cada gota de su sangre.

—Voy a enviarte de viaje. Sos joven, te olvidarás de él. Esto no ha sido más que un enamoramiento, una tentación frente a lo desconocido.

—Es un buen hombre —lo defendió— y me ama.

—No lo dudo. No lo conozco y si vos pusiste tus ojos en él, imagino que te merece. Pero no es parte nuestra y no lo será nunca. Lo vas a olvidar. Conocerás a otro, sos joven —repitió seguro de que todo podía solucionarse, que su hija no había madurado aún y estaba encaprichada con el tipo, pero cuando comprendiera, cuando volviera a sus cabales, lo entendería y le daría las gracias.

—Dejemos pasar unos días —propuso intentando conciliar con él—, esperemos a que la *bobo* mejore y dejame que te lo presente a vos.

Omar le dio la espalda, Ely fue tras de él y volvió a ponerse frente a sus ojos:

—Sólo a vos, papá. Sé que cuando hables con Mateo, cuando veas lo

buena persona que es, me vas a comprender y vas a ayudarme a que lo acepten.

—¿Quién es? ¿Qué estudia? ¿Cómo es su familia?

Preguntas que debía responder y hubiera sido mejor hacerlo luego de que lo conocieran:

—Es músico, trabaja en una empresa de mudanzas. Dejó sus estudios en el conservatorio, imagino que por mí. Su única familia es su madre, pero no la ve desde hace tiempo.

—Un nadie —calificó.

—Un hombre que sufrió mucho y peleó la vida lo mejor que pudo.

—Un aprovechado, un vivo que se enteró que tu padre tiene plata y viene tras ella utilizándote a vos.

—¡Tan poco valgo por mí misma! —gritó ofendida.

Perla ingresó en el living. Se paró frente a su hija con los ojos envueltos en furia—: Mi madre acaba de pelear contra la muerte por tu locura. Mientras de mí dependa, en esta casa no se toca este tema nunca más. Si van a discutir, lo hacen de la puerta para afuera. Somos una familia que respeta los pactos de Dios con nuestros patriarcas; que defiende nuestras tradiciones y a nuestra gente. Decidí a dónde pertenecés y hacelo ahora. Si te quedás acá, el nombre de ese hombre no vuelve a pronunciarse, y si te vas, llevate en la valija la seguridad de que lo que le ocurra a la *bobe*, irá en ella.

Diecinueve años, tan sólo eso. Una vida bajo el cuidado y el amparo de un hogar donde el problema más grave había sido ponerse de acuerdo en cuál era el menú del día. No sabía lidiar con aquello, no tenía las herramientas para elegir entre el amor o su familia y aunque había intentado que lo aceptaran, hacerse cargo del bienestar de su abuela la excedía. Bajó la mirada a los tablones de madera del piso, el cuerpo le reclamó alivio, la carga era por demás pesada. Como autómatas, entró al cuarto de la convaleciente, seguida por su madre que aterrada se posicionaba como la guardia real que le impediría a su hija ser la culpable de una sola lágrima más.

—Ely —llamó la mujer desde la cama, haciéndole señas para que se sentara a su lado—. Jurame que te vas a olvidar de él.

—¿No podés entenderme, bobe?

—Sí que te entiendo. A tu edad, un muchacho bonito y simpático, puede hacernos creer que es el amor de nuestra vida. Pero sos una nena, sos muy jovencita —le acarició la mejilla—. Vas a ver que en cuanto pasen los días, te vas a dar cuenta. Vas a ver que conocerás a un hombre bueno, uno como tu

padre, uno como nosotros..., que te va a hacer muy feliz.

Elizabeth miró a su madre que, a los pies de la cama, le indicaba con la mirada que no importaba lo que hiciera después, pero que en aquel momento, lo fundamental era mantener tranquila a la abuela.

—Lo voy a intentar, *bobe* —consintió.

—Eso es —dijo cerrando los ojos—, eso es.

Los primeros días en que recuperó su rutina asistiendo a la facultad, evitó encontrarse con Mateo. Por teléfono le advirtió que existía un conflicto y que era imprescindible que le otorgara tiempo antes de poder hablarlo con él.

Las amigas fueron su sostén, pero ninguna se atrevió a aconsejarla. Comprendían a Ely, a sus padres y también a él.

La rabia y la impotencia, se adueñaron de Mateo en ese tiempo. Siempre había sido él quien calmó al Mono cuando se dejaba llevar por impulsos y utilizaba de *puchinball* el cuerpo del primer inocente que se le pusiera delante. En cambio, en aquella época, los roles habían cambiado y tanto su amigo como Juancho, pasaban horas tratando de que Mateo comprendiera la realidad. Elizabeth pertenecía a una familia donde él no era aceptado y ella, en su inmadurez, no contaba con los argumentos para solucionarlo.

—¿Por qué no me deja ayudarla? —reclamaba— ¿Por qué mierda no me incluye en su vida?

—No puede. Ellos no la dejan.

—¡Y un carajo! Si me quisiera, se cagaría en todo.

—No es así —intentó explicarle el Mono—, uno no se caga en sus afectos.

—Pero se puede cagar en mí. Se puede cagar en que la quiero, que la necesito. Me hizo a un lado. Primero me escondió bajo la alfombra de su seguramente lujoso cuarto, y ahora, que vino la mamita a hacer limpieza general, ella dice “esa basura no es mía”.

—Sos injusto —le indicó el amigo—, porque dijo que era suya, es que se armó el despelote.

—¡Acá el que no entiende sos vos! —enfaticó gritando—. Otra vez una mina se olvida que el que está del otro lado de la cortina soy yo. Mi vieja no pensó en mí, no pensó en cómo me sentía oyendo como cada hijo de puta se la cogía mientras yo me tapa los oídos con las manos para no escucharlos.

Juancho, cansado de que por culpa de una mujer su amigo estuviera en

ese estado, arremetió con artillería pesada—: Y después de todo... ¿qué? ¿Qué mierda te importa? Si la turca se abre de vos, mandala a cagar. Si la muy pelotuda le hace caso a un grupo de retrógrados que deciden a quién tiene que querer y a quién no, es una idiota que no merece que estés pensando en ella. Olvidate, volvé a hacer tu vida. Mandá a la mierda a todos. No la necesitás. ¿Te gustó? ¿Te la tiraste? ¡Listo, macho! Ya está. Borrón y cuenta nueva. Afuera hay mil minas más y todas tienen lo mismo entre las piernas.

Finalmente, Ely citó a Mateo en el café de la esquina de la facultad. El gesto en la cara de él le indicó al instante, los miles de reproches que llevaba consigo. Lo estaba esperando sentada a la mesa, para cuando él llegó a tomar su lugar en la otra silla. No se besaron.

—Sé que estás enojado —comentó la muchacha dando inicio a la conversación—, y tenés toda la razón. Cuando les expliqué dónde pasé la noche de mi cumpleaños, fue evidente que había dormido con vos y eso te hacía mi novio. No pude seguir ocultando quién sos.

—¿Quién soy?

—Para mí, el hombre que amo, para ellos... el *goi* —abrió el juego sin tomar ninguna vuelta. Mateo exigía y merecía claridad. No se detuvo—: La discusión fue llevándonos a un punto sin retorno. Yo insistí en que te amo y que te elijo, ellos en que mi edad e inexperiencia me tenían confundida y que lo mejor sería enviarme de viaje lejos, para olvidarte. —Tomo un sorbo de té, más para permitirle asimilar sus palabras, que por el tiempo que ella necesitaba para terminar de exponer los motivos del alejamiento—. Discutíamos sobre eso, cuando mi *bobe* se infartó y todo se volvió más oscuro de lo que ya era. Me hicieron sentir culpable y por mucho que entiendo que no lo soy, no pude sostener y defender nuestro amor ante ellos.

—No quisiste —la corrigió.

—No quise —consintió—. Te quiero, estoy segura de eso. Pero te quiero hoy, Mateo; con diecinueve años. A vos, al único hombre con el que me uní, y las dudas existen y las definiciones tienen consecuencias muy reales y crudas. Estar a tu lado implica olvidarme de los míos. Si te sigo, la salud de mi abuela corre peligro y destruyo a mis padres. Si te dejo..., pierdo lo que hoy considero como el amor de mi vida.

—La decisión es muy fácil —dijo con una frialdad desconocida—, acabás de dejarlo muy claro.

—Vine porque no tengo una decisión tomada. Vine porque te debía esta explicación y quiero que lo que sea que haga, lo decidamos juntos.

—No, Elizabeth —recalcó apoyando un codo sobre la mesa, mirándola desde los ojos color ámbar que comenzó a sentir lejanos—, viniste a excusarte, viniste a plantearme que si te hago lo mismo que ellos, si te obligo a elegir, la culpa de lo que les pase será mía. El amor no es eso. Cuando se está enamorado de alguien, no existe otra alternativa. Tu amor es lo único válido y quien no lo comprenda no te quiere lo suficiente.

Extremos, su vida era una puja entre dos extremos. En una punta de la cuerda sus padres reclamándole desde los ancestros, en la otra Mateo y la alternativa hacia la felicidad. Intentó explicar mejor el reclamo de los Telerman—: Me quieren, no entendés. Pasa por otro lado...

—Sí, pasa por otro lado —consintió interrumpiéndola—. Todo está claro, vos misma lo dijiste. Me querés hoy. Andá a saber si mañana sentirías lo mismo. Y si te equivocás, si resulta que esto no es más que un caprichito de nena con aires de mujer y tu abuela se muere, menuda cagada te habrás mandado.

Elizabeth abrió los ojos como platos. No podía reconocer a Mateo como dueño de esas palabras. Su amor le susurraba con dulzura al oído, no la atacaba con rudeza.

—No gastes tu tiempo —dijo levantándose, agachándose un poco para tomarla de la barbilla y hablarle muy cerca de su boca. Mirándola desprovisto de toda dulzura y gobernado por la ira que le gritaba su torpeza por haber confiado nuevamente en los ojos de otra mujer—: No pierdas un segundo más dándole vueltas a esto, ni poniendo en jaque la tranquilidad de los tuyos. Fuimos un amor de verano, un lindo recuerdo. Te inicié en el sexo, pero todavía no sos una mujer. No te preocupes por mí, me estás dando una gran mano. Dejé de lado mis ambiciones porque creí que estábamos construyendo algo. Pero no es tu tiempo, ni el mío. Te la voy a hacer fácil, acabás de romper el hechizo. Recobro la libertad, mi señora. Ya no tenés esclavo por el cuál preocuparte.

Lo vio marcharse seguro, mientras sintió que acababa de perder al gran amor de su vida.

CAPÍTULO 8

No pudo regresar a su casa. Llamó a Diana, necesitaba un hombro confiable donde cobijarse del vacío que sentía en el corazón. Lloró durante más de una hora, nada lograba consolarla. Lo había perdido en la irracionalidad de tener que elegir entre él o los suyos.

Preocupada por su amiga, Diana buscó refuerzos; siendo la más charlatana de todas, se había quedado sin palabras ante el dolor que claramente sentía. Miriam y Lea se les unieron, el desconsuelo era total. Adoraban a Ely y Mateo les caía bien.

—Mirá, Ely —intentó Miriam desde sus acostumbrados temores—, yo entiendo que creés estar enamorada de él. Pero... somos chicas todavía como para tomarnos en serio una relación de verano. No digo que no lo quieras —acotó—, sé cuánto te gusta, pero tu abuela está enferma. ¿Vos creés que vale la pena poner en riesgo su vida?

Las cuatro permanecieron en silencio. ¿Quién se animaría a confirmar una respuesta para esa pregunta?

—Desglosemos el asunto —propuso Lea—, Mateo te gusta... o se quieren. No es de la cole y tu familia hoy no lo acepta ni a palos —resumió en pocas palabras, caminando por el cuarto—. Se lo dijiste a él, le explicaste lo jodida de la situación y el tipo en lugar de ayudarte a resolverlo, se ofende y se toma el palo.

Asintieron las tres, en tanto Ely acababa los pañuelos descartables de la segunda caja.

Continuó—: En este momento, la salud de tu abuela precisa un respiro, tus viejos, un poco de tranquilidad. Date un tiempo, dejá que las cosas se vayan acomodando otra vez.

—¡Claro! —apoyó Diana, acariciando las manos que Elizabeth mantenía unidas en su regazo—. Vas a ver que a Mateo se le va a pasar la bronca, te va a entender y en cualquier momento te llama para disculparse. Y cuando tu bobo mejore, ven qué hacen.

Pasó meses esperando un llamado que no llegó. Terminó tratando de convencerse que la juventud jugaba a su favor. Que el primer amor siempre duele y no se concreta.

La tensión en casa de los Telerman fue menguando cuando la abuela recuperó la movilidad. Aunque su salud ya estaba comprometida, con la medicación retomó su carácter.

Sentado en el living de su casa, Omar se detuvo a observar cómo su hija apoyaba la bandeja con café en la mesita de centro, servía cada taza considerando los gustos particulares de cada uno y, como autómata, se acomodaba entre ellos con la mirada perdida y sin brillo. Había pasado el tiempo, el verano estaba próximo y sin embargo en lugar de recuperarla, cada día la perdía más. ¿Qué queja podría entablar sobre una hija que de la facultad regresaba a casa, se encerraba en su cuarto a estudiar y cumplía con todos y cada uno de los requerimientos? Ninguna, pero... Aun así, no se arrepentía de haberla alejado de ese muchacho. Apoyarla en aquél amorío de juventud, hubiera sido un error, una falta de respeto sobre todo a los hermanos de Perla, que lo abandonaron todo por ir tras el sueño de un estado judío y despertaban cada mañana con la inseguridad de saber si llegarían a sus trabajos, o si un adversario los haría volar por los aires haciendo estallar una bomba en el bus que los transportaba. Sería dar la espalda a sus sobrinos que, uniformados, día a día defendían los derechos de las tierras que le pertenecían al pueblo de Dios. No sería su hija la que se burlara de tanto sacrificio. No sería ella quien traicionara los orígenes, los preceptos, las luchas. No sería Elizabeth quien ofendiera a Dios, por un nuevo capricho.

Todas las mañanas despertaba, y a su lado estaba el fiel y cálido cuerpo de su esposa. El de aquella jovencita que se sonrojó por completo el día que le sonrió, y desde entonces permanecía a su lado. Perla se había negado a seguir a sus hermanos por quedar al cuidado de su madre y junto a él. Siendo todavía demasiado inocente, lo aceptó para toda la vida. Supo que nada tendría sentido sin ella cuando, al nacer Ely, una infección traicionera casi se la arrebató y no importó que su cuerpo ya no fuera un jardín donde otro hijo pudiera florecer; lo fundamental era seguir viéndola cada mañana a su lado y volver a sonreírle como la primera vez.

Volvió a mirar a su hija. El tiempo había pasado sin realizar el trabajo esperado, Elizabeth cada día estaba más triste, perdía aquella luz que la

caracterizaba, perdía su espíritu de lucha. Se estaba dejando vencer. «¡Maldito *goi!*», pensó sorbiendo el último trago de su café. Si conociera a otro hombre, si aceptara retomar su vida, ir a bailar... Pero era incapaz de hacerle ninguna propuesta, el miedo a que su hija le enrostrara el motivo por el que estaba así lo paralizaba y simplemente se remitía a observarla.

—Me pidieron una documentación de mamá —comentó Perla—, la precisan en la prepa por el tema de los remedios.

—Preparala y yo la alcanzo —ofreció Elizabeth.

Los primeros días fueron de alcohol, mujeres y porros. Una nebulosa aconsejada por Juancho, para que se alejara del dolor por la estocada de ella. Tal vez su amigo creyera que había sido acertada, pero pronto Mateo desistió de la misma. Se embarcó en trabajar y sumar cuanto hora extra pudo, para aumentar su cuenta de ahorros. Aceptó shows, ya fuera con el trío o como solista. Escribió cada letra que su furia quiso crear, se contactó con músicos en el exterior, envió solicitudes de becas. Utilizó cada segundo de su tiempo activo en reunir dinero y cada momento de descanso en buscar un futuro; hasta que la mujer, que le diera la vida, debió ser internada en un centro de rehabilitación para adictos, y todo su capital fue destinado a solventarlo.

No llamó a Elizabeth, jamás. Evitó los lugares que ella frecuentaba. Recordar sus ojos azules y la blancura de su piel, lo irritaba y le dolía. Le dolía demasiado. La “Luz” se había apagado. Su estúpida arrogancia lo había engañado haciéndole creer que ella lo elegiría por encima de todo y de todos. Otra vez había confiado en unos ojos femeninos que le juraron que lo amaban. «¡Hipócritas!», aseguró para sí, intentando grabárselo de una buena vez en la mente. Las mujeres no reflejaban su corazón en los ojos, dudaba hasta de que lo tuvieran en el pecho. Los utilizaban como armas para desbastar tarados y él había caído nuevamente en esa vieja trampa. Pero ya no más. Y así fue durante cada día que sucedió al otro. Jamás una amante se repitió al día siguiente, ni siquiera al mes. Mateo recurrió a ellas para saciar necesidades físicas. Le daba igual lo que tuvieran en la cabeza o debajo de la piel, en tanto entre las piernas lo aceptaran a él.

El trío dejó de seguirle el ritmo cuando el padre de Juancho murió y debió asumir ser el sustento para su madre. El Mono no contaba con tiempo libre para ensayar entre la facultad y la empresa. No le importó, aceptó el desafío de largarse al ruedo solo. Quería alejarse, poner kilómetros de

distancia física intentando que el corazón comprendiera que Elizabeth Telerman estaba descartada, pero estaba anclado convirtiéndose en el responsable de la primera mujer que lo había abandonado a su suerte.

En una revuelta de estudiantes por reclamos a la rectoría, la voz de un hombre sobresalió entre tantas. Su discurso era pasional, su seguridad la apabulló. Departía con todos, conocía respuestas. Se quedó escuchándolo, analizándolo. Para cuando comprendió que la había detectado ya era tarde, y no consideró prudente el esconderse o salir corriendo. Lo vio bajar del improvisado púlpito y caminar hacia ella.

—Telerman —dijo haciéndole saber que la conocía.

—Sí —asintió con sorpresa—. ¿Y vos?

—Levy. Uriel Levy —indicó, pero quedó claro que ella no lo recordaba—. Te conozco del Templo, pero vos sos más chica que yo y seguro que no me ubicás.

Tomaron café, le habló de su participación en los reclamos dentro de la facultad y los motines que, según su padre, armaba en la comunidad. Uriel era poco seguidor de las costumbres, pero respetuoso de la fe. Consideraba que había llegado la hora de abrirse, mezclarse, sumar en lugar de restar. Incluirse modernizándose:

—Nos encerramos en nuestro propio gueto de country o barrio cerrado volviendo a encarcelarnos, pero ahora por elección. No nos damos cuenta que así nos exponemos más. ¿Qué sentido tiene limitarnos de esta manera? Nos quejamos de la raza que nos consideró inferiores, pero nosotros hacemos lo mismo con los que no comparten nuestras costumbres o creencias, alejándonos.

Uriel era apasionado en sus dichos.

—No es la comida *kosher* o la observación del *shabbat*, lo que nos recuerda nuestro pacto con Dios. Mi pacto con Él, no pasa por ahí, pasa por mi persona, por mi corazón, por mi aceptación de que existe y es mi creador.

Elizabeth estuvo a punto de asentir, pero él la interrumpió suponiendo que una Telerman compartiría poco y nada de sus dichos:

—Al *shabbat* podemos *aggiornarlo* y no considerar todo como *melajá*. Mi poder me lo entregó Dios, pero la sabiduría también y no puedo obligarme a no utilizarla un día específico de la semana.

—¿Puede ser judío quien incumpla alguno de los preceptos? —preguntó

molesta.

—Se nace judío —aclaró Uriel—. No dejo de serlo por pretender abrirme al mundo e insertarme. No soy ortodoxo, pero soy judío.

Entender que ella le daba la razón, cuando se tomó un respiro para aclarar la garganta con un trago de café, lo sorprendió:

—¿Una Telerman y nieta de los Cohen concuerda conmigo?

—Aunque no lo puedas creer —anunció Ely—, por mucho que mi *bobe* pataleó y mis tíos desde Israel reclamaron, en casa no comemos *kosher*, ni guardamos *shabbat*.

—¿Para qué me dejaste seguir? —preguntó Uriel.

—No me permitiste interrumpirte como para comentártelo —respondió ella riendo.

—¿Qué otras cosas guardás, Telerman? ¿Con qué otras confesiones vas a sorprenderme? —lo preguntó serio, alejado ya de su discurso y observándola en otro ámbito. Era bonita, muy bonita, quería saber si también portaba neuronas.

—Como se espera de toda evolución, yo voy más allá de lo que mi familia consiguió.

—Escucho.

—Para Dios, el elegido es el hombre en general, no importa el nombre que cada uno le dé.

—Lo tuyo es mucho más osado que lo mío. Yo sólo reconozco a *Elohaynu*.

—Y aquellos que siguen a un Dios con otro nombre, ¿qué son? —preguntó necesitando su respuesta.

—*Gois*.

—¿Indignos?

—¿Quién sos Telerman? —preguntó achicando los ojos— ¿De qué renegás?

No existía respuesta para la pregunta de Uriel. No al menos dentro del contexto que él esperaba. Renegar no era la palabra indicada para su aseveración. Amar, seguir amando al *goi*, se acercaba mucho más, aun así respondió—: Reniego de todo aquello que nos divide y enfrente. Me niego a creer que sólo somos dignos los pertenecientes al pueblo de Israel. Reniego de los límites que nos prohíben...

—Shhh —la silenció apoyando el índice sobre los labios de ella—, tu causa ya me suena a marxista —y citó—: “*El corazón de un mundo sin*

corazón”. No te confundas. Abrirnos al mundo, sí; modernizarnos, aceptar que algunas reglas pertenecen a otra época, también. Pero nuestro pacto es indiscutible. Somos el pueblo de Dios desde los vientres ancestrales, hasta hoy y por siempre.

Así lo conoció, así se hicieron amigos. Uriel era un hombre moderno que portaba con orgullo su religión al igual que su apellido. Abierto al mundo, fanático de cualquier debate donde al terminar, ambos integrantes se fueran enriquecidos por el intercambio. Se convirtió en una compañía grata y se halló buscándolo. Los café post facultad, se hicieron costumbre y algún que otro mitin también. Con el paso del tiempo, sus encuentros dejaron de ser privados y los Telerman lo incorporaron con alegría y esperanzas a su mesa. Elizabeth sentía que junto a él se reconciliaba con los suyos, sin que la catapultaran al destierro de quien no pudo evitar caer en la tentación de creer que se podía amar sin condicionamientos.

—¿Con cuál no estuviste? —le preguntó Ely una noche al salir de la facultad, al ver lo que generaba en el resto de las mujeres.

Uriel sonrió antes de responderle—: Quedan muchas, no creas todo lo que dicen por ahí.

—No preciso dejarme llevar por los chismes, las veo.

—Tu insistencia me provoca dudas —aseguró mirándola a los ojos—. ¿Existe alguna razón por la que el tema te inquiete?

—De ninguna manera —enfaticó—. No me mal entiendas. Camino a tu lado y me cruzo con las miradas de tus ex. No creo en el mal de ojo, pero en cualquier momento me compro una cinta roja —bromeó.

—¿Estuviste enamorada, Ely?

Ante su pregunta, se detuvo en el lugar y tensó el gesto. Uriel pudo detectar cuánto la había incomodado. Ella se sentó en el banco de la plaza, guardó las manos dentro de los bolsillos del abrigo:

—Estuve enamorada de un chico *goi*.

Comprendió en ese momento, cada palabra que había cruzado con ella, cada discusión y cada excusa que le había dado más de una vez cuando pretendió abordarla. Lo seguiría amando— ¿Qué ocurrió?

—Es fácil de imaginar —dijo con un mohín que terminó de corroborarle que no estaba equivocado—, me prohibieron seguir con él.

—Aceptaste —no lo planteó como duda. Lo aseveró.

—La *bobe* casi se muere el día que se los conté. No preciso darte detalles.

—¿Cuánto hace de eso?

—Casi dos años.

—¿Lo seguís amando? —se animó a preguntar.

—¿Sabés? Ya no sé lo que siento. Estoy rodeada de teorías que aseguran que a medida que el tiempo pasa, idealizar el pasado es lo más fácil que existe. No lo sé. Lo quiero muchísimo, Mateo fue muy dulce, muy cariñoso conmigo —se abría a él como hacía tiempo no lo hacía con nadie, le resultaba fácil y prosiguió—, pero lo herí mucho cuando rompimos, y no pudimos seguir siendo ni siquiera amigos.

—No hubieran podido ser amigos —aseguró tomándola de la barbilla—, si él te amaba igual que vos a él, sólo podrían haber sido amantes. De la amistad olvidate.

—¿Dejarías que una hija tuya se casara con un *goi*? —preguntó sin preámbulos.

—No conjeturo con aquello que no conozco. No soy padre, de manera que no sé cómo me sentiría. Pero voy a cambiarte los protagonistas —propuso acuclillándose frente a ella y apoyándose las manos sobre las rodillas, sin tocarla—, yo jamás me enamoraría de una chica que no compartiera mis creencias. Así como sé que me atraen las curvas femeninas, sé que tienen que ser de *la cole* —bromeó.

—¿Qué te impide enamorarte de una chica que no sea judía?

—Las creencias, los ideales. Mi mujer y yo vamos a discutir sobre miles de cosas, pero sobre otras estaremos muy de acuerdo. Voy a formar una familia judía, mis hijos crecerán sabiendo quién es Él, serán tan judíos como lo soy yo porque el vientre donde se gesten también lo será, esas dudas no las tendremos ni ellos ni yo.

—Tenés otra duda —aseguró Ely.

—¿Cuál?

—No sabrás qué hacer con todo tu discurso, si tu hija pide tu consentimiento para amar a un *goi*.

Se había puesto triste, la noche estaba fría, le propuso cenar juntos y luego ir a un pub a escuchar música y distenderse un rato hablando de cualquier cosa que no fuera religión o amores frustrados.

Perla, feliz de que estuviera con él, se olvidó del tiempo que había pasado en la cocina preparando la comida, y cuando su hija le avisó que no la esperara a cenar, aseguró que todo estaría bien si simplemente al regresar la despertaba.

Durante la cena, hablaron de la facultad, de la tesis que Uriel estaba elaborando para obtener su licenciatura, de los proyectos a futuro de cada uno. Elizabeth pretendía trabajar con chicos que si bien tendrían padres, vagaran por las calles sin rumbo ni cuidados. Chicos iguales al que había sido Mateo.

Él sabía a ciencia cierta que lo suyo era el consultorio y la asistencia social; quería abastecerse de información y experiencia, escribir un tratado de psicología urbana, de estrés producido por la adicción al consumismo. La suya era una maleta llena de sueños que se proponía concretar y se descubrió sumando una nueva meta, Elizabeth Telerman. Dentro del pub encontró el ambiente indicado para ir llevándola a su carril:

—¿Tu recuerdo te permite tener un presente? —indagó directamente, sorprendiéndola.

La luz era tenue, la música suave, había más personas en el lugar, pero cada una se mantenía ocupada en lo suyo. El silencio se adueñó del establecimiento, los focos se concentraron en el escenario. Uriel continuaba con los ojos anclados en los azules de ella, esperando una respuesta. Una guitarra sonó, una voz dulce susurró:

*“Oye mi blues
a tu rechazo,
el último acorde
que le entrego al amor.
Con mil candados
encierro mi alma,
arrojo las llaves,
no existe el perdón.*

*Maldita hechicera,
nada dejaste.
De mí dudaste,
y quien amaba era yo.
Cambió mi fortuna,
no creo en embrujos.
El fiel esclavo,
por fin te olvidó”.*

Las lágrimas de Elizabeth bañaron la mesa. No fue capaz de elevar la

vista para mirarlo. Supo que era él cantándole otra vez a ella. Rogó que continuara haciéndolo, no importaba cuánto odio descargara en la letra. Oírlo era lo primordial, oírlo le devolvía la vida.

—¿Estás bien, Elizabeth? —preguntó Uriel— Lamento haberte incomodado tanto.

Quería que su amigo se callara, que no perturbara el momento. No era a Uriel a quien quería oír y le hizo una seña pidiéndole tiempo, en tanto aceptaba el pañuelo que le ofrecía. Mantuvo la mirada gacha, escondida tras el manto de su cabello azabache. ¿Sabría Mateo que ella estaba allí? Tal vez la penumbra la hubiera escondido de él. La repetición del estribillo asegurándole que el hechizo estaba roto, le entregó el coraje para mirarlo. Mateo, sentado en un taburete, solo con su guitarra, cantaba nuevamente mirándola a ella y ya no le susurraba al oído palabras de amor. Tenía que irse, salir de aquel lugar, de aquella voz que la llevó por las playas de Gesell y hasta aquel bar donde lo último que vio de él, fue su espalda al marcharse. Pero estaba petrificada en la silla, muerta en los ojos ámbar, temblando al sentir que su cuerpo recordaba igual que ella. Añorando, deseando, rogando que cantara una canción y otra más.

Mateo lo hizo cumpliendo la responsabilidad contraída. Recorrió el repertorio sin volver a mirarla, ignorándola. El público pidió bis, el encargado del lugar consintió, cuando el músico lo consultó.

—El último tema —advirtió antes de entonar “*Never too far*”:

*“Siempre estará conmigo
hasta el amargo final.
Lo que tuvimos sobrepasa
esta experiencia demasiado dolorosa
como para hablar de ella.
Así que la mantendré dentro, hasta
que mi corazón pueda recuperarse
y ser lo suficientemente valiente para amar de nuevo”*

Fue imposible controlarse, imposible respirar escuchándolo y pensando en cuánto deseaba levantarse de esa silla, correr hacia él, aferrarse a su cuello y besarlo, besarlo hasta que la canción ya no tuviera sentido, besarlo hasta asegurarle que lo seguía amando y se encargaría de borrar cada marca que le hubiera dejado su grandísimo error.

Uriel la miró y comprendió que desde el escenario, quien se desgarraba era el hombre que su acompañante amaba y había dejado por culpa de diferencias que los Telerman consideraron insalvables. El recuerdo seguía vivo, no existía la posibilidad de un presente distinto. Elizabeth sólo podría ser su amiga.

*“No me olvidaré de ti,
no permitiré que el tiempo
borre lo que viví junto a ti.
Porque pude comprobar
que jamás habrá nadie
que pueda ocupar tu lugar.
Y aunque ya no podrás estar
nunca a mi lado,
te siento muy dentro de mí,
porque aún sigue vivo el recuerdo
de aquel lugar
que siempre nos pertenecerá,
y del que siempre me acordaré,
cada vez que tu recuerdo
venga a mi mente”.*

Mateo dejó su corazón en aquel último tema, odiándose por haberlo elegido, sabedor que ella comprendería que sólo eso era verdad, que la bronca y la impotencia con la que compuso el blues del inicio del show, no eran otra cosa que su intento de sobrevivir ante el dolor de haberla perdido. No esperó los aplausos, ya no quiso volver a verla. Tomó la guitarra por el mástil, bajó del escenario, recogió el sobre con su paga y salió disparado en su *Harley*, lejos de ella, lejos del dolor de haberla visto con otro.

CAPÍTULO 9

Aquel día nefasto, Mateo fue a trabajar a pesar de que era sábado. Después de todo, si el jefe lo hacía ese día, él también. Encerrarse en la oficina era la mejor manera de no recordar y mantenerse lejos de ella, lejos de la tentación de ir a buscarla y regalarle una nueva canción por ser su cumpleaños. Se distrajo un momento y la casualidad hizo que viera al padre del Mono hablando con un profesor de la escuela de música. Se reunieron en la oficina conjunta y a la media hora entraron en la de él. Sorprendido, saludó a su maestro en tanto le hacía gestos interrogantes al otro hombre.

—Esto es así, Mateo —explicó el padre del Mono—, la *EMBA* está conectada con la “*Berklee*” de Boston. Vienen de allá, a tomar audiciones para aspirantes a becas. Queremos que des la tuya.

Completamente desencajado, Mateo no podía ni respirar. Tardó unos momentos en comprender que cualquier beca en Estados Unidos, por muy generosa que fuera, era un imposible para su situación económica. Aunque la obtuviera, faltaba el pequeño detalle de conseguir el dinero para el pasaje, alojamiento, alimento, movilidad y quién sabe cuántas cosas más. Ya estaba costeano la clínica de rehabilitación para adictos de la mujer que lo había engendrado.

—No me interesa —respondió con el ceño fruncido.

—Lo necesito como un favor —dijo su mentor—, quiero que vean los talentos que generamos acá. Vienen tipos grosos a observarnos, sé que si te escuchan nos darán muy buen puntaje. Después —aseguró—, si a vos no te cierra, le pasamos tu beca a otro.

—Usted da por sentado que me elegirían.

—No tengo la menor duda —aseguró— Si hay alguien dentro de la escuela que les cerraría, ese sos vos.

—No seas caprichoso —indicó su jefe presionándolo para que no pensara más—, haceles el favor. No te cuesta tanto. Quiero que esos *yanquis* escuchen que acá también se hace música de la buena.

Berklee le rondó la cabeza toda la semana. Por supuesto que haría la audición, no le negaría nada al maestro que pasó horas impagas teniéndole paciencia, no era eso lo que lo atormentaba, sino que de ganar, no podría hacer uso de la beca y eso sería otra gran frustración en su vida. Había soñado con ella, había pasado días tocando la guitarra y componiendo pensando en una oportunidad de ese tipo, que siempre fue lejana. En aquel momento, tan cerquita de él, la supo un imposible.

Se presentó con un blues que compuso luego de ver a Ely aquella noche en el pub. Uno con el que trató de exponer el dolor que sentía por haberla herido enrostrándole el rencor. Salió de la *EMBA* pidiéndole a su maestro que no le dijera jamás el resultado, había sido un favor y un gusto que quiso darse, pero no más que eso.

Nada fue igual. Saber que él aún la amaba y que estaba sufriendo, llevó su vida a aristas insospechadas. La mujer en la que se había convertido luego de aceptar el designio familiar, desapareció por completo. Otra Elizabeth Telerman renació luego de aquella noche en el pub. La primera medida que tomó fue buscar trabajo, y la mañana en que cumplió veintiún años, recogió las pertenencias que había reunido durante la noche, para mudarse a un hostel de estudiantes.

—No podés irte —suplicó Perla.

—¿A qué se debe esta locura? —reclamó Omar.

Tranquila, absolutamente segura de sus decisiones, Ely desoyó los gestos de desesperación de su abuela y de sus padres. Ya no negociaría nunca más. Había antepuesto la vida y deseos de los otros a los propios, hiriendo mortalmente al amor de su vida:

—Soy una mujer, me valgo por mí misma. Es hora de que busque mi futuro sin el amparo de ustedes. Por esa razón hace tiempo que estoy trabajando. Conseguí un lugar para alojarme que puedo pagar y donde me siento cómoda, donde nadie interroga si vengo o si voy.

—¿Con quién te vas a vivir? —preguntó su padre, colérico.

—Sola, a un albergue para estudiantes. En tanto no me reciba, puedo hacer uso de ese derecho.

—Te falta poco para recibirme —indicó Perla—, quedate acá entre tanto, y te ayudamos a buscar un departamentito lindo y cerca de casa...

—No —dijo con contundencia.

—Eso es lo que logran por haber sido tan consecuentes —regañó la *bobe*—. Una mujer se va de la casa de sus padres, para entrar en la del marido...

—Abuela —indicó dejando de lado el mote con el que siempre la llamaba—, no voy a casarme jamás, no sueñes con verme del brazo de un hombre. Al único que amé, no me dejaron conservarlo. Me voy a vivir sola porque si sigo al lado de ustedes, cada día que pase, el rencor crecerá hasta terminar convirtiéndose en odio.

—¡Hija! —exclamó Perla entre llantos.

—No puedo, mamá, no puedo más. No hay un sólo segundo en el que no lo recuerde. No hay absolutamente nada que quiera más que su perdón y que me permita estar a su lado. Pero él merece ser feliz, conmigo y con ustedes, eso es imposible. No me voy con él, me voy sola, no puedo seguir viviendo bajo el mismo techo donde llevo años llorándolo. Fui una estúpida al perderlo —con la angustia en los ojos terminó de confesar—, no podré volver a amar así en mi vida. Pero lo que resta de ella, pienso vivir tomando mis decisiones, no aceptando las impuestas. Si me equivoco, al menos sólo yo seré la responsable.

Los Telerman en pleno, quedaron petrificados por la sorpresa y la angustia. Elizabeth se fue cargando una valija en cada mano y un bolso colgado del hombro. Al cerrar la puerta, la *bobe* desgarró la costura de su manga.

—¡NO! —gritó Perla y su hija la oyó desde el ascensor, con los ojos llenos de lágrimas.

«Ya lo decidí», se dijo infundiéndose de la fuerza suficiente para no volver atrás.

El padre del Mono estaba en el garaje de la empresa de mudanzas, agachado junto a la *Harley* que en otro tiempo fuera suya y ahora le pertenecía a Mateo.

—¡Eh, viejo! —bromeó—, dejá de mirar mi moto.

El hombre se incorporó llevándose pensativo la mano a la barbilla. Cuando el empleado quiso montarse en ella para marcharse, se lo impidió:

—Dejé de usarla porque a la madre de tu amigo, esa que te prepara milanesas y huevo frito cada vez que venís a *garronear* la cena a mi casa, me rogó que comprara un auto.

—Será que no confiaba en vos cuando la manejabas —continuó divertido

y devolviendo la estocada por mencionar la consideración que la esposa del hombre tenía con él dándole los gustos.

—¡Más quisieras manejar mi *Harley* como lo hacía yo!

Sonriendo, Mateo volvió a intentar subirse a su vehículo y nuevamente se lo impidió.

—Te la compro.

—Ni en pedo —respondió.

—Te digo que la quiero de nuevo conmigo. Te la compro. Ponele precio.

—No tenés la guita suficiente para llevártela, la dejé mejor que cuando la compraste nueva. Además lo hago por tu bien. Tu mujer te echaría de casa y en mi pensión no entramos los dos.

—Mateo, te hablo en serio —aseguró—, necesito volver a sentirme joven, necesito volver a vivir la emoción de subirme a una de éstas y largarme en una recta.

—No me jodas.

—Ok. Te propongo un trato. Me hago cargo de lo que te falte para bancarte los estudios en Boston, a cambio de ella.

—Es a donde querías llegar, ¿no? —acometió entre molesto y agradecido—. La moto te importa una mierda, lo que querés es que acepte la beca.

—Lo que quiero —aseveró—, es que no desperdicies ni tu vida ni tu talento. Quiero que te rompas el culo en el norte aprovechando mi ayuda, que te conviertas en una celebridad, que me regales entradas para todos tus futuros shows y ¡me devuelvas mi moto!

No era fácil convencer a Mateo, su orgullo era persistente. Se trompeó un día con Juancho cuando lo trató de flojo, discutió con todo su entorno. Fue la mamá del Mono quien logró el sí de su parte:

—Ya sé que no te parí —le dijo—, pero te quiero como si lo hubiera hecho. ¿Sabés qué me llenaría de orgullo?

Mateo negó con la cabeza, encerrando las manos en los bolsillos.

—Saber que mis dos hijos —comentó— se desarrollan en lo que les gusta y logran ser felices.

—Yo te voy a negar las dos cosas —le aseguró.

La mujer le acarició la mejilla con dulzura—: Sé que tu amor no supo cuidarte, creeme que quien más perdió fue ella, Mateo. Aunque la música no te complete, te brindará satisfacciones que al menos menguarán la pena. No me prives de eso.

—Nadie entiende —comentó molesto por la encerrona en la que lo estaba

metiendo—, no es sólo eso. Hace falta plata y yo no tengo plata, sino responsabilidades que afrontar. Apenas si me las rebusco acá, imagínate lejos y costeadando también los estudios.

—Bueno... ya sabés que soy inquieta —dijo pícaro— ¿A que no sabés de quién fui novia hace años?

Mateo sonrió al notar la picardía en los ojos de aquella mujer que quería con el alma. Tiró la cabeza hacia atrás, elevó las cejas y esperó la confesión.

—Fui novia de Roque Montalvo.

Como si le hubiera dicho que estaba lloviendo. Mateo no entendió qué tendría de bueno conocer ese dato.

—Roque Montalvo es el dueño de un bar que está justito en Boston.

Ambos se rieron a carcajadas. La mujer prosiguió:

—Dejé de salir con él cuando lo conocí a mi marido. Para compensarlo, le presenté a una amiga. ¿Y a que no sabés qué? Me lo agradecieron de por vida, porque se enamoraron y se casaron. De manera que me deben una, y ya les escribí para cobrármela. Tenés trabajo. Espero que no me hagas quedar mal rechazándolo.

Mateo tomó a la mujer por la cintura abrazándola y elevándola para hacerla girar con él. Le besó la mejilla mil veces mientras lo hacía.

—¡Soltala ya! —reclamó el esposo— Exijo que me devuelvas a mi mujer y a mi moto.

Cuatro días antes de partir, la madre de Mateo se escapó del instituto y murió de sobredosis. Un final que trató de evitar cuando la internó, pero no había sido suficiente. No pudo sentir pena, tampoco alivio.

La tranquilidad que esperó encontrar lejos de la casa de los Telerman, no llegó. Día tras día, mes tras mes, la angustia era la misma, la única diferencia estaba en no tener que vivir dentro del cuarto donde lo lloró, o en el living donde supo que debía dejarlo ir.

Sus días pasaban con la preocupación por los finales universitarios, la preparación de su tesis, el trabajo y alguna reunión con amigos. El amor estaba desechado por completo y si bien ahogó penas en los brazos de algún compañero de estudios, siempre supo que sólo servía para herirse más. Finalmente decidió que no sólo el recuerdo del amor le hacía daño, el sexo también.

—Es insano —sentenció Diana—, no existe ser humano que viva sin sexo

y se pueda considerar que está dentro de sus cavales.

—Hay mucha gente célibe —comentó Ely.

—Hipócritas. Te hacen creer eso, pero se revuelcan a escondidas.

Elizabeth sonrió ante la aseveración de su amiga.

—Es como yo te digo. Todo el mundo necesita una alegría de vez en cuando. Uriel es muy simpático, de la cole, tiene un cuerpo de infarto...

—Somos amigos —le aclaró para que no insistiera.

—Pero por tu culpa. Bien que el licenciado te da una sesión gratis si se lo pedís.

—¿Vos podrías acostarte con alguien a quien considerarás un amigo? —preguntó.

—Ely —confesó sincera—, mientras tenga cada una de sus partes en su lugar y me caliente, yo me acuesto y me lo paso divino con quien sea. Si Dios no quería que me calentara, que no me hubiera dado fósforos.

—Uriel está de novio. Además... lo paso mal, Diana —advirtió agobiada—. Entendeme. Cuando estoy con un hombre y me besa y me acaricia, yo sólo puedo pensar en Mateo. Nada se compara con lo que sentía a su lado. Cada vez que él me miraba yo me encendía. Sus besos no se quedaban en mi boca, recorrían mi cuerpo elevándome. No sólo era feliz, no solamente lo amé, me sentí mujer de una manera que jamás podré volver a experimentar. Claro que puedo tener un orgasmo con otro, fisiológicamente no tengo problemas; lo que no puedo es soportarme después. No puedo vivir esos minutos donde cierro los ojos, imagino que estoy con él y la diferencia me abofetea con fuerza. Nada puede ser igual, nada puede acercarse a aquellos días. Termino odiándome y ya suficientes motivos tengo para hacerlo, como para sumar uno más.

—Miriam se encontró con el Mono —terminó comprendiendo que no debía ocultárselo—. Se gustaron aquel verano y...

—¿Miriam está saliendo con el Mono? —preguntó ansiosa por obtener noticias de Mateo. Por saber si la familia de Miriam aceptaba al Mono.

—No precisamente. Digamos que Miriam lo está pasando bien con él. Pero eso no es lo que tengo para contarte. Mateo ganó una beca para estudiar en una importante institución de Estados Unidos.

El corazón le dio saltos en el pecho.

—Hace unos años que está allá y le va muy bien.

En cuanto llegó a su cuarto, Elizabeth investigó en Internet hasta hallarlo. Un estudiante de lujo que prometía sobresalir, un orgullo para *Berklee*.

Comenzó a llevar un álbum donde atesorar cada paso que pudiera obtener de él. Una obsesión que seguramente la terminaría de enfermar, pero que le era imposible evitar. El amor de su vida, finalmente lograba sus metas. Estaba feliz por Mateo.

CAPÍTULO 10

Llovía copiosamente esa tarde en Boston. Entró al departamento bufando. Lo extenso del ensayo y el tráfico de la ciudad, lo habían demorado demasiado. Todavía debía ducharse, cambiarse y aprontarse para llegar a tiempo al local de Roque. Los dólares que allí ganaba como mesero, se incrementaban cuando a medianoche interpretaba algunos temas para las damas del lugar y eso había sido su salvación esos años. Con el simple sueldo de camarero no hubiera podido costearse la estadía en Boston.

Desde el cuarto de su compañero, el aroma a marihuana y el sonido de jadeos, le advirtieron que le convenía ser prudente y silencioso. Cuando Peter estaba en ese estado, requería de ayuda para satisfacer a su acompañante, y él esa tarde estaba apurado.

Llegó a tiempo, recorrió con rapidez la cocina, ingresó al salón y chocó los cinco con el dueño del establecimiento, dejando la guitarra a un costado del mostrador del bar. Atendió los pedidos, sonrió a las chicas, muchas de ellas estudiantes de las universidades de la zona. Llegada la hora, tomó su instrumento y se sentó en el taburete que lo esperaba para deleitar féminas ávidas de palabras dulces. Oteó entre tema y tema, buscando a la que esa noche se llevaría con él. Una morena lo tentó y, decidido ese asunto, demostró cuánto valía su arte para que las propinas fueran generosas.

Al culminar entró a la cocina donde los empleados solían levantar apuestas sobre el monto de dinero que se llevaba cada noche Mateo y, por sobre todas las cosas, con quién se iría. Roque interrumpió la juerga:

—Hay un tipo sentado junto a la barra —comentó—, que dice que quiere hablarte.

A medida que se acercaba lo reconoció, el tamaño del cuerpo del gran guitarrista no podía pasar desapercibido pero, por mirar a las chicas, no lo había detectado.

—Te quiero mañana a la tarde en mi estudio —le dijo entregándole una dirección, antes de arrojar un billete de cien dólares sobre la mesa y retirarse.

Disfrutó del sexo como llevaba tiempo que no lo hacía. La morena terminó de idolatrarlo luego de esa noche. Estaba eufórico, contento, ansioso y algo volado por culpa del aroma que permanecía en el departamento luego de la tardecita de Peter en él. El día siguiente se le hizo interminable hasta que llegó a su cita.

Malone lo indagó de arriba abajo, lo escrutó y examinó durante dos horas. Lo instó a interpretar variados temas, incluso a que lo siguiera en una improvisación que entabló con su guitarra.

—Te venís conmigo al próximo festival de Chicago. Arreglá todo en *Berklee*.

Así, sin más. Una posibilidad única junto a un genio, en el lugar ideal. Llamó a Buenos Aires a casa de los padres del Mono, luego al Mono y a Juancho, para contarle directamente a cada uno la buena nueva.

Ya no sólo tenía ocupado su tiempo con los estudios y el trabajo, debía sumar horas de ensayo y aprendizaje junto a un ídolo de renombre. Su vida se llenó de responsabilidades y la necesidad de descansar bien, se convirtió en imprescindible.

Peter no ayudaba a que pudiera lograrlo. Estudiante de piano, bohemio, mujeriego y adicto a la marihuana, vivía en un desorden difícil de soportar por Mateo en ese momento. Cansado de dar vueltas en su cama, abrió la puerta del cuarto de su compañero, sin llamar:

—Terminá el trabajito, así esta mina se calla y me dejan dormir.

Desde la cama, Peter sonrió envuelto en el sopor de su droga. La mujer, un poco menos colocada, lo invitó a que fuera él quien la calmara.

Lo hizo con tal de que cerrara la boca, se durmiera de una vez y le permitiera recuperar el descanso que anhelaba.

Al día siguiente entabló una seria conversación con Peter:

—Necesito dormir. Las pocas horas que paso acá, tienen que ser de descanso.

—A la próxima *baby* te la tirás primero vos, así te cansás lo suficiente como para no joderme a mí con tus *fuckin'* quejas —respondió su compañero, acariciando las teclas del piano e ignorando, como era su costumbre, los reclamos.

Perfecto. Ahora tenía que destinar también tiempo a conseguir un lugar donde mudarse que fuera económico y menos alborotado. La solución se la entregó una chica con la que se acostó la noche siguiente. Alquilaba un departamento del otro lado del río, cerca de *Harvard*, pero eso no le resultó

un inconveniente más difícil de asumir que al propio Peter. A los pocos días, era el compañero de Sheila, Tina y Danna. Finalmente había salido ganando mucho con el cambio.

—¡Sos un hijo de puta! —gritó Juancho en el teléfono—, nos hacés creer que te estás rompiendo el culo estudiando y trabajando y se lo estás rompiendo a las yanquis vos solito.

—Mi vida es un sacrificio constante —se quejó sonriendo—, al parecer, acá en el norte y especialmente en el campus, se predica ese concepto que habla de compartir..., vivir y dejar vivir...

—No me digas nada más —rogó envuelto en envidia—, yo estoy con la soga al cuello. Marcela me pescó el otro día en una trampa y tengo que hacer buena letra o me acogota. —De pronto recordó la urgencia—: ¿El Mono llega ahí mañana?

—Sí, estoy ansioso por verlo.

—Preparate, tiene cosas para contarte.

El encuentro de los amigos luego de tiempo sin verse, los unió en una emoción inmensa. Eran como hermanos, más allá del cariño que los padres del Mono sentían por Mateo.

Primero lo llevó a recorrer los lugares por donde se movía habitualmente, le presentó a sus tres nuevas amigas que lamentaron que el visitante tuviera reserva tomada en un hotel y no aceptara la invitación a quedarse esa semana acompañándolas. El Mono abrió los ojos con asombro al entender que la vivienda que alojaba a Mateo, era un espacio ocupado por personas libres y desinhibidas, capaces de compartir tanto la ducha como las sábanas.

—¿No tenés miedo a quedar consumido? —le preguntó ni bien salieron a la calle.

—Sólo somos amigos —respondió el músico.

Después de cenar, fueron al bar de Roque. El amigo disfrutó de volver a escucharlo interpretar y se subió con un bongó para realizar la percusión en los últimos temas de Mateo. No aceptaron las insinuaciones que las chicas del lugar les hicieron y se quedaron en una mesa, recordando y poniéndose al día.

—No tenías que pagarte el pasaje, para venir a verme, vos solo —le reprochó Mateo—, yo quería que me dejaras ayudarte con un poco de la guita.

—¿Qué soy, tu *minita* que tenés que *garparme* el viaje? —respondió molesto y con un vaso de whisky en la mano. Considerando que era tiempo de confesarse, reunió coraje y se arrojó a la jaula del león—: Me encontré hace

un tiempo con Miriam, la amiga de la turca.

Mateo cambió su sonrisa por un gesto serio, pero no hizo comentarios.

—Al principio curtimos, ya sabés, tiene el tipo de tetas con cartel luminoso que dicen “MONO”. La cosa es que me gusta —admitió—, y al final... ella me está curtiendo a mí.

—Cuidate —aconsejó serio—, ya viste cómo me fue.

Era la parte que no podría evitar confesarle. La que le rompía el hígado, pero tenía que hacerlo:

—Después que vos y la turca rompieron, la mina se vino abajo. Vive sola.

—¿Qué pasó? ¿El tipo con el que la vi tampoco le cerró?

—Cerraré tu boquita y escuchame, pedazo de pelotudo —advirtió en el mismo tono adusto con el que solía hablarle—. Ese era un compañero de facultad, un amigo, no estaba saliendo con él. No sale con nadie..., bueno... —aclaró—, no formalmente.

«Está sola», entendió su mente al mismo tiempo que el pecho le reclamó aire. Aire que sólo recuperaría volviendo a besarla.

—Los viejos de la turca están angustiadísimos. Ella cambió mucho, dejó de ser la nena obediente y ni bien cumplió la mayoría de edad, se fue de la casa, se puso a laburar y con ellos sólo mantiene una relación tirante. Cuando Miriam y yo nos dimos cuenta que la cosa se nos ponía... se tornaba... quiero decir...

—Cuando se dieron cuenta que se querían —lo ayudó.

—Bueno, sí, eso. Cuando nos dimos cuenta, fuimos a hablar con sus padres y como estaban cagados en las patas de que les pasara lo mismo que a los Telerman, no te digo que saltaron en una pata, pero se la bancan y no nos hacen la guerra.

—¿Te la van a cortar, Mono? —preguntó a manera de felicitación por la buena nueva.

—¡Ni en pedo! —respondió llevándose las manos a sus partes en un acto reflejo—. La rusa tiene miedo que se acobarde y no vuelva a asomar la trompa. Pero no voy a contarte nada más, porque sos tan pelotudo que te armarías la película y me gastarías seguro.

—Prometo no hacerte bromas con un tema tan serio —dijo elevando amabas manos a manera de promesa solemne.

—Hablamos..., para ella el casamiento por sinagoga no...

—¿Casamiento?

—Te lo advertí —indicó irritado y levantándose de la silla.

—Sentate —pidió y se disculpó—: Perdón. Convengamos en que me estás tirando un misil sin aviso previo.

—A ella, el casorio por templo no le interesa, dice que lo que quiere es estar conmigo —al decirlo sonrió señalándose vanidosamente.

—No la culpo, con tu tamaño, algo sorprendente debés encerrar tras la bragueta.

—La mina sabe reconocer lo bueno —aseguró—. La cosa es que tenía que decírtelo en persona. Por teléfono no hubiera sido lo mismo.

—Mono, lo que no querías, era decirme por teléfono, que a vos sí supieron defenderte, que Miriam tuvo más huevos que Elizabeth en su momento —reconoció—. Te felicito. Una mina así, sí que vale la pena. Incluso creo que tendrías que dejar que te la corten.

No le festejó la broma. Aceptó para sí, que Mateo había dado en la tecla al descifrar el verdadero motivo por el que había viajado para confesarse cara a cara—: Tal vez la rusa no me hubiera dado una oportunidad, si no hubiera visto sufrir tanto a su amiga todos estos años.

—Te felicito, pero no pretendas que me ponga contento porque lo que me hicieron a mí te abrió las puertas a vos. No soy tan buen tipo. Elizabeth me terminó de cagar la vida. Lo poco que me quiso... —el amigo intentó interrumpirlo, pero no se lo permitió—, o su falta de huevos para defender lo nuestro, me dejó en claro que no sé elegir una mujer que valga la pena. Vos sí supiste.

—Al estar con Miriam, veo seguido a la turca.

No respondió. Quería noticias de ella, lo quería todo de Ely, pero no rogaría. No volvería a hacerlo.

—Es un pedazo de mina, aunque vos lo dudes. Tiene unos ovarios de acero. Va y viene entre el laburo, terminar la facultad y las actividades en la asistencia social. Trabaja con pendejos muy necesitados...

—Y los tipos —aseguró para ver si su amigo lo negaba—. Entre sus actividades, no te olvides de sumar a los tipos con los que “no mantiene una relación”.

—Sí. Tiene quien le ronde la cuadra —asestó—, pero no se queda en ninguna parada.

—No será por mí. Yo ya la olvidé. Espero que ella hiciera lo mismo.

El Mono, ladeó la cabeza sonriendo en franca demostración de descreer esos dichos. Todavía no era tiempo para hablar más abiertamente con Mateo

de Ely—: Ordená tu jodida y agitada vida. El año que viene, para Agosto, tenés que viajar a Argentina.

Casi se atraganta con el sorbo de whisky—: ¿Por qué?

—Porque me caso y hago *fiestongo*.

Finalmente terminó de atragantarse. Entre toses, bocanadas y golpes en la espalda entregados por el Mono, logró recobrar la normalidad.

Se duchó escuchando “*Never too far*”, y recordó cuando él se la cantó.

No importaba a quién le presentara esa noche la novia de Uriel. Por mucho aprecio que le tenía, Micaela no podía dominar sus celos y vivía arrastrándola a citas a ciegas, con la intención de conseguirle un candidato lo suficientemente interesante como para respirar tranquila lejos del temor de que Uriel un día se fuera y la cambiara por Ely. Una tontería absoluta, pero la novia de su amigo no comprendía la amistad entre un hombre y una mujer. Esa noche la cena sería como tantas otras, ya estaba predispuesta a pasarlo mal antes de salir de su casa.

Se vistió una pollera tubo, una blusa de seda y una chaquetita ligera de algodón por debajo del abrigo. Utilizó maquillaje suave, no solía excederse con eso. Dejó su cabello azabache suelto, tomó el bolso y se dirigió al restaurante.

Aquella noche, Micaela había acertado con la sorpresa. Darío era muy apuesto. Alto, elegante en su pantalón de vestir negro, camisa blanca y suéter sobre los hombros. Periodista especializado en política, con una columna propia en un matutino importante. Cabello oscuro, ojos azules, pestañas largas y arqueadas. De inmediato supo que con él podría pasarlo bien. Para los postres, su cuerpo le indicó que el café lo tomarían a solas.

Darío era un mujeriego que de entrada dejó en claro que no pretendía una relación estable. Sus dichos fueron los que terminaron de corroborarle que estaba junto a la persona indicada. Nada de reclamos, nada de pretensiones. Un acompañante sin compromisos, con el que podía mantener una conversación interesante y satisfacer necesidades terrenas. El hombre difería años luz de Mateo. La dulzura y él no se llevaban bien y en la cama era exigente y autoritario.

«Más puntos a su favor», reconoció entendiendo que lo opuesto era lo que evitaba añorarlo tanto, y se dejó llevar por caminos desconocidos, envuelta en una adrenalina distinta. La lujuria era el fuerte de Darío.

A la primera noche, le sucedieron varias en la casa de Ely y en la de él.

—Sos mi horma, nena —le dijo todavía dentro de ella, luego de uno de sus tantos encuentros—. Para la próxima tengo ganas de que me recrees una fantasía distinta.

—No hago favores —advirtió—, si querés cumplirla, hacé que valga la pena.

—Siempre vale la pena conmigo —aseguró haciéndola callar con un beso controlador—. Quiero hacerte explotar arriba de una moto.

Se levantó de la cama como si mil manos tiraran de ella para alejarla de él. La sorpresa hizo que Darío la imitara y la siguiera hasta el cuarto de baño.

—¿Qué mierda te pasa? —indagó molesto.

—Nada de motos —advirtió con los ojos desencajados para que le quedara muy en claro que no existía posibilidad de que cambiara de idea.

—¿Le tenés miedo a las motos? —preguntó no pudiendo creer esa aversión en ella.

—No. Esa fantasía ya la cumplí. Vos no podrías superarla jamás —sinceró logrando que Darío terminara de enfurecer.

—Yo, supero todo —replicó parándose desnudo frente a ella, incitándola pegándole las caderas y tomándola por los glúteos.

—Lo que voy a decirte, no volveré a repetirlo. Tenemos piel, me gusta tu compañía y cumplir las fantasías que se nos ocurren. Pero hay un lugar donde no llegás, un lugar al que vos y yo nos propusimos no llegar. Ese sitio está ocupado hace muchos años. Las motos, obvialas.

No durmieron juntos. Aunque la entendió, no pudo absorber la realidad de que ella no lo considerara el mejor; su orgullo le impedía entender que aunque con él gozaba, jamás lo haría de la manera en que un motoquero lo había logrado. Su cabeza recorrió mil y una posibilidades intentando descubrir quién sería aquel hombre. Micaela le entregó los datos precisos y la intriga varonil y periodística lo llevaron a investigar quién era Mateo Alarcón.

Miriam se empeñó en cenar con Ely para conocer al amigo que la acompañaría en la boda.

Al Mono, la idea le retorció las tripas:

«Si quiere sociabilizar con las amigas, que arme salidas de *minas* —pensó—, pero que no me incluya y mucho menos si tengo que fumarme también al pelotudo que acompaña a la turca y que hace meses vengo evitando

que me presenten».

Pero ante la insistencia de su prometida, no pudo eludir el encuentro. En algún lugar escondido en su interior, se sentía un traidor y de entrada se colocó en el lugar de fastidiado... fastidiando:

—Así que sos periodista —dijo cuando el tipo pasó la mano por detrás de Elizabeth, marcando un territorio que ni por las tapas le correspondía.

—Sí, tengo bajo mi responsabilidad la columna de política del periódico —contestó evaluándolo. Algo en la voz del otro le hizo prender las alertas. «Amarillo —dictaminó Darío—, como me la lleves a rojo, tu tamaño importará un carajo cuando te demuestre lo bien que manejo el karate».

Durante la cena, Miriam y Elizabeth intentaron llevar la conversación por terrenos donde los hombres no pudieran medirse. Cansado del intercambio de temas femeninos y los roces que Darío mantenía con la turca, el Mono decidió que era tiempo de cortar tanto baboseo tonto. Faltaba poco para su casamiento, Mateo vendría y no quería que de ninguna manera ella se presentara del brazo del periodista frente a él. Había que espantarlo, remover un poco el pasado y saber sobre qué bases recibir a su amigo:

—¿Te contó Miriam, que Mateo se fue de gira otra vez con Malone?

Elizabeth dejó el tenedor sobre su plato, Darío le clavó la mirada al Mono, Miriam lo pateó bajo la mesa.

—Malone es un guitarrista de blues ¿verdad? —preguntó el periodista intentando hablar de la figura conocida, antes que del antiguo amor de su acompañante.

—Sí —aseguró el novio de Miriam—, un genio que vio la calidad de mi amigo y lo ayuda muchísimo.

—Me alegra por él —dijo Ely en un hilo de voz que trató de corregir—. Su sueño era aprender y destacarse.

—Y lo está haciendo de primera —continuó—. Viene para nuestro casamiento.

Elizabeth respiró agitada. Miriam no le había confirmado ese dato y ella ya había invitado a Darío. No quería que Mateo la viera junto a otro hombre, no quería volver a herirlo. Sin darse cuenta preguntó:

—¿Viene solo?

«Bingo —pensó el gigante—. Te tengo, y a tu compañerito ya le rompí las pelotas del todo. Si esta noche se acuesta con vos, es porque no tiene orgullo, y si pretende venir a mearte la pata en el casorio, se la corto».

—No nos aseguró nada —respondió Miriam, que prefería darle una

buena patada en sus partes a su futuro marido, antes que tener que hablar sobre algo que Elizabeth no había superado aún después de tantos años.

—La va a tener jodida si tiene que elegir —aseguró el Mono recostándose más en su silla—, todavía vive con sus tres amigas de *Harvard*. Está buscando mudarse, pero...

—Pero es un cómodo y no termina de hacerlo —finalizó el cuento la novia, dejándole en claro que o cambiaba de tema o con él se casaría *Magoya*.

Darío insistió en que esa noche durmieran juntos en casa de él. No estaba dispuesto a que Ely recurriera a ningún recuerdo que guardara en su piso y él desconociera. Convenía lo seguro, su terreno, y una velada que se encargaría fuera lo suficientemente movida como para que ella no quisiera escuchar el nombre de Mateo Alarcón, mucho menos un maldito blues. No eran los celos quienes lo movían, sino su vanidad. Como era su costumbre, los preámbulos fueron inexistentes; tan sólo entrar, la llevó con él al cuarto despojándola de la ropa en el camino y besándola para impedirle cualquier negativa. Como si el acuerdo cubriera sus exigencias, como si lo único que ella necesitara fuera su potencia sexual demostrándole presencia, porque la posesión ya sabía que no la tenía. Antes, jamás la hubiera requerido, ahora... comenzaba a dudarlo. El acuerdo que tácitamente acordaron en un principio, no contemplaba su situación actual. La quería a su lado, tal y como venía sucediendo desde hacía meses, no se trataba de amor, sí de exclusividad. Elizabeth tenía que estar disponible para él, sólo para él, el pasado debía conservarse como tal y no reaparecer para entorpecer su tranquilidad. Era un hombre libre, sin ataduras, asumía responsabilidades en lo laboral, jamás se sometería a la monotonía de una pareja. Por esa razón, su relación con ella le cerraba por todos lados. Las conversaciones eran inteligentes y motivadoras, su compañía en las reuniones sociales a las que debía asistir, siempre lo dejaba bien parado, en la cama se entendían de maravillas. «Las posesiones se reclaman poseyéndolas», pensó embistiéndola con fuerza, ocupándose que el cuerpo de Elizabeth recibiera el mensaje alto y claro, para que su mente lo asimilara y ya no importara si el *blusero* se cruzaba en el camino, él era una locomotora y no contemplaría accionar ningún freno.

La razón por la que aceptaba su especial relación con Darío, tenía que ver con esos instantes, con esos encuentros que rayaban lo extremo y eran tan distintos a los que añoraba, que por eso se permitía vivirlos. Premura, urgencia, desparpajo, una borrachera de sexo que la dejaba exhausta. Con él no había término medio, con él todo estaba permitido, incluso ducharse y

marcharse en cuanto el round terminaba.

Esa noche no la dejaría irse, esa noche dormiría con ella aunque tuviera que atarla a la cama. Le hizo el amor sujetándole las muñecas por sobre la cabeza de ella con una mano. La quería quieta, sometida a sus deseos, suya desde esa noche donde la estaba reclamando.

Ely, lo permitió considerándolo un nuevo juego que, al lograr el objetivo buscado, confirmarían como finalizado. Ingresó al baño, se duchó. Comenzaba a vestirse cuando desde la cama Darío la invitó a quedarse.

—Quiero descansar, mañana me esperan mis viejos a almorzar y para afrontar la comida necesito recuperarme del asalto con vos.

—Ponés de excusa eso, pero lo que te lo impide es la charla del amiguito de tu ex —espetó desde una frustración que no estaba acostumbrado a sentir, y se maldijo al instante de haberla exteriorizado.

—Veo que lo tenés claro —consintió acercándose al lecho y terminando de confesarle a la cara, antes de regalarle un rápido beso—: No intentes nada que me lleve a romper nuestro acuerdo.

—Hace un mes, la vi —comentó el Mono desparramado en el sillón, con un vaso de whisky en la mano y el teléfono en la otra.

Mateo esperaba que Elizabeth fuera un nombre desterrado en las conversaciones—: No me interesa —advirtió para que le quedara claro. Dio el último trago a su whisky juntando fuerzas para no preguntarle, para no enterarse que seguramente estaría casada, esperando un hijo, feliz. Feliz como no había sido él por su culpa.

—Trabaja para una organización vinculada a minoridad. Está montando, con un amigo de la facultad, un hogar para chicos de la calle —continuó el Mono ignorándolo—. Es buena en lo suyo. Consiguieron que el gobierno les asignara un subsidio especial.

El gesto era el de aquel que no presta atención, sin embargo estaba expectante porque llegara a la parte que a él terminaría de destruirlo. Se sirvió otro whisky.

—La abuela murió —continuó, esperando alguna respuesta.

—Y se casó y va a criar a sus hijos, además de los chicos desamparados y también ayuda a cruzar la calle a viejitas y a sus propios padres —enumeró para terminar de una buena vez con todo—, ni me lo digas, puedo imaginármelo. Pero ¿sabés qué? Me chupa un huevo. Ella y su putísima vida,

me chupan un huevo. Esa mina se encargó de que yo no creyera en ninguna, se dio el lujo de meterme el dedo en la llaga y escarbar tan hondo como éste idiota se lo permitió. Me chupa un huevo qué es de su vida —se terminó el alcohol de un solo trago—, yo tengo la mía.

—¿Qué vida tenés? —preguntó el amigo— Decime, estrella, ¿qué vida tenés?

—La que consigo rompiéndome el lomo y dejando de lado toda la boludez a la que te arrastran las mujeres. Mi familia son ustedes y la música —aseguró viendo como Danna se levantaba del sillón frente al de él y se dirigía al cuarto—. No necesito más.

—No se casó, aunque no está sola. Pero..., por lo que tengo entendido, te sigue queriendo —estaqueó el Mono dejando su vaso sobre la mesita, despidiéndose cortando la comunicación y dejándolo reflexionar. Pronto tendrían que enfrentarse. Había que prepararlo para ese encuentro. Elizabeth estaba sobre aviso, Mateo también.

Esa noche, otro blues sonó en Boston:

*¿Qué se hace cuando la noche de tu ausencia
me arrastra a su oscura soledad?
Cuando la piel escuece clamando
por tus caricias, ¿qué se hace?
Cuando el recuerdo grita verdades,
cuando el hambre del corazón reclama.
¿Cómo se hace para vivir sin tu luz,
mi hechicera?*

Cerró uno de los tantos álbumes que tenía sobre él, apagó el equipo de música. Se lavó los dientes, puso el celular a cargar y se acostó a descansar. Otro día había pasado, con sus pros y sus contras. El que seguía, traería una rutina agobiante de reuniones con funcionarios y personalidades influyentes para conseguir una velada donde recaudar fondos para la fundación. Afortunadamente, en la noche, Darío otra vez la ayudaría a revertir todo.

Hacía tiempo que había logrado tomarse la vida con esa filosofía. El amor de juventud continuaba guardado en su corazón, al punto de saberse una enferma que dedicaba sus ratos libres a mantenerse al día con las noticias que hablaban de él, a escuchar su música, a imaginárselo junto a ella. Pero si antes

fue un imposible, ya estaba resignada y había comprendido, que ahora lo era mucho más. Una estrella que comenzaría a sobresalir en Estados Unidos, un ídolo para las mujeres y admirado seguramente por sus pares. Lejos, estaba demasiado lejos y además él la odiaba.

CAPÍTULO 11

La sangre le bullía en el cuerpo. Regresar a Buenos Aires, volver a pisar su tierra, encontrarse con ella, todo era una suma de expectativas que lo alejaban del sueño casi cumplido, para regresarlo al ayer.

Cerró los ojos y por un momento volvió a tener veinte años, el sol doraba aún más su piel morena y una luz infinita lo miraba desde la arena entre un grupo de gente deseosa de escuchar música de la buena. Los ojos azules brillaron sólo para él, la piel de Ely se clavó en su retina e involuntariamente sus dedos se tocaron unos con otros, extrañándola.

Habían pasado años, ya no eran dos inmaduros jovencitos jugando a amarse. Eran adultos, estuvieron separados y volvían a encontrarse.

¡Dios! No podía soportar más la espera.

¿Qué haría cuando la encontrara? ¿Cómo se acercaría a ella? ¿Cuál sería la respuesta de Ely al verlo? ¿Cómo resistiría el día en que volvieran a separarse?

El Mono ponía en juego sus huevos, asegurando que ella lo seguía amando. Juancho le rogaba que la sedujera nuevamente, se quitara las ganas y la dejara calentita y suplicando por más. Estuvo a punto de romperle la boca por teléfono cuando se atrevió a proponerle eso, pero en su interior no sabía exactamente qué quería. ¿Vengarse? ¿Recobrarla? ¿Llevarla con él? Amarla.

En el aeropuerto lo esperaban todos. Hasta los padres del Mono habían ido y la madre no pudo contener las lágrimas cuando lo abrazó. Adoraba a esa mujer, que siendo la madre de su amigo, se había brindado a él, como la suya no lo había hecho jamás.

«Mato por ella», pensó seguro de que no exageraba.

Le permitieron hacer uso de su reserva en un hotel del Soho, sólo cuando les advirtió que necesitaba privacidad para cotejar el estado de la carne argentina, y juró que en la semana que durara su estadía, almorzaría a diario con ellos. Se pusieron al día de las novedades, recorrió un par de pubs donde lo habían soportado antaño y regresó a su hotel a descansar del largo viaje. La

noche siguiente fue la despedida de soltero de su amigo y el alcohol, las mujeres y el descontrol general, estuvieron a punto de suspender la boda por el estado en que regresaron al novio.

Dos días más tarde de su llegada, había conseguido no buscarla y esa mañana se la cruzaría en el Registro Civil. Se vistió nervioso, desechó más de un vestuario, finalmente seleccionó un pantalón azul marino, una camisa al tono y una chaqueta. Se miró en el espejo, respiró profundo y no fue suficiente el aire del ambiente.

Trató de manejar la ansiedad y caminar saludando a la gente conocida, sin dar demasiadas muestras de lo que en su interior empujaba con fuerza. Quería gritar su nombre para acortar tan larga espera al haber llegado y no verla por ningún lado. Tal vez no iría. Tal vez había decidido faltar al casamiento de una de sus amigas, por evitarlo a él. Ingresaron a la sala donde el juez esperaba a los contrayentes y a los invitados. Juancho y una amiga de Miriam eran los testigos. Ely no aparecía. Tomo asiento junto a los padres del Mono, obligándose a mirar sólo hacia el frente. Sintió frío y luego un calor agobiante, ella había llegado, pudo sentirlo y volvió a obligarse a no girar la cabeza hacia el lugar donde estaba seguro que la encontraría.

Culminada la ceremonia, el amontonamiento le impidió hallarla. Juancho quería levantar en andas al Mono y solicitó su ayuda y la de otros dos amigos.

Eufóricos y bromeando con él a costas, lo llevaron por el pasillo con los ruegos de la flamante esposa gritando que lo bajaran y no lo rompieran. Estaba riendo cuando la vio. Hermosa con su pelo azabache ondulado cayéndole sobre los hombros de un trajecito celeste que contrastaba con el azul profundo de sus ojos y su piel blanquísima. Emocionada sin poder ocultarlo al cruzar la mirada con la de él. Quiso correr a abrazarla, jurarle que seguía siendo su esclavo. Ely le sonrió, giró y se perdió entre la gente.

Cerró los ojos soportando el peso de su amigo. Suspiró profundo. La había sentido, la había visto, la seguía amando.

Luego del civil, hubo simplemente un brindis y la novia partió rauda a prepararse para la fiesta que darían en la noche. El acuerdo entre los contrayentes no incluía ceremonia religiosa de ningún tipo. Los padres de ambos, les ofrecerían una bendición, cada uno en su credo, y luego todo sería festejo.

Intentó maquillarse y las manos le temblaban sin lograr dominarlas. Llegó

tarde a la ceremonia civil, para evitar cruzar una sola palabra con él, intentó irse en cuanto el juez los declaró marido y mujer y sus pies no le respondieron. Perdió el aliento cuando lo vio sentado en la sala y sólo lo recuperó cuando los ojos ámbar la acariciaron como lo habían hecho años atrás. El teléfono sonó desprendiéndola del recuerdo.

—Elizabeth —dijo su madre—, te ruego que no vayas, lo vas a ver, volverás con él y...

Le cortó.

Era una mujer adulta. Tomaba sus propias decisiones, había vivido años esperando una nueva oportunidad y la tendría frente a sí esa noche. No la dejaría pasar aunque Darío fuera quien la llevara a la fiesta, aunque su madre se desgarrara las ropas tal y como había hecho su abuela y le quitara la palabra hasta el último día de vida. Mateo era su único amor.

El periodista sabía que esa noche era la prueba de fuego. Estaba invitado como el acompañante de Elizabeth y en esos términos se mantendría. La relación que propuso, y ella aceptó antaño, lo había enredado en un sentimiento de posesión, y deseo constante de estar con ella, que lo impulsaban a dejar demostrado que no existía posibilidad de que un recuerdo o cualquier futuro se la arrebataran. En pos de ello, se ocupó de que su vestuario fuera imponente, y le ofreció caballerosos gestos desde el mismo momento en que fue a recogerla por la casa.

—Estás impactante, nena —le aseguró al verla subir al auto en un ajustado vestido de lentejuelas negras que dejaba al descubierto toda su espalda.

Dentro del salón del evento, no pudo detectar en qué mesa lo sentarían al músico, pero ellos estaban muy cerca de la principal. Esperaba que Miriam hubiera tenido el buen gusto de no ubicarlos en la misma y que el idiota del novio no hubiera metido la cola.

Luego de lo que consideró una ridícula pantomima de familias que pretendían limpiar sus culpas por no realizar la unión cada una bajo su rito, tuvo lugar el vals de los novios, y permitió que “su chica” diera un par de vueltas con el dichoso Mono, encargándose de rescatarla en cuanto otra mujer reclamó el turno. No la dejaría sola y eso le dijo con la mirada a Mateo, cuando logró individualizarlo.

Afortunadamente las dos mesas principales con amigos fueron divididas

y en una estaban los de la novia y en otra los del novio. En tanto comían el primer plato y conversaban con el resto de los comensales, acarició más de una vez como al descuido la mano de ella y le sonrió con su gesto más seductor, al hablarle. Evitó mirar hacia la otra mesa y se mostró agradecido al notar que ella hacía lo mismo.

«Mi chica —le advirtió con la mirada, por segunda vez—, y para vos sólo un recuerdo.»

La emoción vivida en la mañana, se convirtió en rencor por la noche. Ely estaba junto a un hombre que exudaba derechos de posesión a cada paso y con cada gesto. Intentó leer el lenguaje corporal de Elizabeth buscando negación, y aunque la aceptación no podría asegurarla, el rechazo era inexistente. Ella estaba allí, con aquel hombre, por decisión propia. La había odiado por años al mismo tiempo que la había añorado hasta el desgarrar, la tenía a sólo unos pasos y le era imposible llegar a ella. No estaba preparado para soportar otro desaire, mucho menos para verla en brazos de otro y en esa puja estaba cuando la observó acercarse a la pista y bailar con el intruso. Las tripas le rugieron, o tal vez fue él quien rugió, eso era lo de menos, la furia estaba instalada y como era costumbre, hilvanó notas y letras de odio en su mente. Descubrió que estaba moviendo los dedos llevando un ritmo mental con una guitarra imaginaria y se llamó a cordura. Una chica que alguna vez habría estado en su cama se ofreció, por medio de una sonrisa, y aceptó, llevándola a bailar.

La inestabilidad no era culpa de lo alto de sus tacos, sino producto de estar bajo el mismo techo que Mateo, desear con todas sus fuerzas encontrarse en sus brazos y, como solía sucederle, quien la sostenía tenía otro nombre, otra piel, otros ojos. El casamiento de Miriam terminaría con ella desmayada si no lograba controlarse y, en algún momento de la noche, cruzar tan sólo dos palabras con quien continuaba siendo su hombre, su amor. El tiempo pasaba y les retaceaba el encuentro. Cada uno en su mesa y ella junto a Darío, no hallaba la posibilidad de concretar su deseo sin herir a su acompañante. Afortunadamente, luego de los postres, Lea le pidió que la acompañara al servicio para que la ayudara a arreglar una parte de su vestido, que se había descosido por el frenesí con el que se movió en los temas de rock. Al regresar, en la pista, los invitados bailaban al son de música lenta. Una mano la acarició desde el hombro hasta los dedos, los aprisionó haciéndola girar, rodeándola

por la cintura para que siguieran con sus cuerpos el compás. El corazón le latió desenfrenado al pegarse al de Mateo, el cuello le suplicó alivio cuando el aliento de él lo rozó. Años después, su piel lo reconocía y bregaba por fundirse con la de él.

—Mucho tiempo, hechicera —dijo susurrando en su oído otra vez.

—Demasiado —respondió.

No fueron necesarias más palabras, hablaron los corazones, las ansias contenidas, los deseos por el otro. Otra vez estaban juntos, tan sólo en un baile, pero se recordaban y continuaban deseándose. Mateo elevó las manos de ambos, entrelazadas a la altura de los ojos, para que pudieran reconocerse, para fijar la imagen en las retinas de los dos. Elizabeth recordó cuánto le agradaba aquella paleta armónica que creaban al unirse, y su sexo se contrajo clamándole por una sola noche más. Una que reviviera el ayer y prometiera un mañana.

—Estoy al tanto de tus logros —comentó buscando cualquier respuesta que le permitiera oírlo.

—Tuve mucha suerte —confirmó modesto—. Tus noticias también me llegaron.

Se separó de él, sólo lo suficiente para mirarlo a los ojos y comprobar que no le mentía. Si le habían hablado de ella, era porque él lo había permitido. Sabía cuán orgulloso era Mateo—: Me recibí y trato de utilizar mi profesión para ayudar a menores desamparados.

—Veo que aparecí en tu vida demasiado temprano. Si hubiera esperado a que te recibieras, no me habrías abandonado a mi suerte. Yo estaba desamparado entonces.

La estocada caló hondo en ella. El reclamo había aparecido finalmente y se vio obligada a responder—: Apareciste en el momento indicado, pero te fuiste antes de lo conveniente. Si tu desamparo te hubiera aconsejado desde la humildad, en lugar del orgullo que elegiste, tal vez hubiéramos encontrado el camino —dijo desprendiéndose de él y regresando a la mesa donde Darío la esperaba con cara de pocos amigos.

Sorbió la copa de champagne de un solo trago y la consideró suave y falta de cualquier propiedad que lograra bajarle el nivel de agitación que sentía. Maldita mujer, que volvía a derretirse en sus brazos y ante la primera contienda abandonaba la lona, dejándolo sólo otra vez. Las emociones se

agolpaban como un enjambre en un embudo, pujando por salir sin conseguirlo. La había rozado, la había tenido en sus brazos, pudo haberla retenido y sin embargo la dejó escapar. ¡Idiota!, gritaba su interior y su mente le suplicaba cordura. Vio que el hombre la invitaba a bailar, seguramente quería marcar territorio frente a él. Elizabeth se negó y Mateo sonrió para sus adentros. Su Luz no podía correr a brazos de otro después de haber estado en los suyos. Sin embargo debió reconocer, que aquel intruso era quien disfrutaba de ella y la furia regresó con más fuerza.

La perdió sólo un instante y el músico lo aprovechó para entrometerse. Tenía que averiguar qué habría hecho para que Ely regresara emanando furia por los ojos. No fue la consideración para con él lo que la hizo volver a la mesa, sino alguna estupidez que se mandó Mateo. Y si bien sirvió para tenerla otra vez controlada, no estaba satisfecho. Elizabeth debía estar a su lado por mérito suyo, no por los errores del otro. Probó con el método que solía darle resultado, y le mordisqueó el cuello. La mujer clavó las uñas en el muslo de él, dejándole claro que estaba dispuesta a un nuevo encuentro de los que borran recuerdos y calmaban ansiedades. Estando todavía pegado a su cuello, miró fijo a Alarcón. El músico elevó la copa, brindando por ellos.

«Metete la copa en el culo, idiota. El que se come a Elizabeth soy yo.»

Rogaba porque la fiesta terminara y salir de allí cuanto antes. La angustia y desazón, el abandono que había sentido aquella última vez en el pub, que le impedía sentir rencor contra él y que la llevó a cargar con todas las culpas; esa noche viraba por completo y se transformaba en odio. Un infinito odio por arruinarle mil noches de fantasear con ese encuentro, donde su imaginación le permitió creer que Darío se esfumaría como un sueño no deseado, que se irían juntos en la moto de Mateo a sentir el viento en la cara y el corazón de ambos bombearía descontrolado en una cama. El tiempo había incrementado la rabia de él y el anhelo de ella. Lo amaba, no cabían dudas, más que a nada en el mundo, pero Mateo era una enfermedad que le corroía la vida. Aceptarlo en esos términos, era enterrarse y arrojarse las paladas sola y sin ayuda. Algo había comprendido en esos años, el amor debe entregar placer. Mateo se había equivocado cuando aseguró que era lo único válido. Error. El amor es válido cuando los dos corazones pueden superar las diferencias y se eligen por encima de cualquier obstáculo. Mateo no había superado el rencor, ella debía

luchar contra sus deseos, de lo contrario sería víctima de su despecho. Darío le besó la mano en un gesto desacostumbrado, recordó cómo solía abordarla y la dulzura o la galantería no eran parte de su lenguaje habitual. Estaba tratando de ser distinto esa noche, seguramente no sabría cómo atraer su atención que viajaba constantemente hacia otros tiempos y hacia otro hombre. Lo miró seductora, reclamándole normalidad, supo que lo desorientaba y fue más clara apoyando su mano en la entrepierna de él, amparada en la intimidad que le brindaba la luz tenue y que estuvieran sentados a la mesa vestida con un largo mantel que rozaba el solado.

La apretó contra él, rodeándola por la cintura y reteniéndole la mano que lo hurgaba, aprisionándola en ese lugar—: Cuando quieras, nena —la invitó con voz ronca en su oído.

—En cuanto los novios se vayan, lo hacemos nosotros también —aceptó.

Al final de esa noche, Mateo no habitaría en su cabeza, se obligaría a estar con Darío, con su potencia, con su acostumbrado intento de controlarlo todo entre las sábanas, con la convicción de que sólo eran amantes y la seguridad de que la parejita soñadora que alguna vez conformó con otro, no regresaría nunca; que el futuro era incierto y debía transitarlo con pie de plomo si quería continuar respetándose a sí misma.

El Mono llevó a su amigo hasta un lugar apartado del bullicio de la fiesta, para cerciorarse de su estado y despedirse antes de marcharse con su esposa de luna de miel:

—De uno a diez ¿en qué estado de *boludismo* estás?

—Cien —confesó Mateo—, pero con un par de copas más de tu blandengue champagne, bajaré el score un poco.

—Sabía que era una mierda que te la encontraras así, pero no pude evitarlo. Elizabeth es tan amiga de Miriam, como vos mío.

—Tranquilo —aseguró palmeándole el hombro—, todos sabíamos que teníamos que tragarnos este show. Olvidate, maduré a golpes y no soy tan vulnerable como hace años. Ocupate de rendir esta noche, por lo que me pude dar cuenta, tu mujer tiene aguante para rato y dudo que puedas contentarla.

—¿Vos viste las tetas que tiene? —comentó aceptando la broma— La rusa respira hondo y yo me pongo más firme que un soldado.

—Espero que hoy tu soldado esté de guardia y armado, porque te veo con menos reservas que ella. Si precisás una mano, mi celular está activado y lo

dejo prendido.

—Mejor prendete a las curvas de alguna de las minitas que anduvieron rondándote. Dejá que de mi esposa me encargo yo.

—Te veo contento, Mono, y ella demostró que te quiere. Mirá que venir a elegirte justo a vos, que sos una mole de dos metros y que para ponerte los puntos se precisa mucho coraje.

—Como andes contando por ahí que te lo dije —advirtió—, no te queda un dedo sano para volver a tocar la guitarra; pero esa mina baja la vista, hace pucherito, y yo me desarmo como helado sobre el fuego. Me puede —confesó llevándose una mano a la cabeza como peinándose—, me dice vamos y voy, dice hacé y hago. Como un boludo me lleva de la nariz y te juro que no me quejo. Mi vieja no puede creerlo y mi viejo le besa los pies a la rusa.

Se despidieron con un abrazo cargado de afecto. Eran hermanos aunque no portaran la misma sangre.

La vio partir acompañada del soberbio que intentó dejarle claro que el terreno estaba ocupado. Cuando Ely giró como al descuido para llevarse la última imagen de él, supo que la puerta continuaba abierta. Buscó a Lea, que no quiso darle el número del celular, pero consiguió sonsacarle la dirección de correo de la mujer en cuyos ojos creyó alguna vez.

CAPÍTULO 12

Abandonaron la fiesta cerca de las cinco de la madrugada. El día había sido extenso y a pesar del cansancio, tanto Darío como ella, necesitaron recobrase mutuamente con un encuentro íntimo que le permitiera a él demostrarle que no era necesario desenterrar ningún sentimiento románticoide que la hiciera sufrir nuevamente, en tanto que Ely sólo buscó la droga sexual de él, que le recordaba que seguía viva aunque su corazón estaba muerto.

Ella era su complemento ideal, aquel que le permitía continuar siendo un ser libre junto a una compañera inteligente y con un cuerpo ardiente. Cuando la fue a buscar esa noche, convencido de que podría contra los fantasmas del pasado, y la vio subirse al auto más sexy y seductora de lo que jamás la había visto, temió que no fuera posible lograrlo. Elizabeth era atractiva, solía arreglarse, pero nunca antes le vio ese brillo en los ojos, ni esa postura anhelante cuando se disponía para encontrarse con él. Supo que el motivo llevaba el nombre de otro hombre y confiando en sí mismo, se dispuso a revertirlo. La tenía en su casa, en su terreno, en sus dominios, y sabedor de los métodos, tomó las tiras que sujetaban el vestido desde los hombros, para ir bajándolas de a poco llenando de ardientes besos el cuello de ella. La prenda cayó demostrando que debajo sólo existía la blanca piel y un diminuto tanga atrapado por el portaligas que sostenía las medias.

—Siempre quise tenerte así vestida, en mi cama —dijo llevándola hasta el lecho, deshaciendo con dos dedos las tiras de la prenda interior y recreando sus ojos ante la visión erótica que ella le entregaba.

La ansiedad impidió que se despojara de su ropa y aún con la camisa puesta aunque desabrochada, la tomó de los talones para acercarla al borde de la cama. Recorrió el cuerpo de ella con sus manos y boca. La oyó gemir, la vio retorcerse, clavarle los dedos en la espalda, asirse de sus cabellos y rogarle con los ojos, que la calmara.

—¿Qué querés, nena?

—Olvidar —respondió y la furia regresó a Darío, despojándolo del

sentido común al encestarse en ella con la fuerza de su orgullo herido.

Una y otra vez lo recibió. Una y otra vez se contrajo ante él, culpándose por perder en ese momento el color de los ojos de su amor y ver sólo los de Darío. Gritó el placer de su orgasmo y oyó el rugido de quien se lo provocó, cuando también consiguió el propio.

—¿Quién soy? —le reclamó introduciéndose más hondo.

—Darío —aseguró Elizabeth y el hombre salió de ella triunfante.

Darío, sólo él lograba que identificara con claridad al hombre que la acompañaba cuando el cuerpo le demostraba satisfacción y no era Mateo quien se la entregaba. Sólo él lavaba la culpa de gozar entre unos brazos que no fueran los del amor. Pero sólo Mateo conseguía que ese gozo físico pudiera sentirse también en el corazón. Había logrado dividirse en dos Ely, la compuesta tan sólo por materia y que se permitía vivir, y la que portaba sentimientos y hacía años convalecía. La última de las Ely, había intentado revivir esa noche ante la ilusión de volver a unificarse. Debía dormirla nuevamente, ni ella ni él estaban listos para la unión. Los resabios del rencor avivaban el odio y las heridas sangraban todavía demasiado como para abrirlas aún más.

Quiso tener consideración por Darío y marcharse, pero se quedó dormida a su lado, consecuencia del agotamiento y del cúmulo de emociones de aquel día tan largo. Comprendió que había sido un error, cuando a mediodía despertó y él la retenía abrazada. Se desprendió con cuidado. Sin ducharse, tomó sus ropas, escribió una nota excusándose y luego la desechó. Se suponía que las disculpas no tenían sentido en la relación que mantenían. Prendió su celular para pedir un taxi, vio que tenía mensajes de Lea, Miriam y Diana, pero se negó a escucharlos.

En su casa intentó despojarse bajo la ducha, de toda la noche anterior. Se preparó un café, y procurando distraerse, abrió su computadora para revisar el correo. El día anterior no había tenido tiempo de leer mails y los que recibía relacionados con la fundación, le llenaban la casilla. Pocos quedaban por responder cuando uno en especial le llamó la atención:

-*-

Para: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org

De: blusero.en.exilio@gmail.com

Asunto: Escurridiza

Inmadurez= imposibilidad de quedarse a afrontar los conflictos.

-*-

¿Cómo era posible que alguien le hubiera dado su correo? ¿De dónde lo habría conseguido?

Revisó los mensajes que con anterioridad se había negado a escuchar. Diana quería que la llame y le dijera cómo estaba después de haberlo visto a Mateo. Miriam rogaba perdón por haber sido la causante del encuentro con él esa noche. Lea confesaba que no había podido negarse a entregarle su mail, pero había logrado mantener el secreto en cuanto a su número de celular. La culpable no ocultó su delito y afortunadamente había dado la cara. Se encargaría de ella luego. Volvió a leer el mail. Dudó si era una acusación o un descargo lo que le había escrito, y debatió entre ignorarlo, bloquearlo o responderle. La Ely dormida por años, sacó pecho reclamando su derecho a conocer la verdad:

-*-

Para: blusero.en.exilio@gmail.com
De: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org
Asunto: Re: Escurridiza... ¿Reconoce su imposibilidad de retener?

Conflicto= Enfrentamiento armado. Situación desgraciada y de difícil salida.

-*-

Esperó la respuesta unos minutos, al ver que no llegaba, entendió que seguramente estaría dormido. Para calmar la ansiedad, se preparó una ensalada y la comió sobre la mesada de la cocina, atenta a si su computadora emitía el sonido característico cuando el buzón de correo recibía un nuevo mensaje. Salió disparada al oírlo.

-*-

Para: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org
De: blusero.en.exilio@gmail.com
Asunto: Re: ¿Dónde está tu luz?

Retener= Conservar en la memoria algo.

-*-

Calificó de exasperante, el ida y vuelta con el que estaban encontrando otra forma de dañarse. Debían poner un punto final:

-*-

Para: blusero.en.exilio@gmail.com
De: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org
Asunto: Re: ¿Dónde está tu luz?... En los ojos de quien la supo ver:

Mateo, estos mails no tienen sentido. Hace años de todo. Sé que en aquel momento, los dos fuimos sinceros. No guardo rencores, reconozco mis errores y los tuyos. Evitémonos este desgaste infantil que sólo sirve para remover viejas heridas. Estás peleando por tus sueños y te va muy bien, me alegro mucho por eso.

Buen viaje de regreso. Espero asistir a uno de tus conciertos algún día.

Ely.

-*-

¿Cómo se atrevía a despedirse? ¿Cómo se atrevía a abandonarlo otra vez?

-*-

Para: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org
De: blusero.en.exilio@gmail.com
Asunto: Re: En los ojos de quien la supo ver... ¿Y retenerla con madurez?

Por alguna razón que mi intelecto no logra dilucidar pero sí intuir, sospecho que me tildaste de inmaduro en dos oportunidades en distintos mails. ¿Tengo cura, licenciada? También estoy enterado de tus logros y que tus ahorros no te permitirían concretar tu sueño de asistir a uno de mis conciertos. (Siento que se realicen tan lejos). Pero como inmaduro y generoso que soy, voy a enviarte pasaje y ticket para alguno que coincida con tus vacaciones. ¿La estadía podés solventarla o te hago lugar en mi casa?

Mateo

-*-

-*-

Para: blusero.en.exilio@gmail.com
De: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org

Asunto: Re: Andate a la mierda.

Elizabeth Telerman

-*-

Quedó releendo el insulto, sentado en el sillón de su cuarto de hotel, con la camisa desabrochada, la corbata desanudada cayéndole a ambos lados del torso y el tercer vaso de whisky en la mano. Sonrió repasándose el cabello con los dedos. Había esperado horas por la primera respuesta. Seguramente recién se despertaba y el intruso no estaría a su lado, de lo contrario no hubiera perdido el tiempo chequeando correo. Apuró el resto del trago, terminó de desvestirse, se dejó caer en la cama convencido de que no podía asegurar si habría pasado la noche con él.

El fin de semana se negó a visitar la tumba de su madre. Nada lo unía a ella y su cuota de responsabilidad autoimpuesta, ya la había cubierto. Se recluyó en viejos amigos, esperando que fuera Ely quien diera el próximo paso. El lunes por la tarde, al ver que no lo había hecho, se negó a no volver a verla cuando su reloj le indicó que pronto debería regresar a Boston. Con el dato que le otorgó el mail, consiguió con facilidad la dirección de la organización en la que ella trabajaba y los horarios. Quince minutos antes de las siete de la tarde estacionó el auto, que el padre del Mono le prestó, frente a la puerta del trabajo de Ely, y se recostó en él esperándola. El frío de Agosto y el viento, calaban hondo. Cruzó los brazos por debajo de las axilas, con intención de entrar en calor. Tenía el corazón en la garganta y el cuerpo entumecido para cuando, a través del cristal del gran portón de acceso, la vio salir del ascensor enfundándose los guantes y ajustando bien la bufanda en el cuello. La puerta se abrió y una ráfaga de viento elevó las ondas azabache que dejaban libres el gorro de lana. En el cuerpo de Mateo, el invierno se transformó en verano, adquiriendo tanta movilidad como si hubiera precalentado por horas antes de un partido de rugby. Con un par de pasos estuvo frente a ella impidiéndole continuar:

—No adjuntaste el mapa —le dijo, como si la sorpresa le permitiera a Elizabeth comprender de qué hablaba—. No sé dónde queda el lugar en el que me citaste. Debiste anexar un mapa.

—No te cité en ningún lado —respondió conteniendo la emoción y obligándose a no caer en la trampa, haciéndole gestos con la mirada para que se moviera y no le obstruyera el paso.

—Cito textualmente —dijo burlón—, “*Andate a la mierda*”.

—No fue una invitación, sino una indicación.

Mateo chascó la lengua—: Parece que a inmaduro vamos a tener que sumarle lento de entendederas. Yo creí que me invitabas.

—¿Para qué viniste? —preguntó intentando terminar con el juego.

—Primero —enumeró, tomándola de la cintura y guiándola hacia el auto—, para reclamarte el mapa. Después para cenar y ponernos al día de qué ha sido de nuestras vidas.

Elizabeth se negó cuando él entreabrió la puerta del acompañante invitándola a subir—: No tengo el mapa que solucione tu primer motivo. Y para el segundo, lamento decirte que no ceno con personas que sólo me invitan para rebotar un pasado en el que sufrí y mucho.

Mateo terminó de abrir la puerta del auto dejándole ver el ramito de violetas que la esperaba sobre el asiento—: No juzgues, hechicera —le susurró al oído—, tal vez vine a hacer las paces.

Sin voluntad, o haciendo uso de ella, Ely tomó las flores y accedió a acompañarlo. Dentro del auto, los nervios le impedían comenzar una conversación. Él se mantenía serio, callado, recorriendo las calles en busca de un sitio, que sólo reconoció cuando estuvo sentada a la mesa y recordó la imagen de Mateo dejándola para siempre.

—Retomemos aquella conversación —propuso sentándose frente a ella, apoyando los codos sobre la mesa, mirándola desde sus ojos ámbar, pero ocultándole la blancura de su sonrisa.

—¿Qué sentido tiene esto ahora, Mateo? Fue hace años, éramos dos chicos. Ahora vos estás a miles de kilómetros, viviendo lo que deseaste siempre...

—Tiene sentido —la interrumpió—. Las cosas inconclusas no me van. Quiero cerrar cada capítulo de mi vida, y éste lo tengo abierto.

No supo si era una queja, o la confesión de que continuaba pensando en ella. No quería que la ilusión retornara para terminar de destruirla. Había forjado una vida que si bien no la hacía feliz, al menos era llevadera. Mucho más llevadera que la angustiante que le tocó sufrir al principio, cuando se sintió sola y culpable.

—¿Cerraste vos el capítulo, Elizabeth? —preguntó al ver que ella se mantenía callada.

Tomó aire, dejó los guantes, el gorro y la bufanda, en la silla contigua. Se desabrochó el abrigo quitandoselo y dejándolo junto al resto de los

accesorios. Definitivamente, esa noche sería larga. Mateo destapaba el baúl de los recuerdos, tal vez fuera lo que hacía falta para terminar de despedirse.

—No voy a hacerte perder tiempo, explicándote los motivos que mi familia consideró válidos para negarse a aceptar la relación que pretendíamos mantener. Imagino que igual que entonces, tampoco querrás oír la encrucijada en la que me vi sometida intentando defender sola y ante los míos, el derecho a amarte y que me amaras. —Si Mateo venía con intenciones de comenzar la guerra, ella también contaba con municiones—. Te fuiste, me dejaste acá sentada, con un problema que a aquella edad consideré imposible de resolver. Sola tuve que soportar que intentaran hacerme sentir culpable por la enfermedad de mi abuela y sola me enfrenté al inmenso dolor de haberte perdido.

—No te dejé. Ese día simplemente viniste a contarme las tantas excusas que tenías para alejarte de mí.

—No fue así. De cualquier manera, si pensaste eso, ¿por qué no me ayudaste a entender tu punto? ¿Por qué no te quedaste, como un hombre, a defender lo nuestro?

—Porque si me quedaba, si te presionaba con mis razones y tu abuela empeoraba, le hubieras echado la culpa al amor que sentías por mí y hubieras terminado odiándome.

Se miraron midiéndose. Ambos tenían demasiados años de rencor a cuestas.

—Esta conversación no tiene sentido. Los dos encaminamos nuestras vidas...

—¿Encaminaste tu vida? ¿Con el compadrito que te acompañó al casamiento el otro día?

—¿Me lo preguntás vos, que vivís con tres mujeres bajo el mismo techo desde hace años?

Se arrepintió de haberlo dicho, cuando entendió que Mateo había descubierto la carga de celos que le entregó a la pregunta.

El músico se recostó contra el respaldo de su silla, el camarero les solicitó que ordenaran y dejaron en manos de él el pedido. Ninguno había ojeado el menú, lo que les sirvieran estaría bien. Lo primordial era no perder el tiempo, ni el clima, ni el nudo de la conversación que mantenían.

—Que consideres que mi vida no está encaminada por esa razón, te deja a vos en situación de inmadurez —estaqueó sin darle más detalles.

—Tenés razón. Cómo vivas, o con quién, no tiene por qué interesarme.

Allá vos con tu vida, yo tengo la mía.

—Contame, ¿cómo es tu vida?

—Mía —respondió segura.

—¡Finalmente! Te felicito. ¿Sos feliz con tu vida?

Mateo no había ido a entablar batalla, había ido a desatar la guerra y cargado con misiles poderosos.

—Un verano, un muchacho dulce con ojos color ámbar y la sonrisa más sensual que vi en mi vida, me sedujo susurrándome al oído palabras de amor. Desde el momento en que todo se convirtió en imposible, guardé en mi memoria las sensaciones placenteras que viví junto a él, e intenté borrar las dolorosas. Hoy estás acá, para que yo entienda que eso fue un error —lo acusó—, viniste cargando con un rencor añejo, para enrostrarme nuevamente que tenía diecinueve años y que por mi culpa lo nuestro terminó. ¿Qué pretendés? ¿Qué querés lograr? ¿Será acaso, que en todo este tiempo no pudiste olvidarme y quien habla es tu despecho?

—¿Me olvidaste? —preguntó a su vez.

—Seguís siendo tan inmaduro como tus mails. No soportás responder mis preguntas.

El camarero les trajo el pedido, ellos no bajaron la vista a los platos, continuaron mirándose a los ojos, esperando las confesiones del otro.

—No, Mateo, no te olvidé. Acabo de decirte que recuerdo a ese muchacho dulce y soñador. Pero eso no quiere decir que las heridas hayan sanado.

—¿Cómo intentaste curarlas? —preguntó.

—Viviendo mi vida y aceptando que soy la dueña. Aprendí que mis errores o aciertos, deben ser producto de mi elección y no de la imposición de otros.

—¿Viste que no era tan difícil?

—Fue difícilísimo —le aseguró, queriendo clavarle el tenedor en un ojo—. Con veintiún años, me largué a la vida sola, fui mi mentora y mi sustento.

—¡Bravo por vos! —exclamó casi burlón, para que no se vanagloriara de lo mismo que había hecho él mucho antes.

—Gracias. Estoy orgullosa de eso —devolvió para no dejársela pasar—. Ahora que ya te sacaste todas las dudas, espero que me permitas degustar la comida.

—No me saqué todas las dudas —dijo antes de llevarse otro bocado a la boca y hacerla esperar por el resto de las preguntas—. Quiero saber por qué te

subiste hoy al auto.

—Porque un ramito de violetas y el temor a que armaras un escándalo en la puerta de mi trabajo, me indicaron que lo mejor era hacerlo.

—No armo escándalos y mucho menos poniendo en riesgo el trabajo de otros. Me rompo el lomo desde hace años, sé lo difícil que es obtener el lugar que a uno le gusta.

—¿Estás en el lugar que te gusta?

—No —respondió seguro—. El lugar en el que me gusta estar, es entre tus piernas.

Lo miró fijo a los ojos, tratando de descubrir si había sido un cumplido o una grosería—: Sitio restringido.

—¿Por qué? Somos adultos, no creo que porque vuelva a estar allí, el mundo se caiga. ¿O acaso te molesta lo que pudiera pensar el resto? ¿Te sigue jodiendo acostarte con un... *goi*?

—Sabés de sobra que no es eso. Ya te aclaré que en mi vida mando yo.

—¿Entonces?

—Entonces, eso. Que en mi vida mando yo, y no se me antoja tenerte entre mis piernas.

Mateo sonrió de lado, la mentira era tan clara como que estaban sentados allí, uno frente al otro—: No te creo, hechicera. En el civil, tus ojos me dijeron lo contrario, en la fiesta cuando te tuve pegada a mí bailando, tu cuerpo se deshizo entre mis manos.

—Pero —contestó tomando el último bocado de sus raviolos con salsa rosa—, abriste la boca para ladrar en lugar de susurrar y mi madurez actual me indicó que un polvo envuelto en rencor, no vale la pena.

Elizabeth reducía el amor guardado por años, a la vulgaridad del sexo en sí mismo y Mateo quiso tomarla por la nuca, introducirse en su boca, hacerle sentir cuán vivos estaban los sentimientos de ambos, y estallar nuevamente juntos en una unión anhelada que sabía posible—: Ese fue tu error, creer que no valíamos la pena. No fuiste un polvo para mí y yo tampoco lo fui para vos. Te dejaste convencer de que éramos eso y mancillaste lo que sentíamos.

El celular de Ely sonó interrumpiendo a Mateo, cuando pensaba confesarle que aún la amaba y que llevaba años esperando ese encuentro donde se dijeran las verdades, se quitaran el peso de tantos años de dolor, y volvieran a ser la pareja que nadie debió impedir. Reconoció que quien la llamaba era un hombre, al ver el nerviosismo y el apuro con el que apagó el móvil—. ¿Era tu acompañante?

—Sí —reconoció.

—¿Tenías que encontrarte con él? —preguntó intentando ocultar los celos provocados porque ella admitiera que aquel hombre era su compañero habitual.

—No. Seguramente sólo quería hablar conmigo. Solemos hacerlo cuando no nos vemos —dijo entregando una información que no le había pedido y que era innecesaria.

—¿Quién es él en tu vida?

—Parte de la misma. Una parte que no tengo por qué contarte a vos.

—¿Y yo? ¿Quién soy yo en tu vida?

—Esta vez, voy a pagarte con la misma moneda. Respondé vos a eso que sos quien debería saberlo. ¿Quién soy en tu vida para que malgastes tu viaje cenando conmigo?

Era hora de decirlo todo. La cena llegaba a su fin y él debía regresar a Boston—: La hechicera que hace años me embrujó. La que me convirtió en su esclavo y creyó que abandonándome a mi suerte me regresaba la libertad. La que olvidó que siendo mi dueña, tenía derechos sobre mí.

Se quedó mirándolo a los ojos, envuelta en el deseo de abrazarlo, de prenderse a su boca, de recuperar el aliento perdido desde el día en que lo vio marcharse:

—Aseguraste que el embrujo estaba roto, que habías recuperado la libertad y que ya no eras mi esclavo.

—Y me creíste.

—¡Basta, Mateo! Todavía tenés demasiado rencor encima y yo apacigüé hace años mi corazón. No puedo amar —aseguró—, construí una coraza que me alejó del dolor. No amo, vivo. No respiro, subsisto. Pero no voy a volver a poner en riesgo mi vida otra vez. Estuve a punto de terminar con todo... cuando las heridas se me hicieron insoportables. Venís después de años, no a buscarme, sino a cumplir con un compromiso formal de un amigo, y en la volteada aprovechaste para ver qué pasaba conmigo. Muy bien —dijo segura—, acá me tenés. De la Luz que conociste no queda nada más que la cáscara. No soy la que amaste, mal podrías retomar nada conmigo.

—Tampoco soy el mismo que quisiste.

—No. No tergiverses mis términos, no te quise. Te amé, te amé con locura, con un amor puro y profundo que me llevó casi a la desesperación cuando se frustró. No me jodas, sé lo que sentí.

—Elizabeth —dijo serio—, tal vez nos sigamos amando, y si es así,

negarnos a vivirlo, sería la segunda estupidez de nuestras vidas.

—O el final de las mismas, y no voy a correr ese riesgo. Pude haberlo corrido si al encontrarnos todo hubiera sido distinto. Si tal vez, en lugar de reflotar odios, hubiéramos corrido uno a brazos del otro.

—Estabas con otro tipo —reclamó.

—No llegaste a Buenos Aires esa noche, lo hiciste dos días antes y sin embargo no me buscaste.

—Tampoco lo hiciste vos.

—Tampoco lo hice yo —reconoció—. Los dos tenemos mucho orgullo, Mateo. No sigamos lastimándonos. Hay momentos que conviene atesorar en el baúl de los recuerdos gratos y no volver a intentar revivirlos. No podría ser igual que antes. No somos los mismos.

La dejó en su departamento, la despidió con un simple beso en la mejilla. Regresó a su hotel, se observó en el espejo del baño:

«Ella tiene razón.»

Lloro toda la noche y gran parte de la mañana siguiente, sin poder desprenderse del ramo de violetas. Las exigencias del trabajo impidieron que continuara llorando el resto del tiempo, hasta que regresó a la intimidad de su departamento, desconectó los teléfonos y se dejó caer sobre la cama sin quitarse ni siquiera las botas. Al día siguiente, él se iría y no volvería a verlo.

La angustia de las noches vividas había convertido sus ojos, en dos espantosos bultos rojizos que casi no podía abrir. Con esfuerzo se duchó e intentó convertir su despojo en algo aceptable para salir a afrontar las responsabilidades.

Frente a la puerta de la organización, un *remís* estacionado mantenía el motor en marcha. Antes de que Ely entrara al edificio, un hombre bajó de él, se acercó a ella, la tomó por la cintura haciéndola girar, la sostuvo por la nuca acercándola a su boca. El cuerpo comenzó a temblarle, los dedos se escondieron en el cabello de él asiéndolo con fuerza, sus labios se abrieron para recibirlo. Mateo la besó, se integró con ella, la apretó contra su cuerpo con intención de no soltarla jamás. Las lenguas se reconocieron al instante y disfrutaron gustosas del reencuentro.

—Acepto cualquier otra cosa que quieras asegurarme —dijo sobre su boca y manteniendo los cuerpos pegados—, menos esa estupidez de que la Luz que sabe amar como ninguna, ya no existe en vos. Acá está. Luchando porque

le entregues su libertad. No le hagas lo que te hicieron.

Dejó caer los brazos, con los que la sostenía, a cada lado de su cuerpo. Intentó guardar en sus retinas el brillo de los ojos azules que lo embrujaron siempre, giró sobre sus talones y se introdujo nuevamente en el remís rumbo al aeropuerto donde el avión lo regresaría a la soledad que ningún blues sabría reflejar.

CAPÍTULO 13

Las encontró esperándolo, en cuanto abrió la puerta del departamento. Danna lo observó desde el sillón, indagando el humor que traía. Sheila se acercó a él, le acarició el rostro y lo encerró en uno de sus abrazos contenedores. El argentino con el que convivían, era un amigo entrañable para las tres. Lo adoraban y cuidaban, como si estuviera a cargo de ellas. Tina dejó sobre la mesa, el café recién preparado.

—Les traje alfajores y dulce de leche —comentó para romper el clima de preocupación que entendió tenían y acto seguido las puso al tanto— Estoy bien.

Danna arqueó una ceja, descreyendo. Tina le rogó con la mirada que le diera tiempo a explayarse. Sheila consideró que el abrazo no había sido todo lo cálido que él necesitaba que fuera.

Mateo tomó un sorbo de la caliente bebida, se llevó las manos al cabello con la intención de eliminar tensiones y encontrar las palabras que reflejaran lo vivido en Buenos Aires, después de tantos años de ausencia:

—Es emocionante volver al origen, recorrer los lugares conocidos — hizo una pausa para seguir bebiendo más del café, pero sus amigas comprendieron que pretendía postergar las confesiones.

Danna era una mujer directa que prefería los atajos a las rutas conocidas —: ¿La viste?

—Sí —confirmó entendiendo que debía ir al grano— La vi. Sigue teniendo sobre mí, el mismo influjo que poseía antes. Presiento su llegada y mi sangre comienza a bullir. —Elevó la mirada hasta Danna, antes de continuar— Su hechizo es tan poderoso, que no existe rencor, tiempo, o rechazo que mitiguen su fuerza. Bailé con ella y tembló como cuando era adolescente — sonrió al decirlo. Ely se había convertido en una mujer mucho más atractiva de lo que él recordaba—. Creo que a los dos nos sorprendió que, a pesar de la distancia, a pesar de estos años, con solo vernos, todo regresa con fuerza. — Volvió a sonreír sintiéndose un imberbe—, tal vez por eso terminamos

discutiendo. No me gusta confirmar que una mujer tiene tanto poder sobre mí y siento que a ella le ocurre lo mismo.

Las tres amigas se mantuvieron en silencio. Mateo comprendió que debía continuar:

—Cambiamos, tanto ella como yo tenemos llagas abiertas que condicionaron para modelar lo que hoy somos, para confirmar las personas en las que nos convertimos. Su orgullo creció, está más alerta y responde cada golpe, redoblándolo. No oculta nada, es más franca de lo que era. —Unió sus manos sobre la mesa, enlazó los dedos con fuerza. Sheila acarició ese nudo, intentando transmitirle tranquilidad para que terminara de desahogarse. Mateo agradeció el gesto con una media sonrisa sin elevar la mirada—. Conseguí su email y le escribí. Me reuní con ella, buscando respuestas al ayer y a lo que sentimos en la fiesta al estar juntos, pero no fue fácil. Odié tenerla frente a mí y no poder meterme en ella y hacerle entender que valemos la pena, que entre nosotros existe una unión que no podemos evitar. Odié sentirme tan vulnerable ante una mujer. Y lo soy —reconoció con los dientes apretados— Soy un maldito idiota indefenso ante ella. La fui a buscar nuevamente... y la besé.

—¿Por qué no la trajiste con vos? —observó Danna.

—No se lo pedí, tampoco me pidió que me quede —reconoció aceptando otro café—. Pero sé que la puerta no se cerró.

—¿Está sola? —preguntó Sheila emocionada ante esa última frase— ¿Te esperó todos estos años?

—Ni tanto..., ni tan poco. No está en pareja, pero tampoco sola.

Danna le arremolinó el cabello pasando por detrás de él, tomó su bolso, saludó con un gesto y se dirigió a su trabajo. Tina dejó ver su desagrado porque se fuera. Era muy claro que Danna censuraba el comportamiento de Mateo en Buenos Aires. Ella hubiera utilizado el viaje para sanear cada duda y obtener definiciones. A su juicio, Mateo no había realizado ninguno de esos objetivos. Continuaba igual que antes de partir, envuelto en un ayer que añoraba y del que no terminaba de desligarse o concretar.

—No se lo tengas en cuenta —aconsejó conmovida Tina.

—Tiene razón —aseguró, corriendo hacia atrás la silla, levantándose y caminando hacia el cuarto—. Voy a ducharme y descansar un poco, en la noche tengo un ensayo.

Cada una fue retomando sus responsabilidades. Mateo desarmó su maleta y antes de ducharse, prendió la computadora:

Para: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org
De: blusero.en.exilio@gmail.com
Asunto: Sigo en tus labios.

Y... ¿qué tal tu día?

*

Esperó la respuesta, la diferencia horaria entre Boston y Buenos Aires era mínima, chequeó su reloj y comprendió que estaría trabajando. Supuso que no demoraría en responderle, pero el tiempo pasaba y no lo hacía. Molesto se dirigió a la ducha, tardó más de lo acostumbrado y al regresar y vestirse, recibió su recompensa:

*

Para: blusero.en.exilio@gmail.com
De: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org
Asunto: Re: No te invité a ellos

Con mucho trabajo.

¿Tu vuelo?

Ely

*

Feliz de haber encontrado un código común al que recurrir para confesarse verdades, se sentó frente a la computadora y volvió a escribirle:

*

Para: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org
De: blusero.en.exilio@gmail.com
Asunto: Ya no preciso de permisos

Bien. Largo, pero entretenido. A mi lado viajaba una señora que jamás en su vida se había subido a un avión, y el pánico la descontroló por completo.

Mateo

*

*

Para: blusero.en.exilio@gmail.com
De: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org
Asunto: Re: Quién te entregó ese poder?

¡Pobre! Lo debe haber pasado muy mal. Imagino que intentaste tranquilizarla.

Ely

*

*

Para: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org

De: blusero.en.exilio@gmail.com

Asunto: Ellos. Me llaman, me necesitan

No. Era más divertido explicarle los muchos riesgos de volar. Intenté que no vuelva a subirse en su vida a otro avión para evitarle a su próximo compañero de vuelo una situación similar.

Mateo

*

*

Para: blusero.en.exilio@gmail.com

De: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org

Asunto: Re: JA!!!.

Sos todo un samaritano. Admiro tu generosidad. ¿O son los métodos psicológicos estadounidenses?

Ely

*

¡Jamás! Jamás podría olvidarla u olvidarse de lo que sentía estando con ella, dentro de ella, a su lado. Y así como estaba seguro de eso, también estaba convencido que a Elizabeth le ocurría lo mismo, sólo necesitaba tiempo para aceptarlo. Entretanto, le permitiría utilizar esas evasivas.

*

Para: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org

De: blusero.en.exilio@gmail.com

Asunto: No los traduzcas mal. Dicen AHHH, no JA.

Lo dudo. Lo adjudico a mi generosidad, madurez, cualidad receptiva, *feeling*, capacidad de adaptación...

Y para poder continuar así, es imprescindible que ahora

me vaya a trabajar.

Mateo

-*-

Había sido suficiente, de continuar la charla, tomaría el próximo vuelo a Buenos Aires, y ella no estaba lista para recibirlo aún, pero aquella aproximación, le permitió cruzar alguna que otra barrera. Mateo buscaba saber de ella, necesitaba del contacto. El compadrito intruso que a diario la veía o le hablaba por teléfono, la tendría difícil con él susurrándole amor por la web.

Días después de su regreso, una llamada del Mono desde Buenos Aires, lo despertó temprano por la mañana:

—Hace una hora y media que mi mujer y yo regresamos de nuestra caliente luna de miel —dijo—. Estaba ansioso por estrenar con ella, cada centímetro cuadrado de nuestro nidito de amor...

—¿Llamaste para contarme de tus piruetas sexuales? —preguntó intrigado, sin entender ni la conversación, ni por qué lo reconocía tan irritado.

—¡Cerrá el orto y escuchame! Es lo mínimo que tenés que hacer —le indicó fuera de sí—. No pude hacer una puta pirueta, porque la rusa, ni bien llegamos, prendió su jodido celular, se encontró con un millón y medio de mensajes de las cotorras de sus amigas que hablaban sobre la turca y vos, y hace más de una hora que está poniéndose al tanto del maldito cuentito que ideaste en Internet. ¿Qué carajo pasó?

—¿Con quién está hablando tu mujer?

—Con la turca. Miriam no se anda con vueltas, va directo a la fuente. — Y agregó— No sabés, macho, lo bien que mi *jermu* va directo a la fuente.

—No me cuentes los detalles, Mono. Imaginarte desnudo me da urticaria. Ahora que a la rusa...

—Como te imagines a mi mujer desnuda, soy capaz de estrangularte por teléfono. No te hagas el vivo y contame qué boludez es ésta de que se están mandando mensajitos.

—Lo importante es que no te pierdas un solo detalle de esa conversación. Yo después te pongo al día, pero ahora necesito que pesques cada cosa que digan. Quiero saber qué piensa Ely.

Era fundamental conocer sus miedos. A la amiga se los confesaría sin esconderle nada. Con la amiga sería auténtica.

—¿Me estás proponiendo que me convierta en tu *buchón*? ¿En un soplón de cuarta?

Sabía que lo haría, por mucho que despotricara, el Mono lo había llamado para ponerlo al tanto y luego le pasaría las novedades. Estaba eufórico, ansioso, anhelante. Y se encontraba a miles de kilómetros de los labios que moría por besar, de los ojos que quería volver a admirar y de la piel que necesitaba acariciar.

—Es que no entiendo nada —insistió Miriam—, perdieron el tiempo como dos tarados cuando vino y ahora, a años luz de distancia, se les ocurre la brillante idea de calentarse por Internet. ¡En qué estás pensando! ¿No te das cuenta que de esta manera te hacés daño?

—No puedo evitarlo —confesó Elizabeth—. Prendo la computadora muerta de ganas de que haya un correo suyo. Le envió el mío y hasta que no me responde, el aire no me llega a los pulmones.

—A donde no te llega el aire es al cerebro. ¡Ya déjense de joder! —aconsejó— Tomate un vuelo a Boston, arrinconalo entre bambalinas, sacate todas las ganas, y después vas a ver cómo se te llenan los pulmones de aire.

Moría por hacerlo, pero no había llegado el momento, antes tenían que aclararse todas las dudas. Y aún quedaban dudas.

Cada mail de Mateo que llegaba, portaba en el asunto un nuevo acercamiento, una nueva propuesta. Que él la quería lo tenía claro, pero el tiempo de separación había sido largo, los reclamos existían y el cielo todavía contenía nubarrones.

Dejó sobre el escritorio, los legajos de los hermanitos que el juzgado les enviara la semana anterior, miró el reloj, Darío la pasaría a buscar por la fundación en menos de diez minutos, se sentó e hizo girar la silla para quedar frente al ventanal, miró hacia el cielo, se transportó por él. Lejos, unos ojos color ámbar continuaban bajo su embrujo. Los esclavos no son libres y Elizabeth quería que él la amara despojado de todo recelo.

No había regresado a la cama de Darío desde la noche del casamiento de Miriam, donde mezquinamente lo utilizó para borrarse de la piel el roce de la de Mateo. Pero ya no era igual. Ni la lujuria, ni el dominio de su amante, lograban quitarle de los labios el sabor de Mateo.

—No puedo seguir —le confirmó y él ya lo temía.

—Tenés que regresar a la realidad, nena. Es una estupidez sumamente infantil, que sigas metida en un recuerdo que te jodió la vida.

—Cuando se toca fondo —aleccionó—, sólo se puede subir. Y quiero

empezar a escalar, Darío; ya llevo demasiado tiempo sentada en la oscuridad compadeciéndome.

—¿Vas a ir a Boston? —preguntó deseando que lo negara. Sentía un grado de posesión sobre ella, que no quería perder. No deseaba más que aquello que compartían, amistad, sexo, compañerismo. La combinación perfecta para él y que también lo había sido para ella hasta que el *blusero* apareció de la nada a reclamar derechos que se suponían expirados.

—No —aseguró—, pero ya no es igual. Antes, cuando estaba con vos en la cama, me olvidaba de todo. Son tan distintos —comentó acariciándole la mejilla—, pero ahora que volví a verlo, que entendí que cuando te une un lazo tan fuerte con alguien, los sentimientos no pueden esconderse, ya no puedo olvidarme. Estoy con vos y quiero estar con él.

Ruda, franca, directa.

—Vestite, nena —ordenó—. Te llevo a tu casa.

Se instaló en su cuarto de hotel en Chicago, sin tiempo para nada más que cambiarse de ropa y partir hacia la sala de ensayo. Su agenda estaba completa esa semana, con una presentación tras otra. Al terminar uno de los shows, Malone le presentó a un productor de Hollywood que buscaba un tema musical para su película. Se vio obligado a participar de la cena que prosiguió a la actuación. Él sólo quería regresar al hotel y chequear si Ely le había escrito.

De regreso en Boston, la rutina le permitió recuperar horas de sueño y ratos libres para dedicarse a componer. Sus letras volvían a ser las de antes, la esperanza se leía en ellas y el amor comenzaba a ser posible nuevamente.

En el estudio de grabación los ánimos estaban desbordados, Malone llevaba media hora de retraso y el manager bufaba con el celular ardiendo en su oreja intentando encontrarlo. Mateo se sentó al piano concentrándose, introduciéndose en el centro de su esencia, sus dedos caminaron libres sobre las teclas, cerró los ojos y en su mente Ely gemía en sus brazos:

*Si finalmente llego a tu luz,
se secarán las lágrimas .
Cada herida puede cerrarse,
bajo el influjo de tus miradas.
Te acaricio desde el alma,
me alimento de la miel de tus entrañas.*

*Sólo los corazones saben, nena,
cuánto se aman.*

*Ni las lágrimas de ayer,
ni las dudas que nos atacan,
podrán evitar, mi amor,
que en tu vientre germine el mañana.
Beso tu huella en la arena,
son mis latidos los que te llaman .
Sólo los corazones saben, nena,
cuánto se aman.*

Sentía la pérdida de Darío, y aunque no se arrepentía de la decisión tomada, reconoció nuevamente, que fue su compañía la que le permitió sobrevivir. Cansada y sin fuerzas, se acostó a dormir deseando no pensar más. Dio vueltas en la cama y harta de reprocharse ser una mujer joven que no lograba encaminar su corazón, fue hasta el living y prendió su computadora sin querer asumir el por qué lo hacía.

*

Para: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org
De: blusero.en.exilio@gmail.com
Asunto: Volví a escribir una canción de amor:

Grabamos toda la tarde con el grupo de Malone. Un clima de mierda, el turro llegó tarde y los costos se fueron al carajo.

¿Se solucionó en el juzgado el tema de los mellizos?

Mateo.

*

Quería escuchar ese tema, quería estar rodeándolo con sus brazos mientras él lo interpretaba. Quería estar fundida en Mateo sintiendo cada nota.

*

Para: blusero.en.exilio@gmail.com
De: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org
Asunto: Encontraste musa?

Uf, me imagino el humor general.

No resolvimos nada todavía. El juez nació de un repollo,
dudo que alguien en su sano juicio lo haya parido.

Avisame cuando lo grabes, así lo compro.

Ely

-*-

Ella insistía, era terca, rencorosa, la tildaría de miedosa pero sabía que ya no lo era. Lo había sido, pero ya no. Cuando el corazón estalla en mil pedazos, rearmar la figura es muy difícil, sobre todo cuando se sabe que una nueva explosión lo desintegraría y ya no existirá recomposición posible. Eso lo tenía él muy claro. La madre del Mono había unido los trozos del suyo una vez, cuando su propia sangre fue borrando día a día la confianza y el cariño. Luego Elizabeth, colmándolo de ilusiones vanas que se diluyeron ante el primer contra tiempo. Sin embargo, allí estaba él, poniendo otra vez el pecho, aceptando las balas, anhelante porque su hechicera renaciera, aceptara su mano y las ilusiones se convirtieran en realidades. No volvería a dejarla sola, no le permitiría dudar.

-*-

Para: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org

De: blusero.en.exilio@gmail.com

Asunto: Jamás la perdí.

Te entregaré el disco en mano.

Soy bueno con las manos.

Mateo

-*-

¡Si lo sabría ella! Era magnífico, con las manos y con todo lo demás. Sonrió al leer su mail, por cada freno que ella ponía, él reforzaba el arsenal. Cada latido continuaba al próximo, porque su esclavo a miles de kilómetros la mantenía viva. Pero la esperanza era un lujo que no podía darse. Los sentimientos no bastan cuando entre medio algo los hirió profundamente y a pesar del tiempo, las heridas sangran, los temores existen y la fragilidad de su hoy se erguía sobre bases que no terminaban de fraguar. Mateo era el único punto débil en su vida, no existía otro. Asumía su profesión con responsabilidad, pero sabiendo separar los duros conflictos de la misma de su vida personal. Había cortado el cordón umbilical con sus progenitores, especialmente con su madre. Cuidaba de ellos pero no permitía que

interfirieran en su vida. Las amistades eran su contención y retribuía de igual manera. Posicionada profesionalmente, sosteniéndose económicamente, estable en los afectos de siempre, preparada para generar con Darío una amistad sin compromisos románticos, pero débil ante la proximidad de Mateo. No estaba lista para volver a verlo. Cambió mil veces la respuesta a su mail, ninguna le parecía adecuada. Dejó caer la cabeza en sus brazos cruzados sobre el escritorio, furiosa con ella misma. ¡Cómo era posible que no pudiera contestar un simple mail! Y no podía, se arrepentía de cada palabra que tecleaba. Su silencio fue tomado como aceptación por parte de él y un nuevo mensaje llegó al correo de Ely:

*

Para: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org

De: blusero.en.exilio@gmail.com

Asunto: Jamás dudes de eso.

Lo tomo como promesa.

Ya veremos cómo y cuándo.

Mateo

*

La seguridad de que cumpliría, elevó la temperatura de Elizabeth que por mucho que intentó recuperar su estado normal, comprendió que era imposible. Algún día, un blues de Mateo sonaría de fondo mientras ellos se amaban.

CAPÍTULO 14

Omar, desde su sillón en el living, oyó llegar a su hija. Supo que se había dirigido directo a la cocina para dejar el postre con el que solía darles el gusto, dejó el periódico sobre la mesita de junto, apoyó las manos a los costados de su cuerpo para ayudarse a erguirse. No estaba enfermo, aún no era mayor, todo su agobio tenía otra razón, la infelicidad de su única hija. La vio moverse suelta y recibir el reto de Perla cuando introdujo un trozo de pan en la olla que humeaba, algo era distinto esa noche, había brillo nuevamente en su mirada y el corazón le dio un brinco que de inmediato lo sumió en una precipitada caída libre por el abismo del miedo:

«Que no sea por él», pensó.

Los visitaba una vez por semana, jamás los recibía en su departamento, salvo que fuera una urgencia. Su espacio era suyo y así lo mantenía, lejos de los ojos escrutadores de Perla y de los reclamos de Omar por negarse a vivir en la comodidad del hogar paterno donde no se le exigiría ningún pago por su estadía. Visitándolos ella, podía manejar el horario de llegada y el de finalización de la reunión. Se interiorizó por los resultados de los chequeos de salud anuales de ambos, tomó nota del recordatorio que le harían en el cementerio de La Tablada a su abuela la semana próxima. Contestó, sin adentrarse en detalles, las preguntas de rigor, preparó y sirvió el café para los tres en el living, como era costumbre. Padre e hija se encontraron solos un momento, cuando Perla fue hasta el cuarto en busca de un presente que había comprado para Ely.

—¿Qué cambió en estos días, hija?

Entendió que el instinto de Omar había detectado su alegría, también el peligro. No sanearía su duda, no alimentaría la preocupación. No era necesario. Amaba a su padre a pesar de las diferencias, no le guardaba rencor, ni a él ni a su madre. El error había sido suyo, ellos tan solo los motivos. Sólo se podía culpar a un responsable y ese era ella.

—No cambió nada, papá. Estoy menos atareada en el trabajo y eso me

permite descansar. —El trabajo y la falta de ejercitación hasta muy entrada la noche junto a Darío.

Extrañaba esa sensación de sentirse mujer cobijando a un hombre. Extrañaba el placer que se recibía junto a un cuerpo masculino que conocía los recónditos sitios por donde se accedía al gozo, sin ataduras, miedos o peligro de convertirse en vulnerable. Extrañaba por sobre todo a Mateo en ella, pero ahí estaba el peor de los peligros, ese que se detecta de entrada y sin embargo se ronda hasta caer en sus garras. Caería en garras de Mateo, no se moriría sin volver a ser suya, pero intentaría por todos los medios cubrir su corazón de la desilusión, cuando ocurriera.

¿Cuál desilusión la aquejaba más? ¿Haberlo idolatrado a través de los años? ¿Que él pretendiera vengarse, usarla y volver a irse? ¿Qué haría si otra vez la salud de los suyos estuviera en riesgo? ¿Cómo era Mateo en la actualidad?

—¿Qué es, hija? —preguntó su padre entendiendo que la había corrido de aquel lugar de ensueño desde el que sus ojos brillaban hacía un momento—
¿Qué dije que te alteró?

Rodeó a su padre por detrás del sillón, aferrándose a su cuello:

—Nada, papá. Todo está en orden.

Perla le entregó una bolsa con un par de zapatos bonitos y cómodos, para que usara en el trabajo. Lo agradeció, miró su reloj y argumentó que al día siguiente madrugaba y debía irse.

En la tranquilidad del lecho, Perla apoyó su cabeza en el brazo que Omar le tendía para cobijarla:

—Sólo tenemos una hija —dijo apenada—, y no supimos hacerla feliz.

—No. No fue nuestra culpa. Fue culpa de ese hombre.

—¿Creés que todavía lo ama?

—Lo único que sé, es que lo amó tanto que después nadie pudo ocupar su lugar.

—Mi hija no podía vivir con un *goi*.

—Pero tampoco pudo vivir sin él.

Perla se desprendió del abrazo, se sentó en la cama, encendió la luz de la mesa de noche—: Vivió y vive —inquirió irritada—, siguió adelante, estudió, tiene un título, trabaja...

—Pero no es feliz.

Sin quitarse el abrigo, fue hasta su computadora. La ansiedad por las noticias de Mateo, le impedía pensar con claridad. Pero el último contacto era de hacía tres días cuando le aseguró que escucharían música juntos. Tentada por recibir algo suyo y confirmando que no, abrió un mensaje para él. Mantuvo el ratón quieto sobre el botón de envío sin pulsarlo, releendo una y mil veces lo que acababa de escribir:

*

Para: blusero.en.exilio@gmail.com

De: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org

Asunto: El silencio indica aceptación.

Seguí componiendo tu música. Estoy segura que cuando la hagas conocer, te lloverán contratos de las productoras.

Ely

*

Esperó, como venía haciéndolo desde hacía tres días, su respuesta. Vencida por el sueño, se acostó. Al día siguiente no hubo correo, tampoco el próximo. Su estómago era un hormiguero, la ansiedad anterior se tornó en preocupación. Antes de volver a enviarle un nuevo mensaje, buscó información en Miriam. La esposa del Mono desconocía si Mateo continuaba en Chicago, si había regresado a Boston, o dónde estaba, pero si su marido no se encontraba preocupado, nada malo le habría ocurrido. Ante la insistencia de Elizabeth, la amiga averiguó con su fuente más próxima. Por mucho que intentó no ser evidente, su marido la conocía bien.

—Te digo que la turca está desesperada —comentó por teléfono—, la obligó a la rusa a que me preguntara por noticias tuyas.

—¿Qué le dijiste? —quiso saber, relamiéndose de gozo porque Ely estuviera ansiosa por él.

—Que debías estar de joda con tus tres amiguitas. Ya sabés, cuando un amigo necesita de mi ayuda, yo soy la mejor opción.

—Si te vio tranquilo, ella se quedará tranquila. El tema es que ahora debe haber levantado temperatura con tu desacertado comentario. Ya veré cómo lo arreglo.

—Mateo, a las minas hay que picarlas. Se está haciendo la estrecha con vos a miles de kilómetros, te corta el rostro como la mejor. ¡Que se joda! Dejá que reviente un poco y vas a ver cómo vuelve mansita y al pie.

—Elizabeth ya no es mansita —comunicó.

—Habrá que domarla, macho.

«Estúpido, idiota, mal nacido, enfermo, burro, inmaduro —enumeró según su furia—. ¿Quién se cree que es? ¿Quién cree que soy? ¿Una tarada que se deja embobar por un par de frases bonitas? De ninguna manera. No tiene idea de nada.»

Si su estómago era un hormiguero antes de hablar con Miriam, ahora se había convertido en un volcán a punto de colapsar. Mateo y el Mono habían hablado por teléfono, según le confirmó su amiga. Los mismos calificativos que utilizó para él, los usó con ella cuando se dio cuenta que no podía esperar un día más sin que él contestara y le permitiera exponer toda su furia. Finalmente llegó su venganza:

*

Para: Lic.Elizabeth_Telerman@derechoinfantil.org

De: blusero.en.exilio@gmail.com

Asunto: Yo siempre acepto.

¡Claro que sigo componiendo! Tengo una hechicera cuidando mi corazón.

Mateo

*

Levantó la vista de la computadora y el reflejo en la ventana le mostró la cara de boba que tenía en ese momento. Con rapidez se llamó a cordura. Otra vez lo hacía, otra vez con sólo dos o tres palabras, la llevaba a aquel lugar donde todo era posible y ella caía entregada muerta de amor y deseo.

Escribió el discurso más largo de su vida. Las teclas se quejaron de la fuerza con la que las atormentó. No pensó si el descontrol en que estaba sumida en ese momento, era obra del mail de Mateo o de ver su cara en el reflejo, pero descargó cada gota de rencor y reproche. A punto estuvo de enviarlo, cuando volvió a leer el de él:

“Tengo una hechicera cuidando mi corazón”.

La frase titiló ante sus ojos, sintió cómo las lágrimas se adueñaban de ella, borró el mensaje que estaba por enviar, apagó la computadora. Ingresó al baño y se introdujo en la bañera, recostando la cabeza contra los cerámicos. Lloró sin tener en cuenta el tiempo, sin medir la temperatura del agua, sin sentir nada que no fuera la desesperación por regresar atrás, levantarse de aquella maldita silla de restaurante y evitar que se fuera, suplicarle que la

entendiera, y juntos enfrentar a los detractores, a aquellos que censuraron el amor que sentían y que perduraba en el tiempo.

Malone le palmeó la espalda, más por averiguar si continuaba escuchándolo luego de darle la noticia, que por felicitarlo. Mateo estaba perdido en alguna imagen de la pared contraria, sumido en sus pensamientos. El blues que le compuso a Elizabeth luego del casamiento de su amigo, sería la banda musical de una producción de Hollywood. No podía creerlo, la suerte había jugado a su favor. Jamás presentó a consideración ese tema, pero el productor lo escuchó cuando esperaban a Malone para la grabación, y quedó fascinado. No quería escribirle un mail contándoselo, quería sentir el tono de su alegría, el grito con el que festejarían juntos. Le pidió al Mono que averiguara el número del celular de ella. El amigo terminó suplicándole a su mujer que se lo entregara. Miriam accedió al ver el estado de euforia en que su marido, embargado en una alegría inusual, la tomaba en sus brazos, no para hacerle el amor, sino para bañarla de besos, contento porque Mateo conseguía un triunfo que lo catapultaría a la fama.

Aguardó a estar seguro que ella estaría llegando a su departamento luego de un día de trabajo, se sentó a los pies de la cama y marcó el número de la hechicera que lo había inspirado.

Regresó a la mesa luego de ir al baño, Elizabeth reconoció que el celular que dejaba Darío sobre el mantel del restaurante, era el suyo.

—¿Me llamó alguien? —preguntó sentándose y acomodando la servilleta sobre su falda, antes de tomar el menú para seleccionar su pedido.

—Sí —respondió—, pero no respondieron, cortaron en cuanto atendí.

El móvil marcaba un número desconocido y supuso sería el error de alguien que se equivocó al llamarla.

—Como te decía, nena —continuó Darío con el motivo que los había reunido—, el diputado está de culo con el proyecto. Mis fuentes dicen que le pusieron guita contante y sonante sobre el escritorio, y no va a apoyar la reforma de la ley.

—La política es una mierda —dijo enojada—, en lugar de buscar el bien común, buscan enriquecer sus bolsillos. ¿Cómo es posible que no se den cuenta de la importancia de esta modificación? Tenemos un país con miles de chicos abandonados reclamando un hogar donde se les brinde cariño,

contención, cuidados, educación. Sin embargo siguen mirando para el costado cuando se los cruzan por la calle para pedirles una moneda. Son un virus que nos jode a todos.

—El tema quema, nena. Te llamé para avisarte, pero también para proponerte que les quitemos la careta. Tengo buenos informantes, de confianza; sé cómo y por dónde movernos. Podemos reunir mucha data que te sirva.

Lo escuchaba entusiasmada. La reforma propuesta al Congreso por la organización en la que trabajaba, había sido elaborada con profesionales idóneos, con fundamentos válidos, con soluciones reales. Se necesitaba concientizar, destinar fondos del erario público para ponerla en funcionamiento, y por supuesto, que la legislatura la apoye con su voto primero. Uriel llevaba tiempo trabajando en ese proyecto.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó decidida a comprometerse con la causa— ¿Cómo puedo ayudarte?

—Lo fundamental es que esto quede entre vos y yo. Absolutamente resguardado de cualquier soplón. Pero tenés que tener en claro que participar es exponerse. La política está rodeada de sicarios, no hay chapa que te proteja de ellos. Es primordial mantener todo en el más estricto silencio, reunir la información sin mostrarse, y presentarla sin fisuras ante un juez. Las pruebas tienen que ser irrevocables, y el juzgado en el que las presentemos tiene que tener una imagen indiscutida.

No lo pensó, las caras de los chicos que día a día veía en su trabajo, valían cualquier exposición—: Contá conmigo.

—Perfecto —asintió Darío—. Vos y yo tenemos una tapadera buenísima que nos permitirá trabajar sin levantar sospechas.

—¿Cuál tapadera?

—Todos saben que fuimos amantes. Tenemos que hacer que piensen que volvemos a estar juntos. Eso nos permitirá trabajar hasta altas horas de la noche, sin avivar el avispero.

—Tenés razón, pero que quede claro —se cubrió—, será una pantalla. Nosotros estaremos trabajando, sólo eso.

—Elizabeth, estoy proponiéndote una jodida investigación en la que a lo mejor ponemos en riesgo la vida de los dos. Para meterla, tengo miles de lugares. Espero que no pienses que te traigo a este quilombo, para volver a tenerte en la cama. Tu trabajo y el mío se unieron de casualidad. Podemos trabajar en conjunto, no hago favores, esto nos sirve a los dos.

Elizabeth dejó la servilleta junto a su plato, se adelantó un poco por

sobre el mismo, para que Darío la escuchara alto y claro—: No transfieras. Con el trabajo no elucubro ni bromeo. Éste es el momento de dejar aclarado cada punto de nuestro acuerdo. Vos expusiste los tuyos, yo expongo los míos. Quiero que esa ley se promulgue, quiero que todos los hijos de puta que la tiran para atrás por una avaricia personal, terminen entre rejas. Voy a trabajar sin descanso, voy a poner lo mejor de mí en cada grano que pueda aportar. Pero mis piernas estarán cerradas para vos, todo el tiempo en que dure nuestro acuerdo. ¿Te queda claro?

—Es de lo que hablo desde un principio. Me alegra que lo tengas claro vos también.

CAPÍTULO 15

Miriam hervía frente a ella reclamándole cordura. ¿Cómo era posible que hubiera vuelto a los brazos de Darío? Lea concordaba con la amiga y reprobaba cada excusa que Elizabeth intentaba otorgar. Diana buscó fundamentos a la conducta de su casi hermana:

—No podemos tratarla así. Tenemos quien nos caliente los pies, ella no. No va a vivir todo el tiempo pendiente de un puto mail, o de los pasajeros de cualquier avión que proceda del norte.

—No decimos eso —aguijoneó Miriam—. Decimos que tiene que definirse. Si Mateo ya no corre, que busque otro tipo, pero que no caiga otra vez en una relación —dijo encerrando en un gesto de comillas su última palabra—, que sabemos utiliza para flagelarse.

—¿Ahora resulta que soy masoquista? —se defendió Ely.

—Lo que resulta, ahora —aseguró la esposa del Mono—, es que no me cierra nada. Vos no sos así. Cuando estuviste con Darío, te entendí, querías olvidarte de Mateo y él te permitía subsistir. Pero que regreses a él, eso sí no lo entiendo. Porque ya comprendiste que no era el camino. Ya sabés que los orgasmos-limpia-telarañas, dejan toda la mugre bajo la alfombra. Levantá la alfombra de una puta vez, Ely.

—El amigo de tu maridito —espetó Elizabeth enfurecida—, intentó aprovechar que venía a tu casamiento y echarse un polvo con el pasado. Se le volaron los patos al darse cuenta que se despertaba mojado y solito. Como es orgulloso y no le gusta perder, volvió a arremeter a kilómetros de distancia y por mail. Pero claro..., no se disfruta igual y terminó por cambiar de objetivo. Debe estar pasándolo genial con las mil putas que se arrastran por refregarse con un músico.

Desechó de su mente, todo pensamiento que lo tentara a volver a escribirla o llamarla. Si Elizabeth había regresado a los brazos del impostor, era porque él se había vuelto a equivocar. El Mono había terminado por

confirmárselo a regañadientes. Canalizó toda su energía en el trabajo, y el exceso de la misma en cuanto mujer se lo permitió. Ya era un adulto, atarse al pasado sólo traía decepciones. Su carrera se encontraba en pleno ascenso. Continuaba dando clases en *Berklee*, ensayaba con Malone y terminaba los arreglos en su tema para *Hollywood*. Su agenda cada vez más ocupada, su cabeza concentrada exclusivamente en la música, su corazón encerrado tras los velos de la desilusión. Frío, insensible a los deseos de cualquier mujer, toda su seducción se incrementaba ante ellas al saberlo inalcanzable. Danna intentó señalarle los errores que cometía:

—Las cosas se dicen a la cara —reclamó entregándole la bolsa de la compra, en tanto caminaban hacia el departamento—. No te guardes el enojo ni las dudas.

—No tengo dudas —recalcó molesto.

—Espero que estés seguro de eso. Porque si estuvieras seguro, comprenderías que los errores tienen nombre y no se traspasan a otros. Te cerraste a cualquier posibilidad de estar junto a una mujer e intentar quererla o dejar que te quiera.

—El amor no se intenta. Se siente, explota adentro de uno. No puede evitarse, ni admite remplazos. Ella no ama, embruja, embauca, enreda.

—“*No puede evitarse*” —repitió eligiendo palabras de él, para que las comprendiera.

Mateo dejó caer los paquetes que sostenía, tomó por los hombros a Danna y la aprisionó contra la pared, echando fuego por los ojos. Con los dientes apretados, le aclaró—: Amé a esa mujer con desesperación. Hubiera dado por ella cada gota de mi sangre. Lo habría dejado todo, y lo hubiera hecho con gusto. Nada puede ser mejor que volver a tenerla en mis brazos, volver a ver la expresión de sus ojos cuando estoy en ella. Todo —repitió aplicando más presión, como si frente a él no estuviera Danna, sino Ely—. Hubiera adorado sus labios, bañado su cuerpo con pétalos, bendecido sus entrañas. Pero me lo negó, no una, mil veces. Para ella no fui tan importante y como buena bruja, me seduce a miles de kilómetros de distancia. —La soltó por fin— No merece el tiempo que le estamos dedicando. No merece la pena pensar en ella.

—Pero lo hacés.

Mateo volvió a mirarla con furia. En su interior reconoció que Danna tenía razón. La dejó con las compras que habían realizado, giró sobre sus talones y se alejó tanto como pudo.

Tras el tercer trago de vodka, los recuerdos comenzaron a nublarse y, entrada la noche, solo pudo ver los labios de una pelirroja que se entregaban gustosos. No demoró en estar en casa de ella. La despojó de la ropa con lentitud, su mente estaba lo suficientemente turbada como para imaginar una piel blanca y un cabello azabache. Le besó con suavidad el cuello, le susurró en castellano frases al oído. La mujer se excitó envuelta en el atractivo de él y su idioma dulce, y entregó la misma calidez que recibía.

—Te pude dar el cielo —dijo besando sus pechos—. Te adoré con toda la veneración que un hombre puede ofrecer. Eras mi hechicera, mi presente y mi mañana. Hubiera creado para los dos, un mundo de amor infinito, donde tu Dios no se hubiera animado a rechazarnos.

Su acompañante imaginó que hablaba de ella. La pasión que desprendía cada palabra de Mateo, hizo que se sintiera tan deseada, que su propio deseo se incrementó.

La recostó sobre la cama, acarició cada centímetro de su cuerpo con los ojos cerrados, besó su boca recorriéndole los labios, ingresó en ella con la desesperación de quien busca en la oscuridad su propia salvación. Confundido, abrió los ojos y descubrió que no era Ely quien lo miraba. La mujer no era culpable del nivel de alcohol que en ese momento corría por su sangre y la gratificó llevándola a un orgasmo que pudiera recordar. Finalmente, gracias a ella, por un momento había creído que estaba con su hechicera.

La algarabía de la gente por haber llegado al año *2000*, no se condecía con el feudalismo medieval y aberrante que Elizabeth y Darío confirmaban a medida que avanzaban en sus investigaciones. Las mugrosas verdades se presentaban ante ellos con una magnitud no imaginada inicialmente. Palpaban el peligro, conocían los riesgos. Darío ponía en juego su carrera, su credibilidad, y ambos la vida, si los descubrían antes de tiempo. Sospechaban, que incluso después de presentar las pruebas ante el juez, no estarían a salvo.

—Convencí a mis padres, para que visiten a mis tíos en Israel —comunicó Ely, sirviendo la tercera ronda de café—. Es mejor que se encuentren lejos un tiempo.

—¿Cuándo se irán? —quiso saber él.

—En diez días.

—Tenemos casi todos los cabos enlazados. Vamos a esperar a que se

terminen de unir —asintió estirando las piernas y relajándose.

Llevaban meses haciendo el papel de detectives. Mezclándose en las sedes partidarias, sonsacando información, entrelazando datos, desentrañando conversaciones ajenas, hurgando suburbios. Estaban casi listos. Darío entregaría a su jefe en el periódico, toda la investigación realizada. Elizabeth la presentaría ante el juez. Pero los riesgos eran personales, no querían exponer a nadie, ni que pudieran presionarlos con los afectos.

—Moruño está implicado —comentó Darío, dejando frente a ella, las fotos que lo asociaban con la organización que retenía a los chicos criados en la calle, para utilizarlos en sus propósitos delictivos—. Lo ubicamos en un antro donde prostituyen a menores. ¡El muy hijo de puta!

—Si Moruño está metido, alguien con muchos galones lo está cubriendo —detectó Ely.

—Es el dato que nos falta para tener el círculo cerrado. Estamos sentados sobre una bomba. Tenemos que repasar cada punta, antes de dar a conocer tanta mierda que salpica a medio país.

—Jamás pensé, que intentando comprender por qué no se aprobaba la reforma para la ley de protección al menor y las modificaciones en la de adopción, llegaríamos hasta todo este horror —confesó Ely, llevándose una mano a la frente para secar el sudor provocado por la adrenalina y el calor imperante, antes de inclinar la cafetera sobre las tazas—. Sabía de la trata de blancas, pero me negué a creer que lo hicieran también con menores.

El periodista la observó servir el café con el ceño fruncido, el calor de esa noche en Buenos Aires, no era contrarrestado por el aire acondicionado por más que se encontrara en su máxima potencia. La musculosa de algodón se ceñía con fuerza a las curvas de ella, la pollera remarcaba la turgencia de sus muslos. No le había propuesto trabajar juntos para volver a tenerla con él, tenía muchas mujeres con las cuales pasarlo bien, no precisaba a Elizabeth. Pero esa noche la deseó, quiso volver a tenerla sometida, sostenida por la muñecas, con el cuello expuesto para él, con el cuerpo enrojecido por sus caricias. Movi6 la silla hacia atrás con suavidad. Como un felino agazapado, se acercó, le quitó el mechón azabache hacia un costado para tener acceso a su piel, en tanto la ceñía por la cintura notando que no oponía resistencia.

Necesitaba relajarse, sentirse deseada, regresar a aquellos momentos donde Mateo se perdía en su mente y la virilidad de Darío hacía milagros. Habían acordado trabajar en la investigación que servía a los fines de ambos, sin volver a mezclar temas personales. Esa noche, los acuerdos se romperían.

Recostó la espalda en el pecho de él, lo dejó hacer, tomar el mando.

La giró para poder besarla, en tanto la sujetaba de los muslos para elevarla y pegarla a su cuerpo. Caminó con ella hacia la mesa del comedor y la sentó allí con las piernas separadas. Sentirse tan cerca de Elizabeth, terminó de excitarlo, perdió la paciencia y las formas, como cada vez que había estado con ella. Se deshizo de cada prenda que los alejaba, sin que le importara la suerte que corrieran.

Darío era potencia, exigencia, pasión desprovista de cualquier otro sentido que no fuera el del instinto. Cada centímetro de su piel le recordó que anhelaba otro contacto, cada molécula de su cerebro reclamó a Mateo, cada gota de sangre le dijo cuánto se equivocaba. Aun así, continuó, no lo detuvo, no se alejó de él. Maldijo a Mateo que continuaba en ella, a su debilidad que le impedía borrarlo de su mente, a su corazón que persistía en recordárselo.

Llegó a su casa agobiada. Dejó a Darío confundido por su reacción al vestirse de prisa cuando todavía convulsionaba luego del orgasmo compartido y corrió hacia la puerta para alejarse cuanto antes, sin tener que entregarle explicaciones. Se dejó caer apoyada en la puerta, hasta el piso. Ni las lágrimas se animaban a acompañarla esa noche. Su interior era un aquelarre de gritos que pujaban por salir, de golpes a la nada que pretendía dar, de recuerdos que necesitaba borrar.

Como si su dolor la hubiera traspasado en busca de ayuda, el celular le indicó que Miriam la llamaba:

—Amiga, ¡cuánto te necesito! —exclamó al contestar, exhalando el aire contenido.

—¿Estás bien, Ely? —quiso saber al escucharla tan alterada— ¿Dónde estás? Quiero verte.

—Acabo de llegar a casa —comunicó.

—Voy para allá.

—No, Miriam. Quedate con tu esposo. No tiene sentido que salgas en medio de la noche.

—Dije que voy para allá —aseguró Miriam.

Para cuando le abrió la puerta, estaba tan angustiada que no notó que su amiga había asistido acompañada por el Mono.

—¿Qué te pasó? —preguntó casi gritando, en tanto su marido tomaba a Elizabeth en brazos y la sentaba en uno de los sillones, para luego ir hasta la

cocina por un vaso de agua fría.

—¿Por qué lo trajiste? No puedo hablar con él en el medio.

—¿Es por Mateo? ¿Es por Darío? ¿Por cuál de los dos pelotudos estás así? —reclamó Miriam.

—Mi amigo no es un pelotudo —asestó el hombre—, en todo caso, si hay alguien a quien podríamos llamar pelotuda, es a tu amiguita.

—No empecemos otra vez —reprochó Miriam—, tu amigo es un pelotudo. No tuvo los huevos para defender lo que dijo que sentía, no tiene los huevos para venir a buscarla; pero tiene testosterona suficiente como para revolcarse con cuanta yanqui se le cruza por el camino.

Ely permanecía en el sillón con el vaso entre las manos, sin haber ingerido ni una sola gota de agua. Miriam y su marido, de pie se enfrentaban posicionándose en defensa, cada uno de su amistad.

—¿Para qué mierda querés que venga? ¿Para que la vea otra vez con el idiota del periodista? Tu amiguita —dijo señalándola—, se vive revolcando con ese tipo, mientras mi amigo está tratando de olvidarla.

Miriam no pudo evitar salir en defensa de su amiga—: Ely no se revuelca con nadie, troglodita.

—¡Ah, bueno! Ahora resulta que “Santa Elizabeth”, solo tiene una relación inocente con el pelotudo.

—Elizabeth está intentando...

—No —la corrigió Elizabeth—, ya no.

Miriam giró para mirarla a los ojos. Esa era la razón por la que Ely estaba tan deprimida—: No entiendo. Dijiste que esta vez sería distinto. No sólo sexo.

—¿Y ahora resulta que tengo que estar escuchando cómo, mi mujer y la traidora, se cuentan las poses con el pelotudo?

—Callate y dejala hablar —ordenó Miriam.

—Necesité sentirme querida... Él y yo... Estaba en su casa...

—Y te calentaste —aseguró el hombre—, te abriste de gambas y a la mierda mi amigo.

—¡Que te calles! —repitió con más énfasis su esposa.

Elizabeth dejó el vaso sobre la mesita, se irguió, caminó hasta la mole masculina parándose a centímetros de él, con la furia en los ojos y el dolor en las entrañas—: Sí, me calenté. Me acordé que soy mujer. Me besó el cuello, se me erizaron los pelos, mi cuerpo me aseguró cada sensación que podía sentir. ¡Y la sentí! ¿Dónde está tu amigo cuando mi cuerpo reclama? ¿Dónde está

cuando mi corazón le ruega que regrese? ¿Dónde carajo se metió mientras yo moría por él? ¡En Boston, en Chicago, satisfaciéndose con otras mujeres! Haciéndose famoso mientras me engañaba con falsas palabras de amor por internet. ¡¿Dónde estaba tu amigo cuando el estrés, el miedo, la excitación me... pidieron que me olvidara de todo y me entregara a un momento de placer?!

—¡Bien dicho! —felicitó Miriam, antes de agregar en voz muy baja para que solamente la escuche ella—, pero con otro, no con Darío.

—Decime una cosa —solicitó el Mono—, si es así, ¿por qué no le escribís? ¿Por qué no te ponés en contacto con él?

—Porque nos hacemos daño. Tenemos demasiado rencor, demasiado dolor guardado. Además, tu amigo se borró. Se aburrió y dejó de escribirme.

—Son dos pelotudos —calificó el hombre—. Él y vos. Vine con mi mujer, porque nos asustamos. Pensamos que te habías descompuesto. No pienso dejar que ella pase por un mal momento sola. Me importa una mierda si no te gusta que haya venido y te cante en tu cara la verdad. Me aguantás, Miriam viene en combo, ahora. Voy a comprarte un puto pasaje a Estados Unidos —avisó. Elizabeth negó con la cabeza y la tomó de la nuca para que no pudiera alejarle la mirada, antes de continuar—: Vas a ir a donde está él, vas a decirle en la cara que lo querés, vas a aguantarte cada uno de sus reproches, vas a escupirle los tuyos, se van a sacar todas las ganas, dejás que te culee bien culeada, y mi mujer y yo dormiremos tranquilos sin tener que salir corriendo en el medio de la noche para ver que no estés suicidándote.

La carcajada en la que Elizabeth estalló, distaba mucho de lo esperado por el Mono. Hasta su mujer, que llevaba años conteniendo a su amiga y expresando el mismo pensamiento, sin tanta agresividad, se encontraba confundida por la respuesta.

—Miriam —dijo mirándola—, no cabe duda que elegiste bien. Este tipo los tiene bien puestos. Gracias, Mono, de verdad, pero es imposible —aseguró sentándose nuevamente—, no puedo moverme de Buenos Aires hasta dentro de mucho tiempo. Además, Mateo y yo, no sabemos ponernos de acuerdo.

—Si Mahoma no va a la montaña... —voceó Miriam.

—No empieces con la religión —espetó el hombre—, ese fue el motivo de tanto quilombo.

El timbre sonó con insistencia. Tras la puerta, Darío pretendía que Elizabeth le abriera. Los tres se miraron sin saber qué hacer. La dueña de casa

tomó su celular y le envió un mensaje de texto:

“Todo está bien. Perdón. Te llamo mañana. Necesito estar sola”

Lo escuchó alejarse por el pasillo. Fue más fácil deshacerse de él que del matrimonio. La amiga continuaba preocupada y el marido no pensaba dejarlas solas. Finalmente logró que se fueran. Abrió la ducha, dejó que el agua se deslizará por su cuerpo, lavándole la angustia.

Darío y ella no hablaron de lo ocurrido esa noche. El hombre era muy orgulloso, ir hasta su departamento movido en la preocupación por el bienestar de Elizabeth, ya había sido suficiente. Estaba bien, lo corroboró al día siguiente cuando debieron reunirse para continuar con la investigación que los mantenía unidos.

«No se ruega por una mujer», se repitió una y cien veces él.

«No debo caer en la tentación», se repitió una y cien veces ella, y debió recurrir a toda su fuerza de voluntad frente a un hombre con el cuerpo esculpido, los ojos azules más brillantes que jamás había visto y que sabían intimidar con la mirada.

Las grabaciones lo mantenían ocupado. Las giras con Malone y su contrato con la productora, le permitieron conseguir un departamento y abandonó el amparo que le ofrecían Danna, Sheila y Tina. Las tres eran como las hermanas que no había tenido. Sonrió al caer en la cuenta que lo que había comenzado como un polvo ocasional, terminó convirtiéndose en una amistad inquebrantable. Fueron ellas quienes lo ayudaron a decorar un tres ambientes, donde el living asemejó a cualquier sucursal mundial del *Hard Rock*, el cuarto de invitados a una sala de ensayos y el principal a un burdel. Mateo estaba satisfecho con lo conseguido. Su pasión por la música, le permitía vivir y progresar, contaba con un espacio exclusivamente para él. Ely no estaba, intentaba convertirla en un recuerdo y una enseñanza. No se debía tratar de modificar las convicciones con quimeras.

No volvió a escribirle, borró el número de su celular, calificó de “No deseado” su dirección de correo. Debía sacarla de su vida y le prohibió al Mono que le hablara de ella.

El Marzo del nuevo milenio, traía aires esperanzadores.

«Fue», se dijo más de una vez, cuando el alcohol se empeñó en recordársela.

CAPÍTULO 16

—Tenés que irte, alejarte, esconderte —rogó Darío incrustándola contra la pared del baño de aquel bar, exponiendo el nudo en la garganta y la culpa carcomiéndole las entrañas.

—¿Por qué? ¿Vos que vas a hacer? —insistió Elizabeth.

—Yo tengo banca, vos no. No debí meterte en este *quilombo*.

—Necesito que me expliques todo. Vayamos a un lugar donde puedas ponerme al tanto. No pienso escaparme.

Miró hacia los costados soltándola y apoyando una mano contra la pared muy cerca de la cara de ella. Se lo notaba alterado, preocupado. Finalmente abrió la puerta investigando si habría alguien esperándolos, antes de tomarla del brazo, sacarla con violencia hacia la calle e introducirla en su auto.

—¿A dónde vamos? —quiso saber.

—Todo va a volar por los aires —comenzó a informarle—. Nuestro temita es un poroto al lado del quilombo institucional que se avecina.

—No entiendo.

—Hay más, mucho más. Compran la voluntad de todos, para todo. El senado no es más que una cueva donde se intercambian sobres por voluntades o convicciones. Esto está por estallar y en el puto medio estamos nosotros. Tenés que irte —dijo retirando la vista del camino y clavándola en ella—. Se la van a cobrar con todos y vas a caer en la volteada.

—¿A dónde querés que me vaya?

—Tomate un avión y reunite con tus viejos en Israel.

—¿Y exponerlos a ellos? De ninguna manera.

—Elizabeth, no van a ir a buscarte hasta allá. Tienen que afrontar preocupaciones mucho peores acá.

—No pienso poner en riesgo a mis padres. Tampoco voy a dejarte cargar solo con esto.

—Me importa un carajo lo que querés o no. ¡Te vas! —ordenó molesto. El tesón que siempre admiró en ella, ese día le jugaba en contra.

—No sos quién para imponerme órdenes. No voy a dejar los casos de los chicos que tengo en mis manos y no voy a abandonar la investigación que hace meses empezamos, justo cuando el juez está esperando que confirmemos las pruebas. No puedo cargar a Uriel con todo el trabajo.

Darío estacionó con premura en la puerta de un hotel, salió del auto y tomándola nuevamente por el codo, la hizo bajar del vehículo e ingresar al edificio.

—Tenemos una suite a nombre de Manuel Salerno —indicó él al recepcionista.

Al entrar al lujoso cuarto, el Mono los estaba esperando:

—¿Qué hace él acá? —preguntó enojada Ely.

—Soy quien va a poner tu culo a resguardo —le explicó enfurecido el gigante, antes de atacar con el reclamo a Darío—: ¿Cómo mierda se te ocurre poner en riesgo el pellejo de una mujer?

Darío no lo escuchó. Desesperado, habló con su agente de viajes para cambiar el pasaje de Elizabeth a otro destino.

—Tomo mis propias decisiones —espetó ella—, ni se te ocurra acusarlo de nada.

—Tus decisiones son más estúpidas que vos. ¿Quién te creíste? ¿A dónde pensaste que te llevaría la tontería de meterte a investigar a delincuentes?

—¿Por qué tuviste que llamarlo justo a él? —reprochó mirando a los ojos azules, que apenas podían vislumbrarse en el rostro del periodista que irradiaba fastidio y preocupación.

—Cambié el pasaje —confirmó Darío al otro hombre—, al lugar que vos proponías.

—¿De qué hablan? —preguntó sintiéndose una nena cuyo destino estaba en manos de sus mayores.

—Tendría que haber entendido que a mí no me harías caso. Sos más testaruda que yo. Este energúmeno, dijo que utilizaría la fuerza bruta si te negabas a aceptar mis indicaciones.

—¿A dónde se supone que voy? —interrogó descubriendo la maleta que pudo reconocer le pertenecía.

—Lejos —aseguró el Mono—, al menos hasta que las aguas se tranquilicen un poco y tu presencia acá pase desapercibida.

—¿Nos vamos juntos, Darío?

—No —respondió éste—, yo tengo que seguir adelante.

—Vos estás más expuesto que yo. Si querés ponerme a salvo, vas a tener

que venir conmigo. No voy a dejar que me cubras.

—Escuchame, nena —le pidió Darío tomándola por la cintura con una mano para acercarla a él, en tanto le acariciaba la mejilla—, los sindicalistas van a hacer estallar un escándalo, está metida la plana mayor. El gobierno pende de un hilo, esto va a convertirse en una anarquía, buscarán chivos expiatorios para confundir a la opinión pública. El diario me cubre las espaldas, pero no puedo asegurarme de que vos estés a salvo de la que se va a armar. Sin darme cuenta a cuánto te exponías, te dejé meterte hasta el cuello. Tendría que haber hecho esto con Uriel, no con vos. Yo tengo que seguir adelante, dejarlos en evidencia, entorpecerles el camino. Si estás acá, pueden usarte para frenarme.

El Mono prefirió mirar hacia la ventana. Verlos, en una postura tan íntima, lo irritaba.

Darío continuó—: Todo lo que logramos, servirá para los fines por los que luchás. No se van a meter con la fundación, saben que no les conviene. El juez está tratando de cubrir su propio culo. Si la olla que piensan destapar, es apoyada por el pueblo, nuestra investigación será sólo un granito de arena en medio de la montaña, pero no estoy seguro de que no caiga un poderoso de afuera, al que le convenga más que la vuelvan a tapar; hasta estar más seguros, quiero que te vayas. No voy a discutirlo con vos. Te creé una cuenta de mail —comunicó entregándole un papel—, memorizate los datos. En cuanto llegues a donde te lleve esta bestia, ponete en contacto conmigo. Pocas palabras en el asunto, que parezcan de una ex que quiere regresar a mi cama. Eso no va a despertar sospechas. Siempre que todo esté bajo control, vas a referirte a mí como si lo hicieras ante un amante. En cambio, si llegaras a estar en problemas, hablame con odio. Yo haré lo mismo si necesito alertarte. Sólo él y yo conocemos cuál es tu destino, y lo mantendremos en secreto —concluyó. Dejó de mirarla a los ojos y se concentró en los rosados labios. La tentación y la despedida, hicieron que la besara con pasión sin pedirle permiso. Jamás pedía permiso. Ely respondió al impulso de él, abrazándolo por el cuello para fundir el temor de ambos, esperanzada en que tantas noches en vela y el alejamiento, valieran la pena.

Dentro del auto del Mono, el silencio gobernó. La mujer reconoció que la ruta la llevaba hacia el aeropuerto internacional, pero su mente era un desorden completo, donde las preguntas y los miedos peleaban por ganar

terreno y no indagó hasta que frente al mostrador de partidas, lo escuchó decir que su destino final era Boston. Quiso salir corriendo, dio un paso atrás para alejarse y una mano firme y enorme, la mantuvo en el lugar hasta dar por concluido el trámite.

—Quieta —le advirtió—. Nadie va a imaginar que te fuiste ahí. No llares por teléfono, no trates de comunicarte con nadie. Ya arreglé con Darío que cuando mi mujer o tus otras amigas, se enloquezcan por averiguar dónde mierda te metiste, él les va a decir que se pelearon y que aprovechaste un congreso para alejarte un tiempo.

—No quiero ir a Boston. Cambiemos el pasaje para New York o cualquier otro lugar.

—A Boston —recalcó—. Mateo te está esperando. Como le jodas otra vez la vida, vas a tener que cuidarte más de mí que de la mierda política de acá. Si la cosa se pone jodida, Mateo conoce mil cuevas donde esconderte. Hacele caso en todo, no le discutas con tu orgullo de mierda. Él sabe lo que hace.

—¿Quién pagó mi pasaje? ¿Quién hizo mi valija?

—El pasaje lo pagó Darío, la valija la hice yo. Por cierto... metí los álbumes con toda la carrera de Mateo. Hubiera sido una pista muy clara si la dejaba en tu departamento —comentó con toda la ironía de la que era capaz.

Había descubierto su secreto mejor guardado. Seguramente en ese momento, la creía una fanática obsesionada con el músico.

—Fue un error. Si me investigan, encontrarán los mails que mantuve con él y será el primer lugar donde me busquen.

—Por lo que me contó Darío, mañana saldrá a la luz un escándalo que inundará los titulares de todo el mundo. Sólo se hablará de eso. Con la gente ocupada en ese quilombo, hacerte desaparecer a vos y tu denuncia, sería facilísimo. No se enteraría ni tu vieja. Pero si perdieran tiempo investigándote, él lo sabrá y va a mandarte un mensaje diciéndote que lo dejes en paz. En cuanto lo recibas, avisale a Mateo de inmediato, él podrá esconderte.

—Necesito avisarle a mis padres.

—Llamalos desde mi celular, deciles que te vas a un congreso y estarás demasiado ocupada. Que ya los vas a volver a llamar cuando puedas. Que cualquier cosa que precisen, lo llamen a Uriel. Él se contactará con Darío y te pasará el recado.

Sentada en su asiento de avión, Elizabeth sintió la ansiedad en el

estómago. Volvería a verlo. Cerró los ojos, respiró hondo y la realidad la golpeó con fuerza. ¿Qué hacía montada en ese avión? ¿Qué hacía camino a los brazos de Mateo? ¿Cómo no se le ocurrió una alternativa? ¿Cómo no salió corriendo en el aeropuerto? No estaba preparada para verlo. Caería rendida en cuanto lo escuchara hablar. Se revolvió en su asiento, la azafata la notó incómoda y le preguntó si se encontraba bien.

—No. No estoy bien, quiero bajarme —comunicó tomando su bolso de mano y parándose.

—Lo siento, señorita, eso no es posible. ¿Puedo ofrecerle algo para beber?

«Soy una idiota. Una completa tarada. ¿Cómo se me ocurre decirle eso? La voy a tener pegada a mi nuca todo el viaje. Debo parecerle una enajenada», pensó torciendo un poco los labios antes de entregarle una falsa sonrisa a la auxiliar—: No se haga problema, fue un lapsus. Estoy bien —intentó, pero supo que no había sido suficiente.

Miró a la señora sentada en el asiento junto a ella. Esa mujer sí que estaba atemorizada. No sabía si por volar, o por haber presenciado la escena. Recordó lo que Mateo comentó le había ocurrido en su vuelo y comenzó a reír. Lo único que le faltaba era que le tocara de acompañante, la misma temerosa pasajera que a él. Increíblemente, logró relajarse, pudo cenar y hasta dormir un momento.

Tras cerca de quince horas de vuelo y una escala en Miami, el avión aterrizó en el aeropuerto Logan. Su corazón latía desenfrenado a pesar del cansancio y el gran esfuerzo por regularizarlo.

«¡Voy a verlo!»

Recogió la maleta, realizó los trámites de ingreso, respiró hondo tratando de contabilizar la cantidad de veces que lo había hecho en las últimas horas. Imposible, no existía ningún método que la ayudara a relajarse, de eso no cabían dudas, pero no se mostraría ante él ansiosa o anhelante. De ninguna manera. Era Elizabeth Telerman, una mujer madura, segura de sí, con la valentía suficiente para exponer a delincuentes aunque formaran parte de la política, con mucha más razón si eran políticos. Convencida de aquello, elevó la mirada, tironeó de su valija y emprendió la marcha.

Poco tardó en reconocerlo. Mateo, con las manos dentro de los bolsillos de su jean, camisa oscura y un suéter a los hombros, la miraba con el gesto serio.

«Estoy completamente perdida», reconoció y a punto estuvo de volverse,

para rogar que le permitieran regresar.

Se paró a tan solo dos pasos de él. Mateo continuaba mirándola a los ojos.

—Vamos —ordenó, tomando la maleta que portaba Ely y caminando delante, para indicarle el camino al estacionamiento.

«¿Vamos? ¿Tan solo eso? No nos vemos desde Agosto, lo último que nos dijimos fueron promesas por mail, pero lo único que tiene para decirme es “¿¿vamos?!”. No pregunta por mi vuelo, no pregunta por el problema que me trajo hasta él. Ni siquiera sonrió al verme».

De pronto los pasos de ella, comenzaron a retumbar sobre el piso del aeropuerto. Golpeaba con furia el suelo, para que Mateo se enterara que detrás de él, no caminaba una nena atemorizada que lo creyera un lobo feroz.

Llegaron a un pequeño automóvil. Él, introdujo la maleta en el baúl antes de abrirle la puerta para que tomara su lugar en el asiento. A mitad de camino, dentro del Summer Tunnel, Elizabeth no aguantó el silencio y decidió que era tiempo de romperlo:

—Gracias por venir a buscarme. El vuelo fue tranquilo. Necesito enviar un mail, te ruego me lleves a algún lugar donde pueda hacerlo y me recomiendes un hotel.

Mateo continuó con la vista atenta al camino, sin responderle, como si ella no existiera a su lado.

—No creo que la música te haya dejado sordo. Te repito, necesito encontrar un lugar...

—Te escuché —la interrumpió—. Estás bajo mi cuidado. El que dice qué es lo que necesitas, lo que podés o no hacer y dónde podés ir, soy yo.

Inclinándose hacia un lado para poder enfrentarlo, Ely se sonrojó de furia —: Un momento. Nada que ver. No pienso ponerme bajo tu custodia. Simplemente llévame a un hotel, que yo voy a saber arreglármelas sola.

No hubo respuesta. Quedó esperando un momento por la misma, pero no existió. Le asestó un golpe de puño en el hombro para que diera señales de vida, antes de indicarle con un tono de voz elevado—: Llévame a un hotel.

Mateo frenó frente a una antigua pero cuidada construcción, cuyo frente rojizo le permitió reconocer que estaba en Boston. Bajó del auto, tomó la maleta, abrió la puerta del acompañante:

—Bajate —volvió a ordenarle antes de explicarle— Subí los escalones, abrí con esta llave. Danna te está esperando.

Lo vio regresar al vehículo y desaparecer.

«¿Danna? ¿Me trajo a la casa de una mujer? ¡Está loco si piensa que me voy a quedar con una de sus amiguitas! Ni de chiste», aseguró con la llave puesta en la cerradura pero sin girarla. Ya estaba en Boston, tenía consigo su equipaje y documentación, podía ir a donde quisiera. Claro, eso si conociera algo de Boston. Pero no importaba, era una mujer decidida, ya encontraría un hotel. Quitó la llave, giró sobre sus pasos, comenzó a descender por la escalerita.

—Elizabeth —la llamó una desconocida con la puerta abierta e invitándola con el gesto a que la siguiera.

—No —respondió en perfecto inglés—, me equivoqué de edificio. Todos son iguales. Disculpe.

—Pasá Elizabeth. No es conveniente que nos expongas, mostrándote en la calle.

Recordó que estaba allí por su propia seguridad y la de los suyos. Resopló subiendo cada escalón. Caminó detrás de la extraña.

Un aire familiar la envolvió ni bien atravesó la puerta. Se respiraba arte en aquel living, música, se respiraba a Mateo. Se sintió en casa, segura. Cerró los ojos para atesorar ese instante y regresar en el tiempo a un cuarto de pensión humilde y acogedor, donde su amor le susurraba palabras dulces esparcidas entre acordes de blues.

—Soy Danna —se presentó—, amiga de Mateo. Dejá tu maleta, te serviré café. Preparé *Fish and chips*, en cuanto él regrese, comemos.

—¿Dónde fue él?

—A estacionar mi auto. Es complicado encontrar un sitio por aquí, ya te vas a dar cuenta que es mejor utilizar el transporte público, pero por mi profesión tengo que recorrer largas distancias a diario y decidí asumir el reto —comunicó sonriendo.

—Danna, no quiero quedarme con ustedes. No sé qué te contó Mateo, pero él solo está ayudándome porque se lo pidió un amigo en común —explicó. Si la mujer era la nueva pareja del ahora parco lobo feroz, no quería que se sintiera celosa—. Les agradezco mucho la hospitalidad, pero necesito conseguir un hotel y enviar un mail.

—No vivo aquí, no estoy en pareja con Mateo, sólo somos amigos. Sé que en tu país corrías peligro y que él va a protegerte —Danna la miró elevando una ceja—: También sé todo lo que a ustedes dos se refiere. Sé lo que sufrieron al separarse. Mateo logró armar una vida sin vos, comienzan a conocerlo en los círculos, a trascender dentro de la música. No alteres su

vida, por favor.

Estaba a punto de contestarle, cuando el nombrado ingresó al departamento, tomó de la cintura a Danna, le entregó un sonoro beso en la mejilla y una mirada llena de calidez y agradecimiento:

—Gracias, preciosa —dijo regresándole las llaves del auto a la dueña, quitándose el suéter de los hombros y encaminándose a la cocina siguiendo el aroma de la comida—: Comamos. Danna preparó un manjar.

Es facilísimo tropezarse intentando colaborar con un ex y su amiga, a poner el servicio en la mesa. Sencillo atragantarse con una mísera miga comiendo en medio de los dos. Imposible mantenerse despierta y alerta a cada gesto de ellos, cuando se pasaron tantas horas sobre un avión sufriendo el estrés provocado por la inseguridad. Sin embargo, ninguno de todos esos inconvenientes fue protagonizado por Elizabeth, al contrario, se mostró segura y orgullosa. Agradeció a Danna por la sabrosa comida, la ayudó a recoger y asear la cocina, en tanto la guitarra de Mateo sonaba desde el living.

En cuanto hubieron terminado, Elizabeth volvió a repetirle su pedido a Danna—: Necesito encontrar un lugar donde alojarme. Ayúdame por favor.

—Ya tenés dónde quedarte —le aseguró para luego tomar las llaves de su auto, despedirse y dejarla sola con él.

«Sola con él, en un lugar extraño, escondida del mundo y teniendo que agradecerle el gesto», pensó. Comenzaría por el final para cortar el hielo:

—Te... agradezco que me recogier..., quiero decir, que me dieras una mano y... —ridículamente, todo lo que decía, sonaba con doble sentido.

Mateo dejó de tocar la guitarra y elevó sus ojos color ámbar a los azules hechiceros. Elizabeth rogó porque sus piernas la sostuvieran y temerosa de que no lo hicieran, prefirió sentarse en el sillón frente a él. Ante el silencio, no le quedó más remedio que volver a insistir:

—En fin, vos me entendés. Estoy agradecida por tu ayuda, pero necesito irme. Tengo que encontrar alojamiento y enviar un mail para que Darío no se preocupe.

Al escuchar ese nombre, el músico dejó la guitarra apoyada contra la *bow window*, se paró y alisó el jean pasándose ambas manos por las piernas. Ely casi suspira, se dio cuenta y tragó en seco.

—Seguime —ordenó nuevamente tomando la valija de ella y abriendo una puerta.

En el cuarto donde Mateo solía ensayar, había dos guitarras más, un piano, amplificadores, micrófonos montados y partituras desparramadas sobre

un pequeño escritorio donde reposaba una computadora. Elizabeth pudo observar que también había un amplio sillón. Lo imaginó tendido en él, tocando la guitarra, con los pies descalzos asomando bajo un jean gastado, una camisa abierta... Respiró hondo, a cada segundo la cosa se ponía más complicada.

—Vas a dormir acá. Espero que te acuestes tarde, porque chequeo mails cuando regreso de trabajar. Y mis mails —remarcó—, son privados, no quiero tu nariz olisqueando mientras lo hago.

Mateo se dirigió a la otra puerta que había en el cuarto, la abrió mostrándole el acceso al único baño completo del departamento—: Lo tendremos que compartir, así que si no querés que entre cuando lo estés usando, cerrá con llave la puerta que da a mi cuarto. Pero no te olvides de abrirla al salir, no tengo ganas de tener que entrar desde acá y que tus ronquidos me enerven.

Agresivo, molesto, distante. ¿En qué se había convertido?

—Si tanto te jode, ¿para qué aceptaste ayudarme? No te necesito, ni a vos ni a tu solidaridad. Puedo arreglármelas sola —aseguró sosteniendo su maleta, dispuesta a irse.

Mateo la tomó por el codo obligándola a detenerse—: En Boston, mando yo. Me rompe soberanamente las pelotas recibirte en la tranquilidad de mi casa, donde sólo traigo a las personas que invito para pasar momentos agradables. No lo hago por solidaridad con vos, lo hago por todos esos chicos que necesitan que las bestias que los someten, vayan en cana. No podías seguir en Buenos Aires, Boston es más seguro. Pero mientras estés bajo mi protección, hacés lo que yo diga. Y... ¡mierda!, no puede ser tan difícil para vos, aceptar que cuando entres al baño cierres con llave y al salir, abras.

—¿Puedo? —preguntó señalando la computadora.

—Sí, podés. Pero solamente para enviar ese maldito mail. Nada más, no contactes a nadie más —le advirtió tecleando la clave.

Elizabeth esperó a que él abriera la web mail. Tomó asiento frente al teclado, cargó los datos de la cuenta que le creara Darío. Antes de abrir un correo, lo miró por sobre el hombro. Mateo seguía paso a paso cada movimiento de Ely.

—¿Podrías entregarme un poco de privacidad?

—No —aseguró—, tengo que supervisar todo lo que hagas. No puedo correr riesgos.

Maldijo entre dientes: «¿Quiere ser un fisgón? Muy bien, le daré de su

propia medicina», tramó, felicitando al periodista por su humor al elegir un nick para ella:

*

Para: D.HERNANDEZ@matutino.com.ar

De: GEISHA@gmail.com

Asunto: Necesito tu calor

Me muero por estar otra vez en tus brazos.

Con amor

Tu geisha

*

«Y que reviente», pensó satisfecha. Pero le duró poco.

—Buen código. Esperemos a ver qué te responde, para enterarnos si está todo en orden —propuso Mateo cuidándose de no permitir que ella detectara el ataque al hígado que le provocaba ese mensaje.

La respuesta de Darío no demoró, fue evidente que estaba pendiente de que Ely lo contactara:

*

Para: GEISHA@gmail.com

De: D.HERNANDEZ@matutino.com.ar

Asunto: Re: Necesito tu calor

¡Nena! ¡Qué bueno volver a tener noticias tuyas! ¿Estás en Buenos Aires?

Tengo una hoguera disponible para vos.

Darío

*

Elizabeth no podía estar más feliz. Adoraba ese código. Hasta su entropierna se había emocionado.

—Todo perfecto —comprendió el dueño de casa, conteniendo las ganas de destruir la tecnología—. Salí de tu cuenta y apagá la computadora.

Así lo hizo. Al parecer, debía acostumbrarse a sus órdenes.

—Junto a la puerta de entrada, tenés colgada una llave. Solo te permitirá salir del departamento por si ocurre un imprevisto, pero no podrás acceder a la calle, esa llave no te la daré.

—¿Estoy secuestrada dentro de tus dominios?

—No, estás bajo mi amparo. Pero no confío en vos. No podés exponerte.

Al menos hasta que tengamos más en claro de qué se trata todo esto. Si las noticias nos van diciendo que podemos relajarnos, lo haremos. Pero por el momento no sabemos cuán minado está el terreno. En Buenos Aires, los sindicalistas hablan de una dichosa tarjeta *Banelco* con la que el gobierno compra votos en el senado.

Ely, estaba al tanto de ese rumor, aunque no sabía que lo habían hecho público.

—¿Y si algún vecino me ve? ¿Si alguien dice que hay una mujer viviendo en tu casa?

—Nadie reparará en eso —aseguró riéndose—, es normal.

—Quiero ducharme —advirtió teniendo en claro que su molestia era generada por los celos.

—Ya sabés dónde está el baño —dijo agachándose un poco hasta rozarle el lóbulo de la oreja con su aliento—, y también conocés las reglas. No las rompas.

Entendiendo que ese sería su cuarto, giró buscando un armario donde guardar la ropa, pero no había. Ante la falta de ofrecimiento de Mateo de entregarle algún lugar donde dejarla, comprendió que debía permanecer dentro de la maleta. Tal vez esperaba que su visita fuera corta. Resignada abrió el candado de la misma, buscó una muda para cambiarse luego de ducharse. Antes de llegar a la puerta del baño, corrió cayendo de rodillas al piso y volvió a cerrar el candado llevando consigo la llave. Dentro estaban los álbumes que por años alimentó con cada dato que había logrado obtener sobre él: «Maldito Mono».

Atenta a las reglas del lobo feroz y autoritario, cerró ambas puertas del baño con llave. Abrió la ducha, se dejó rozar por el agua tibia. Leyó las indicaciones de los productos para aseo personal y aspiró cada aroma. Como el Mono no había tenido en cuenta que ella necesitaría bañarse estando en Boston, usó los que estaban a su alcance y eran propiedad de Mateo. Le agradó sentir el aroma de él sobre su piel. Observó la imagen que le devolvía el espejo. Años deseando vivir con Mateo bajo un mismo techo, tenerlo tan cercano, tan al alcance de su mano y sin embargo, en ese momento, había un abismo entre ellos. Visto que no saldría de ese departamento, se calzó un pantalón de jean y una remera de manga corta. La primavera en Boston, no terminaba de asomar, pero dentro del hogar de Mateo, se estaba a una temperatura muy agradable.

Al salir del cuarto, lo encontró otra vez frente a la ventana tocando la

guitarra y anotando en una partitura; supuso que estaría componiendo y no quiso molestarlo. Buscó en la heladera alimentos con los que elaborar una cena. Tuvo claro que Mateo no cocinaba, pocas cosas había en aquella cocina con las que se pudiera realizar una comida decente. Con papas, restos del bacalao y un par de tomates, terminó creando una ensalada. Sin consultarlo, puso la mesa agregando un tercer servicio, por si Danna regresaba. Llenó una jarra con agua.

—Preparé la cena —comunicó sintiéndose muy ridícula.

Mateo dejó la guitarra junto a la ventana, desapareció en su cuarto para asearse, al regresar ojeó la preparación de Elizabeth, buscó en la despensa una botella de vino y la destapó, permitió que el brebaje respirara. Antes de servirle, la consultó con la mirada.

—Solo un poco —aceptó sentándose y dejando en el plato de él, una buena porción de comida.

Comieron en silencio. La botella de vino se perdió en las copas, para luego desaparecer también de ellas.

El teléfono sonó.

—Jamás atiendas, tengo contestador —ordenó tomando la llamada.

—Hola, Mono —saludó y Ely comenzó a hacer gestos desesperados para que la dejara hablar con él. Mateo elevó la mano en una clara señal de negativa. La mujer se dejó caer otra vez sobre la silla, resoplando con disgusto.

—Te mandé un paquete con yerba y alfajores —codificó el amigo desde Buenos Aires.

—Sí, gracias. Recibí tu paquete de yerba y alfajores. Pero te equivocaste, esa marca ya no me gusta.

Hablaba de ella, estaba segura que hablaba de ella. No había alfajores ni yerba en la despensa y el único “paquete” enviado desde Buenos Aires, había sido ella.

—No te pongas quisquilloso. Un alfajor y un mate a miles de kilómetros, se agradece. Si no te gustan, te los comés igual. Espero que te aprovechen.

—Algún *homeless* los agradecerá —agredió sabiendo que lo hacía—. ¿Cómo anda tu mujer?

—Hermosa. Como siga haciendo que descargue mi arma así, en cualquier momento tenemos novedades.

—No jodas. ¿Están planeando tener hijos?

¿De qué hablaba? Miriam no le comentó nada sobre desear quedar

embarazada. Debía ser un código. Algo se le estaba escapando. Pero pronto su imaginación voló y pudo crear un vientre abultado en el cuerpo de su amiga, un trocito de carne suave, una sonrisita tierna, y su semblante cambió.

Mateo la miró embelesado y debió reunir todas sus fuerzas para continuar conversando con el amigo, sin arrojar el teléfono al demonio, empujar a esa mujer contra la mesa, quitarle la ropa, y confeccionar junto a ella, un jardín de infantes de religiones múltiples. No debió abrir esa botella de vino, no para beberla con la hechicera. No era tan inmune, mucho menos sabiéndola sola, desamparada y nuevamente en su cueva.

—Todo está en orden en Buenos Aires —anunció al cortar la llamada.

—¿Cómo lo sabés? Te la pasaste hablando tonterías, parecía la conversación de dos adolescentes.

—Justamente por eso. Mantuvimos una conversación absolutamente normal. Si existiera algún problema, el Mono hubiera hecho referencia a algún inconveniente con el trabajo. No lo hizo, ergo... está todo en orden.

—Mateo, ¿el Mono te dijo que quieren tener un hijo?

—Sería lo más normal. Se quieren, están casados, imagino que formarán una familia tarde o temprano.

La confirmación de Mateo hizo mella en la mente de los dos. Cada uno por su lado, fantaseó con seguir el camino de sus amigos.

Con paso cansado, Elizabeth recogió la mesa y puso a funcionar el lavavajillas.

—Tendremos que hacer compras. No tenés provisiones y yo preciso elementos personales.

—Haceme una lista —propuso camino a su cuarto—, en la mañana voy al *market*.

—Mateo —llamó para que le prestara atención—, necesito ir yo. Si bien los alimentos no dudo que podrías comprarlos, quien hizo mi valija fue el Mono, y olvidó guardar..., olvidó guardar elementos que, como mujer, necesito.

—Hacé la lista, Danna me dará una mano.

Odiaba que fuera justamente ella quien se encargara de comprarle maquillaje, cremas, anticonceptivos y demás.

—Mateo —volvió a llamarlo—, quiero darte las gracias. Sé que lo último que querías era tenerme en tu casa, alterando tu vida.

—No vas a alterar mi vida. Hoy era mi día libre. Mañana en la tarde tengo ensayo y en la noche tocamos en un club temático. Como vos ya te

duchaste —dijo muy tranquilo desabrochándose la camisa—, ahora me toca a mí. Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondió en un hilo de voz.

Estaba allí, con el seductor lobo feroz, en la soledad del departamento. Juntos, sin religiones que los diferencien, sin censuras que los coarten, envueltos en la misma atracción de antaño y sin embargo, tan lejanos.

Entró al cuarto que le asignó, asegurándose de apagar primero todas las luces del salón y llevarse con ella un vaso de agua, por si tenía sed en la noche y para evitar salir de la cárcel y que él pudiera considerarlo una excusa. No quiso cerciorarse si la puerta al baño estaba cerrada, lo estaría, si Mateo indicó la regla, lo más probable es que fuera el primero en cumplirla. Se desvistió en penumbras, rechazó el camisón que, con segundas intenciones, el Mono incorporó a su equipaje y decidió que lo mejor sería una remera grande que usaba para correr. Ya con el repiqueteo del agua de la ducha en la que su esclavo exponía toda su hombría, tuvo suficiente para acalorarse al máximo. Miró el sillón deseando que fuera cómodo, extendió las sábanas y la manta que seguramente Danna le dejara junto a él. En la biblioteca encontró un ejemplar del *“Martín Fierro”*.

*“Aquí me pongo a cantar
al compás de lavigüela,
que al hombre que lo desvela
una penaestraordinaria,
como el ave solitaria
con el cantar se consuela.”*

CAPÍTULO 17

—Miriam no se cree que la turca está en el sur —informó el Mono a Darío.

—Vas a tener que convencerla. No podemos permitir que el dato se filtre y la encuentren —respondió lavándose las manos en el diminuto bar cerca del periódico para el que trabajaba—. El senado está convulsionado. La denuncia que largó el sindicalista, estalló desparramando esquirlas por doquier. El Jefe de Ministros está atando cabos, se rumorea que el Vicepresidente iniciará una investigación.

—¿Cómo carajo se metieron ustedes en éste quilombo?

—Buscábamos destrabar una reforma a ley de adopción. Ahora, lo importante, es garantizar la seguridad de ella.

—¿La querés? —preguntó entre dientes.

—No te confundas. Elizabeth es una gran amiga. Una mina valiente y comprometida con sus ideales, por eso la apoyo. No estamos enamorados. Somos libres y hacemos uso de nuestra libertad. Pero el amor no tiene nada que ver con nosotros.

—Visto desde mi lugar, tus palabras no parecen sinceras. Pero voy a ofrecerte el beneficio de la duda por una única razón, te portaste como un hombre al ponerla a salvo y entregársela a tu adversario; y eso... te lo reconozco.

El tipo era un idiota. Él no entregaba nada, había puesto a resguardo a una amiga. Sólo eso.

—No debemos seguir hablando, podemos levantar sospechas. Si surgen novedades, volverás a recibir un llamado de la señorita Parker solicitándote presupuesto para una mudanza. Vos ya sabés cómo contactarme, si las noticias vienen de tu lado.

Se despidieron en el baño. Primero salió Darío, el Mono se miró en el espejo. ¿Cómo estaría Mateo, viviendo con Elizabeth bajo el mismo techo?

Generaron una rutina de entendimiento tácito. Mateo se acostaba tarde y para evitar cruzarse, mudaron la computadora al living. Ely se retiraba a dormir, antes de que él llegara, se levantaba temprano, se duchaba, preparaba el desayuno para ambos, pero lo tomaba sola. Habían generado horarios autoimpuestos, para cruzarse lo menos posible. Así, si ella ordenaba su cuarto, él desayunaba y en tanto Mateo hacía las compras, Ely cocinaba.

Los días pasaban, las noticias de Darío llegaban codificadas con los llamados cada vez más espaciados del Mono. Los periódicos hablaban del escándalo en el Senado argentino, se acusaba al gobierno de disponer fondos públicos, para comprar las voluntades de los representantes del pueblo. Tamaña noticia, golpeó con fuerza y más de una verdad salió a la luz, entre ellas, la que movilizó la investigación que realizara con su amigo periodista. El quiebre institucional, era relevante. Mateo ingresaba a la web para mantenerse informado y le imprimía el extracto de noticias.

Los nervios, la ansiedad, la comezón en el estómago al estar rodeada de las pertenencias y el aroma constante a Mateo que circundaba el ambiente, la tenían fuera de quicio. Necesitaba salir, respirar aire puro, contactarse con alguien con una vida normal. Esa noche le preparó una cena especial. Danna había ido en la tarde para ver si necesitaba algún elemento femenino que le diera vergüenza solicitarle a Mateo, y aprovechó su visita para pedirle que le consiguiera los ingredientes específicos. Preparó bifés a la riojana, con papas y huevos fritos. Abrió una botella de vino, cuando calculó que se acercaba la hora de su llegada.

El gesto de Mateo al entrar a su casa y encontrarse con la mesa dispuesta, el vino abierto y el aroma característico de su tierra, fue de una sorpresa absoluta. Trató de no quedar en evidencia, pero por sobre todas las cosas, trató de mantener a raya su corazón.

—Imagino que no pretendés conquistarme por el estómago —espetó a manera de saludo.

—Necesito que hablemos —fue la respuesta directa de ella.

—¿Tengo tiempo para ducharme?

—Por supuesto. Pero si querés que la carne continúe jugosa, hacelo rápido —contestó. Una cosa era sobornarlo con sus atenciones culinarias y otra muy distinta mostrarse entregada. Que no confundiera las señales. Pretendía negociar un poco de libertad, no el acceso a su cama.

«El muy desgraciado», maldijo para sí cuando lo vio tomar asiento frente a la mesa, vestido tan solo con un pantalón de pijama negro, con todos sus

marcados abdominales expuestos y conservando aún algunas gotas de agua sobre la piel. Él había detectado su plan y la enfrentó armado. No pudo evitar que la boca se le hiciera agua y se llamó a cordura al dejar la fuente sobre la mesa y sentarse a encarar al sexy lobo feroz:

—Llevo demasiados días encerrada —dijo—, si sigo así, voy a enloquecerme. Lo más lejos que he llegado es al *laundry*. Necesito salir, respirar aire puro.

—Imposible —denegó saboreando un trozo de carne.

—Se me ocurrió que existe una manera de que pueda hacerlo, sin exponerme. Danna es vestuarista profesional, tiene pelucas, puede camuflarme y nadie me reconocería.

Él, no le contestó. Le gustaba tenerla bajo su ala protectora. Aunque no pudiera gozar más que de eso, aunque no hubiera compartido sábanas con ninguna mujer desde que ella se adueñara de su departamento, aunque lidiara constantemente con la tentación de meterse en su cuarto en las noches, cuando regresaba de los shows.

—Mateo, te estoy explicando. No seas cabezón, estoy segura que Danna haría un gran trabajo en mí, no van a reconocerme. Incluso no tenemos idea si me están buscando. Lo más probable es que, con el lío que hay allá, ni se hayan enterado que yo existo.

—Voy a preguntarle si quiere ayudarte —concedió.

La alegría de saber que tal vez podría ver el sol, fue tan grande, que no midió sus actos. Se abalanzó contra él, le rodeó el cuello con los brazos, pegó la mejilla a la del hombre y en medio de un suspiro, expresó su alegría—: Gracias. Gracias, Mateo.

La electricidad recorrió el cuerpo de ambos. Elizabeth tembló desde la uña del pie, hasta las pestañas. La piel de Mateo se calcinó. Avergonzada, se desprendió con rapidez, dando dos pasos hacia atrás y bajando la mirada—: Perdón. No quise... Perdón.

—No volverá a pasar. No te asilé para retomar nada del pasado —comentó huraño—. Mañana hablo con Danna. Si ella está dispuesta a disfrazarte, veremos por dónde podrías asolearte sin correr riesgos innecesarios.

El recuerdo ya les había infectado la sangre. Por mucho que intentaron mantener distancia el resto de la velada, sus cuerpos se chocaron excusándose en la torpeza de ambos, al intentar levantar los platos de la mesa y llevarlos hasta el lavavajillas, o al apagar las luces.

—Buenas noches —saludó Elizabeth ingresando a su cuarto.

—Buenas noches —respondió Mateo, sentándose en penumbras frente a la *bow window* y aferrándose a su guitarra para recordar viejas composiciones propias.

Los acordes del blues que provenían del living, ingresaron por los poros de Ely, minaron su sangre deteniendo su corazón. Desechó el remerón enorme con el que dormía, abrió la maleta y escogió el que el Mono, con saña, guardó para ellos. Dejó que dos gotas de perfume se escondieran en su cuello. Se aseó sin tener en cuenta la regla fundamental de cerrar el acceso desde el cuarto de Mateo. Descorrió la manta y se acostó en el sillón donde cada noche soñaba que el tiempo regresaba y los brazos de su esclavo la rodeaban para que tuviera un dulce descanso, luego de una noche de satisfacción.

Dormía, cuando sintió el suave sonido de unos pies descalzos sobre la madera. Reconoció a Mateo respirando hondo, descorriendo las sábanas de la improvisada cama que sin demoras se hundió bajo su peso. La palma cálida, trazó un camino de reconocimiento sobre su piel blanca, logrando que la seda del camión cantara odas a lo que se avecinaba mientras perdía sentido el fin para el que había sido utilizada. Un rayo de luz se introdujo por la ventana, revelando la ardiente mirada ámbar.

Lo estaba esperando, se había preparado para él, había rogado por ese encuentro. Gimió al reconocer el aliento pegado a sus labios.

—Sos una hechicera —le aseguró como solía hacerlo antes—, dueña de un embrujo poderoso con el que adorás reducirme.

Lo decía a su pesar, como si le molestara no poder mantener su pose distante.

—No existe embrujo, Mateo. Somos vos y yo peleando desde siempre contra un imposible.

Creyó que continuaba empecinada en negar el amor. Empacada en su orgullo y viejos rencores, en sus miedos a enfrentar lo real. Eran Elizabeth y Mateo, la hechicera y su esclavo. Un lazo que persistía en el tiempo, demarcándoles que los antídotos no eran eficientes, que Dios estaba de parte de ellos. Debía dejárselo claro, el alcohol y la intimidad que se respiraba en el ambiente, lo ayudarían a convencerla. Enredó con una mano un mechón de cabello azabache, tiró de él para tener acceso a sus labios, la besó con pasión acumulada en el tiempo. Atesoró en su boca los gemidos de Elizabeth. Los senos de ella lo llamaron y acudió para deleitarse tanteándolos y degustándolos.

Ella, lo rodeó con una pierna para evitar que se arrepintiera y alejara. La excitación de Mateo creció, dejándole en claro que la pretendía. Con un rápido movimiento, se encontró debajo de él, con las muñecas aprisionadas sobre la cabeza y contra la sábana. Supo que la estaba devorando con la mirada. Las delicadezas desaparecieron, no existió cortejo, las piernas de Mateo obligaron a las de Elizabeth a abrirse.

—Tu luz brilla siempre bajo la locura de mis noches —le aseguró.

—Fueron muchas lunas perdidas —contestó sumida en la excitación de lo que supo llegaría.

La besó al mismo tiempo que la sometía a la unión. Elizabeth gritó de placer al recobrarlo. Mateo exhaló al reconocerse en ella.

Los movimientos cesaron. Ambos necesitaron atesorar ese reencuentro.

Quiso demostrar poderío manteniendo atrapadas las manos de ella, pero poca fuerza de voluntad demostró, cuando la ansiedad por recorrer la piel de Ely, lo obligó a liberarla.

Aprovechó que las cadenas habían desaparecido y fue en busca de sus objetivos. Recorrió la columna del hombre, lo aprisionó con sus muslos para que se alejara lo menos posible. Buscó su boca, danzó en su interior y le permitió indagarla.

Cada gota de sudor de uno, se unió a la del otro. Cada molécula bailó de gozo. A miles de kilómetros de aquellas playas donde Elizabeth Telerman lo conoció, a años luz de la noche en que la hizo mujer, las estrellas de Boston descubrieron que es imposible mantener alejados los sentimientos de los amantes, cuando sus corazones claman.

Cayó sobre ella, estallando en placer. Lo abrazó feliz, sintiendo como las lágrimas le corrían a cada lado de la cara. Quedaron abrazados, todavía unidos. No querían separarse. El tiempo pasó, el deseo pujó por revivir el encuentro. No se negaron. El amanecer los encontró dormidos, con la cabeza de ella, en el pecho de él.

Elizabeth fue la primera en regresar del dulce sueño. Se negó a abrir los ojos, hasta que comprendió que no había sido una ilusión. Estaba en los brazos de Mateo y habían hecho el amor repetidas veces. Sintió la respiración relajada del hombre que le infundió fuerzas, disfrutó de los latidos del corazón que mantenían un ritmo más calmo que el de ella.

«Duerme sereno, quisiera creer que también feliz», deseó intentando no moverse un solo milímetro. Imaginó que el tiempo separados, no había existido, que hubiera sido así cada mañana de sus vidas si nadie se hubiera

interpuesto. A esa altura, seguramente tendrían hijos con ojos color ámbar o la piel morena. Tembló por la emoción y la mano de Mateo le acarició la espalda en un reflejo que traspasó su sueño, cuidándola aún dormido.

No podría seguir conteniendo la emoción y estuvo segura que en cualquier momento las lágrimas empezaría a brotar. Con muchísimo cuidado, lentificando cada movimiento para alejar centímetro a centímetro su cuerpo del de Mateo, entró al baño, abrió la ducha y amparada en el sonido del agua contra el sanitario, se permitió camuflar su llanto.

Lo amaba, cada día lo amaba más. El beso que le había dado en la puerta de la fundación, ya había sido suficiente para corroborarlo, pero esa noche única, madura, pasional, impregnada de entregas, no había hecho otra cosa que lacrar verdades.

Apoyó la frente en la cerámica de la pared, permitió que el agua la envolviera y cobijara las lágrimas.

Regresó al cuarto envuelta en un toallón. Mateo no estaba allí. Lo buscó en el living, en la cocina, en el antro que él se empecinaba en llamar cuarto y a Ely le revolvía el estómago de solo pensar los fines con los que lo había decorado de esa manera. No había tampoco una nota o una señal que le indicara cómo se sentía él esa mañana.

Cayó de rodillas al piso. Descubrió que todavía le quedaban lágrimas.

Caminaba sin rumbo fijo. Desorientado, como si fuera su primer día en Boston. Con las manos en los bolsillos del jean, la cabeza gacha, los lentes de sol ocultando sus pensamientos. Maldiciendo su debilidad, repudiando su comportamiento. Lo había hecho otra vez, había caído nuevamente en la trampa. La llamada del Mono indicándole que la recibiera y cobijara, no le había dado mucho tiempo para afianzarse en su postura distante. Creyó que podría con la tentación, que el rencor predominaría. ¡Qué iluso! ¡Qué estúpido había sido! Era su Luz quien estuvo en sus brazos, su hechicera quien lo recibió en medio de la noche, la dueña de su corazón, su musa, la sangre que corría por sus venas.

¡Cuán huérfano lo había dejado todos esos años! ¡Cuán perdido había estado! Mateo era de Ely, de la misma forma que ella era suya. Maldijo por enésima vez que la verdad fuera tan clara. Cuando la sintió despertarse y temblar, su emoción lo transportó a la gloria. Pero era Elizabeth Telerman a quien tenía en sus brazos y a los pocos segundos, se había escondido a llorar

el error bajo la ducha. Necesitó alejarse antes de que la furia no le permitiera razonar y se descargara con toda su bravura contra ella. Se encontró frente a la sala de ensayo. Tomó de su locker el bolso con la muda de repuesto, se bañó y vistió, para luego encerrarse en el estudio con su guitarra y el nuevo blues que asomó.

Las emociones vividas, el desconcierto, la nueva desilusión, avivaron sus dotes de músico y hasta Malone lo felicitó esa noche después del concierto. Se reunieron a cenar y beber para festejar los logros.

Elizabeth, entre tanto, lo esperó. En un principio, con la ilusión de que hubiera salido por un ramo de violetas. A medida que las horas pasaban, entendió que era un error. Llegada la noche, su desilusión se convirtió en furia y comenzó a arrojar dentro de la maleta, cada pertenencia que estuviera fuera de ella, maldiciendo y secándose las lágrimas al mismo tiempo.

Regresó a su departamento muy entrada la noche. Al abrir la puerta la vio, maleta en mano, dispuesta a irse. Quedaron observándose, interrogándose con la mirada que al segundo, en los ojos de ambos, se transformó en furia. Los de Ely creyéndose abandonada, los de Mateo confirmando que se iba nuevamente de su vida.

—¿Qué hacés? —preguntó sin medir el tono.

—Irme —contestó intentando sonar serena.

—Imposible.

—Tratá de impedírmelo —le advirtió amenazante.

Mateo le arrancó la maleta de la mano y asiéndola del codo, la condujo hasta la calle, sin responder a ninguna de las preguntas que la mujer le fue formulando en el trayecto. Paró un taxi y le indicó al conductor que los condujera al aeropuerto.

Elizabeth trino de furia, pero luego comprendió que en definitiva, eso era lo mejor. Había sido su decisión y él la acataba, lo lamentable era que sus pertenencias continuaban en el departamento.

«Perfecto —se dijo—, prefiero lidiar con el peligro de Buenos Aires, que con él».

En cuanto llegaron, le ordenó esperarlo sentada. Compró dos pasajes, la guio a la puerta de embarque. Se vio sumergida en un avión, con él. No le importaba que la acompañara de regreso a Argentina. Lo fundamental era que sólo tendría que aguantar su presencia unas pocas horas más.

Grande fue su sorpresa, cuando el comisario de abordaje, comunicó que el vuelo tenía como destino Las Vegas.

—¿A dónde vamos? —quiso confirmar.

—Cerraré la boca e intentaré que no piensen que estás histérica. No quiero un escándalo en pleno vuelo y mucho menos con una refugiada.

—Quiero irme a mi casa —suplicó sonando como una niña aterrorizada.

—Yo también —fue lo último que dijo.

No conocía el lugar, no asimilaba el ritmo. Las Vegas era un mundo distinto, agobiante y surrealista. Se sintió mareada, agotada, insegura. Evitó ofrecer resistencia, hasta que lo escuchó solicitar una licencia de matrimonio.

—¡Ni se te ocurra!

Mateo la guió hasta un apartado—: Dije que me ocuparía de tu seguridad, que te mantendría a salvo. No puedo hacerlo si a cada rato amenazás con exponerte. Te vas a casar conmigo, vas a hacerme caso y cuando las aguas se calmen... veremos.

—¡Ni-pien-so! —repitió al borde del colapso.

—No pienses, no hace falta. Sólo tenés que decir que sí, cuando el tipo te pregunte. —Y acercándose a su boca, advirtió— Decí que sí, o el escándalo que voy a armar, arrancándote la ropa y cogiéndote hasta que aceptes, va a salir en los diarios de todo el mundo.

Todavía con la boca abierta por la sorpresa de lo que pretendía y el tono en que le hablaba, se encontró respondiendo de manera afirmativa y bebiendo de la copa que, a manera de obsequio, estaba incluida en el servicio.

—No es la boda que soñé —dijo acongojada.

Mateo le quitó la copa de la mano, la dejó caer y antes de que llegara a destino, la aplastó con el pie contra el piso haciendo que estalle en mil pedazos.

—¡*Mazel Tov!* —dijo—, ya tenés la boda soñada.

No lo podía creer. Ely no podía creer su sarcasmo. Le dio la espalda cuando el extraño que los había casado, les propuso besarse. El novio no se lo tuvo en cuenta, tomó la libreta que los declaraba marido y mujer, asió a su esposa del brazo y en el teléfono del pasillo, llamó al Mono a Buenos Aires:

—¿Mono? Acabo de casarme.

Del otro lado de la línea, sólo se escuchaban dos personas pujando por hacerse del tubo del teléfono.

—¿Me escuchaste? Acabo de casarme. Ahora le será más difícil a mi mujer, escaparse de mis brazos.

—¿Están borrachos? —logró preguntar el amigo, en tanto trataba que Miriam no se adueñara del aparato.

—Hoy no. Ayer se nos fue un poco la mano. —Y mirando a Elizabeth a los ojos, continuó con un mensaje más para ella que para su interlocutor—: Pero no volverá a pasar. Quedate tranquilo.

—No hagas boludeces —aconsejó—, portate como hombre.

Mateo sonrió de lado, escrutó a su pareja desde los zapatos hasta las cejas, deteniéndose un poco más en el centro de su figura—: Muy hombre.

Pasaron la noche en un hotel. Elizabeth sentada en un sillón tratando de asimilar, cómo era posible que se hubieran casado. Mateo se adueñó de la cama. Si ella quería, podía recostarse a su lado.

CAPÍTULO 18

El desconcierto en Boston, era similar al de Buenos Aires. En uno y otro extremo del mundo, los amigos de ambos conjeturaban sobre los motivos de tan apresurada decisión. Miriam, suponía que al encontrarse juntos bajo un mismo techo, el amor había sido imposible de ocultar y los orgullos se habían corrido de lado para dar paso, finalmente, a los corazones. El Mono, opinaba que había sido un arrebatado de Mateo, similar al que tuvo yendo a besarla antes de regresar a Estados Unidos. Darío, respiró tranquilo bebiendo el último sorbo de su whisky, pensando que ahora sí, los guardaespaldas eran dos.

En el norte, ya de regreso al departamento de Mateo, los ánimos estaban caldeados. El músico se mostraba distante y autoritario. La mujer, orgullosa y a la defensiva. No compartían cuarto, tan solo el mismo techo.

—Supongo que ahora que llevo tu apellido, podré moverme por la ciudad sin tener que continuar cautiva.

—Siempre y cuando pueda acompañarte, no habrá problemas.

—Perfecto, algo es algo. Quiero salir —solicitó.

—Ok. Esta noche te llevo conmigo al concierto. Pero —aclaró posando intimidante un dedo sobre el pecho de ella—, sin trampas. Todos sabrán que sos mi esposa. Te vas a mostrar ante ellos, como si fueras la mujer más feliz de la tierra.

—No soy actriz.

—Intentalo. De cómo lo hagas, dependerá que no levantes sospechas.

—Quiero la clave de tu computadora. Necesito enviarle un mail a Darío.

Accedió habilitándosela, no sin antes recordarle que fuera inteligente y no expusiera ni la vida de ella, ni la de los demás.

Pensó, un largo rato, un código que su amigo pudiera comprender.

*

Para: D.HERNANDEZ@matutino.com.ar

De: GEISHA@gmail.com

Asunto: Debo dejar de soñar

Ayer recordé nuestra noche de amor y sexo en la que festejamos tu buena suerte en el juego.

La separación comienza a hacerme daño, temo enloquecer si continuamos alejados.

Sólo dame una esperanza, o un adiós.

Tu geisha

-*-

—Te digo que se casaron en Las Vegas —confirmó Darío al Mono.

—Pero, si ellos están en Boston. ¿Qué mierda fueron a hacer a Las Vegas?

—No tengo idea. Tal vez tu amiguito tenía un show ahí y se la llevó con él. De paso, se aprovechó de la situación y la hizo su esposa.

—No hables así de Mateo, él no se aprovecharía de la situación de la turca. Ella debió estar de acuerdo. No te olvides que se quieren desde hace mucho.

—En eso basé mis esperanzas cuando supe que se habían casado. En que se hubieran puesto de acuerdo y arreglado las cosas entre ellos, pero no es lo que entendí del mail de Elizabeth. Ella trató de explicarme que necesita volver y sacarse de encima al tipo. Si es como yo lo creo, a tu amiguito no le va a quedar un solo hueso sano.

—No amenazas. No me jodas. ¿Cómo está el tema acá? ¿Puede volver, o sigue corriendo peligro?

—Están tan cagados con lo de la *Banelco*, que el resto está pasando sin pena ni gloria. Según el juez, eso es bueno, porque le permite investigar sin levantar sospechas. Creo que en pocos días podremos decirle que regrese.

—Ahí lo tenés —aseguró—. Si regresa sola, vos tenés razón, si se queda o viene acompañada, la razón es mía. ¿Apostamos?

—No —respondió molesto.

Primero la acompañó a una boutique donde conseguir el atuendo adecuado para mostrarse como su esposa. Ely no dejó que viera lo que escogía y a la hora en que él le había indicado que pasaría por ella, bajó a la calle para subirse al taxi en el que Mateo la pasó a buscar luego del ensayo.

Lo primero que vio, fueron los doce centímetros de taco que sostenían un par de piernas demasiado expuestas por debajo de un ajustado y escotado

vestido azul. Luego, un cabello azabache cuyas ondas rozaban con gracia los hombros y espalda blancos y al descubierto. Su jean comenzó a resultarle una incomodidad y supuso que habría encogido en los últimos segundos. Respiró hondo antes de bajar para darle acceso al auto.

«Estoy muy jodido», entendió.

Elizabeth, triunfante, tuvo muy en claro que lo había deslumbrado. Los ojos ámbar, destellaban cuando no podían ocultar el deseo. Los había visto así muchas veces. Él no podía ocultarle esa debilidad, aunque se mantuviera en silencio sin alagarla.

Llegados al teatro, lo acompañó al camerino que utilizaban.

—Hoy es un concierto especial. Malone se despide de Boston, así que después iremos a cenar y festejar.

—No hay problema. No suelo quedarme dormida sobre la mesa, cuando algo me entretiene.

—Entonces —dijo acercándose pero sin rozarla—, trataré de mantenerte entretenida.

El corazón le palpó a mil por segundo y trató de calmarlo. Ya sabía ella lo que venía después de una noche entretenida con él.

—No te preocupes, Mateo. Voy a entretenerme solita. Sé hacerlo y corro menos riesgos.

Luego de ser presentada ante el resto de los músicos, ocupó el lugar que le asignaron en la platea. Verlo envuelto en su música, con pares reconocidos mundialmente, la emocionó. Recordaba los sueños de un joven esclavo, los esfuerzos y sacrificios que había realizado para estar esa noche ante un público selecto y amante del blues. Aplaudió a rabiar, chifló pidiendo bis, taconeó siguiendo el ritmo cuando fue el momento del solo de Mateo. Se sentía orgullosa, viva, feliz por él. En cuanto el show terminó, corrió al sector de camerinos, la excitación guiaba sus pasos. Sólo lo vio a él; se hizo paso entre la gente, se colgó de su cuello, lo besó con pasión en un beso infinito al que Mateo respondió tomándola por la cintura y elevándola del piso.

Giró con ella ante los vítores de sus compañeros, la estrechó con fuerza fundiéndola a él. También estaba contento por la actuación, porque ella la hubiera disfrutado y por tenerla a su lado. Era su esposa, su hermosa hechicera de ojos azules y piel blanca. Su dulce Luz, que alumbraba cada una de sus noches.

Despegaron sus labios, mas no sus cuerpos. Las miradas se cruzaron diciendo mil verdades que las palabras se negaban a confirmar.

La fue bajando despacio haciéndole sentir cuánto le agradaba su contacto, hasta que estuvo seguro que los tacones estaban firmes en el piso. Recibió un par de palmadas en el hombro que le indicaron que debían irse. Rodeó a Elizabeth por la cintura y la guio hasta la combi que los trasladaría al restaurante. Las palabras, otra vez, no fueron necesarias.

Conoció a las vocalistas y las parejas del resto de los músicos. Se sintió cómoda en ese ámbito. Mateo corrió la silla con galantería para que ella se acomodara, se sentó a su lado conversando con Malone en tanto, y como al descuido, subía y bajaba con la yema de los dedos desde la nuca hasta casi la culminación de la espalda blanca que se erizaba gustosa. Brindaron por el éxito obtenido y por la banda sonora de la película que se grababa en Hollywood, cuya autoría le pertenecía a Mateo.

—Todavía no me hiciste escuchar ese tema —le reclamó Elizabeth al oído.

—Lo solucionaré pronto —respondió, pero sabía que esa noche, no era muy distinta a la que los cobijó en el sillón de su cuarto de ensayo. Antes de exponerla ante ella, debían de ser aclaradas muchas dudas.

Bailaron un par de temas lentos, aliándose a la complicidad que les concedía la velada. Los cuerpos clamaban por unirse, las pieles rogaban contacto, los corazones gritaban verdades que las mentes se negaban a considerar por temor a flaquear y quedar expuestos nuevamente.

Malone los obsequió con su compañía, ofreciéndoles un aventón en su limousine. Quedó claro a todo el mundo quién contaba con las preferencias del jefe, aunque Mateo sospechó que lo que en realidad motivaba al músico, era continuar disfrutando de las vistas del escote de Elizabeth y, premeditándolo, colocó sobre los hombros de ella la chaqueta de su traje. Ely estuvo a punto de negarse, no tenía frío, pero con solo observar la mirada categórica con la que la miró su lobo feroz, entendió que la temperatura exterior no era el problema y aceptó agradeciendo con ternura.

El mismo cuidado otorgó cuando la ayudó a bajarse del vehículo, entrometiendo el cuerpo para separarla de su jefe con la excusa de saludarlo más efusivamente de lo normal. Ely ocultó la sonrisa lo mejor que pudo. O Malone era de cuidado, o su vestuario había más que deslumbrado a su esposo.

Entraron al edificio envueltos en un silencio que extrañamente no era tenso. Elizabeth se quitó la chaqueta entregándosela a Mateo:

—Muchas gracias. Me divertí mucho esta noche. Me gustó ver todo lo

que creciste. Sos un dotado con la guitarra y se nota que tus compañeros te aprecian.

Recostado contra la puerta de entrada, con la chaqueta colgando de sus brazos cruzados contra el pecho, Mateo la observaba con los ojos desbordados. Difícil había sido no tocarla frente al resto, complicado tenerla pegada a él en el baile y no hacerla suya delante de todo el restaurante. Pero en ese momento la tenía frente a él en su cueva, bajo sus dominios, con sus estilizadas piernas sobre doce centímetros de lujuria, con su escote brillando para él, con las ondas azabache que quería besar, con los ojos azules y hechiceros que ya le pertenecían. Era su esclavo y su dueño.

—No son gente de alago fácil. Me siento muy honrado de que me consideren uno de ellos.

—Lo sé. Noté tu alegría.

Quiso sonreírle, se sentía tonto—: Me alegra que lo pasaras bien. Estuviste oculta mucho tiempo y..., en fin... me alegra que te divirtieras.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó sin pensar en su orgullo.

—No entiendo —evadió.

—¿Por qué me hiciste el amor la otra noche como si todavía me quisieras, para desaparecer a la mañana siguiente?

Mateo arrojó la chaqueta con fuerza sobre el sillón, caminó los tres pasos que lo separaban de ella—: Porque me quedó claro que había sido un error.

—¿Qué fue un error? —indagó ofendida.

—Vos sos un error —espetó—, el peor error de mi vida y que me persigue hasta hoy. El que no me deja vivir en paz.

—¡Quise irme y me hiciste tu esposa! —gritó furiosa.

—Me encomendaron tu custodia.

—Me importa un pito lo que te encomendaron. Me importa un pito tu pacífica vida en Boston. No te creo nada, Mateo. No me creo tu rechazo, no me creo tu estúpida excusa. Vos me querés, seguís enamorado de mí como el primer día. —Y se corrigió— No, como el primer día, no. Mucho más enamorado. Dejaste de lado todo y me recibiste porque me amás. Me llevaste a Las Vegas y me hiciste tu esposa porque temías perderme otra vez. Pero sos tan cabezón, tan orgulloso, que te negás a reconocerlo. ¿Sabés qué? Andate a la mierda, me tenés podrida, vos, tu orgullo, tus cuidados y hasta tu apellido —concluyó entrando en su cuarto y pegando un sonoro portazo.

No sabía si seguirla y refutarla, o tomarla de los pelos y besarla. Las dos opciones lo tentaban demasiado. Abrió la gaveta de los vasos, se sirvió un

whisky sin hielo, lo bebió de un solo trago y maldijo el fuego que prendió en su garganta. Volvió a mirar la puerta tras la que ella había desaparecido. Tomó la guitarra, comenzó a cantar:

*Si finalmente llego a tu luz,
se secarán las lágrimas.
Cada herida puede cerrarse,
bajo el influjo de tus miradas.
Te acaricio desde el alma,
me alimento de la miel de tus entrañas.
Sólo los corazones saben, nena,
cuánto se aman.*

*Ni las lágrimas de ayer,
ni las dudas que nos atacan,
podrán evitar, mi amor,
que en tu vientre germine el mañana.
Beso tu huella en la arena,
son mis latidos los que te llaman.
Sólo los corazones saben, nena,
cuánto se aman.*

Abrió la puerta, para poder escuchar las últimas estrofas mirándolo a los ojos. Caminó hasta él. La luz del exterior que accedía por la ventana, le infundió un aire más sensual a su lento caminar. Se sentó frente a Mateo, degustando cada palabra y aguardando a que terminara.

—Te dije que lo solucionaría pronto —dijo al terminar de cantar.

—Sólo mi corazón sabe, cuánto te ama, Mateo.

—Te sentí llorar cuando te escondiste en el baño —comunicó—. Creí que lamentabas lo que habíamos hecho.

—No quise despertarte. Estaba tan feliz de haber hecho el amor con vos otra vez, que no podía contener el llanto.

—Todavía no consumamos nuestro matrimonio —advirtió.

—Eso es causal de divorcio, ¿sabías?

—¿Querés divorciarte?

—No. Quiero consumir —comunicó quitándole la guitarra de las manos.

Mateo apoyó la frente en el pecho de Ely. Ella le rodeó el cuello con los

brazos acercándolo más. El hombre absorbió el aroma de la piel blanca, surcó con sus labios el recorrido del escote que dejaba libre el vestido, subió por el cuello femenino, se hizo del lóbulo de la oreja—: Voy a estallar de placer —le susurró.

—Yo ya no entro en mí de la alegría —aseguró riendo.

La fue guiando hacia el suelo para quedar acostado sobre ella. Le reclamó la boca. Posó las manos sobre los muslos de Ely, logrando elevar el vestido y dejar al descubierto el tanga, del que se deshizo sin problemas. Se separaron un instante para despojarse de las ropas. Mateo observó la piel de su hechicera acariciándola con la mirada, accedió a sus ojos para confirmar las palabras. Volvía a ser suya.

Elizabeth recorría con sus manos, los pectorales firmes y morenos. Sentía la excitación de él y reconocía la propia. Buscó con desesperación besarlo, sin importarle si el oxígeno era necesario para continuar viviendo. Él era su vida; morir allí, sobre la madera de su hogar, era la gloria a la que no le importaba exponerse.

—Mis latidos siempre te llaman, hechicera.

—Son los que me mantienen viva —aseguró sintiendo que los cuerpos se unificaban.

Rieron los dos, ante el baile de sus cuerpos. Cada embestida era una promesa, cada recibimiento un logro. Al conseguir extasiarse, se aferraron al abrazo del otro.

—La declaro oficialmente, como la señora Alarcón.

—Me encanta la legalidad. Yo soy muy legalista.

En la mañana, sentada en el regazo de Mateo, envió un nuevo mail a Darío:

*

Para: D.HERNANDEZ@matutino.com.ar

De: GEISHA@gmail.com

Asunto: Mi sueño se ha cumplido

No contestaste mi mail. Eso me permite albergar esperanza. Puedo vivir con ellas.

Quedo esperando tu visita.

Sé que no demorarás.

Te amo.

Tu geisha

-*-

—Me rompe soberanamente las pelotas, ese código —aseguró Mateo.

—Lo sé —contestó sonriendo y llenándolo de besos—. Pero si no queremos que caiga en tu departamento como si fuera miembro de un equipo militar secreto y aterrador, es mejor que me limite a cumplir con el código.

—¿Por qué Darío? —indagó.

—Porque no se parece a vos. Porque con él dolía menos tu ausencia.

—No sé si me gusta escuchar eso.

—¿Por qué me agrediste en el casamiento de Miriam?

—Porque estabas con él y el tipo trataba de enrostrármelo a cada segundo. Parecía tu dueño. Se atribuyó un lugar que no podía creer que le hubieras dado.

—Somos muy amigos y nos hicimos compañía.

—No jodas, Ely. Ese tipo te tiene ganas. Muchas ganas.

—Somos amigos.

—Yo no me cojo a mis amigas.

Elizabeth lo miró de reojo, descreyendo sus palabras.

—Ya no —confesó sonriendo como un chico al que atraparon en una mentira.

—Bueno..., estamos a mano. Tampoco me estoy acostando con Darío ahora.

—Creo que será necesario imponer algunas reglas, señora Alarcón.

—Usted dirá, veré si estoy de acuerdo —consintió.

—Más te vale que estés de acuerdo. Ya te demostré que cuando me contradecís, me pongo furioso. Cuando me pongo furioso, te hago mi esposa.

—Pero ya soy tu esposa. Eso no podés repetirlo.

—Puedo repetir otros métodos. Me gusta mucho consumir y no es necesario estar en privado para hacerlo —advirtió detectando que ella le creía, al ver que sus mejillas viraban al rojo—. Así que, no me contradigas y te ruborizarás menos.

—Exponé tus reglas, déspota.

—Primero —enumeró colocándola a horcajadas de él—, no más polvos fuera del matrimonio.

—Acepto. Siempre y cuando el marido rinda con creces.

—No lo dudes, hechicera. Rindo más, día a día.

—Me alegra saberlo.

—Segundo, dejame cuidarte. Todavía no sabemos si el peligro pasó. No te expongamos. Entiendo que querés retomar tu vida normal, pero es necesario que seas paciente.

—Acepto —confirmó—, pero me tendrás que cuidar mucho. Tendrías que cuidar mi corazón —dijo acercándose a él para que la besara—, mi cuerpo y mi alma. ¿Podrás con tanto?

—Tercero —continuó, sonriendo ante el descaro de Elizabeth y acariciándola con los labios—, mi carrera está acá. No puedo volver.

Elizabeth se retorció incómoda. Ese punto no había cruzado por su cabeza. Él lo supo y la abrazó reteniéndola—: Tendremos que encontrar la manera. Ya hallaremos una solución que no implique un sacrificio demasiado grande para ninguno de los dos. Te amo, Ely —aseguró mirándola a los ojos—, nada es más importante que estar con vos.

—También te amo y no quiero que dejes de lado tu vida —confirmó seria—. Te sacrificaste mucho por tu carrera y no quiero ponerte trabas.

Se besaron buscando en el calor del otro, la solución al inconveniente.

—A través de los años, constatamos que cuando el amor es verdadero, ni el tiempo, ni las dudas, pueden derrotarlo. Aunque estemos un tiempo separados —propuso la mujer—, los dos sabemos que el otro nos está esperando.

—No quiero estar separado de vos ni un segundo.

CAPÍTULO 19

Darío se repartía entre el Senado de la Nación y la Casa de Gobierno. El Congreso era un aquelarre, donde todos trataban de limpiar su honor y no eran muchos los que encontraban sustento para lograrlo. El periodista necesitaba una entrevista con el senador que otrora fuera amigo de su padre. Finalmente, su teléfono le trajo esperanzas:

—Hernández —sonó la voz de uno de los hombres más requeridos por esos días—, no podemos hablar oficialmente.

—Lo comprendo, señor. ¿Ponga lugar y hora?

—Mañana, a las diez de la noche, en el sauna del golf.

—¿Me obligará a recurrir a mi memoria? —bromeó, sabiendo que lo citaba allí para que no pudiera tomar notas ni grabar la conversación.

—Hasta mañana —respondió cortante el senador.

Con el puño cerrado, dio un golpe imaginario al cielo. Lo había conseguido. Uriel, lo sorprendió cuando intentaba subirse al auto.

—¿Te sacaste la grande, macho?

—Casi. Me dieron la exclusiva que estaba esperando.

—Me alegro. Ahora poneme contento a mí y dame buenas noticias de Elizabeth.

—Creo que las aguas se calmaron por allá. El músico debe estar portándose un poco mejor.

Uriel, sonrió. Hacía años que sabía lo enamorada que su amiga estaba de Mateo— ¿Se queda en Boston o se vienen?

—No pluralices.

—Ely tiene que regresar. Tenemos mucho laburo, además, el juez la llamará a declarar.

—Hay que ver si el marido tiene los huevos suficientes como para traerla.

—Manteneme informado —solicitó antes de preguntar— ¿Vos cómo estás? ¿Te bancás que se haya casado?

Darío resopló molesto. Por lo visto a la gente le costaba entender que él no se enamoraba, que no exponía sentimientos. Elizabeth era una magnífica amiga y buena compañera de cama. Punto. Pero explicarlo no tenía sentido, de manera que prefirió recurrir a la broma—: Buscando sustituto. ¿Te ofrecés?

A esa hora de la noche, el club solía continuar muy concurrido, pero en los días que corrían, la elite elegía asistir a los mítines políticos. El senador ingresó al cuarto de sauna, solo.

—Haceme el favor y no te levantes —comentó a manera de saludo y dejándose caer a su lado—, no tengo ganas de verte en bolas.

—Honor que me hace desprendiéndose del protocolo —agradeció irónicamente el periodista.

—Vayamos al grano —propuso quien lo había tenido en brazos y en ese momento se encontraba formando parte del poder.

—¿Hasta dónde es verdad? —preguntó Darío.

El hombre lo miró a los ojos. El cansancio de horas de debate y confrontación, se dejaron ver en su rostro —: Me temo que demasiado. Al parecer, la guita salió de la misma SIDE.

—No me joda.

—Ojalá te estuviera jodiendo. Hay elementos coincidentes y concordantes, aunque todavía no salieron a la luz.

—¿Por qué sigue adentro?

—Tenemos un proyecto que es el que el pueblo necesita. Pero si no aclaramos esta mierda, todo será en vano. El riesgo país ya se disparó, junio termina mal, pero julio será peor.

—¿Cuál es la posición del “Vice”?

—Preocupate más por lo que pueda decir un compañero mío.

—No entiendo.

—Ya te vas a enterar, estate atento. El viejo va a hacer explotar todo. Está re caliente.

—Si él salta —conjeturó deduciendo a quién se refería—, el Ejecutivo se cae. Nadie dudará de la palabra de alguien de su prestigio.

—Me preocupa que caiga en picada el sistema —confesó llevándose la mano a la cabeza—. El rumor ya corrió y por mucho que intenten desmentirlo, mi olfato me dice que más de uno tiene el culo demasiado sucio. No nos alcanzaba con el desbarajuste económico y los reclamos sociales, que ahora

también le sumamos un golpe institucional.

—Dentro del diario, estamos moviéndonos casi todos. Hasta a los de espectáculos los pusieron a recoger información.

—Me imagino. Espero que la panzada se la den sin comerse a los que siguen limpios.

—¿Van a renunciar?

—No. No por ahora. Pero el Jefe de Gabinete ya se negó a firmar unos decretos y...

—Sí, eso lo supe. Pero lo van a joder igual. Necesitan darle curso.

El Senador lo miró a los ojos, buscó los rasgos que le recordaran a su amigo perdido hacía años—: El otro tema, ese en el que te metiste con tu amiguita —dijo refiriéndose a Elizabeth y las denuncias realizadas contra abusos a menores—, dependés del juez. No van a llegar a los grandes, esos se cubren muy bien, sobre todo después de lo que pasó en Catamarca. Con el revuelo que hay, puede que podamos darte una mano.

—Mi amiga tiene que quedar afuera. Señálenme a mí, a ella la quiero libre de riesgos.

—Tu amiga, no les preocupa. Aconsejala para que mantenga un perfil bajo.

—La mirada está puesta en los sobornos. Todos nos estamos dedicando a eso.

—Hacen bien. Ya te dije, voy a tratar de darte una mano con lo otro, pero no es fácil. Años de impunidad y feudo, no se corrigen porque a un par de locos se les cante denunciarlo.

El político entregó una palmada en el hombro de Darío, con pesadez se levantó del asiento de madera y se retiró.

Estaba agotado, llevaba días durmiendo lo justo, comiendo mal y a deshoras. Su cabeza era un cúmulo de información y preocupaciones. Amaba su profesión, siempre había querido estar inmerso en una noticia que trascendiera los confines del país. Jamás deseó que fuera precisamente esta. Al levantarse, encontró una nota prolijamente doblada, la escondió entre su mano y la toalla bajo la que amparaba su pudor. Antes de ducharse, leyó los nombres escritos con impresión impersonal. Evitó hacer cualquier muestra de asombro, arrojó el papel al inodoro y se duchó lo más rápido que pudo.

Dentro de su departamento, aflojó la tensión del día, prendió su computadora, introdujo la clave para ingresar a los archivos del periódico. Durante horas, recorrió la información, chequeó discursos antiguos, leyó

decretos del Ejecutivo.

Tomó postura, los rumores, a su juicio, estaban reflejando la verdad, pero salvo que alguien confesara, nada podría probarse.

Elizabeth llevaba meses lejos de su país. En pocos días más, sus padres regresarían del viaje a Israel y tenían que encontrarla. La excusa del congreso ya no podía extenderse y el trabajo la esperaba. Sus reservas de dinero tocaban fondo y no quería depender de Mateo. Sabía que no sería fácil convencerlo, el futuro de él estaba en Boston y la vida de ella en Buenos Aires. Debían encontrar una solución y no era fácil. Arrojó con furia, el libro tras el que ocultaba sus pensamientos. No quería separarse de él.

Los labios de Mateo, se pegaron a su cuello, sus manos le acariciaron los hombros—: Lo que no se dice... contamina. Siempre es mejor dejarlo salir.

Elizabeth acarició las manos que le demostraban que no estaba sola:

—Tengo que regresar.

—Lo sé. Pero no voy a dejarte ir hasta que no estemos seguros de que no corrés riesgos.

—Mateo, mis padres pronto terminarán su viaje. Necesito estar allá, necesito cuidarlos.

La miró comprendiendo. Hasta la mujer que lo había engendrado mereció cuidados y él se encargó de que los tuviera. No conocía a los padres de Ely, habían sido el motivo fundamental de todos los años que estuvieron separados, pero eran los padres.

—Voy a hablar con el Mono —concedió entregándole un beso en la coronilla y marcando desde el teléfono larga distancia.

Elizabeth prestó atención a cada pregunta y cada respuesta. Al terminar la comunicación, lo abrazó con la fuerza del miedo y de la angustia. El mundo romántico e ideal que habían construido, sería puesto a prueba.

—Nada es más fuerte que nosotros —le aseguró tomándola en brazos y llevándola hacia el cuarto que compartían—. No temas, hechicera. Tu embrujo trasciende fronteras, tu poder se adueñó de mi corazón, más allá de las distancias y de los tiempos.

—No me permitas escucharlos —le rogó temerosa.

—Tenés que escucharlos —indicó separándose unos centímetros de ella, mirándola más allá de los ojos, introduciéndose en su alma—, tenés que escuchar a cada uno de los que te digan que no tenés que amarme, que cometés

un error. Porque yo necesito estar seguro de tus respuestas. Necesito oírte decir que soy quien te hace feliz, que me cobijaste en tu corazón por decisión propia y que jamás me arrojarás de él.

Al oírlo, comprendió lo importante que era para Mateo que no volviera a cometer viejos errores. Era su amor, el de siempre, su esclavo, el hombre que la había hecho mujer y con el que se sentía viva.

—Organicemos el viaje —propuso—. Necesito cuanto antes, gritarle a todos que te amo. Que soy feliz, que Dios existe en tus ojos, en nuestra cama, en tu mano enlazada a la mía. —Lo besó con ternura antes de continuar—: Necesito mostrarte cuán tuya soy.

Los temores de Mateo le permitieron una tregua, una ráfaga de aire fresco con la que se dio permiso para exponerla sin ropas ante él, para recorrer cada poro que lo reclamaba, con besos. Selló las palabras de su esposa, con toda la pasión que ella le provocaba. La reclamó como propia con cada caricia, la confirmó con cada gemido. Elizabeth tenía razón, Dios existía cuando se amaban.

-*-

Para: D.HERNANDEZ@matutino.com.ar

De: GEISHA@gmail.com

Asunto: Te invito a mi vida.

Pondré pétalos de rosas y música suave. No podrás negarte.

Agosto regresa, y con él nosotros.

Para retomar el camino perdido, para volver a latir juntos.

Tu geisha

-*-

Darío leyó el correo de Elizabeth, con el ceño fruncido. Sabía que no podía demorarla más. Estaba al tanto que el viaje de los padres concluía pronto. Le aseguraron que no se interesaban en ella y el peligro se había reducido. Pero no le agradaba la idea de perder la conexión que existía entre ellos. Mucho menos, verla en brazos del bohemio. Respondió el mail siguiendo el código y pulsó enviar.

«Camino libre, amiga. Buena vida», pensó sirviéndose un trago, prendiendo un cigarrillo y dejándose caer en el sillón.

CAPÍTULO 20

Miriam y su marido los esperaban en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza. En cuanto los vieron traspasar la puerta, el Mono tomó a su mujer en brazos y la cargó sobre sus hombros para que la distinguieran de inmediato.

Los abrazos efusivos se sucedieron. Miriam encerró a Elizabeth en uno ávido de noticias y confidencias—: ¿Cómo fue? ¿Cómo aceptaste? ¿Qué tal va la cosa? —preguntó amontonando las palabras, producto de su deseo por saber cada detalle.

—Dejame llegar —respondió—, prometo contarte todo, pero primero quiero salir de acá e ir a mi casa.

—¡Bien, nene! ¡Bien! —felicitó el Mono a su amigo palmeándole la espalda con fuerza— Por fin ya sos de los míos. La mezcla es lo mejor, macho. Ahora... eso sí —aconsejó por lo bajo—, hay que mantener la postura, que sepan de entrada quién manda. No le aflojes ni un cachito porque si no...

—Ya sé, si aflojo termino como vos —bromeó—. Estoy tan bien, Mono, que me someto a lo que quiera si con eso tengo la garantía de no perderla.

—Ustedes llevan demorando esto demasiado tiempo. La turca siempre te quiso y vos no pudiste olvidarla por mucho que te esforzaste. Pero ahora —le recordó—, se viene el ajuste de cuentas. Cuando los viejos se enteren, va a arder Troya.

—Te confieso, que me preocupa más que Ely no corra riesgos regresando tan pronto. Si los padres dejan de lado sus tabúes, podrán ver lo feliz que es su hija. Si no lo ven, continuarán alejándola por culpa de su mezquindad.

Dentro del automóvil, unos pusieron al tanto de las novedades a los otros. Miriam se encargó de reprocharle a Elizabeth, que la hubiera engañado haciéndole creer que había regresado con Darío, y que el viaje había sido con motivo de un congreso. El Mono transmitió los detalles que Darío le había comentado y le recomendó a Ely que se comunicara con Uriel.

—Cuanto antes retomes tu vida normal, todos creerán que en el congreso te enamoraste y la luna de miel te obligó a demorar tu regreso —comentó

Miriam, pero al no escuchar respuesta, ojeó por el espejo de cortesía y comprendió que no la habían oído.

La pareja que los acompañaba, se encontraba sumida en un beso. Comprendieron que preferían privacidad, y luego de ayudarlos a bajar las maletas del auto, los invitaron a cenar en la noche y se despidieron.

—Miriam se ocupó de que la señora que hace la limpieza, viniera ayer —comentó Elizabeth, algo nerviosa antes de abrir la puerta del que fuera el lugar donde los recuerdos del tiempo sin Mateo, vivieron atormentándola.

El músico le quitó las llaves de la mano, la tomó por la barbilla obligándola a mirarlo—: No es nuestro hogar, es un sitio de paso. Nuestro hogar lo haremos juntos, acá o en Boston. Ya lo discutiremos. Lo importante es que estás conmigo. Dónde, es lo de menos.

Giró la llave, empujó la puerta cediéndole el paso, tomó las maletas y observó el lugar. El aroma a Elizabeth se introdujo en sus fosas nasales, el calor le recorrió el cuerpo. Un espacio pequeño, pero acogedor. Dejó el equipaje en el suelo, se acercó a ella que, emocionada, le daba la espalda. La ayudó a despojarse del abrigo y lo dejó sobre una silla, la abrazó por detrás. Cerca de su oído, susurró—: Te amo, mi Luz. Tus ojos curan cualquier dolor. *“Sólo los corazones saben, nena, cuánto se aman”*.

Giró para refugiarse en su pecho. Inhaló hondo buscando fuerzas—: Quiero que le enseñemos a cada rincón del departamento, cuánto nos amamos. Quiero que borremos con esperanza, cada centímetro de soledad. Entre estas paredes lloré todo lo que te amo, ahora quiero que sea tu presencia quien las pinte con risas.

Se dedicaron a cumplir cada pedido, a descubrir el espacio de Elizabeth, creando uno compartido.

La oscuridad rodeó el cuarto donde Mateo dormía con su mujer en los brazos. Ely atesoraba los segundos, latía al ritmo de él. Era de noche, los amigos los esperaban y el futuro estaba próximo y amenazante. Tembló sin poder evitarlo, despertándolo.

Con ambas manos, el hombre la tomó por las mejillas, invitándola a mirarse y confesarle los temores que perduraban. Los ojos ámbar, se abrieron para que los indagara sin resabios de somnolencia, seguros, confiables. En aquellos ojos existía un profundo amor que vencía demonios, prometía paz, aseguraba entrega. Gritaban que estaban frente a la única mujer que deseaban, ante la única que los colmaba. Los ojos hablaban sin palabras.

—Te amo, mi adorable esclavo.

—Te amo, mi hechicera.

La besó con ternura, la tomó en sus brazos para llevarla con él hasta el baño. La sentó sobre la mesada del lavamanos, abrió la ducha y se aseguró que estuviera templada antes de obturar el drenaje con el tapón. Buscó sales y las esparció. Dejó de lado su tarea y en tanto el nivel de agua subía, giró hacia ella.

—Voy a cuidarte —le dijo—, voy a ocuparme de vos, porque estoy seguro si estoy dentro tuyo —prometió besando los párpados, la nariz y la barbilla.

—Tengo que reparar el daño que nos hice —aseguró rodeándolo con brazos y piernas, pegándose a él, fundiéndose en él.

—Los dos nos hicimos daño. Los dos impedimos que nuestros sentimientos ganaran. Pero ahora estamos juntos. Sos mi mujer —le recordó tomándola con suavidad por la nuca y hablándole al oído—, todavía me cuesta creerlo. Me siento tan vivo, que no voy a permitir que nada me impida hacerte mía a cada segundo. Preparate —le advirtió—, quiero a mi hechicera ahora y voy a quererla otra vez dentro del agua y seguramente también la quiera cuando la envuelva en el toallón...

—Te tomo la palabra —lo interrumpió—, llevo años de esperar cada uno de estos momentos. Vas a tener que esmerarte, astro. Dicen que con el tiempo, se termina idolatrando el recuerdo. No sea cosa que no estés a la altura.

La hizo callar con un beso posesivo, con sus manos surcándola, con su virilidad poseyéndola. Elizabeth gritó su nombre más de una vez antes de llegar a la bañera, y volvió a gritarlo estando en ella, incluso pudo escuchar que lo hacía nuevamente, cuando Mateo gruñía el suyo.

—Tienen una casa muy bonita —comentó en tanto ayudaba a su amiga con la cena—. Estoy muy contenta de verlos tan felices. Jamás pensé que el gigantón te tuviera tan enamorada.

—Así como es de grande su cuerpo —dijo Miriam—, igual de grande es su corazón. A mis padres se los metió en un puño. Lo adoran. Ya ni hablan de que no es judío. Y yo lo amo. Me da trabajo, no te lo niego. Pero me divierte tanto con él, me hace sentir tan especial.

—Te veo. Los veo —se corrigió—. Y lo que más me llama la atención, es que te mira a los ojos. Me acuerdo cuando sólo miraba tu escote.

—Ely, si alguna vez en la vida, pensé en operarme para reducir algo de

semejante delantera, agradezco no haberlo hecho. Son la debilidad de Daniel y adoro tenerlas —confesó rodeando como podía sus propios senos.

—¿Quién es Daniel?

—¡Mi marido!

—¡Por fin conozco su nombre! El Mono se llama Daniel —confirmó para memorizarlo.

—¡Claro!

En el comedor, los dos hombres hablaban de política. El Mono estaba preocupado, el día anterior había hablado con Darío:

—Si el Vice renuncia, ¿quién asume? —preguntó Mateo.

—Olvidate, si el Vice renuncia —dijo agarrándose sus partes—, tendrán que llamar a elecciones anticipadas, porque no van a poder sostener el poder. La renuncia de él, sería la confirmación de que los sobornos existieron.

—No hablen de política —reclamó la dueña de casa—, tengamos la noche en paz. Estamos juntos después de muchos años. Quiero que disfrutemos de una cena normal entre amigos.

—Nena —aseguró el marido tomándola de la mano y logrando que se sentara en su regazo—, yo te doy todas las noches de disfrute que quieras. Vos sólo decime cómo las querés y papá Mono te las concede.

—Como primera medida, quitá tus manazas de mis tetas. Hoy tenemos invitados.

—A ver si comen rapidito y se van. Le prometí a la rusa que la haría feliz cada minuto de su vida. No me hagan quebrar mi promesa.

—¡Aflojá, Mono! —aconsejó el amigo—, hasta vos tenés límites. Tu mujer quiere cenar con nosotros sin tanto baboseo. Seguro que ya la tenés cansada.

—¿Cansada?! —exclamó depositando a Miriam en la silla, parándose mostrando todo su tamaño frente al amigo, con el ceño fruncido y la mirada desafiante.

—¿Podrías pasarme el *krein*, Daniel? —solicitó Ely, intentando cortar la discusión.

—¿Cómo me llamaste? —preguntó más indignado aún, mirando a su mujer y acusándola— ¿Le dijiste mi nombre?

—Es tu nombre. Te llamás Daniel. Es hora de que todos empiecen a utilizarlo y dejar de lado el mote de Mono.

—No quiero que me llamen Daniel. Mono suena mejor, como más aguerrido.

—Daniel, el terrible —interpuso Mateo para alagarlo.

—¡Mono! Gigante, mastodonte, machote. Pueden usar cualquiera de esos para llamarme. Daniel, no.

—Mirá, mi machote único e irrepetible —sentenció la esposa—, un día vamos a tener hijos a los que prefiero que identifiquen como provenientes de un humano, si no te jode. Esto de ser la mujer de un simio, ya me tiene hasta la coronilla.

El Mono se sentó junto a su esposa, con una sonrisa en los labios inmerso en la idea de imaginarse como padre. Su esencia lo traicionó y en tanto con una mano llevaba una porción de pescado con el tenedor hasta su boca, con la otra recorría el vientre de Miriam.

Mateo y Elizabeth se miraron e imaginaron los propios. Él, deseó que tuvieran la piel tan blanca como la de ella; su esposa soñó con unos pequeños ojos ámbar.

La cena duró menos de lo previsto, ambas parejas añoraron regresar a su propia intimidad.

Elizabeth estaba casi dormida en brazos de su esposo. Sintió su nariz acariciándole el cuello y su mano mimándole el vientre. Lo oyó recitar muy bajito en su oído:

—Te acaricio desde el alma, me alimento de la miel de tus entrañas. Sólo los corazones saben, nena, cuánto se aman.

La giró para tenerla frente a él, le acarició la cara con ternura y la besó con dulzura— Mi corazón sabe, cuánto te ama, aunque no tenga idea de dónde vamos a vivir —continuó—, no sé siquiera cómo vamos a afrontar lo que tenemos por delante. Pero hay algo de lo que estoy seguro, cada bocanada de aire que aspire, será para expresar lo que somos. Cuando mi corazón late, lo hace gritando tu nombre. Cuando creas en lo que te digo, voy a germinar en vos y nuestro amor tendrá vida en un ser que será la verdad hecha carne, porque esa es la esperanza que nos reclama el alma.

—Nada importa, Mateo. Yo creo en tus ojos. Quiero que llenemos nuestra vida de hijos, quiero concretar cada uno de tus sueños. Vos sos el mío.

El bronce rodeó la nieve, el ámbar se fundió en el azul. La oscuridad se hizo luz, cuando las estrellas reinaban en una noche de agosto, donde el frío de Buenos Aires desapareció.

—¡Felicidades! —la saludó arrodillado en la cama y sobre ella.

—Te equivocaste por un día —se burló Elizabeth—, mi cumpleaños es mañana.

—No, señora. No me equivoqué. Mañana es tu cumpleaños, pero hoy es tu último día con veinticuatro y eso es para celebrar.

—¿Por qué?

—Porque mañana ya caés en los festejos que llevan nombre —aleccionó, haciéndole cosquillas—, mañana será tu cumple de plata. Hoy todavía sos una jovencita de veinticuatro.

—¿Estás diciendo que mañana ingreso en la vida adulta? ¿Me estás llamando vieja?

—Hoy todavía sos joven. Así que —dijo tirando de ella para que se levante—, arriba, nenita. Te preparé el desayuno y me esforcé mucho.

Al entrar al living-comedor, pudo apreciar una magnífica mesa con la cafetera humeando, una bandeja con facturas calentitas, dulces y un ramo de violetas amarrado con un lazo que portaba una tarjeta. Feliz, se colgó del cuello de él y lo rodeó con las piernas, besándolo entusiasmada.

—Estamos desayunando, señora Alarcón, el postre vendrá después.

—Prefiero saltarme las comidas, todavía soy una nena caprichosa de veinticuatro —dijo pícara.

—Pero mi deber es hacerla madurar. ¿Lo recuerda? De manera que siéntese en su silla y aliméntese.

Se hizo del aroma de cada manjar preparado por él para ella. Tomó el ramito, lo besó antes de apreciar su perfume, abrió el sobre que contenía la tarjeta y leyó:

Deseá. Deseá sin límites.

Existo para complacerte.

Mateo

—Deseo —dijo cerrando los ojos y dejando caer las lágrimas—, hacerte feliz. Deseo, llenar de alegría tu vida, igual que vos llenás de alegría la mía. Deseo envejecer a tu lado, viendo a nuestros nietos tocar la guitarra para nosotros.

—Dalo por hecho —aseguró en sus labios, sellando el pacto con un beso.

Desayunaron felices programando el día. Elizabeth iría a la fundación para entrevistarse con Uriel. Mateo visitaría a los padres del Mono y a su antiguo profesor en la EMBA. El sonido del teléfono los interrumpió:

—¡Ely! ¡Hija!, ya regresamos, mi amor. Llegamos hace unos minutos. ¿Cómo estás?

Quedó muda, no esperaba que sus padres finalizaran el viaje hasta los primeros días de Septiembre. Mateo la miró preocupado, desconociendo los motivos que palidecieron, aún más, la piel de su esposa.

—Hola, mamá. ¿Qué tal el viaje?

—Perfecto. Todos te mandan besos, todos quieren saber cuándo irás a visitarlos. ¡Ay, Ely! ¡Qué lindo es Israel!

—Me imagino, mamá. ¿Por qué adelantaron el viaje?

—Porque mañana cumple años mi única hija. Siempre estuve a tu lado ese día. No me iba a perder de éste tampoco.

—Mamá —enunció—, en tu ausencia... pasaron cosas.

—¿Estás bien? Salgo para tu departamento. ¿Qué te ocurrió? ¡Dios! Ya sabía que no podíamos dejarte solita. ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente. No te alteres. Voy para tu casa. Tenemos que hablar —concluyó antes de colgar.

Mateo la observó expectante. Sería ella quien dijera la primera palabra.

—Los tiempos llegaron, Mateo. Mis padres regresaron. Preparémonos, no quiero que pase un solo segundo más, sin que sepan que conseguí mi sueño, que me casé con el hombre que amé toda la vida, que soy la mujer más feliz del mundo y que vamos a llenarlos de nietos.

—Todo ocurrió demasiado rápido. El casamiento, el regreso. No tuvimos tiempo de pensar cómo abordarlos —enunció—. No quiero que sientas presiones de mi parte, pero tenemos que decirles la verdad. Quien más los conoce sos vos, pero no voy a dejar que los enfrentes sola, vamos a ir juntos. Prometo no alterarme, no importa cómo me califiquen, pero una sola lágrima que te hagan derramar, te tomo en mis brazos y te saco de ahí. Eso tiene que quedarte claro.

—Va a ser duro e injusto, lo sé. Se enfurecerán, van a maldecir. Tenemos que ir sabiendo que todo eso va a ocurrir y entender que tendremos que esperar a que regrese la calma, para poder hablar civilizadamente.

CAPÍTULO 21

Frente a la puerta del departamento de sus suegros abrazó a su mujer, para luego tomarla de la mano.

Elizabeth eligió tocar el timbre y no utilizar su juego de llaves.

Los Telerman estaban ansiosos por volver a ver a su hija, por contarle del viaje realizado, e interiorizarse del congreso al que ella había asistido. Omar y Perla se chocaron en el apuro por abrir la puerta.

—Él es Mateo Alarcón —lo presentó sin avanzar un solo centímetro—, mi esposo. ¿Podemos pasar?

Ante el estupor, sus padres no pudieron emitir palabra alguna, tampoco reaccionar para cerrar la puerta o permitirles ingresar. El corazón de la dueña de casa se heló, en tanto la duda nació en el de su marido.

Elizabeth se mantuvo firme. Mateo clavó los ojos ámbar en Omar, en tanto acariciaba con el pulgar el dorso de la mano de su hechicera.

Perla, con ambas manos tapándose la boca, contenía la respiración. Su esposo la sostuvo por la cintura, infundiéndole fuerzas e instándola a que les permitiera entrar.

Elizabeth iba a sentarse en uno de los sillones del living cuando, con un gesto, Mateo le indicó que permaneciera de pie. La noticia la darían juntos y erguidos.

—Merecemos una explicación —reclamó el hombre de la casa, luego de que su mujer cayera sentada con las manos sobre la falda y mirando al piso.

—Mateo es el hombre que amé toda mi vida. El que a pesar de las distancias, continué amando. Viajé a Boston por motivos laborales, nos reencontramos y decidimos que no queríamos pasar más tiempo separados. Nos casamos en Las Vegas...

—¡En Las Vegas! Nadie se casa en serio en Las Vegas. —exclamó Omar, acusando con el dedo a Mateo— Usted, la embaucó, la enredó desde chica. ¿Pretende que le crea que la quiere, casándose ahí con ella?

El aludido, dio un paso al frente con los labios apretados y los dientes

reclamándole alivio.

Ely, apoyó la mano en el pecho de él, lo miró a los ojos—: Me lo prometiste —indicó, sintiendo que la respiración agitada sólo contenía furia.

—¿En qué templo? —preguntó Perla, como en trance— ¿Se convirtió? ¿Cuándo ocurrió?

—Hace muchos años les dije que amo a Mateo más allá de la religión, más allá de mí, más allá de ustedes —advirtió—. Soy feliz a su lado. ¡Por fin soy feliz! Nada, nadie va a impedirme que viva lo que estoy viviendo.

—¡Sea hombre! —hostigó Omar— Hable usted, no le deje toda la responsabilidad a mi hija.

—No me mantuve en silencio para cargar a mi esposa con la responsabilidad de comunicarles lo que somos y sentimos —dijo todavía muy alterado y tratando de contener dentro de un tono aceptable sus palabras—. Lo hice por respeto a todos, principalmente a ella. Pero usted quiere que quien hable sea yo, y voy a hacerlo. —Con instinto protector, Mateo ayudó a Ely a tomar asiento y permaneció de pie frente a Omar—: El amor que soy capaz de sentir por su hija, no pregunta condiciones sociales, religiosas, ni físicas. El amor que siento por ella, nace desde mi esencia. Desde un lugar donde nada es cuestionado, ni siquiera ustedes. Nace desde mi existencia, y pone a sus pies todo lo que soy, obligándome a superarme por y para nosotros. Así fue siempre, y por esa razón no sólo se mantuvo, sino que se incrementó. Hace años elegí alejarme de ella, para que la salud de los suyos no recayera sobre nuestras espaldas. Fuimos cobardes dejándonos guiar. —Sin pausas, prosiguió — Nos casamos en Las Vegas, porque no iba a permitir que nuevamente le torcieran el brazo. Nos casamos ahí, porque era la forma más rápida de formalizar lo que hace años habita en nosotros. Las diferencias que ustedes ven, no existen entre ella y yo. Lo único que existe es un amor que gritamos siempre y muchos se negaron a escuchar. No pretendo que me acepten, no pretendo que me quieran. Pero no voy a permitir un solo cuestionamiento a Elizabeth, mucho menos un reproche. Ustedes sabrán qué camino desean seguir. Uno en el que nos soportemos respetuosamente, o en el que nos enfrentemos.

—¡No me amenace! —reclamó a los gritos Omar.

—No se interponga —aconsejó Mateo demostrando firmeza.

Los cuatro quedaron observándose en silencio. Fue Elizabeth quien habló:

—Siempre supieron que lo amo. Me han visto llorarlo con

desesperación. Son mis padres y los quiero, pero si me obligan a elegir, Mateo es mi respuesta.

—¿Cómo pudiste hacernos esto? ¿Te aprovechaste de nuestro viaje para traicionarnos! —imputó Perla en su desesperación al no poder revertir los hechos.

—¿Traicionarlos? ¿Quién traicionó a quién? Ustedes me hubieran dejado morir marchita, con tal de no verme junto a un *goi*. Para ustedes es más importante la tradición que mi felicidad.

—¿No es eso! Nunca lo entendiste. No es eso —aseguró Omar.

—¿Qué es? Decime, papá, ¿qué es entonces? ¿No me viste sufrir? ¿No me viste transformarme en un ser que vivía para su profesión y al que le daba igual la cama en la que se acostaba? ¿No me viste convertirme en un ser sin posibilidad de amor? ¿Con quién me confundiste este tiempo?

—No puedo escucharla —aseguró Perla— No puedo creer que sea mi hija quien habla así. Somos judíos, honramos a nuestro Dios. No podemos enamorarnos de quien no pertenece a nuestro pueblo. ¿Cómo pensás educar a tus hijos?

—En el amor.

—¿En el amor a quién? Date cuenta, Elizabeth, el hombre existe gracias a Él, el hombre vive para honrarlo. Sos mi hija, un vientre tan puro como el mío, y pretendés traer al mundo un grupo de inocentes condenados al error.

—No, mamá —contestó reteniendo las lágrimas y entendiendo que la conversación concluía al ver que el estado de contención de Mateo no duraría —, voy a traer al mundo hijos fruto del amor. Vamos a criarlos en el respeto por el otro, en la aceptación y en la libertad para que sigan sus caminos. Cuando tu frustración te permita vernos, reconocerás a dos seres que se aman profundamente, verás que tu hija finalmente es feliz.

—¿Cómo es su nombre completo? —indagó Omar.

—No me interesa saberlo —sentenció Perla, dejando el salón y encerrándose en su cuarto.

—Mateo Alarcón —respondió el cuestionado, encerrando a Elizabeth en su pecho para que no la vieran llorar.

—Voy a investigarlo. Voy a descubrir cada una de las tretas que utilizó para engañar a mi hija de esta manera. Lo voy a destruir. Divórciense ahora y haré como que nada ha ocurrido.

Apretó el cuerpo de ella contra el suyo. Sosteniéndola, compartiéndole sus fuerzas. Sin permitir que el padre volviera a verla a los ojos, la guio hasta

la salida y la introdujo en el ascensor. Antes de que las puertas se cerraran, indicó—: Elizabeth volverá a verlos, cuando comprendan que no voy a permitir que derrame una sola lágrima más por éste tema. Les haré llegar mi número, para cuando quieran contactarla.

—Es obra de una brujería —irracionalmente, justificó Perla entre llantos.

Omar, caminaba de un lado a otro del cuarto, envuelto en rabia, con el corazón desgarrado por la bofetada del destino que había arrojado a su única hija en brazos de un nadie.

—¿Cómo se lo explicamos a nuestros parientes, a nuestros amigos? ¿Cómo podemos seguir en la comunidad, luego de esto? Acabamos de regresar de Israel —continuó ella.

—¡Basta! —gritó— ¿Creés que no lo sé? ¿Creés que no estoy desbastado?

—Es tu culpa, siempre la consentiste. Jamás te impusiste como padre.

—No me acuses, Perla. No voy a tolerar que ese idiota quiebre también nuestra pareja. Ya me robó a mi hija.

—Averiguá cómo podemos deshacer ese matrimonio. Tiene que haber una manera de anularlo. Tiene que existir una forma.

—Nada de lo que hagamos, va a revertir lo que hicieron. Elizabeth es mayor de edad, está en su sano juicio. Puede hacer lo que quiera, incluso rompernos el corazón como lo hizo.

—No es mi hija, me la cambiaron. Mi hija no haría algo así.

—Pero lo hizo.

—No nos deja alternativa. No pienso sentarme a la mesa con el hombre que nos robó el único tesoro que teníamos. Es un ladrón y ella una traidora. Mi hija ya no existe. Ella no es mi Ely.

Omar cayó en la cama ocultando la cara entre las manos. Llorando como hacía tiempo no lloraba. Comprendía los dos caminos. La aceptación que le costaba infinitamente otorgar, involucraba perder a su mujer. La negativa, a su hija. No podía afrontar ninguno de los dos duelos.

Durante minutos, sostuvo a su hechicera entre los brazos en la puerta del edificio de los padres de ella. Cuando sintió que respiraba con un poco más de calma, le hizo señas a un taxi para regresar juntos al departamento. Durante el trayecto, no hablaron. Se mantuvieron abrazados esperando llegar a la

intimidad, donde pudieran procesarse las palabras oídas, donde pudieran encontrar el camino para sostener la decisión tomada.

—Lamento cada acusación que tuviste que soportar —comentó—. Te pido perdón por ellos, por mí y por lo que no te permita ser feliz...

—Shhh —la silenció—. Si nos quedamos con lo malo, yo podría pedirte perdón por no compartir tu cultura, y ese no es el punto, Elizabeth. Los equivocados son ellos, no lo dudes. Dios no creó un mundo dividido, el hombre lo transformó. Vos y yo nos amamos, con total convicción, con un sentimiento que entiende más de credos que quienes se llenan la boca promulgándolos. Hagamos el nuestro. Demos origen a nuestro propio universo.

—Mi universo sos vos —le recordó—. Si quiero estar viva, si quiero sentir y dar amor, tiene que ser a tu lado. Lo contrario es ficticio, mecánico, insensible. Así viví estos años que estuvimos alejados. Sé lo que se siente, sé lo que se sufre, nada puede compararse con eso, ni el repudio de mis padres.

—Hechicera, te propongo que prendamos nuestra fogata, arrojemos en ella todo lo que nos hace daño y de paso aprovechamos el fuego para cocinar el almuerzo —bromeó.

Ely sonrió. Mateo daba por concluido un tema cuya solución no dependía de ellos; remarcando lo importante de no perder el motivo principal, mantener la decisión de estar juntos. Le tomó la cara con ambas manos antes de preguntarle—: ¿Qué desea comer el esclavo?

—Dejaré que elija mi dueña, pero el postre lo decido yo y lo quiero tomar en la cama.

A la hora de la merienda, el timbre sonó una vez tras otra. Anoticiadas por Miriam, las amigas fueron copando el departamento, ávidas por saber y acompañarla. Pronto Mateo sintió que su presencia no era necesaria y se despidió con la pretensión de encontrarse con sus propios amigos.

—Me gustaría ir con vos a ver a los padres del Mono —comentó Elizabeth.

—Voy a proponerles encontrarnos en la cena y así vamos juntos —aceptó besándola para despedirse. Antes de cerrar la puerta, recorrió a su esposa con una mirada que la cubriera con un manto protector hasta su regreso.

—Quiero cada detalle —reclamó Diana, con su voz chillona, cuando se quedaron solas—, cada punto y cada coma del músico y vos.

—No hay mucho más que contar que lo que está a la vista —respondió.

—¿Vos no te habías ido a un congreso? —preguntó Lea—. Hasta donde le entendí a Miriam, estabas enclaustrada en un congreso y no se te podía interrumpir. De golpe y porrazo nos enteramos que te habías casado en Las Vegas.

—Menudo congreso que se mandó ésta —bromeó Diana—. Un estudio integral de cómo curtirse al músico pasando por todas las notas y todos los claustros de sábanas de seda que él domina. Contanos, Ely, ¿sigue siendo igual de apasionado como cuando era chico? Porque... que sigue siendo sexy, eso lo pude entender solita. ¡Mi madre, nena! Tu marido es un cañón.

—¿Te sigue cantando al oído? —preguntó Lea sin esperar a que respondiera las otras preguntas.

—Déjenla en paz, envidiosas —ordenó Miriam—. Denle respiro. Ely, será mejor que cuentes todo de una vez. Y ustedes —indicó, señalando al resto—, tienen que mantener el secreto, puede que ella todavía esté en peligro.

—¿De qué hablás? —se asustó Diana mirando a una y otra de las mujeres reunidas a la mesa del comedor.

Elizabeth dejó su taza de té sobre el platillo, volvió a remover el líquido con la cuchara haciendo tiempo para ordenar en su mente los acontecimientos y poder transmitirlos de la mejor manera posible:

—Voy a comenzar por el principio. En la fundación, recibimos ciertos casos que a Uriel y a mí, además de enfurecernos, nos levantaron sospechas.

—No entiendo qué tiene que ver eso con que te casaras.

—Dejala hablar —reclamó Miriam a Lea.

—Hay chicos, que están siendo esclavizados, ya sea haciéndolos trabajar en las cosechas, o... —hizo una pausa larga, ni ella podía dar crédito a la realidad aun conociéndola—, o prostituyéndolos.

—Imposible. ¿Y los padres de los nenes?

—A algunos chiquitos los secuestran. Los padres giran de comisaría en comisaría, los buscan en los hospitales, por todas partes, pero nadie les entrega respuestas. En su mayoría son familias sin recursos ni formación suficiente como para reclamar sus derechos. Otros, simplemente los entregan a cambio de dinero u otras cosas.

—Y la policía ¿no hace nada?

—Para que esta mafia pueda operar, precisan ser impunes, precisan de la connivencia con el poder. Y la tienen. Tienen todos los privilegios que se lo permiten. Desde aquellos que aceptan sobornos para mirar hacia otro lado, hasta los que se prenden en el “negocio”.

—¿Fuiste a hacer la denuncia? ¿Hablaste con el juez de menores? —
Quiso saber Diana con el estómago revuelto y la furia instalada.

—Cuando Uriel y yo nos enteramos —continuó haciéndole señas con la mano para que tuviera calma y le permitiera seguir con el relato—, la coincidencia hizo que Darío estuviera investigando una serie de anomalías entre políticos y otros grupos de poder. Unimos conocimientos, nos repartimos la investigación. Cuando ustedes pensaron que yo había regresado con él, en realidad estábamos tratando de trabajar juntos en esto y levantando la menor de las sospechas posible.

—Nos engañaste —indicó acusatoriamente Lea.

—Sí. Era más seguro para nosotros y para nuestro entorno.

—Lo comprendo —aseguró Diana.

—Ya habíamos llevado nuestras conclusiones y pruebas al juez correspondiente, estábamos listos para publicarlo en los periódicos y hablar con el resto de los medios de comunicación. El magistrado nos pidió todo el apoyo y exposición que pudiéramos conseguir, para que la opinión pública presionara. Pero el rumor que hicieron correr los sindicalistas sobre los sobornos en el Senado, precipitó todo. Darío es uno de los profesionales que más indagó sobre ese tema. Tiene acceso a personajes y sitios vedados para muchos de sus colegas. Hubo quien confió en él entregándole documentación que cuando salga a la luz, será imposible de refutar.

—Y vos estabas trabajando con él —comprendió Lea.

—Exactamente. Yo trabajaba con él, dos más dos son cuatro y por muy corruptos que sean todos, sumar saben hacerlo bien. Darío creyó que podrían utilizarme como su punto débil para hacerlo callar. Consideró que yo corría peligro y además lo ataba de pies y manos. Así que habló con el Mono...

—¿Tu marido sabía? —reclamó indignada Lea—. Si lo sabía él, también lo sabías vos.

—Yo lo supe hace muy poco —confesó la aludida—. También me había creído el cuentito del congreso.

—¿Por qué regresaste? ¿Ya no estás en peligro? —quiso saber Diana.

—Darío habló con sus contactos, el riesgo existe, pero es mucho menor. Hoy, en Argentina, son tantas las denuncias que corren, que mi aporte es simplemente uno más.

—¿A dónde te fuiste cuando saliste del país?

—A Boston. El Mono se lo propuso a Darío y me compraron un pasaje para allá. Le explicaron a Mateo y él me fue a buscar al aeropuerto y me llevó

a su casa.

—¡Ay Dios mío! ¡Seguía amándote! A pesar de todo, seguía amándote y te protegí —concluyó Lea.

—Siempre nos amamos. Ustedes saben muy bien que él es el amor de mi vida. Los primeros días fueron de guerra. Él estaba muy enojado y yo muy incómoda. Me estaba dando refugio después de todo lo que habíamos vivido.

—Salteate la parte aburrida y andá a la acción —requirió Miriam.

Elizabeth sonrió. No era fácil explicar cómo los sentimientos se negaron a continuar ocultos, cómo el miedo a volver a separarse los trasladó a Las Vegas y terminó por unirlos de por vida.

«¡Para siempre!», exclamó mentalmente y se sintió feliz y en paz.

Continuó relatando lo vivido en el país del norte, hasta la decisión final de regresar y enfrentar el peligro y a sus padres.

—Espero que lo aceptaran —deseó Diana, dudándolo.

—No. No lo aceptaron, mamá reniega de mí y papá amenazó a Mateo. Pidieron que nos divorciemos.

—Lo siento, Ely —se apenó Miriam, abrazándola.

—Sabía que no sería fácil. En el fondo esperaba equivocarme, pero fue incluso peor.

—¿Cómo reaccionó tu marido?

—Mateo está en una situación difícil. No quiere herirme enfrentándose a mis padres, pero tampoco puede permitir que nos agravien. El tiempo ha hecho su trabajo, chicas —comentó elevando una ceja—, sufrimos demasiado estando separados. Sabemos lo que es amar al otro y no tenerlo. Regresamos de Boston teniendo en claro que lo primordial es nuestra pareja. Todavía no decidimos dónde vamos a instalarnos, las circunstancias no nos dieron tiempo. Pero lo que no vamos a permitir es que alguien, ni siquiera mis padres, tilde nuestro amor como indebido. Quien no lo entienda, quien nos ofrezca pelea, chocará contra la fuerza de nuestra unión. Eso lo tenemos muy en claro.

—Parece increíble —lamentó Miriam—, tus padres vieron la reacción de los míos. Nos ven formar una familia feliz. Claro que todo sería más fácil si nos hubiéramos enamorado de alguien de la cole. Pero se puede ser feliz, yo soy muy feliz. No comprendo por qué se resisten.

—Los padres de Ely, son muy creyentes...

—Mis padres, son egoístas. En su egoísmo, se cierran y al hacerlo me pierden.

—¿No te jode eso? —preguntó Lea.

—La ley de la vida es que se corte el cordón —aseguró Elizabeth.

—Honrarás a tu padre y a tu...

—Para eso, primero hay que considerarlos padres más allá de lo biológico. Es muy fácil ser padres de un borrego, lo complicado es sostenerlo cuando el hijo defiende sus propias elecciones de vida contraponiéndose a los deseos de ellos.

—Lo estás viendo mal —inquirió Diana—, no se oponen porque piensen distinto a vos. Ellos consideran que al casarte con él, renegás de tu origen. Para ellos eso es perderte, eso es haber fracasado en su misión.

—Mantienen una concepción medieval.

—La que nos dicta la religión. Si estás en desacuerdo, tendrías que pelear contra todo el sistema, y esa es una quimera.

—En tanto no acepten a Mateo, tampoco los aceptaré.

—Estás intransigente.

—Así soy. ¿Alguna de ustedes tiene algún inconveniente con mi matrimonio?

—¿Estás loca? —reclamó ofendida Diana.

—Sería ridículo de mi parte —aclaró Miriam que también estaba casada con un hombre que no compartía su credo.

—No pretendemos hacerte cambiar de opinión —explicó Lea—, yo estoy feliz si estás bien. Todas sabemos lo mucho que lo lloraste y estamos contentas de que por fin estén juntos. Lo que no quiero es que descargues toda la bronca en tus viejos. Así como reclamás que te comprendan, también te pido que lo hagas con ellos. Debe existir un punto medio donde puedan convivir.

—Estoy dispuesta, pero para eso deben aceptar que me casé con Mateo porque lo amo, que a donde yo vaya irá él y que su condición no lo convierte en un ser despreciable. Deberían estar agradecidos por todo el apoyo que me dio recibíendome en su casa, cuidándome y queriéndome.

Juancho y el Mono, pidieron la segunda ronda de cervezas. Compartir la mesa de bar con Mateo como en los viejos tiempos, era una alegría que hacía mucho no disfrutaban.

—No te puedo creer —comentó riéndose Juancho—, que la cazaste de los pelos, te la llevaste a Las Vegas y te casaste con ella.

—¡Eso es un macho! —afirmó el Mono, para luego agregar— Es lo que tenías que haber hecho hace muchos años. Nada de boludeces, falsos infartos y

la mar en coche. Palo y a la bolsa.

—Tampoco fue que la cacé de los pelos.

—Uy, blusero, la fantasía que me armaste en el bocho —indicó el gigante— Esta noche la agarro a la rusa de los pelos, la tiro contra la cama y la parto en ocho. Eso sí —reconoció—, primero le cuento la idea. No sea cosa que le salga el lado feminista y me rompa las bolas de una patada, la muy bruta.

—Estoy en contra de la violencia —dijo Juancho—, pero con tu mujer me lo pensaría.

—¿Qué tenés contra la rusa? —quiso saber el gigante, preparando los puños.

—La gente habla y comenta...

—¿Qué se comenta?

—Y... la delantera de tu mujer, intimidada.

—Será mejor que no seas de los intimidados —aconsejó—, porque como te vea echarle ojo a las tetas de la rusa, no te queda diente sano ni ojo con el que ver nada más.

—¿Se las aseguraste? Porque cuando tengan hijos se le van a caer. Debe ser horrible encontrarse con semejantes “Éverest” derrumbados por los suelos.

El Mono pasó del terror, a la furia—: ¡Envidia! Eso es lo que tenés. Tu mujer vino sin esos juguetes y te la pasás envidiando los míos.

—¡Cuánto los extrañaba, muchachos! —exclamó contento Mateo.

—Seguro que los yanquis son más aburridos que salir con la hermana —declaró el Mono.

—¿Y vos qué sabés, si no tenés hermana?

—Tranquilo, Juancho. Con tu hermana no salí, porque es tan aburrida como vos.

Era como regresar en el tiempo. Al menos ahora podían permanecer en un bar sin que los echaran a patadas antes de terminarse los tragos.

CAPÍTULO 22

El abrazo con Uriel, antes de entrar al despacho de él en la fundación, la infundió de ánimos. Su gran amigo la acompañaba en cada una de las decisiones tomadas y estaba dispuesto a ayudarla intentando hacer entrar en razón a los Telerman.

—No dudo que mis padres te escucharían, Uriel, pero estoy convencida de que aunque el mismo Moisés llegara para decirles que tienen que aceptar mi matrimonio, lo tildarían de impostor.

Él rio a carcajada limpia, aunque dudó que exagerara y por esa razón prefirió llevar la conversación al terreno laboral.

—Todavía no tenemos decidido dónde nos radicaremos, pero la carrera de Mateo está en Estados Unidos y entiendo que movilizarlo hasta acá, es truncarla o al menos ponérselo más difícil.

—¿Qué hay de tu carrera? —quiso saber.

Elizabeth le sonrió. Casi toda su vida profesional se limitaba a la fundación. Hacía noches que elaboraba las alternativas con las que podría colaborar con él desde el exterior. La idea de un “casi borrón y cuenta nueva”, la seducía—. Podría intentar volver a empezar allá. Incluso es posible que para la fundación pueda ser más útil tener un contacto en el norte, no te digo una sede, pero sí un colaborador para un trabajo mancomunado que nos relacione y permita, ojalá, hasta una ayuda económica. Estuve investigando un poco. En Boston hay proyectos similares a los nuestros. Podríamos unificarnos.

—Elizabeth, no me disfraces nada. Entiendo que prefieras irte si acá todo te tira en contra. No te preocupes, algo se nos va a ocurrir.

—No me cabe la menor duda —aseguró la voz de Darío, recostado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados frente al pecho y la mirada segura y seductora.

Elizabeth corrió a abrazarlo y besarle en la mejilla, eufórica y agradecida.

—¡Hola, geisha! ¿Me creo los mails o seguías el código de la refugiada?

—No te hagas el tonto —lo reprendió golpeándolo en el antebrazo—. Aceptá el afecto y agradecimiento sincero que te estoy brindando, sin ponerle agregados de los tuyos.

—Me gustaba el morbo de imaginarme a tu maridito leyendo nuestros correos. Decime la verdad ¿cuántos protectores hepáticos consumió este tiempo?

Uriel bajó la cabeza para ocultar la risa. Elizabeth, tomando al periodista por el codo, lo guio hasta una silla para que se sentara y pudieran dialogar los tres—: Poneme al tanto de todo. Quiero saber cómo están las cosas.

—El Vice va a renunciar. El gobierno está jodido, si no cae por este quilombo, será por el económico.

—No pueden salir airosos de tamaño escándalo, si hasta el Vicepresidente renuncia —aseveró Uriel.

—¿En qué país vivís? Acá, hasta que no se metan con el bolsillo de la mayoría, no salta ni el loro. Pero agarrate y guardate los ahorros en el zapato, porque en cualquier momento, lo imposible pasa.

—Creo que tenés un día muy pesimista —observó Elizabeth.

—Nena, vos venís de una mini luna de miel, no ves la realidad. Estás en tu nube orgásmica.

—No seas desagradable ¿querés?

—¿Desagradable?! —repitió fuerte y riéndose—. Yo pensé que el músico contaba con recursos, pero es lógico, habiéndome conocido, comprendo que te cueste conformarte con su mediocridad.

—Dejala en paz, Darío. El matrimonio de Ely no fue bien recibido por sus padres.

—¿Continúan en su postura?

—La ratifican y hasta elevan la apuesta —respondió apenada—. Ya lo imaginábamos, pero vivirlo es distinto, más fuerte. Pega más duro.

—No puedo aconsejarte. Para mí es una boludez que se hayan casado. Los papeles sólo complicarán el momento en que cada uno decida seguir por su lado.

—¿Por qué nos augurás el fracaso? ¿No confiás en que podamos hacernos viejitos juntos?

Darío se levantó de la silla rodeándola y apoyando ambas manos sobre el respaldo. Mirando a Elizabeth a los ojos, le aseguró:

—Depende. Si hablás de compañerismo, sí creo que dos personas puedan

vivir juntas toda una vida.

—Hablo de amor.

—No me hagas reír, Elizabeth. El amor es intangible, es la utopía de un par de adolescentes con las hormonas a full, que no se detienen a utilizar el razonamiento. Se calientan con un cuerpo afín a sus gustos, coinciden en un par de ilusiones y llaman a eso amor. Pero no es más que una calentura. Y como toda calentura, llega un día que se enfría. Y ahí ves las diferencias, los agujeros intelectuales y las gambas de la mina de la vereda de enfrente. Es entonces cuando salta la excusa de que el amor murió para renacer en la vecina.

—No quiero arruinarle el estofado filosófico —acotó Uriel—, pero toda tu descripción me hizo creer que tu concepto de amor, es más grande e importante incluso que el nuestro, que estamos casados.

—¿Qué entendiste?

—¿Sabés? Creo que por primera vez también veo lo que afirma Uriel —comentó Elizabeth—. Tu concepto del amor es tan grande, tan idealista, que ni vos mismo te crees que pueda existir. El día que te enamores, espero que esa mujer opine como vos, porque imagino que vivirán una historia soñada.

—Lo de ustedes es, como diría un viejo político, pura “cháchara”. No traten de sentirse menos ingenuos distorsionando mis dichos. El amor no existe, existe coger —definió golpeando levemente el respaldo y alejándose de la silla—. Si para ustedes es lo mismo, me sumo. De lo contrario, no me jodan.

—Ely, no vamos a convencerlo hoy, tenemos que esperar a que conozca a esa mujer. Ese día, nos tenés que pagar una cena —conminó Uriel mirándolo.

—Si lo que quieren es comer de arriba, sólo díganlo y con gusto irá por mi cuenta.

—Acepto —dijo Elizabeth— ¿Les parece bien a las nueve?

—Por mí sin problemas —aseguró Uriel—, y la llevo a Micaela.

—Desde luego, conmigo también vendrá Mateo. ¿Vos irás solito, Darío?

—Veremos —respondió y los amigos supieron que serían seis los comensales.

Mateo se peleaba con una lata de cerveza que había perdido el aro por el cuál abrirla. Podría ser por falla en la calidad del material, o por la bronca que sentía por tener que compartir la cena con el periodista entrometido, que

no dominó la fuerza ejercida al intentar abrirla. Elizabeth estaba destinando demasiado tiempo en maquillarse.

—Si ya los viste en la fundación, ¿por qué tenemos que cenar con ellos?

—Porque le haremos pagar la cena a Darío.

—No voy a permitir que el tipo ese, pague la comida de mi mujer y la mía.

—Es una especie de apuesta, una trampa que le tendimos con Uriel.

—Los felicito, pero prefiero pasar. Ayer ya cenamos con los padres del Mono, llegamos tarde, apenas si “*aproucheamos*” un cachito. Tenía ganas de que hoy liberáramos tensiones, un buen encuentro en el ring, uno o dos rounds para la historia y un tercero para relajarnos.

—Tres —reflexionó en voz alta Ely.

—O cuatro, depende de cómo te portes.

—Cuatro —volvió a repetir.

—¿Cuántos querés? Vos pedí, hechicera, que yo te cumplo —afirmó tomándola por la cintura y besándole el cuello.

—Darío sostiene que el amor no existe.

—Porque es un boludo que no se enamoró jamás —calificó absorbiendo el aroma sensual de la piel blanca de Ely.

—Es lo que creemos con Uriel. Que el día que Darío se enamore y caiga, el cráter podrá verse desde la luna.

—¿Me podés explicar por qué estamos hablando de él?

—Vos sacaste el tema —se defendió.

—Y quiero que lo terminemos. Quiero que nos olvidemos del periodista, sus putas creencias y su maldita cena. Quiero que nos quedemos acá, comer algo liviano, servirnos un champagne en la bañera, envolvernos en burbujas mezcladas de jabón y alcohol y...

—Pero ya acepté la cena con mis amigos y deberemos dejar tu idea para mañana.

Mateo gruñó.

—Pero de mañana no pasa —aseguró mimosa, girando para quedar frente a él, colgándose en su cuello y hablándole sobre los labios que no estaban mostrando la acostumbrada sonrisa blanca y seductora.

—Una sola mirada pelotuda, un solo comentario fuera de lugar —enumeró amenazante—, y le parto todos los dientes, le saco los ojos azulinos y burlones y después juego a las bolitas con ellos.

—¿A qué se debe tanta agresión de tu parte? Vos sos un hombre dulce,

gentil, paciente.

—Pero él no. Él es un ave de rapiña al asecho. Te tiró las garras cuando estabas sola. Es un aprovechado.

—Si lo ves así, yo también me aproveché de él. Darío me ofreció su compañía cuando estaba sola.

—Te ruego que no me lo recuerdes. Si ya iba mal predispuesto, ahora me terminaste de joder —confirmó muy molesto.

—Mateo, yo conocí a tus amigas en Boston. Jamás me negué a compartir la mesa con ellas. Y te aseguro que no soy tonta y sé el tipo de intimidad que mantuvieron.

—Es distinto —dijo tomando un abrigo del armario.

—¿Cuál es la diferencia?

—No las vi como parejas. Son mis amigas.

—Darío también y te aseguro que él jamás me vio como una posible pareja.

—Darío es hombre.

—Vos también, me consta.

—Estás enredando todo con tu discurso psicológico. Estás pretendiendo embaucarme.

—De ninguna manera. Vos tenés tres amigas a las que querés mucho, tres mujeres que te ayudaron cuando lo necesitaste y que además compartieron tu cama. Con Darío ha sido igual.

—Elizabeth, ahora voy a sentarme a la mesa con ese tipo y voy a estar pensando cómo te hacía el amor.

—No hacíamos el amor. Cogíamos, igual que vos con ellas.

—¡Se acabó! —reclamó tomándola por los codos y acercándola a la pared—. ¿Era lo que querías?, lo hubieras dicho. Ahora, antes de ir a cenar, vamos a tener los cuatro rounds que te ofrecí a cambio. No te va a quedar aire para mantener una conversación coherente —le aseguró subiéndole la falda del vestido y elevándole una pierna para acceder con comodidad— Y ni se te ocurra decir que les avisemos que llegaremos tarde, cuando te vean comprenderán los motivos de la demora.

La mujer que acompañaba a Darío, desprendía elegancia y distinción. Era una colega que se desempeñaba en un noticiero televisivo. Una mujer hermosa e inteligente. El periodista solía ser muy selectivo. La preocupación inicial de

Elizabeth porque Mateo terminara yéndose a las manos con él, viró para convertirse en un ligero resquemor de que a los hombres de la mesa terminara resultándoles demasiado atractiva. En el transcurso de la velada, se fueron aflojando las tensiones. Darío se comportó con corrección, Mateo no halló excusas y los temas de conversación giraron sobre la preocupante situación política del momento. A la hora de las despedidas, Uriel se ofreció a alcanzar hasta su departamento al músico y la psicóloga, dejándolos solos con la otra pareja en tanto retiraba el auto del estacionamiento.

—¿Decidieron dónde van a vivir? —preguntó Darío.

—No todavía —contestaron a dúo.

—Uriel te necesita acá —le recordó.

Mateo, convencido de que era una treta para mantener a Ely cerca, respondió presuroso—: Todavía no lo decidimos.

—Eso ya me lo dijeron —asestó poniendo una mano en el hombro de la esposa del músico—. Si decidís quedarte, contá conmigo para lo que precises.

Puede que no fuera necesario, puede incluso que evidenciara más, con su respuesta, los celos que le revolvían el estómago, pero no le importó. Rodeó a Elizabeth tomándola por la cintura y acercándola a él, para que la mano del intruso cayera al vacío desprendiendo el contacto que pretendía mantener con su hechicera. Finalmente, aseguró:

—Cualquier decisión que tomemos, lo haremos en conjunto. Cualquier cosa que precise mi mujer, seré yo quien se la brinde.

—No me limites tratando de marcar territorio —le advirtió Darío con las manos apoyadas sobre la cadera y los dedos tamborileando sobre la tela del pantalón de vestir— Tu mujer, es mi amiga. Mis amigos saben que pueden contar conmigo sin que me importe un carajo su estado civil.

—Será mejor que tengas muy presente el estado civil de mi esposa —respondió parándose entre el hombre y Elizabeth—. Espero no tener que repetírtelo.

—¿La pueden cortar? —pidió quien era el motivo de la discordia. Al parecer el lobo feroz había despertado nuevamente.

—Te dije que no era bueno venir —le recordó Mateo.

—Ni se te ocurra prohibirle nada —le aconsejó el periodista.

—A mí, nadie me prohíbe nada —comunicó molesta Elizabeth.

—Los dejo solos cinco minutos —los retó Uriel saliendo del auto para separarlos y dar por concluido el debate— ¿y se las arreglan para arruinar una fantástica cena?

—Hablá con el retrógrado —se defendió Darío.

—Que te quede claro —le repitió Mateo.

De regreso en el departamento, Mateo dejó las llaves sobre la mesita del living y se dirigió a la cocina buscando un vaso de agua fresca. Continuaba incómodo y Ely lo notó.

—Al parecer, pude mantener la conversación de manera coherente y además continuó con aliento.

Su marido la miró sin comprender.

—Digo..., que los esclavos no vienen como antes.

Dejó el vaso sobre la mesada, comprendiendo de qué hablaba. La tomó por la cintura, hundió los labios en el cuello de su esposa para susurrarle—: Veremos si puedo reivindicarlos.

—Contra la pared, esclavo —le ordenó y Mateo aceptó el juego—. Muéstreme qué tiene para ofrecerle a su dueña.

—Todo. Tengo todo lo que quieras y más.

—Lo sé.

—¿Por qué preguntás entonces?

—Porque quien parecía no saberlo, eras vos.

—Elizabeth, no puedo soportar que nadie te haga daño. No puedo contenerme cuando alguien te mira y leo una segunda intención. No son celos, es temor a que te lastimen.

—¿Mi esclavo ahora es mi guardián?

—Soy tu esclavo, tu guardián y todos los sueños que tuviste y tendrás. Soy tu hombre y tu compañero. Soy el que vive por hacerte feliz, para poder serlo. Siempre estaré atento a cada sombra, a cada peligro.

—No hay peligros rondando, Mateo. Ya no. Somos vos y yo juntos finalmente. Ni siquiera contra todos, sino por nosotros mismos. No les muestres debilidad tratando de defenderme de peligros que no existen. Se aferrarán a eso. Creé en mí, como creo en vos. Nada es más importante que tu sonrisa, tu tranquilidad y tu piel junto a la mía.

—Tus palabras embrujan como tus ojos.

—Confía en mis palabras como lo hiciste con ellos.

Las distancias se acortaron, los cuerpos se fundieron nuevamente para volver a sellar pactos. Para volver a recrearse en el otro. La mañana confirmó la luz que degustaron de madrugada.

Durante el desayuno, el llamado del productor de Hollywood los obligó a apresurar las decisiones. El tema de Mateo era nominado al Oscar como mejor banda sonora de la película. Los teléfonos de su representante, ardían con propuestas.

—Debemos regresar —aseguró Elizabeth.

—No. Todo puede esperar. Primero tenés que decidir qué vas a hacer con tu profesión, con tu trabajo...

—Mateo, hoy, la tuya es la prioridad. Algo hablé con Uriel y buscaremos la manera de que pueda colaborar con la fundación desde Boston, o desde donde te convenga asentar nuestra residencia.

—La mujer sigue al marido —comentó ladeando la cabeza con molestia.

—No. Yo te sigo a vos —afirmó besándolo y sentándose en su regazo.

—Si nos radicamos en Estados Unidos, no será por poco tiempo —explicó—, si bien podremos venir seguido...

—¿Qué es lo que tratás de decirme?

—Que tus padres están grandes —expresó acariciándole los mechones azabache del cabello—, van a necesitarte.

—Hoy, no es así. Voy a mantenerme informada, no los estoy abandonando, ni lo haré jamás. Cuando mi presencia junto a ellos sea necesaria, vendré. Por el momento se sostienen solos y tienen a toda su comunidad junto a ellos.

—No quiero que elijas.

—No existe alternativa. Somos un todo. Donde estés vos, ahí estaré yo.

—Andá a verlos sin mí. Despedite tranquila, dejalos serenos, que tu corazón viaje en paz. Si me necesitás, estaré en la puerta.

—Vengo a despedirme —anunció desde el umbral y sin ingresar al departamento.

Perla terminó de abrir la puerta, dándole paso hacia el living donde se encontraba su marido que, al verlas, trató de mantener en alto la mirada.

Elizabeth cruzó los brazos sobre el pecho con clara intención de abrazarse e infundirse ánimos. Antes de hablar, recordó la complicidad que mantenía con su padre cuando era chica, las muchas veces en que la había ayudado a salirse con la suya. Ésta no sería una de aquellas, lo tenía claro.

—Elizabeth viene a despedirse —anunció Perla mirando a Omar.

—La carrera de mi marido lo reclama en Estados Unidos.

—¿Vas a dejarnos e irte con él? —reprochó el padre.

—Aquí... sólo nos hacemos daño, ustedes y yo. Uní mi vida al hombre que amo, su camino está muy lejos de Buenos Aires. No vine a responder reproches, ni a dar explicaciones. Tampoco a rogar que me comprendan. — Buscó en la cartera la tarjeta donde escribió la dirección y teléfono de Boston del departamento de Mateo y su celular, la dejó sobre la mesita junto a los sillones— Si necesitan algo, no duden en comunicarse.

—No necesitamos nada —aseguró Perla.

—Gracias a Dios, mamá.

—No lo nombres. No uses su nombre. Vos renegaste de él.

—Sé que nada que diga te hará cambiar de opinión. Sé que me alejo sin el abrazo de ustedes. También sé cuánto desean que los abrace. No guardo rencor, los llevo conmigo —aseguró dirigiéndose a la salida.

—Ely —la llamó Omar y su hija frenó la marcha sin girar para verlo— También te quedás en mi corazón.

Elizabeth terminó de salir y corrió escaleras abajo, sin detenerse a esperar el ascensor. Tal vez si lo hacía, su corazón de hija hubiera suplicado comprensión. Llegó a la calle y se abrazó con fuerza a su esposo.

Mateo la encerró entre sus brazos. Quería encontrar los argumentos que abrieran las murallas de los Telerman, quería rodear de un halo protector el alma herida de su hechicera. Se sintió inútil. No consideraba que fuera tan valioso como para que ella se despojara de los suyos. Bajó la mirada y se encontró con los ojos azules y los labios rosados que temblaban por el llanto.

—Nuestro amor los hará comprender. No soy yo quien merece tu renuncia, es nuestro amor quien lo vale. Nos entenderán.

—Lo sé. Pero no puedo evitar que duela.

—No sé si lograré borrarle la herida, pero cuidaré de vos, cada día de mi vida.

La guio hasta la esquina para subirse al primer taxi, la mantuvo sentada unida a él.

—Necesito llorar todo hoy —explicó—, agotar las lágrimas antes de irnos.

Mateo le concedió el silencio que no censura ni objeta, el que acompaña y contiene.

Al llegar al departamento, preparó el baño con agua tibia, la invitó a acompañarlo, la acunó entre sus brazos y la rodeó con las piernas—: No hay límites que puedas imponerle a las lágrimas o al dolor. Estarán dentro tuyo

pujando por liberarse mientras intentes esconderlos. No quiero que tengas que esconder nada delante de mí. No estoy para el goce y las alegrías, estoy siempre. Así como quiero ser quien comparta unas, no me ocultes las otras.

—Temo agobiarte con la incompreensión de otros. Tengo miedo que te canses de tanto rechazo injustificado, de mi imposibilidad de abstraerme y...

—Shhhh —la silenció con dulzura acariciándole la mejilla—, tenerte conmigo es lo que me colma. Sos mi dulce hechicera, la Luz que me mostró el camino donde todo se completa. Y yo quiero completarte, Elizabeth. Cada latido de mi corazón espera por el tuyo. Cada una de tus risas, hace que mi sangre bulla con ganas. Cada pena, es tan tuya como mía. No somos dos enamorados, somos el amor y el amor unifica, jamás agobia.

Dormían el cansancio del después. Después de compartir penas, después de aunar fuerzas..., después de consumir la unión de almas y cuerpos. El teléfono les arrebató el silencio, a Uriel le urgía hablar con ella.

—La renuncia del Vicepresidente alborotó las aguas. Las acusaciones se tornan creíbles a los ojos del pueblo. Darío dice que no hay peligro, pero no me quedo tranquilo.

—Nos ampara la verdad, Uriel. Cuanta más gente esté convencida de que todo es cierto, más acompañados estaremos y por lo tanto, menos riesgos corremos.

—No quiero dejar en manos del pueblo tu seguridad. Acá, hoy te levantan en andas y mañana te catapultan con la misma rapidez. ¿Cuándo se van?

—En una semana.

—No lo posterguen más allá de eso.

—Te quiero, amigo.

Uriel sonrió del otro lado de la línea. Cualquier sentimiento amoroso que pudo sentir alguna vez en el pasado, no había llegado a crecer, producto del amor que Elizabeth siempre admitió sentía por el músico. Compartía con ella una profunda amistad, y la reconocía como una buena profesional y excelente compañera de trabajo—. No te pierdas por el norte. Haceme saber cómo estás.

—Ni pienses que te vas a deshacer de mí por un par de *politicuchos*.

—Cúidense —recomendó antes de colgar.

Elizabeth quedó mirando el aparato telefónico. No tenía miedo, ni por Mateo, ni por ella. Lamentaba perder ese día a día junto a su amigo en el trabajo, las cenas en casa de él junto a la esposa. Le apenaba el ya no poder reunirse con Miriam, Lea y Diana alrededor de una mesa de café y sentirse

entre pares. La afligía el dejar solo a Darío con la carga de sacar solo a la luz, lo que durante mucho tiempo habían estado investigando. Extrañaría la omnipotencia en la que aquel periodista se enfundaba para hacerle frente a las adversidades de la realidad. La desolaba el destierro de convertirse en una paria del amor de sus padres, que no supieron respetarla y aun entendiendo cuánto la amaban, se negaron a comprenderla empujándola a elegir. Elegía a Mateo, más allá del peligro, más allá de sus amistades, más allá de su carrera, más allá incluso de sus padres.

—Preparemos el futuro, hechicera —le propuso.

CAPÍTULO 23

En Boston, sólo vivieron dos años. Si bien el tema de Mateo no se llevó la *estatuilla*, le abrió las puertas de la consagración y terminó siendo más conveniente, para la pareja, atravesar todo el país y radicarse en Los Angeles, donde al principio alquilaron un departamento y pronto accedieron a una casa en Pasadena que aunque no era fastuosa, contaba con tres cuartos y una terraza con una pequeña piscina donde Elizabeth creó un espacio de relax con sillones de madera y almohadones mullidos. Ni Mateo ni Ely se dejaron llevar por los espejismos de *Beverly Hills*, o las inexistentes ofertas de *Rodeo Drive*, pero eran asiduos asistentes a los teatros de la *Third Street Promenade*. Si bien llevaban una vida holgada, no amasaban una fortuna en el banco. Sus gustos no eran excesivos y solían decir que su riqueza estaba en tenerse el uno al otro.

Los amigos, y entre ellos con más asiduidad Uriel, la mantenían al tanto del estado de salud y emocional de sus padres. Una vez al año, el matrimonio regresaba a Argentina para encontrarse con los afectos. Elizabeth siempre visitó a los Telerman aunque ellos no variaron la contundencia de sus decisiones. Lea se casó con un cirujano plástico, Miriam y el Mono buscaban con el tercer embarazo, a la hija soñada luego de dos varones que eran la alegría de los abuelos y el terror de los padres.

Ely y Mateo, por mucho que lo intentaban, no lograban concebir. Tres abortos espontáneos, los hacían suponer que aquella bendición no estaba a disposición de ellos y la psicóloga volcaba en cada nuevo caso que llegaba a su consulta en el *Children's Hospital Los Angeles* donde trabajaba con los auxiliares del *Dog Therapy Program* acompañando pacientes con enfermedades complejas, la calidez y dulzura que no podía brindarle a un hijo propio.

Elizabeth destinaba las mañanas a su profesión. Solía almorzar dos veces a la semana con amigas y colegas. Por las tardes, se ocupaba de las tareas de su hogar y algún curso de capacitación.

Mateo componía en el estudio que armaron dentro de uno de los cuartos

de la casa. Su creatividad, era un don que perfeccionó a base de preparación y esfuerzo, logrando convertirlo en el sostén que les permitía gozar de la tranquilidad que brindan los ahorros. Los ingresos que aportaba su esposa, solían ser destinados a la fundación que Uriel presidía en Buenos Aires, o a entidades benéficas relacionadas con la niñez.

La vorágine diaria de cada uno, contrastaba con el remanso del esperado encuentro del atardecer. Allí, el tiempo era de ellos y lo disfrutaban a pleno. Algunas noches preparaban barbacoa en la terracita y cenaban a la luz de las velas y las estrellas, hasta que el amanecer los descubría dormidos, despojados de ropas, pero abrazados en alguno de los sillones. Cuando eso ocurría, se reían cómplices y terminaban de esperar que el sol iluminara por completo su lecho expuesto a los rayos de la media mañana.

Eran felices en su pequeño hechizo de susurros y caricias, dentro de una sociedad que los respetaba y valoraba.

Elizabeth era la musa recurrente en las canciones de Mateo y era normal que, al llegar cansada luego de un día extenso, los acordes de algún nuevo tema le acariciaran el alma, borrando toda huella de agotamiento, haciéndole surgir el deseo descarado que no conoce de reparos o postergaciones.

Aquella tarde, el piano sonaba diferente. Sólo música, donde no eran necesarias las palabras. Sintió como cada nota la acariciaba, como cada tecla clamaba por ella. Entró al estudio, desprovista ya de ropa, lo vio concentrado, con los ojos cerrados y tocando esa melodía nueva.

—Aunque no pudiera verte —le dijo—, sabría que sos vos, hablando de mí.

—En este blues, logré explicar cuánto te amo, hechicera.

Se acercó a él que la tomó por la cintura sentándola sobre el instrumento. Los pies de Ely cayeron sobre el teclado al mismo tiempo que la cabeza de Mateo se hundió en su regazo.

—Todas las tardes espero que el sol se acerque a aquel tejado —explicó señalando el techo más cercano—, eso me indica que falta menos para tenerte conmigo.

Ella escondió los dedos en el cabello alborotado de su esclavo, para luego alzarle la barbilla y hacerse de su boca.

La pasión que no precisaba de estímulos, obligó al músico a desprenderse del short de baño, en tanto respondía a cada beso solicitado y reclamando el próximo. La luz que emitía su mujer, guiaba todos sus caminos, el amor y entrega de él, aseguraban siempre el llegar a destino.

Se amaron con Ely recostada sobre el piano; y buscando más comodidad, repitieron la escena sobre la mullida alfombra del piso. No reclamaron cenar y a la hora del desayuno, juntos jugaron a convertirse en chef, mezclando huevos con tocino y exprimiendo el mejor jugo de naranjas de California.

Un lunes, Elizabeth no podía desprenderse de la almohada, el sueño la retenía impidiéndole hacerse cargo de las obligaciones que no solía postergar. Asombrado, Mateo intentó despertarla con besos y mimos que no resultaron suficientes. Recurrió a las cosquillas y su mujer le rogó por cinco minutos más de calma.

—¿Te sentís bien? —preguntó notando que aquel comportamiento no era el normal.

—Estoy muy cansada, mi amor. No puedo despertarme.

—Ely, dormimos cerca de nueve horas. No tendrías que sentirte así.

—Es como si recién me hubiera acostado. No puedo abrir los ojos y tengo un malestar instalado en la boca del estómago.

Mateo se levantó de la cama y buscó el número de un médico amigo de ambos.

—Estás exagerando. Seguramente algo me cayó mal y por eso me siento sin fuerzas.

—Que lo diga alguien que sabe y no supone —respondió seguro y a la vez asustado.

La dicha y el terror se instalaron en ambos cuando el experto dio a entender que era necesario realizar una prueba de embarazo. Ya se habían acostumbrado a la idea de que aquella ilusión era un imposible, hasta se habían convencido que adoptar era un camino conveniente que les permitiría entregar toda la ternura que guardaban para otro ser y al mismo tiempo contribuir con la vida de un niño despojado de todo.

Juntos fueron al hospital donde le tomaron las pruebas de sangre. Juntos esperaron ansiosos los resultados que por cuarta vez abría la posibilidad de ver su amor hecho carne. Rompieron en llanto cuando el resultado estuvo frente a sus ojos. Mateo compuso la única canción que jamás recorrió la ruta comercial, aquella que interpretó cada noche acariciando el amor que germinaba en Elizabeth:

*A la tibieza
de su piel clara,
mi noche besó
para que anide el amor.*

*Blanco y bronce,
azul y ámbar,
un sueño real,
nuestra creación.*

*Esclavo hechizado,
dulce prisionera,
y un hijo en su vientre
que sella mi entrega.*

No existió ninguna obligación que superara la imperiosa necesidad de Ely de mantener el reposo que el médico le indicó para una paciente con los antecedentes de ella. Tampoco primó ningún contrato contraído por Mateo que lo alejara de su lado y le impidiera mantenerla entre burbujas de protección. Juntos anidaron meses, donde las pérdidas reiteradas y las limitaciones del útero bicornue de Elizabeth, eran una espada de Damocles que amenazaba con impedir que el embarazo llegara a término.

Diana se había instalado con ellos hasta finalizado el primer trimestre. Miriam y el Mono los visitaron durante una semana, cuando cursaban el sexto mes. Festejaron con Sheila la conclusión de las veintiocho semanas. Rozando la treinta y dos, las contracciones no pudieron ser inhibidas. Nada las frenaba, e internaron a Ely, con la esperanza de entregarle a la maduración del feto, unos días más. Llevaban en esa situación casi siete días, cuando el parto fue inminente y la trasladaron al quirófano. La cesárea se impuso para evitarle un esfuerzo a la madre, que llevaba meses de reclusión postrada y ninguna ejercitación. Mateo comía nervios pero le entregaba a su mujer, con caricias y miradas, toda la tranquilidad de la que no disponía.

—Dios existe —le aseguró postrada en la camilla del frío y esterilizado recinto— Existe y en pocos minutos no sólo vamos a verlo, sino que lo tendremos en nuestros brazos.

—Sí, hechicera. Y nos susurrará su llanto y nos envolverá en su embrujo de piel suave.

La anestesia hizo su trabajo sobre el cuerpo de la mujer. Mateo no retiraba los ojos ámbar de los azules que lo indagaban y comenzó a cantarle suavemente, muy cerca de la cara de ella:

*Si finalmente llego a tu luz,
se secarán las lágrimas .
Cada herida puede cerrarse,
bajo el influjo de tus miradas.
Te acaricio desde el alma,
me alimento de la miel de tus entrañas.
Sólo los corazones saben, nena,
cuánto se aman.*

Los médicos no comprendían castellano, pero supieron que era una canción de amor cuando vieron lagrimear a la única enfermera latina presente.

*Ni las lágrimas de ayer,
ni las dudas que nos atacan,
podrán evitar, mi amor,
que en tu vientre germine el mañana.
Beso tu huella en la arena,
son mis latidos los que te llaman .
Sólo los corazones saben, nena,
cuánto se aman.*

El llanto del bebé, enmudeció al músico al tronar con la fuerza de aquel que vive en un mundo ideal y del que lo arrebatan sin aviso previo. Elizabeth dejó de observar a su esposo y levantó cuanto pudo la cabeza buscando aquello que tanto deseaba. Pudo verlo. Pudo ver como el cuerpecito tapaba parte de una potente luz, convirtiendo la imagen en una figura mística que la tranquilizó y obligó a estallar en un llanto vencedor.

—Existe —gritó viendo como el bebé desaparecía de su vista en manos de extraños que pretendían confirmar que estaba sano.

Mateo, sin soltar la mano de su esposa que mantenía presa desde el inicio, seguía atento a cada paso del hombre que alejaba a su hijo de ellos. Vio cuando lo revisaban, sintió cuánto le molestaba a su hijo el escrutinio al que lo sometían. Quiso que todos se fueran y dejaran a su bebé en paz junto a ellos y sobre el cuerpo de Ely que no se acostumbraba a la ausencia. Finalmente el momento llegó. Aquel guiño de Dios yacía pegado al corazón de Elizabeth, buscando con desesperación el alimento que todavía nadie le había enseñado a ganarse pero, en su corta vida fuera de ella, ya había aprendido a conseguir.

—Es perfecto —le aseguró a la madre, sintiendo como su interior se hinchaba de orgullo y placer. Un placer que, hasta ese preciso momento, no sabía que podía existir.

—Luís —dijo Elizabeth—, sos nuestro amor. Ahora todo el mundo puede verlo. Sos la prueba de que Dios existe.

Mateo le secó las lágrimas con la misma mano que trataba de borrar las propias.

—No sos mío ni de tu padre —continuó—, sos un ser libre al que cuidaremos y forjaremos para que pueda valerse por sí mismo. Vamos a dejar que te conviertas en un hombre y cada día que pases junto a nosotros, será la bendición más grande con la que termina de completarse nuestro amor.

El mes que le faltó a Luís para continuar la gestación dentro de su madre, no lo empujó a conocer el mundo en desventaja. Era un bebé que luchó por sobrevivir siendo un feto y que con tozudez decidió que había llegado la hora, que estaba listo, y así, con generosidad, acortó la espera y las angustias de sus padres por continuar aguardándolo. Su piel era similar a la de Mateo y Elizabeth lo asoció con la fortaleza física que su marido siempre había poseído. Abría los ojos, que se vislumbraban azules, con la avidez de aquel que todo lo desconoce e insiste ansioso en reparar su ignorancia. Un bebé sano y con actitud de guerrero. Había conocido el mundo a las seis de la mañana con las mejillas rozagantes y la cabeza redondita de quien nace sin atravesar las penurias del canal de parto.

Antes de llegado el mediodía, el cuarto de hospital que les asignaron, fue una romería de amigos felices por compartir la dicha con ellos. Un gran ramo de rosas, portaba una tarjeta que simplemente versaba:

“Hoy puedo contestarte.

Aceptaré la elección de mis hijas cuando se enamoren.

Felicidades

Uriel”.

A pesar del cansancio, la pareja no podía dormir motivada por la necesidad de observar cada suspiro, cada reflejo, cada demanda. A la hora del almuerzo lograron obtener un poco de esa intimidad de tres, que tanto necesitaban. Mateo, sostenía en brazos a su hijo y le cantaba suave intentando que se durmiera, mientras la madre se alimentaba.

—No sé cómo haremos, cuando regresemos a casa, para lograr que vos o yo lo dejemos dormir en su cuarto.

—No lo haremos —aseguró.

—Nos dijeron que lo mejor es que...

La interrumpió sumido en su primer renuncio ante el efecto que Luís causaba en él—: Nuestro cuarto es grande, al menos por unos días hasta que conozca los aromas del hogar, hasta que pueda comprender que no es parte tuya sino un ser independiente, vamos a mantenerlo con nosotros en el nuestro.

Elizabeth sonrió aceptando. Estaba segura que hasta que pudieran educarlo, lo mejor sería malcriarlo.

El bebé encontró el sueño y, con muchísimo cuidado, Mateo lo recostó en la cunita acercándola todo lo que le fue posible a la cama de la madre que lo miraba embelesada.

—Quiero llamar a Boston y avisarle a las chicas y a Malone —comentó —, pero no voy a hacerlo desde acá, porque quiero gritarles mi alegría y justo se quedó dormido.

—Andá tranquilo, Mateo. Estamos bien y tengo a mi alcance el llamador de la enfermería y el celular.

—Una mosca que te preocupe, una sola cosa que te perturbe, me avisás de inmediato.

—Sí, mi guardián. Llamá a todos y deciles cuán felices estamos.

—Hechicera —dijo acariciándole la mejilla con la palma de la mano y rozándole los labios con los suyos—, soy el hombre más feliz que existe sobre la tierra. No porque me faltara un hijo para lograrlo, sino porque lo tenemos para ver en sus ojos, cuánto nos amamos.

—Recién, mientras tratabas de dormirlo, volví a ver en tu cara la misma expresión que me enamoró en la playa de Gesell cuando me miraste desde el escenario. No necesité a Luís para amarte. Porque nos amamos es que él está con nosotros.

Salió del cuarto creyendo que cualquiera que lo cruzara en su camino podía darse cuenta que era el poseedor de la gloria. No quería alejarse demasiado, pero debió dejar el área de maternidad para poder exclamar todos los gritos de euforia que pensaba emitir cuando llamara a cada uno de sus afectos en Boston.

Omar caminó por el pasillo, con la emoción anudándole la garganta y las lágrimas pujando por romper la capa de los prejuicios que indican que un hombre no llora en público. Frente a la puerta del cuarto respiró hondo y

entró:

—Llevo cuatro días tratando de hacerle creer a Perla, que estoy en una feria en Miami —confesó embelesado ante la imagen de su hija en la cama con su nieto en brazos.

Elizabeth se quedó sin palabras. El instinto la llevó a acoger con más celo a su bebé.

—Pero estoy seguro que no lo lograré.

—¿Quién te dijo? —preguntó.

—Uriel. Es quien me mantiene informado —hizo una pausa—, ya sabés, por si necesitabas algo.

—Estamos bien.

—Lo sé.

—¿Cómo está la presión de mamá? —indagó.

—Cuando le escondo el salero, mejora. ¿Quién te dijo de mamá?

—Tenemos el mismo informante.

—Ya veo. Un doble agente —confirmó sonriendo—. ¿Puedo verlo?

Elizabeth dejó caer, con cuidado sobre su regazo, los brazos con los que contenía a su hijo para exponerlo ante el abuelo.

—Tiene el tono de piel del padre, pero creo que los ojos se parecerán a los tuyos —comentó acercando el dedo índice a la pequeña manito. En segundos quedó atrapado por el reflejo común de los bebés. El corazón de Omar atesoró el contacto.

—Te presento a Luís Alarcón.

—Si fuera un Telerman, en una semana sería su *Brit Milá*...

—Antes deberían quitarse otros la *orla* del corazón.

—Aún no ha llegado el *Mashiaj* que lo indique—retrucó y acto seguido recitó—: Bendito eres Tú Señor, Dios nuestro, Rey del Universo que nos santificaste con tus preceptos y nos ordenaste cumplir con el pacto.

—Luís es mi pacto. El milagro de que esté vivo, es lo que me indica que Dios existe en los corazones de todos. Miralo, papá, es perfecto. A pesar de todo lo que tuvo que luchar, es perfecto. La mezcla de su sangre, es mi pacto con Dios. Hoy, cuando lo vi por primera vez y me miró, supe que me había reconciliado con Él y Él conmigo.

—¿Por qué Luís?

—Mateo y yo nos conocimos en un recital de *Luís Alberto Spinetta*.

—Si en aquel momento hubiera escuchado a tu madre —imaginó recordando—, jamás lo hubieras conocido...

—Y jamás hubieras sentido el calor que en este momento te está brindando tu nieto aferrado a tu mano.

Omar acarició con el pulgar, los diminutos deditos que se negaban a liberarlo.

—Luís Alarcón —repitió ella con orgullo, para que su padre lo recordara —, amor, por sobre todas las cosas. Ese que tenemos que transmitir. El mundo sería otro si en lugar de condicionarnos, simplemente enseñáramos a amar.

—Me tengo que ir —advirtió. Había sido imposible resistirse a ver a su hija convertida en madre, pero las convicciones permanecían inalteradas—. Voy a abrir una cuenta a nombre de Luís Alarcón, para que si algún día decide caminar por senderos distintos a los de sus padres, tenga el sostén para hacerlo y no pase las penurias que pasó mi hija.

—No es necesario —aseguró molesta al notar que hablaba de ella como si no la tuviera frente a sí.

—Mejor, podrá dejárselo a sus hijos entonces —dijo mirando a los ojos a Ely y girando para dirigirse a la salida.

Mateo quedó petrificado cuando, al abrir la puerta, se encontró con el rostro de su suegro.

—Papá —llamó Elizabeth—, gracias por venir a conocerlo.

Omar no volvió la mirada, prefirió mantenerla en los ojos ámbar que lo escrutaban—: Si fuera un Telerman... —fue lo que utilizó como despedida antes de perderse por el pasillo.

EPÍLOGO

Con la mirada entregada al placer de ver a Elizabeth, en cuatro patas sobre el césped del jardín, movilizarse hacia atrás para que Luís (que intentaba sus primeros pasos) no la alcanzara, la sonrisa gobernó su rostro en tanto sus dedos descubrían solos un nuevo tema. La luz de su mujer lo inspiraba desde hacía años; con la llegada de Luís, era una fuente inagotable de composiciones requeridas no sólo por productores americanos, sino también europeos. El sonido de su celular timbrando, interrumpió algo más que el momento, y antes de atender, un malestar inexplicable se asentó en su estómago. No reconoció el número desde donde lo llamaban y eso ya era extraño. A punto estuvo de rechazar la llamada, pero no lo hizo.

—Hola.

—Decime, *blusero* —dijo Darío convirtiendo sus palabras en presentación más que suficiente—, ¿estás en condiciones de aceptar sin putear, que conozca por fin al hijo de mi amiga?

—No es sólo el hijo de “tu amiga” —recalcó apretando los dientes.

Darío le dejó conocer su risa del otro lado de la línea—: De acuerdo, lo admito, el hijo de ustedes. Mirá —explicó—, traté de mantenerme alejado, no por vos y tu hígado, sino para que no le amargaras la vida con tus inseguridades a ella; espero que ahora, al convertirte en padre, hayas madurado. Quiero felicitar a mi amiga y conocer a Luís. En unos días viajo a Washington y pensaba hacerme una escapada por Los Angeles.

—Voy a dejarte en claro un par de temitas que se ve, que a pesar del tiempo transcurrido, todavía no comprendiste. Jamás fuiste un adversario, eso implicaría darte un crédito que nunca tuviste. Elizabeth siempre estuvo enamorada de mí. Podría agradecerte que hayas sido su amigo y la acompañaras durante el tiempo en que estuvimos alejados. —Hizo una pequeña pausa que Darío no interrumpió—: Entendelo bien, dije que “podría agradecerte”, pero no lo estoy haciendo. Y no lo hago porque vos ganaste más que ella, así que los agradecimientos están de más.

—¿Te permite o no te permite tu hígado, que yo vaya?

—El sábado festejamos el primer año de Luís, si estás por acá, serás bienvenido. Pero no te lo tomes como costumbre.

Al cortar la comunicación, descubrió a Elizabeth con el niño en brazos y observándolo desde el ventanal del jardín.

—Gracias —susurró con los ojos henchidos de amor, sabiendo lo mucho que le había costado a Mateo, abrirle las puertas de su intimidad a Darío.

—Como venga con sus aires de gallito..., como se le ocurra tan solo pensar que tiene algún derecho...

Elizabeth dejó a Luís sobre el piso, acertó las distancias, se sentó en su regazo, lo besó volviendo a confirmar que con cada átomo de su ser, lo amaba hasta la locura.

Luís llegó gateando con rapidez hasta ellos, se irguió afirmándose en la pierna de su padre, e intentó treparse para quedar unido también en el círculo de cariño. Sin interrumpir el beso, Mateo lo elevó con un brazo. Victorioso, el bebé se tomó del cuello de ambos con las dos manitos y les sonrió.

Miles de kilómetros al sur, dos hombres chocaron sus copas de coñac.

—Gracias por aceptar. Sacales muchas fotos —requirió—, el padre no quiere perderse los detalles de ese festejo. Me lo pidió a mí y como Micaela está guardando reposo, no puedo cumplirle.

—No me agradezcas, Uriel. Tenía ganas de volver a ver a Elizabeth y además me vendrá bien divertirme un poco con las caras que le haré poner al marido.

—No los jodas, Darío. Portate bien una vez en tu vida. Ella es feliz.

—No te preocupes, sabés que estoy bromeando. Esos dos se quisieron siempre, tenían que terminar juntos.

—¿Estás admitiendo que el amor existe?

—De ninguna manera. Ya te lo dije hasta el cansancio. El amor es una utopía.

Fin

ACLARACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Todos los personajes de esta novela son obra de mi imaginación. Si bien la denuncia de sobornos en el Senado se corresponde con un hecho verídico, ninguno de los miembros de ese cuerpo ha tenido vinculación con hechos de las características de los mencionados en mi novela, pues los mismos son enteramente ficción. Simplemente me serví de una investigación judicial real, como disparador de los sucesos en que creé y sumergí a mis personajes.

De la misma manera, no puedo asegurar que en las fechas mencionadas, Luis Alberto Spinetta, haya realizado concierto alguno en las playas de Villa Gesell.

Agradezco a cada uno de los lectores que renuevan su confianza en mí leyendo Susurros. Espero que su lectura les haya entregado un momento grato.

A F.C., por permitirme ofrecerle al lector esta obra.

A Laura G. Miranda, por su aporte, y al resto de mis colegas de romántica por su compañerismo.

A Silvia y Cris, por ser mis amigas, aguantarse mis ansiedades y leer siempre con las mismas ganas.

A mi familia, por serlo.

Y a cada blues, que nos transporta metiéndose con suavidad en nuestro interior, permitiéndonos sentir.

Gracias a todos. Será hasta la próxima, si Dios quiere.

María

CRÉDITOS ESPECIALES

En esta novela se mencionan:

Temas del compositor argentino *Luis Alberto Spinetta*: “*Muchacha ojos de papel*” y “*Seguir viviendo sin tu amor*”.

Aerosmith (banda estadounidense de *hard rock*), con su tema “*Amazing*”.

“*Never too far*”, tema de *Mariah Carey*, cantante y compositora musical de Estados Unidos.

“*The most beautiful girl in the world*” de *Prince*, cantante y compositor de Estados Unidos.

Escuelas de música como *Berklee* (Boston, USA), *E.M.B.A.* (Buenos Aires, Argentina); y la Universidad de *Harvard* (USA).

Músicos destacados como *B.B. King* (USA) y *Gary Moore* (Irlanda del Norte).

El *Children’s Hospital Los Angeles*, de Estados Unidos, donde se desarrollan técnicas terapéuticas alternativas, como la denominada “*Dog Therapy Program*”.

Hard Rock Cafe, cadena mundial de restaurantes.

Se transcribe también, un verso de “*El Gaucho Martín Fierro*”(poema narrativo argentino, escrito por *José Hernández* en 1872, obra literaria considerada ejemplar del género gauchesco en Argentina).

Frase de “*Scarlett*”, protagonista femenina de “*Lo que el viento se llevó*”, obra de *Margaret Mitchell* (USA).

GLOSARIO Y REFERENCIAS

"Caso Banelco"	Denuncia pública, donde se acusó al gobierno argentino de La Alianza (1999/2001), de sobornar al Poder Legislativo, con intención de que sancionaran la Ley 22.250 de Reforma Laboral.
"de la cole"	Referido a la colectividad judía.
Birome	Bolígrafo.
<i>Bobe</i>	Abuela en idish.
Boliche	Establecimiento comercial donde se bebe y se baila (España: discoteca).
Boludismo/boludo	Boludismo: estado del tonto. Boludo: tonto.
<i>Bow window</i>	Inglés. Ventana que se asoma. Mirador.
<i>Brit Milá</i>	Pacto de Circuncisión en la religión judía.
Buchón	Soplón, delator.
Cuerina	Material sintético, sustituto del cuero.
<i>Elohaynu.</i>	Término que indica "Nuestro Dios" para el pueblo judío.
Fiestongo	Fiesta.
<i>Fish and chips</i>	Plato de pescado rebozado y frito, servido con papas (patatas).

Forros	Condomes.
Garpar	Pagar, abonar.
Garronear	Vivir a costa de otro.
<i>Goi</i>	Término con el que se denomina a quien no es judío.
Guita	Dinero.
<i>Guiur</i>	Proceso de conversión al judaísmo,
<i>homeless</i>	Persona sin hogar que vive en la calle.
Jermu	Mujer, intercalando las sílabas,
<i>Kosher</i>	Condición de alimentos aptos para practicantes de la religión judía.
<i>krein</i>	Jrein o Krein, conocido como el rábano picante de las pascuas hebreas.
Laburo	Trabajo.
Magoya	Un ser supuesto pero inexistente.
Malla	Arg., Bol. y Ur. bañador (ll prenda para bañarse).
<i>Mashiaj</i>	El Mesías judío. El esperado.
<i>Mazel Tov</i>	Buena suerte o felicidades en hebreo.
<i>Melajá</i>	Limitación de actividades en Shabbath.
Mina/minita	Mujer.

<i>Neshamá</i>	Alma judía con la que se nace,
<i>orla</i>	Prepucio en hebreo. Parábolas hebreas hablan de quitarse las orlas en el corazón que nos hacen insensibles.
Panqueques	Fina tortilla realizada con harina, huevo y leche.
<i>Pésaj</i>	Pascua judía.
Pollera	Falda.
Quilombo	La traducción es prostíbulo, pero se usa para alboroto, lío, revuelo.
Remera	Camiseta generalmente de algodón y cuello redondo.
Remís	Auto de alquiler, no catalogado como taxi.
<i>Rikudim</i>	Danzas folclóricas israelíes.
<i>Shabbat</i>	Día de la semana en que el pueblo judío cesa sus actividades reconociendo que sus cualidades provienen de Dios.
Turro	Necio. Mala persona.
Valija	Maleta.

SINOPSIS

Mateo era un joven compositor de blues. Al inicio de un concierto descubrió a Elizabeth entre el público, y quedó prendado de sus ojos azules y su piel blanca. El impulso que en un principio lo llevó a susurrarle canciones de amor, se acrecentará hasta convertirla en la única musa de sus creaciones.

Ella supo que desafiaba reglas inquebrantables, pero no pudo evitar amarlo.

Haber sentido alguna vez el amor en la sangre, haber descubierto la finalidad de cada poro de la piel, haber estado con él; tan sólo eso valía toda su existencia y la harían añorar siempre la plenitud que era amarlo.

María Border

María Border es una escritora argentina, que encontró en la novela romántica su forma de expresarse. En la Colección Novelas utiliza en su narrativa, los modismos coloquiales argentinos que la identifican.

Sus obras transitan el estilo Regencia y el Chick-lit.

Otras novelas de la autora publicadas en Amazon:

En Peakland – Colección Ayer.

Jane Thompson – Colección Ayer.

El dueño de mi arte – Colección Novelas.

Mía El gato y el ratón – Colección Novelas.

Despertando tus sentidos – Colección Novelas.

Como perro y gato Mía 2 – Colección Novelas.

Table of Contents

[Susurros de blues](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Aclaración y agradecimientos](#)

[Créditos especiales](#)

[Glosario y referencias](#)

[Sinopsis](#)